



Senén Palacios

Otros tiempos

2003 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Senén Palacios

Otros tiempos

Primera parte

A la sombra de la paz

Capítulo I

Don Salustio Guzmán

- I -

Como señor feudal en sus dominios vivía don Salustio Guzmán en su fundo «El Espino», consagrado a trabajar con empeño infatigable y tesonero las tierras que heredara de sus mayores. Hombre formal y de bien, gozaba de merecido prestigio en la comarca.

Quedaban las casas a poco más de tres cuabras de la plaza de la aldea de Santa Cruz y bajo la sombra augusta de unos grandes castaños que se divisaban desde lejos. Las separaban del camino real un gran patio o jardín plantado de naranjos y toronjos, con más malezas que flores por el suelo, y una verja de madera ruinosa y desteñida por las lluvias.

Los escasos transeúntes que traficaban a caballo por aquel largo camino orillado de álamos, de cercas de zarzamora y restos de tapias de adobón, podridos a trechos por la humedad, solían empinarse en los estribos al enfrentar la casona y echarle de soslayo miradas curiosas, alcanzando a columbrar ya alguna ventana arcaica de bizarras labores en su enrejado de madera torneada, ya algún pilar del corredor, cuyas soleras imitaban burdamente capiteles y arcadas con pretensiones de estilo morisco, ya el tejado, de canales húmedas y musgosas, que sobresalía permitiendo ver el mojinete coronado por un diminuto campanario, del cual colgaba la campana con su cuerda que iba a perderse en el tejado.

Era una construcción antigua, de cuño colonial, lo que confirmaban sus gruesos muros, las puertas chatas con cerrojos carcelarios, el maderamen de sus vigas y tijerales, afianzados con clavos de corazón de espino y amarras de cuero sin curtir; y aquel laberinto interior de patios, estancias y corredores.

Pero lo que no dejaba lugar a duda sobre la verdadera edad de aquel solar colchagüino era la fecha 1782 de su construcción, escrita con tabas de carnero en el empedrado del zaguán.

Por los corredores de aquella casa, se paseaba don Salustio al atardecer de un día oscuro, de principios de invierno del año 1878. Y a juzgar por la nerviosidad de sus movimientos y lo alterado del semblante, debía hallarse bajo el peso de alguna gravísima preocupación, pues marchaba a grandes y violentos trancos, y tan pronto se detenía a mirar con fruncido

ceño a uno y otro lado del camino, en el que no se divisaba un alma, como volvía a su agitado pasearse con ademanes de impaciencia, hablando airado entre dientes.

Bastaba mirarle para comprender que aquel membrudo caballero de espesas y bronceadas barbas, ostentadas con altivez sobre un robusto pecho varonil, había sido vaciado con los antiguos moldes de la raza, esa raza de chilenos semigodos, graves y esforzados, que miran de frente y llevan la cabeza erguida.

Un fuerte viento del NO que soplaba desde la mañana haciendo correr por el cielo tumultuosos nubarrones que amenazaban lluvia, sacudía e inclinaba los árboles despojándolos de las últimas hojas marchitas, que volaban como mariposas locas o en tropel rodaban por el suelo en carrera vertiginosa; y traía los postreros rumores de un día que se extingue en el silencio y soledad del campo: el grito lejano de un vaquero que apresuraba el ganado, el mugido clamoroso de una vaca llamando a su cría, o el bramido espantable del toro celoso, que allá detrás de la cerca del potrero escarba con rabia el suelo, echándose nubes de tierra sobre el lomo.

Se detuvo don Salustio y se quedó escuchando atentamente el ruido que hacía en el cascajo del camino el trote apresurado de un caballo que se aproximaba a las casas.

-¡Él es! -exclamó divisando a Toribio, su mayordomo. Y con un brusco movimiento de su brazo derecho se echó sobre el hombro todo un costado de su largo poncho de lana, y con la mano se afirmó sobre la frente, hundiéndoselo hasta las cejas, el sombrero de paño castor de anchas alas.

El jinete echó pie a tierra con presteza en la puerta misma de la verja, amarró la bestia y se dirigió por el medio del patio al corredor, donde impaciente lo esperaba el caballero.

-¿Qué hubo, la encontraste? -preguntó desde lejos con imperiosa y atropellada voz, de malísimo agüero.

-No la encontré, ná, patrón -contestó el hombre en voz baja, respetuosamente descubierto, sujetando a dos manos su sombrero, y no muy firme de piernas.

-¿En ninguna parte?... ¿Ni el cuero de la ternera?

-En ninguna parte, patrón, no encontré ná.

-¿Ni en el Tambo?

-Tampoco, patrón.

-Y donde las Hinojosa, ¿averiguaste?

-También estuve; no sabían ná.

Se quedó don Salustio un momento mirando pensativo al suelo, peinándose las barbas con la mano. Luego preguntó:

-¿Y Justo Pastor, qué es de él, lo topaste?

-Me dijeron donde las Reinoso que lo habían visto pasar de a caballo pa los laos de abajo, ayer tarde, ya tiñendo la oración.

-¿Iba solo?

-Los dos no más.

-¿Cómo los dos? -interrogó el señor Guzmán, clavando en el sirviente sus pequeños ojos zarcos y echándose al hombro el otro costado del poncho.

-Don Justito y el potro, pues, patrón... Andaba montado en el «Chiclán».

-¿Con qué en el potro, no? -expresó moviendo la cabeza de arriba a bajo el caballero. Y se puso enseguida a dar unos paseos cortos, presa de la más viva irritación. Toribio no le quitaba ojo de encima.

-Está bien, retírate -dijo con voz sorda. Y agregó con un gesto autoritario:- Que pasen los peones al pago.

En el camino real se hallaban reunidos los peones del fundo, que venían al pago por ser aquel día sábado, y esperaban en actitud humilde y silenciosa que les abrieran el portón que daba acceso por un costado al corral de las carretas.

La noche se venía encima envolviendo en el negro manto de sus sombras las casas y la comarca entera. Era intenso el frío, y en la gran tristeza de la moribunda tarde gemía el viento en los álamos del camino, desnudos de hojas, y que apuntaban al cielo la blanca osamenta de su ramaje escueto y desolado, estremeciéndose en un escalofrío de muerte. Algunos tiuques voltejaban buscando en ellos refugio para la noche, y por el cielo encapotado pasaban las últimas tórtolas y torcazas, como impulsadas por el viento, camino de las montañas distantes.

Se oyó el claro tañido de las campanas de la iglesia parroquial que llamaba a la oración de la tarde. Se detuvo don Salustio en la extremidad ya del corredor, descubriéndose reverente a rezar el «Ave María». Otro tanto hicieron los peones humillando la cabeza y oprimiendo devotamente al pecho la chupalla.

En el silencio solemne se oía por instantes la voz del patrón, que rezaba en latín, a juzgar por algunas frases que soltaba con gravedad y unción: «Dominus tecum»... «Mulieribus»... «Frutus ventris»... «Amen».

Terminando el rezo, penetró al cuarto que servía de escritorio para el pago de los peones, una habitación con diversos aperos de labranza tirados por el suelo, puntas de

arado, palas, capachos de cuero; y afirmados en los rincones, yugos de carretas con sus respectivas coyundas enrolladas.

Colocó sobre una rústica mesa, escasamente alumbrada por una vela de sebo, varios montoncitos de monedas de plata y cobre; abrió enseguida, quitándole la gruesa tranca de espino, la puerta que daba al corralón, y sentándose en ancho sillón de paja de totora, dio comienzo al pago de los peones, llamándolos, uno a uno, por sus nombres.

El mayordomo, respetuosamente descubierto y con un cuadernito de apuntes en la mano, se colocó de pie cerca del patrón.

-José Jesús Contreras -llamó don Salustio mirando por debajo del ala de su sombrero en dirección a la puerta, en la que se veían las caras de los trabajadores agrupados como un rebaño.

Entró un viejo de ojota y poncho verdinegro, con dos piernas arqueadas como dos horcones, encorvado de lomos y muy duro de goznes. Al sacarse la chupalla, con bolsa tabaquera y todo, dejó ver la cabeza venerable atada en roñoso pañuelo de hierbas, y un rostro macilento poblado de silvestres barbas entrecanas.

-¿Cuántos días? -interrogó el patrón.

-Cuatro -contestó el anciano mirando tímidamente al caballero con sus ojos lacrimosos. Por la abertura de la cotona se le veía sobre el huesudo pecho cerdoso un escapulario pasado de sudor.

-¿Por qué faltaste dos días?

-Me repuntó el reuma en este cuadril y no podía ni moverme; contimás que las choquezuelas las tuve cuasi desconchabadas y con babazas y se me añudaron los ñervos - explicó el viejo en tono lastimero.

-¿Cuatro días a real y cuartillo hacen cinco reales. Toma, le dijo el patrón arrojando sobre la mesa dos pesetas y un diez en monedas de plata y dos centavos en cobre.

Con alguna dificultad las tomó el anciano con sus dedos sarmentosos; y amarrándolas con mucha calma y mano temblorosa en la punta de un pañuelo pringoso, salió enseguida, encorvado y jadeante.

-Pedro Juan Aguilera.

Y esta vez entró un rucio carantón, ñato y patilludo, especie de germano con poncho cariz y grandes ojotas.

-¿Cuántos días?

-Seis; toa la semana -contestó el roto, elevando el espeso bigote azafranado. Y por el obscuro boquerón que dejó al hablar, le relucieron unos dientes grandes como fichas de dominó.

-Seis días a real y medio son nueve reales. Ahí están.

Las tomó el gañán con sus manazas, tan pecosas y cubiertas de pelo que más parecían de animal que de cristiano. Sobó las pesetas una a una entre sus dedos cachiporrudos y examinó con desconfianza la última, acercándosela a un ojo de hosco mirar de jabalí. Le metió dientes enseguida y por último la golpeó sobre la mesa.

El señor Guzmán le lanzó una mirada furibunda, en la que relampaguearon los celajes de su ira comprimida, y gritó:

-¡José Juan Catrileo!

Como se demorara en aparecer el sujeto llamado, varias voces gritaron afuera:

-¡Catrileo; oye, vosteniño, Maulino, a vos te llaman ho!...

-El mismo, aquí está -dijo entrando con las ojotas en la mano y los calzones de mezclilla remangados a la mitad de la nervuda pierna, un rotito moreno y barbilampiño, flexible como un puma y más arrogante que Caupolicán.

-¿Cuántos?...

-Su merced lo ha de ver, pues, contestó con desparpajo el interpelado, mirando sin pestañear al caballero.

-¡Te pregunto cuántos días has trabajado!... ¿Tú no lo sabes, badulaque?

-Ei los tiene apuntado en el papel ño Toribio, pues.

-Seis días, ha trabajado toda la semana -explicó el mayordomo.

-Seis días a real hacen seis reales -dijo el señor Guzmán, de malísimo humor, y barrió con la palma de la mano tres pesetas sobre la mesa, las que tomó el Maulino con las uñas y salió erguido como un gallo, con el ponchito tirillento amarrado a la cintura.

-¿Hace tiempo que trabaja en el fundo este hombre?

-Más de dos años, patrón.

-¿Y cómo se porta?

-No falla nunca, es cumpliorazo y pa la corta de espino es piñ superiorazo.

-Auméntale a real y cuartillo su jornal.

Y llamó a otro.

-Pedro José Peñaloza.

Esta vez entró un hombre avisado de cara y todo ojos, porque los tenía muy abiertos y enarcadas las cejas, expresando en ellos algo así como una interrogación admirativa.

-¿Cuántos días? -preguntó don Salustio sin mirarlo, un codo sobre la mesa y apoyada en la mano la pensativa frente.

Como no contestara el peón y sólo dejase oír un ruido gutural extraño: «bu»... «bu»... «hua»... «hua»..., alzó irritado la vista, llenándose de asombro al ver que el sujeto, sonriendo y sin decir palabra, le mostraba por señas seis dedos de sus manos enarbolados como otros tantos palos de palitroque, soplando ruidosamente por la boca y abriendo mucho los ojos.

-¡Si es el mudo, señor! -se apresuró a decir tímidamente el mayordomo.

-¡Ah, no lo había conocido! Seis días a real y medio hacen nueve reales. Ahí están -le dijo el señor Guzmán, poniéndole en las manos su jornal. Era el mejor peón de la casa.

Mientras sigue pagando los peones digamos cual era el motivo de su gran enojo. Se debía al robo de animales que le venían haciendo en el fundo, del cual le habían sustraído ya tres terneras de las mejores, en menos de dos meses. El ladrón no podía ser otro que Ciriaco Contreras, célebre bandido colchaguino y terror de la comarca. Acostumbraba pedir dinero a los hacendados, «para un caso de apuro», vengándose de quienes no lo complacían, con robos de animales y otras fechorías de mayor calibre, como prenderle fuego a las sementeras.

A don Salustio le pidió dinero por escrito, pero éste se lo negó indignado, desoyendo el prudente consejo que le dieran sus amigos, por estimarlo cobardía.

Después del robo de la segunda ternera se encontró clavado en el tronco de un espino un cartel así concebido: «El que me l'ace me la paga». «Cumplo lo prometío». Y por toda firma una cruz.

Inútil resultaba todo intento de apresarlo, pues le daban oportuno aviso sus amigos y se ocultaba en las montañas boscosas del Huique, refugio impenetrable y sólo propio de fieras.

A tan legítimo motivo de enojo se agregaba la conducta de su primogénito, Justo Pastor, mozo calavera, cuya vida de tunante traía amargada la de sus honrados padres, cubriéndolos de vergüenza.

So pretexto de rastrear el robo de la última ternera, salió de a caballo una mañana, diciendo que no se llamaría como se llamaba si no daba con el ladrón o traía por lo menos

el cuero de la res. Y eran pasados ya tres días desde que saliera y ni noticias se tenían de él, salvo las suministradas por el mayordomo, esto es, que se le había visto rondando por el pueblo, montado en el «Chiclán». Precisamente otra desobediencia y desacato a la autoridad paterna, pues don Salustio tenía dadas órdenes terminantes de que nadie ensillara el potro, reservado para el uso exclusivo de su silla. Supo además, por conducto fidedigno, que en la tarde del jueves había estado topeando y bebiendo en compañía de gente indigna en un bodegón de Cantarrana.

Pero lo que no sabía el caballero, que de saberlo arde Troya, era que el ladrón de la última ternera no había sido otro que su propio hijo, quien, sigilosamente, la sustrajo una noche del potrero de la engorda, conduciéndola amarrada a donde pronto lo sabrá el lector.

- II -

Se habían encendido las luces en la casa: velas de sebo y lámparas de parafina en el interior de las piezas, cuyas puertas permanecían cerradas. Un gran farol de latón colgado de un clavo en la muralla, proyectaba los rayos de su reflector por entre los naranjos del patio, y sus rastros de luz llegaban hasta el camino público. Otros faroles esparcían sus luces mortecinas en los patios interiores, tan débiles y vacilantes, que acrecentaban más la obscuridad en que yacía el resto de la casa, llena toda ella de medrosas sombras y silencio.

De vez en cuando algún ruido llegaba desde la cocina, de la cual salía un rayo de luz viva que cortaba la obscuridad del patio. Y se oía distintamente el chirrido de la grasa que hervía en la sartén, el golpeteo de una piedra de moler o los reniegos de la cocinera que atizaba el fuego.

-¡Zafa, intruso, y mándate cambiar, moledera, antes que te ajuste un garrotazo en el lomo! -gritaron, y una mujer, armada de una raja de leña, apareció detrás de un perro que, con la cola entre las piernas, salió más que ligero.

A poco rato gritó otra vez la cocinera, asomándose a la puerta:

-¡Juana del Carmen, dónde dejaste la olla colorera?... ¡Qué demontre de muchacha!... ¡Y tanto que se dilata esta china!

-¡Ya voy! -respondió una muchacha, saliendo a escape y a pata pelada de un cuarto.

-¡Vuelve luego, pues!... ¡No te demores!... ¡Ven a acabarnos de contar el cuento! - suplicaron varios niños, hijos de don Salustio, que sentados en sillitas de paja en torno de un brasero, oían con gran interés un cuento de la sirvienta.

Cuando regresó Juana del Carmen, le dijeron:

-Sigue, pues, el cuento... Cierra la puerta.

-¿Dónde íbamos? -preguntó sentándose cruzada de piernas sobre la estera del suelo.

-Cuando la vieja bruja se estaba poniendo los betunes para convertirse en animal.

-¡Ah, ya me acuerdo! Bueno, pues. La vieja pícara se untó toíto el cuerpo y se convirtió en chivo, con unos cuernos retorcíos y unas barbas largas y unos ojos coloraos y torcíos, que daban mieo, porque se parecía a los del diablo.

Los niños abrieron tamaños ojos y miraron asustados en dirección a la puerta, que empujaba el viento como si alguien quisiera entrar.

-No me gusta el cuento -dijo Rosita, niña de cinco años.

-No le hagas caso, sigue no más, Juana... ¿Por qué no te gusta el cuento?

-Porque no me gusta que salga el diablo...

-¿Pero no vez que es cuento? Sigue, pues, Juana.

-Dey no más se fue al trote el chivo a la majá de los corderos haciéndose la lesa la vieja pícara pa que no la conocieran, y se puso a mirar a los corderitos pa robarse uno y pa comérselo. El carnero paire que los cuidaba, toíto desconfiao, se le fue acercando poquito a poco, con la cabeza gacha, cuando ¡jito e mi alma!, de repente no más el chivo se paró en dos patas y con la cabeza torcía, y a la mala, le ajustó un cabezazo en la panza que hizo ¡pum! y tiró de espalditas al carnero con las patas parás pa'riba. Y dey los corderitos asustáos arrancaron a la imperdible, balando y guaniando tupiíto, como granizo, y se treparon a las pieiras y a los riscos a mirar la pelea.

Los niños celebraban con grandes carcajadas y golpeábanse las rodillas con las manos, mirándose los unos a los otros.

-¡Muy cochino el cuento! -dijo Rosita, que no había participado de la alegría de sus hermanos. Y como éstos se rieran con más ganas, se levantó con presteza y se retiró a un rincón, en donde se quedó plantada chupándose un dedo y mirándolos con enojo.

-Si la Rosa no quiere oír el cuento, que no venga, pues. No le hagan caso.

-Venga, misiá Rosita -le dijo cariñosamente la sirviente.

-¡No quiero y tú eres una tonta y todos son unos tontos! -contestó furiosa la chica, y les sacó la lengua.

-Ya está, pues, sigue no más, Juana.

-Entonces el carnero se levantó del suelo hecho un quique de enojao y le ijo al chivo: - ¿Qué venís de pelea? is que le ijo.

-¿Qué hablan entonces los carneros? -preguntó Sara (nueve años).

En los cuentos hablan, pues -le contestó su hermana María (once años).

-Yo sé que hablan los animales, ahora que me acuerdo. Misiá Manuelita (la preceptora) nos contó en la clase de historia sagrada que una vez habló un macho.

-No fue macho, tonta, fue un burro -corrigió María.

-Macho fue, y tú serás más tonta que no sabes nada ni aprendes las lecciones tampoco en la escuela -replicó picada Sara.

-¡Cállate, zonza! -le dijo María, y con el revés de la mano le tapó la boca.

Sara le dio un tirón de pelo, y la ofendida le correspondió con otro más fuerte.

-¡Ya se pusieron a pelear! -intervino Marcos (doce años) tomando la mano a María y sacudiéndosela con fuerza que soltó el llanto, y cubriéndose la cara con un brazo, se retiró a otro rincón, vuelta a la pared.

-¡Juana del Carmen -gritó la cocinera...- ¿Dónde dejaste el tacho?

-Ya voy... ¡Buena con la vieja!

De la habitación contigua llegó una joven de unos diecisiete años de edad, rubia y de formas espléndidas. Traía de abrigo un chalcito de lana granate, cruzando al pecho y atado atrás, y por la espalda le caía, hasta más abajo de la cintura, la maciza trenza de sus cabellos de oro con un lacito azul celeste atado en la punta. Se llamaba Marta y era la hija mayor de la familia Guzmán.

-¿Qué están haciendo? -preguntó a sus hermanos.

-Nos estaba contando un cuento la Juana del Carmen.

-¿Y por qué está llorando la Mariquita?

-De peleadora que es, pues.

-Yo no soy peleadora; la Sara me pegó primero -contestó María, con los ojos brillantes aún de lágrimas.

-¿Y la Rosita dónde está que no la veo?

Se sonrieron los muchachos y por seña le indicaron una cama detrás de la cual se hallaba oculta la chica. Marcos dijo en voz baja:

-Está taimada porque no le gustaba el cuento.

-No es verdad -contestó la aludida asomando la cabeza por encima de la cama, como movida por un resorte; y fijó en Marta sus grandes ojos pardos con dolorosa expresión de víctima y un pestañeo de los párpados, precursor de llanto, más fingido que verdadero.

-Venga mi linda! -exclamó Marta corriendo hacia ella, tomándola amorosamente en sus brazos y prodigándola mil tiernas caricias y dulces palabras.

La chica miraba a sus hermanos con expresión de triunfo.

-Yo le voy a contar a Ud. un cuento bien bonito -le dijo Marta sentándose sobre sus rodillas, al lado del brasero.

Todos se aprestaron a oír el cuento. La joven comenzó así:

-Esteras y esteras para secar peras; estera y esteritas para secar peritas; y estera una mamá que tenía cuatro hijos. Uno se llamaba Marcos, otra María, otra Sara y la otra, la más chiquita y regalona, se llamaba Rosita.

Al oír sus propios nombres reían y palmoteaban los muchachos.

-¿Y no tenían más hermanos? -preguntó Marcos.

-Sí tenían, pero no entran en este cuento.

-¿Y tenían papá?

-Sí tenían, pero el papá y la mamá se habían ido a Santiago y los dejó solitos al cuidado de una hermana grandulota que los quería mucho.

-¿Y hay viejas brujas en el cuento?...

-No, mi Rosita.

-¿Y corderos cochinos?...

-Tampoco. ¿Por qué me pregunta eso?

-Porque la Juana del Carmen dijo que los corderitos guaniaban como granizos... ¡Tan cochina!

Los niños soltaron la carcajada, y Marta, sin poder contener la suya, cubría de besos los cabellos de su hermanita, estrechándola con ese cariño efusivo, casi maternal, que la hermana mayor tiene por la más pequeña.

Con un rápido movimiento se echó a la espalda a su hermanita, bien sujeta de las piernas, en tanto la chica le rodeaba el cuello con sus brazos. Y se puso la traviesa

muchacha a dar saltos y cabriolas por el cuarto, como un caballo alborotado, tumbándola por último sobre la cama y quedando ambas deliciosamente abrazadas, pataleando y riendo con una alegría bulliciosa en la que se oían sonoros besos y ruidosas carcajadas, como si les hicieran cosquillas.

-Ahora -dijo Marta, poniéndose de pie -vamos a correr al patio. No se calienten tanto en las brasas, niños, que les van a salir sabañones.

Salieron en tropel. El patio estaba oscuro, sin más luz que la del farol colgado en uno de los corredores.

-¡A que no me pillan! -les dijo Marta, y emprendió la carrera dando vueltas por los corredores, seguida de sus hermanos. De atrás iba un perrazo blanco, «Palomo», que sin ser convidado no les perdía pisadas, dando ladridos y saltos.

Por momentos, se perdían todos en la obscuridad, oyéndose el traqueteo de sus pies y sus risas entrecortadas por la fatiga; apareciendo en la proximidad del farol, y viéndose entonces a Marta, siempre delante, su abrigo de lana en una mano y la hermosa y maciza trenza de oro batiéndole la espalda.

-¡Pillada! -exclamó Marcos tomándola de la cintura.

Marta, respirando fatigosamente, se dejó caer en un escaño, rendida de cansancio.

-¡Yo la pillé primero! -dijo Rosita abrazándose a sus rodillas y la última en llegar.

Después de un momento de reposo les propuso Marta formar el batallón como los soldados.

-Pónganse en fila por orden de edad. Tú, Marcos, primero; después la María, después la Sara, y la Rosita al último. Yo soy el capitán que manda.

-¿Y «Palomo» qué es? -preguntó María señalando al perro que los miraba con su cara de buen amigo, batiendo la cola y esperando órdenes.

-«Palomo» es el cabo -contestó Marta, y los muchachos soltaron la risa.

-¡Tan lindo, mi hijito! -le dijo Sara a «Palomo» y le abrazó la cabeza y lo besó...- Pórtese bien, pues, no venga a calzonearnos ni hacer disparates, ¿no?

Marchaban cantando:

«Mambrú se fue a la guerra,
mirontón, mirontón, mirontere,
no sé cuando vendrá,
si será por la Pascua,
mirontón, mirontón, morontere,

o por la Trinidad».

-¡Una cosa me ha tocado en la cara! -exclamó asustado Marcos... Aquí está en el suelo; es un murciélago.

-¡Ay, que feo!

-Parece un ratón con alas.

El murciélago había extendido el manto negro de sus alas, semejantes a las dos mitades de un paraguas.

-Llévemolo a la cocina para mostrárselo a la Leocadia.

-¡Ya está!

-Ña Leocadia, aquí le traemos este pajarito... ¡Mire qué lindo!

-¡Si es un murciélago! -exclamó la vieja abriendo la boca de oreja a oreja... ¡Y tan feo! Por eso dicen que a estos animales los hace el diablo... Pásalo pa meterle un pucho encendido en los hocicos pa que lo veamos pitar y echar humo.

- III -

Mientras en la cocina hacían fumar al murciélago, con gran admiración de los niños, en la antesala de la casa, aún sin luz encendida, ni más claridad que la muy tenue que esparcía un brasero lleno de brasas, se distinguía vagamente una especie de bulto o fantasma. Fijándose bien podía verse que era un anciano, sentado e inmóvil, calentándose allegado al fuego.

El solitario viejo miraba los carbones encendidos, tocándolos de cuando en cuando con un palo que le servía de bastón. Y cada vez que los removía le iluminaba la faz un resplandor rojizo, dándole la apariencia de un demonio que surgía de la oscuridad. Y entonces se veía también un gato negro, apelotonado dormitando al lado del brasero.

Vino a sacarle de sus profundas cavilaciones una señora de noble figura, de aire bondadoso y serio, que apareció en la puerta conduciendo una lámpara encendida. Entró haciendo sonar sus suecos y un manojito de llaves que de la cintura le colgaba. Traía rebozo de lana y recogida su cabellera en una red de tupidas mallas.

Misiá Rosario, que así se llamaba, y era la digna esposa de don Salustio, colocó la lámpara sobre una mesa de arrimo y fue enseguida a sentarse en actitud de abatimiento frente al anciano, su padre. Sacó unos palillos y un ovillo de lana y se puso a tejer en silencio una labor comenzada con la paciente resignación y mansedumbre de la madre chilena, que no pierde su tiempo ni en las mayores tribulaciones.

-¿Qué le parece?, Justo Pastor no llega todavía... Estoy muy intranquila -dijo la señora mirando a su padre.

Quien no contestó palabra, y se quedó con los ojuelos clavados en las brasas.

Siguió tejiendo misiá Rosario.

Como oyera ruido de pasos en el camino real, se levantó a mirar, entreabriendo la ventana. Eran los peones que se retiraban después de recibido su jornal; los veía cuando cruzaban el pequeño espacio iluminado por la luz que proyectaba el farol. Luego de pasar el último, cerró, volviendo a su asiento, atenta a su labor, pero más atenta a todo ruido que llegase de fuera.

El viejo no daba señales de enterarse de nada. Y así siguieron en silencio, ella tejiendo y desahogando sus penas en hondos y entrecortados suspiros; él absorto, al parecer, en antiguos pensamientos y golpeando los carbones con su palo. Afuera, en las tinieblas de la noche, gemía el viento o batía con estrépito las puertas.

-¿Padre? -moduló en voz baja misiá Rosario, alzando tímida la vista.

-¿Hum!... ¿He! -murmuró entre dientes el interpelado como si volviera del otro mundo, y erizó los cuatro pelos de sus cejas, blancas como sus bigotes.

-¿Qué le parece?... No lo han encontrado por ninguna parte...

-¿Qué dices? ¿Qué cosa? -preguntó el viejo ya del todo despabilado, mirando con fijeza a su hija.

-¡Justo Pastor que todavía no llega!

-¡Ah! Sí. No te aflijas; son cosas de la mocedad.

-¿Qué le habrá sucedido a este niño!... Pudiera acordarse de su pobre madre para no hacerla sufrir así, o pensar en su padre, que es tan severo. Salustio anda muy enojado.

-Te digo que no te aflijas. Ahí llegará tan bueno y sano como otras veces. Nada puede sucederle, no es un niño, ni se dejará manosear de nadie.

-¡No haber mandado siquiera un recado que explicara su tardanza y nos sacara de cuidados... Le tiene poco apego a la casa, a la familia, padre, y busca pretextos para salir y juntarse con otras personas, cuyo trato prefiere al de los suyos.

-No hay tal falta de cariño a la familia -replicó animándose el viejo. Lo que hay, ya te lo he dicho otras veces, es que al muchacho le falta aquí un aliciente de vida; y es claro, se aburre encerrado en esta casa, donde tu marido, como amo absoluto de ella, no le permite iniciativa alguna. ¿En qué lo asocia? En nada. ¿Qué participación le da en sus trabajos?

Ninguna. Salvo ocuparlo en cosas propias de un peón, mandándolo a ver si regaron los potreros, a decirle al carretero que ponga en la carreta los bueyes aguaneses, u otras comisiones de ese jaez, humillantes para tu hijo. Y el muchacho, que ya ha cumplido sus veinte años, tiene, como es natural, ansia grande de emancipación, de una vida propia. Esa es la ley de la naturaleza. El trabajo ennoblece la vida, pero ha de ser con la independencia del hombre libre, no con la servidumbre del esclavo. No te engañes, Rosario.

-Pero si ha de usar su libertad para hacernos sufrir y andar en malas juntas...

-¡Pero se te ocurre que se va a pasar pegado a tus polleras, rezando el rosario o esperando que le pongan el ulpo en la boca! ¡Vamos hombre, que hay cosas que...

No terminó su pensamiento, ajustándole un palo a un carbón humeante, que al partirse dejó escapar varias chispas, de las que una, de regulares dimensiones, fue a caer ardiendo sobre el petate, acudiendo presurosa misiá Rosario con las tenazas a recogerlo.

El gato dio un salto; y con el lomo arqueado y erizada la cola se trepó sobre una mesa y se quedó mirando al viejo con sus ojos malos de felino.

Este extraño sujeto, suegro de don Salustio Guzmán, era el famoso don José Antonio López, veterano ilustre de la Independencia, y un viejo pólvora, alto y seco de cuerpo que en lo nervudo y recio de su complexión algo tenía de la estampa ajamonada y tendinosa de don Quijote, contribuyendo a ello su nariz corva y sus ojitos grises de aguilucho, vivos y penetrantes, asaz despreciativos, siendo además corajudo como el ilustre manchego, no obstante su edad proyecta, pues pasaba de los 80 años.

Siempre gustó de la lectura, más no de los libros disparatados de caballería andante que le trastocaron el seso al otro, sino de las historias verídicas que relatan los grandes hechos de los pueblos y pintan las hazañas de sus esforzados capitanes.

Se diferenciaba, además, del «Caballero de la Triste Figura» en su vestimenta, pues usaba largo y vistoso poncho, tejido en el Huique, sobre un levitoque con botones de metal, gorro de piel de coipo, metido de medio lado hasta las cejas, a la cosaca, y un palo de madera de tebo, duro como fierro, que rara vez dejaba de la mano: prendas de gentilhombre colchagüino que jamás se hubiese puesto el hidalgo castellano, ni que lo molieran a palos.

Su oficio habían sido las armas, a las que en mejores tiempos consagró su vida, conquistando fama de valiente y más de un jirón de gloria. Para don José Antonio, fanático del heroísmo militar, y chileno hasta los huesos, no había en el mundo entero capitanes como O'Higgins, San Martín, Carrera, Freire, Manuel Rodríguez, Las Heras; ni figuras más altivas que Caupolicán y Lautaro, ni patria como su patria chilena, a la que amaba con el culto ardiente del viejo soldado que la ha defendido con su sangre en los campos de batalla.

Representaba una época en que los hombres eran mejores y hacían vida sencilla y austera, siendo su más grande ambición la gloria.

Cumplida su misión y envainado el sable, reposaba al presente en el seno del hogar, buscando en medio de sus nietos dulce consuelo a sus quebrantos.

Con pasos quedos y sombrío rostro apareció don Salustio en la puerta de la estancia. Se quedó un instante contemplando a su esposa y a su suegro, y luego entró del todo.

-No es posible -dijo -que permanezcamos cruzados de brazos ante los robos escandalosos que está cometiendo el bandido Ciriaco Contreras, cuya audacia ya va pasando de raya. ¡Robarme tres terneras en menos de dos meses, el facineroso!... Es una vergüenza, una afrenta para nosotros que lo estemos tolerando con una resignación musulmana. Hoy mismo escribo al Intendente de la provincia pidiéndole el auxilio de la fuerza pública. Bastan unos cuantos soldados, a los cuales nosotros agregaremos algunos hombres más, armados y en buenos caballos. Y si es necesario, yo mismo me pondré a la cabeza de la tropa y muerto o vivo hemos de traer a ese bandido.

-¡Cómo vas a ir tú, Salustio, eso no, pues. Otras personas pueden hacerlo! -expresó misiá Rosario dirigiendo a su esposo una mirada angustiada y suplicante.

-¿Quién! -exclamó con exaltación el señor Guzmán. ¡Qué no ves, Rosario, que aquí no hay nadie capaz de hacerlo y que hasta el subdelegado le teme porque el bandido lo tiene amenazado! Y como el subdelegado son los demás, que de cobardes prefieren congraciarse con el salteador, prestándole dinero y dándole la mano como a un caballero, cuando no son oportunos avisos para que se fugue y esconda. ¿De quién valerme entonces?

Oyendo hablar de estas cosas el veterano comenzó a erizarse todo, y oprimía el tebo recordando quizás episodios de montoneras allá en tiempos de los Benavides y Pincheiras, y miraba a su yerno con ojillos fosforescentes.

Después de una pausa continuó don Salustio desahogando la tormenta que en su pecho ardía:

-A ese badulaque de Justo Pastor se le ha visto ayer rondando el pueblo, y anteayer estaba en Cantarrana topeando a la vara de una chingana, en compañía de gente indigna, probablemente bebiendo. ¡Qué tal! A este paso, perdida ya toda vergüenza, pronto terminará de salteador, como Ciriaco Contreras.

-¡No digas eso, Salustio! -exclamó misiá Rosario, oprimiéndose las manos.

Don José Antonio salió a la defensa de su nieto, diciendo que las faltas que tanto exageraba su yerno, haciendo vaticinios temerarios, debían atribuirse a la juventud, de por sí inexperta y turbulenta. En la conducta de su nieto había más de locura que de maldad.

-Usted siempre lo disculpa, don José Antonio -manifestó con enfado don Salustio.

-¡Yo no lo disculpo, entiéndeme bien! -replicó con viveza el veterano. Lo que he dicho siempre y lo repito ahora, es que el muchacho tiene la sangre recaliente, cosa propia de su mocedad y de su temperamento. No me den a mí gente con horchata en las venas,

aguachirles buenos para nada. Prefiero un tuno a un baboso... ¿Qué es algo arrebatado y levantisco? Cierto. Pero es valiente, generoso y caballero. ¿No se arrojó un día al río para salvar a la mujer del Toño, que se estaba ahogando?... ¿Te olvidas lo que hizo cuando lo asaltaron en Ligüesimo, defendiéndose solo contra dos y trayendo uno amarrado al pegual?... José Miguel Carrera fue lo mismo; su padre lo tenía por un desalmado. ¿Comprendes?

-Lo que yo comprendo, señor, es que Justo Pastor es un tunante y que si fusilaron a Carrera no sería por sus méritos...

-¡No me interrumpas, déjame hablar!... ¿Qué te estaba diciendo? ¡Ah!... Sí. También yo he sido joven y he cometido locuras y más de una tunantada. Así es la vida cuando se está en la flor de los años, que de otra suerte lo mismo daría ser un buey manso que a punta de picana abre un surco en un campo de estoquillales. Pero el muchacho, ¿qué tiene aquí? Nada; y falto de campo en qué ejercitar su actividad se aburre y se extravía.

-Me parece -expresó en tono irónico el señor Guzmán, que aquí no le faltaría campo, como usted dice, si quisiera trabajar y ayudarme en el fundo.

-¿Pero se te ocurre que ha nacido para arrear vacas?... ¡Ustedes tienen la culpa de que el muchacho se esté perdiendo!...

-Pero, padre, ¿cómo puede usted decir eso?

-Lo digo y lo repito -afirmó el veterano accionando con el palo de tebo.

-Se olvida, padre, de todo lo que hemos hecho por su educación, que hasta una beca le conseguimos en el Seminario de Santiago, y si no continuó sus estudios hasta ordenarse, como eran mis deseos, no fue por culpa nuestra, por cierto.

-¡Hasta ordenarse! -repitió en tono burlesco don José Antonio... ¡A quién se le ocurre hacer estudiar para cura a un mozo como un toruno! Te he dicho que no sirve para arrear vacas; pues sábetete que tampoco sirve para cartujo, porque un nieto mío ¡canastos!, uno que lleva mi sangre, sangre de militar, ¿oyes?, no puede ser un rústico patán ni un monigote de sacristía. ¿Comprendes? No. Me lo imaginaba.

-Vamos a ver, ¿qué le parece que hagamos con él? Nosotros estimamos mucho su consejo -expresó don Salustio, interviniendo a fin de calmar la excitación de su suegro, temeroso de que cayera en una de las crisis violentas a que estaba expuesto cuando se le exasperaba.

Iba a contestar don José Antonio, mas se detuvo y le dejaron suspenso las voces de los niños, que pasaron marchando frente a la puerta y cantando a gritos:

«Cantemos la gloria
del triunfo marcial
que el pueblo chileno

obtuvo en Yungay».

Por la mente del veterano debió cruzar el relámpago de un recuerdo lejano, de su pasado glorioso, porque se alteró su rostro con una serie de gestos y convulsiones, enrojeciendo como si a boca de jarro hubiese recibido un foganazo. De pronto se puso de pie con agilidad extraordinaria, y blandiendo el palo exclamó con atropellada voz, echando chispas por los ojos:

-¡Debieron meterlo a la milicia; sí, a la caballería, donde se prueban los hombres de coraje y puño firme. Yo le hubiera enseñado el manejo de las armas y a tirar un mandoble de alto abajo, cargando a la carrera sable en mano, pistola en la otra, machete de repuesto en la cintura. Y hubiera aprendido de mí a revolver el caballo entre los enemigos, atacándolos sin cuartel, de frente, de lado, por la derecha, por la izquierda, hasta desbaratarlos, segarlos y confundirlos!

Después de accionar con el tebo, como si tuviese al frente un enemigo imaginario, se sentó fatigado.

A la sazón aparecieron los niños agrupados en la puerta, diciendo que estaba chispeando y caían goterones. Marta exclamó entrando:

-¡Uf, qué calor! -Y se daba aire con una mano, teniendo en la otra su abrigo de lana granate. Fijándose en don José Antonio, agregó:

-¿Por qué está tan agitado el abuelito?

Y fue a abrazarlo y se le sentó en las rodillas echándole un brazo al cuello mientras que con la otra mano trataba de arreglarse los desordenados cabellos rubios que le caían por la blanca frente.

-Creo que ya es hora de comer -manifestó la señora, saliendo en dirección del comedor, seguido de cerca por su esposo; y llamó a los niños.

Dulce bálsamo fueron para el abuelo las caricias de su nieta regalona. Manso y domesticado ya como un cordero, la abrazó tiernamente envolviéndola en su poncho y acariciándole la trenza y la mano, que le besó enseguida dulcemente.

Encantador era el grupo que formaban ambos, deliciosamente entrelazados, semejando al rosal florido de graciosa forma y que en un rincón del huerto trepaba sobre un viejo muro de la casa prestándole el encanto incomparable de su delicada gracia juvenil; o al jazmín oloroso del corredor amorosamente abrazado al pilar de roble secular.

-¿Vamos, abuelito? Nos espera la sopa calientita -dijo la niña poniéndose de pie. Y tomándose del brazo del anciano lo condujo blandamente al comedor.

Abundante y sana fue la comida. Después de una sopa de pierna de carnero, servida hirviendo a borbotones en una fuente de greda, comieron un gran puchero aderezado con

lonjas de tocino y otros variados y apetitosos aditamentos. Se siguió el charquicán de legítimo vacuno, un asado de cordero a la picana, y el consabido plato de porotos bayos rancagüinos.

Durante ella, don Salustio, reconcentrado y mudo, no cambió más palabras que las de un reprimido mal humor. Doña Rosario hacía platos o comía en silencio. Marta cuidaba del abuelo, sin olvidarse, por cierto, de servirle un vinillo añejo del exclusivo resorte del veterano. Los niños se comunicaban entre sí por señas o cuchicheaban en voz baja mirando a su padre de reojo.

No fue alegre la comida, ni podía serlo en aquellas circunstancias. Tampoco lo eran casi nunca, debido al carácter del dueño de casa, autoritario y dominante.

Pertenecía don Salustio Guzmán a esas familias de antigua cepa y rancias costumbres coloniales, netamente chilenas, que vivían arraigadas en provincia formando una especie de nobleza agraria, y en cuyas manos estaba la riqueza casi única del país, vinculada al cultivo de sus feraces tierras.

Educado a la antigua, del tiempo en que los hijos trataban de Su Merced al propio padre y le besaban la mano en señal del vasallaje, jamás se permitía con los suyos intimidades familiares, estimando que la mucha confianza relaja la obediencia en menoscabo de la autoridad paterna y del respeto que se le debe.

No obstante, amaba a sus hijos con amor entrañable, viéndosele palpar en el fondo de sus pequeños ojos zarcos cuando alguno caía enfermo, o, cuando inmóvil y en silencio, se detenía a contemplarlos en sus juegos infantiles.

En política era un montvarista acérrimo, partidario convencido del principio de autoridad y de los gobiernos de mano de hierro. Por lo demás, abominaba de las democracias, calificándolas de chusmas perturbadoras y anárquicas. Sentimiento y opiniones que como jefe de la familia y patrón de sus inquilinos ponía en práctica con rígida severidad, aunque no exenta de justicia.

El gran respeto, más bien dicho, el miedo que sus hijos le tenían los retraía de acercarse a él. En cambio buscaban, ávidos el cariño, el regazo de la madre, querendona y buena, o el trato del abuelo, dispuesto siempre a defenderlos, que les daba juguetes y golosinas y les contaba cuentos.

-Cuéntenos, abuelo, una guerra con los godos -le decían los muchachos trepándosele a caballo en las piernas y agarrándose firmes, sabiendo lo que iba a suceder.

Don José Antonio ponía una cara fiera, erizaba las cejas y comenzaba a matar godos sacudiéndose con violencia y tirando al suelo a sus nietos, los sarracenos que caían dando pataleos, gritos y carcajadas.

Lo idolatraban. ¡Cuán verdadero es aquel proverbio: «Quien no ha conocido abuelo, no sabe de bueno»!

Alzados los manteles, misiá Rosario golpeó las manos llamando a toda su gente a rezar el Santísimo Rosario.

Don Salustio salió a pasearse al corredor de la calle, fumando su cigarrillo de hoja y en espera de sus contertulios de malilla, que no tardarían en llegar.

- IV -

Efectivamente, luego aparecieron en el camino público tres personas con sendos faroles encendidos, largos ponchos de castilla y facha de penitentes. Eran don Baldomero Valencia, subdelegado del pueblo, el cura párroco don Cayetano Peralta y su sobrino Eduardo Ruiz.

Los recibió cortésmente el señor Guzmán y después de los saludos de estilo se encaminaron a la antesala, donde ya estaba preparada la mesa malillera.

Sin acabar de sentarse estos personajes, apareció en la puerta un sujeto que dijo:

-¡Buenas! -y se entró como Pedro por su casa, con un modo despabilado y confianzudo.

-¡Y santas! -le contestó el cura sin mirarlo.

Era don Nicolás Pérez, tendero y el cuarto comensal de la malilla; sujeto que en lo moreno y reseco parecía una quirinca de espino.

-Casi no vine -dijo-. Como estaban cayendo goterones creí que llovería.

-Por poca cosa se desanima Ud. don Níco -le contestó el cura, cuya voluminosa estampa y cara mofletuda hacían contraste con la flacura de lagartija disecada de Pérez, el cual replicó:

-¡Hombre, con el tiempo que hace y norteando que da miedo!...

-No creo que llueva tan pronto -expresó don Salustio.

-Sin embargo, señor, suele llover cuando menos se piensa -agregó el subdelegado con una gravedad risible.

El sobrino del cura, que no jugaba, allegó su silla detrás del tío para ver el juego.

Cortésmente le dijo don Salustio:

-Tuve mucho gusto de saber por don Cayetano que el accidente ocurrido a su padre no fue grave. Cuando le escriba felicítele y también por el rendimiento y calidad de su cosecha.

-Gracias, señor, mi padre agradecerá mucho sus saludos y felicitaciones -contestó el joven vivamente emocionado.

El padre del joven Ruiz, a quien tan finos recados enviaba don Salustio, era don Facundo Ruiz, el huaso Ruiz, como le llamaban: un hacendado de Yaquil, hombre rústico por demás y tan montuno y serrano que al primer diucazo ya estaba de a caballo en traje de campañista recorriendo montes, quebradas y llanos, acompañado de una cuadrilla de perros de todos tamaños y pelajes, dando sus órdenes a gritos o a pencazos, por cuestiones de terrón más o terrón menos.

Era viudo de una hermana del cura don Cayetano y no tenía otro hijo que Eduardo, a quien hacía estudiar abogacía en Santiago, esperando que habría de darle lustre al apellido y defenderle los pleitos que por deslindes y agua le ponían sus vecinos.

El interés manifestado por el dueño de casa preguntando por él y enviándole felicitaciones, eran meras formas de urbanidad y cortesía, pues una antigua y enojosa cuestión de regadío les tenía agriados. Un pequeño fundo de don Salustio deslindaba con la hacienda de don Facundo, quien para regar unos terrenos altos hacía tacos que rebalsaban el agua inundando parte del fundo del señor Guzmán con grave perjuicio a sus intereses. Y de ahí el origen de una situación vidriosa y de un cambio de cartas y recados, sosteniendo sus derechos cada cual; en forma culta y moderada de parte de don Salustio, intransigente y dura del otro bando.

Mientras el subdelegado daba las cartas, distribuyéndolas por montoncitos que arrojaba frente a cada jugador, le preguntó al estudiante si pensaba permanecer algunos días en el pueblo.

-Solamente dos días y de paso para Santiago, salvo -agregó sonriendo -que mi tío y padrino se aburra antes conmigo...

-¡Hombre, qué disparate estás diciendo! -exclamó el cura, con el brazo en el aire y una carta en la mano. Y acto continuo tiró un arrastre de malilla.

A don Ñico se le descompuso la cara, miró al cura, y arrojando su carta dijo enfadado:

-¡Me pilló el as en pelota!...

Se rieron con gozo celebrando la jugada, menos don Ñico, a quien no le hizo maldita la gracia y disimulando mal su despecho se rascaba la cabeza con un dedo.

No era seguramente por el tío cura por quien se quedaba en el pueblo el sobrino, ni muchísimo menos por asistir de mirón al juego de malilla en casa del señor Guzmán. Otro

gancho había en el pueblo muchísimo más atractivo que la cara campechana del buen cura y los arrastres de malilla que a don Ñico le hacían tan poca gracia.

Y el atractivo estaba precisamente en casa de don Salustio, cosa que luego pudo verse al aparecer Marta en la puerta, acompañada de su madre. A su vista palideció Eduardo, pareciéndole que se alumbraba la estancia, y se levantó a saludarlas.

Le hizo una acogida cariñosa la señora, terminando por invitarle a jugar una partida de brisca en compañía de Marta, que permanecía silenciosa y reservada.

No podían haberle hecho una proposición más de su agrado.

En la pieza contigua arregló Marta una mesita, y a ella se sentaron a jugar en dulce intimidad, al calor de un brasero y a la suave luz de una lámpara con pantalla, colocada sobre la mesa.

Madre e hija llevaban puestos mitones de abrigo, chalón de terno la señora y la muchacha su punta granate de lana, sobre la cual le caía por la espalda su hermosa trenza de cabellos rubios.

Mientras jugaban, la miraba el estudiante embelesado, cometiendo a cada instante mil renuncios y chambonadas.

Tenía Marta una frescura de rosa y unas pequitas en la cara por debajo de los párpados, que lejos de afearla, como ella creía, la agraciaban. Sintiendo fijos los ojos del joven curioseándole la cara, pensó eran las pecas las que le miraba; y avergonzada se cubría con las cartas.

¡Inocente!... Deliciosas se las encontraba el mozo, y en lo que precisamente pensaba era en que se las hubiese comido a besos, una por una, de buena gana.

-Son bastos los jugados, Eduardo, no renuncie -le dijo misiá Rosario.

-Tiene razón, señora, no me había fijado -respondió el joven rectificando la jugada.

Eduardo Ruiz fue criado por el cura, a quien se lo entregó su padre luego de quedar viudo, diciéndole que se hiciera cargo del huachito y le enseñara el silabario y la doctrina cristiana, preparándolo para enviarlo más tarde a estudiar a Santiago.

Por tal motivo el hijo de don Facundo residió en Santa Cruz hasta su adolescencia, fue compañero de Justo Pastor, de su misma edad, con quien se veía diariamente y jugaban ya en casa de los Guzmán, ya en la casa parroquial o en la plaza. Hacían mil diabluras en el pueblo, se entraban a los huertos a saquear los árboles frutales o se largaban por los potreros a torear vacas y a montar potrillos. Eran unos barrabases que no le tenían miedo a nada ni a nadie, a pesar de los muchos azotes que recibieran. A Eduardo le decían el «ñato» por no ser muy favorecido de narices, y también «el sacristán» porque ayudaba a misa y repicaba las campanas.

Con todo, don Cayetano adoraba a su sobrino, a quien llamaba «sobrindio», asegurando que por sus venas corría mucha sangre araucana y que su padre, don Facundo, no era más que un puro cacique, no del todo civilizado. Y con estas bromas se reía el alegre cura.

-Oye, sobrindio -le dijo a la hora de comida una noche que quiso tantearle el coraje- anda a la sacristía y me traes la botella de vino añejo que está detrás del altar, sobre la mesa donde hay una calavera, al lado de las vinajeras.

El muchacho que era vivo como la pólvora, se levantó inmediatamente de su asiento.

-¿Te animas, sobrindio?

-¡Claro que me animo!...

-Lleva la vela, mira que está muy oscuro y puedes tropezar.

Un momento después regresaba Eduardo con la botella de vino.

-Gracias, muchacho... ¿Y no le tuviste miedo a la calavera?

-¡Se movía, tío, cuando alumbré con la vela!...

-¿Cómo que se movía hombre? -exclamó don Cayetano asombrado.

-Salió una laucha de adentro de la calavera, tío...

Al cura le dio una risa estrepitosa, interminable, que casi lo sofocaba, tosiendo, expectorando, llorando, oprimiéndose a dos manos el vientre o apoyándose en los muebles.

Cuando Eduardo venía a jugar a casa de Justo Pastor, Martita, tres años menor que ellos, no se mezclaba a sus juegos. Juguetona con los suyos, era retraída con los extraños. Se diría orgullo, en realidad era pudor. Tenía una gran dulzura y un no sé qué de distinción en toda su persona. Eduardo era tímido con ella y sentía una emoción ruborosa en su presencia. Se le imaginaba ser la princesita encantada y rubia de los cuentos de hadas, destinada por «Su Sacarrial Majestad», su padre, a un príncipe extranjero, encantador, o al valeroso mancebo que diese muerte a la serpe de las siete cabezas que asolaba el reino. Y él quisiera darle muerte a la serpe, cortarle las siete cabezas y con ellas envueltas en un pañuelo presentarse al rey, y vaciándolas por el suelo y poniéndose de rodillas pedirle la mano de su hija. «Palabra de Rey no puede faltar».

Queriendo impresionarla adoptaba ademanes litúrgicos cuando ayudaba a misa, e iba solemne en las procesiones, adornado con una sobrepelliz muy larga, balanceando el viejo incensario de plata, haciendo sonar las cadenas y empeñado en echarle mucho humo a don Cayetano. De cuando en cuando miraba de reojo a la concurrencia.

Un día que el hijo del boticario dijo la rucia pecosa, refiriéndose a Martita, le increpó indignado su atrevimiento; y palabras van, palabras vienen, se agarraron a chopazos.

En otra ocasión se encontraban con Justo Pastor y otros muchachos en el potrerillo de las casas del señor Guzmán y se desafiaban entre ellos a montar un potrón chúcaro que un sirviente tenía sujeto del bozal. Ninguno se atrevía a hacerlo.

Marta, acompañada de su padre, apareció en la puerta de tranca.

-Yo lo monto -dijo Eduardo, sujétenmelo bien. Y poniendo el pie en el estribo, ligero como un pájaro, se lanzó sobre la cabalgadura, tomándole la brida y oprimiéndola entre sus piernas.

El bruto se estremece todo, se alza sobre sus patas traseras, agita la cabeza a grande altura, y luego la hunde casi en el suelo tirando coces en el aire, da mil violentos corcovos y parte enseguida como una flecha.

-¡Agárrate, ñato! -le gritan sus compañeros, riéndose de la figura que hace con los pantalones subidos más arriba de las rodillas, sin sombrero y saliéndosele la camisa por la cintura.

-¡Qué imprudencia! -decía don Salustio; en tanto Martita, muy pálida, estaba con el aliento suspendido.

En uno de los corcovos fue disparado lejos el jinete, cayendo malamente al suelo, donde quedó aturdido. Acudiendo a la carrera le alzaron los compañeros y después de lavarle la cara y de curarle una herida, lo condujeron tomado de los brazos a casa de su tío.

Con todo, la princesita no daba muestra alguna de interesarse por él, ya fuese una sonrisa, una mirada que le hiciera concebir un átomo de esperanza, permanecía indiferente a todas las hazañas que hacía por conquistarla, aún con riesgo de la vida. No le era simpático el hijo del huaso Ruiz, ¡ni le gustaban los sacristanes!...

Eduardo fue enviado por su padre al colegio del loco Araya célebre en esa época por su régimen espartano; y al mismo tiempo ingresó Justo Pastor al Seminario.

Desde entonces no vio a Marta por muchos años y fue borrándose su recuerdo, o se reía de aquellos amores de niño.

En las vacaciones últimas se detuvo varios días en casa del tío y la vio y fue grande la impresión que le produjo. -¡Qué muchacha más linda! Bien aseguraba el tío cura que estaba como un sol!

Idéntica impresión de sorpresa recibió Marta: El hijo del huaso Ruiz era todo un gallardo mozo, de nariz un tantico chica pero llevada con gracia picaresca sobre un mostacho negro y sedoso, de puntas levantadas, que unido a una perilla a lo mosquetero, le daba un aire gentil y resuelto de héroe de novela caballerisca.

-¿Y todavía me dice «sacristán»? -le había preguntado Eduardo sonriendo y mostrando sus dientes fuertes y albísimos, la primera vez que se vieron.

-¡Ah, no, qué ocurrencia!... -respondió ruborizada la muchacha. Y pensó: «Si acaso él me llamará rucia pecosa todavía».

Hicieron muchos recuerdos de la infancia, y recordándolos se rieron. Desde entonces el joven Ruiz no perdía ocasión de ver a Marta, cuya sola presencia le producía una emoción muy honda, que expresaba mirándola apasionado con sus grandes ojos negros.

Entretanto en la brisca seguía el mozo cometiendo cada vez mayores chambonadas.

-¡Otro renuncio! -le dijo misiá Rosario. Fíjese que sonoros los jugados... ¿Qué tiene que está tan distraído?

-También se le olvidó apuntar el veinte de copas -indicó Marta sonriendo y dándole una rápida mirada con sus ojos azules luminosos.

-¡De veras, se me había pasado!... Gracias, Marta. ¡Si soy muy torpe!

Lo que tenía el sobrino del cura era que ya no distinguía las copas de los oros a causa de lo que estaba haciendo con su hermosa trenza la muchacha. Se la había pasado por encima del hombro y jugaba con ella, llevándosela a las mejillas y a los entreabiertos labios de rosa, mostrando en ellos sus dientecitos blancos.

¡Qué muchacha más linda! pensaba el estudiante, sin saber si de inocente o de pícara lo hacía, por innata y femenina coquetería. Pero lo que se puede asegurar como bien cierto es que la traviesa niña estaba matando a pausa al hijo de don Facundo.

Las once de la noche serían cuando se retiraron los jugadores, y se fueron por el camino hablando de las incidencias del juego. Don Níco dijo haber perdido veinte reales; también había perdido don Salustio. Los gananciosos resultaban ser don Baldomero y el cura.

-¡Hombre, están cayendo goterones; va a llover esta noche! -expresó don Níco mirando al cielo. Y a propósito, agregó: -¿Qué tendría don Salustio que estaba tan ensimismado? ¿No lo notaron?

-Cosas de su hijo Justo Pastor -respondió el subdelegado.

Se separaron en la plaza, y tío y sobrino se entraron a la casa parroquial.

Antaño

- I -

Amaneció lloviendo por pequeños chubascos. El cura, como de costumbre, se levantó temprano. Era domingo y decía la misa a las diez.

Eduardo, acordándose de sus tiempos se subió al campanario a repicar las campanas, cuyos sonidos, pensaba, oiría Marta, sin sospechar que era él quien la llamaba. Desde lo alto y por encima de las huertas del pueblo dirigió su vista hacia la casa de Marta. ¿Vendría lloviendo? Vino con la mamá y sus hermanitos en el coche de la familia.

La esperó en la puerta de la iglesia. Marta pasó haciendo una ligera venia. Terminada la misa fue a colocarse a la salida con la esperanza de hablarla.

Venía rodeada de sus hermanitos, conduciendo de la mano a la menor. Se detuvieron antes de partir y se acercó Eduardo a saludarlas. Misiá Rosario le preguntó si no les llovió cuando regresaron de su casa. Él dijo que no, que eran simples goterones, aunque estaba muy oscuro y hacía muchísimo viento.

Mientras hablaba sus ojos tropezaron dos o tres veces con los de Marta, que estaba al parecer más ocupada de los niños que del joven, porque no se separaba de ellos, acariciándoles o arreglándoles el vestido. Entregó a Rosita una moneda, diciéndole despacito:

-Tome, désela a ese viejito que pide limosna.

Corrió la chica a depositarla en el sombrero que tendía en una mano el pordiosero.

-Dios se lo pague, mi señorita, y le dé el cielo y la gloria.

Sonriendo volvió Rosita al lado de su hermana:

-Dice que muchas gracias y que Dios lo pagará.

Al tomar el coche misiá Rosario dijo a Eduardo:

-Vaya esta noche al juego de malilla; Ud. jugará brisca con nosotras para que no se aburra y darle desquite.

Dio las gracias Eduardo, prometiendo que de ningún modo faltaría. Y otra vez se encontraron sus ojos con los de Marta, que ella desvió casi inmediatamente; no tan ligero, sin embargo, que no alcanzara a notar la expresión de ternura casi suplicante del joven, sonriéndola con tristeza.

Partieron y el estudiante corrió al campanario, subiendo la escalera de cuatro saltos y desde arriba alcanzó a divisar el coche que con su preciosa carga iba ya llegando a la casa.

El viento al chocar con las campanas, cantaba un lamento interminable y triste. El sol, rompiendo las nubes en un retazo azul, se asomó por aquel portillo lanzando sus rayos, que corrían por el suelo en débiles y pálidos jirones de luz.

Y ahí estaba soñando en sus amores cuando vinieron a despertarle las voces de don Cayetano:

-¿Qué haces ahí, hombre?... Baja que es hora de almorzar.

La tarde la pasó como alma en pena sin encontrar reposo a su impaciencia. No le quedaba más remedio que aburrirse y desesperarse en aquella pobrísima aldea, cuyos escasos habitantes hacían en invierno, faltos de trabajo, vida sedentaria y perezosa, encerrados en sus casas, ya durmiendo la siesta o bostezando con cara embrutecida y soñolienta, ya pita que pita o tomando mate arrimados al brasero.

Sólo las riñas de gallos, las carreras de caballos o las remoliendas en celebración de algún santo, tenían el privilegio de sacarlos de su letargo y entusiasmarlos, traduciéndose su entusiasmo, en ocasiones, en quimeras sangrientas.

Después de entrar y salir varias veces de la casa parroquial, se echó a recorrer la aldea por todos sus callejones y contornos, deteniéndose emocionado ante aquellos sitios que evocaban sus recuerdos inolvidables de niño: la escuela, el cementerio, el puente sobre el estero, entre sauces y pataguas. Y fuera del pueblo ya, se puso a mirar por entre los álamos de la orilla del camino los potreros verdes, llenos de espinos y matorrales silvestres, en los que crecía el cardo negro, brillaba el agua en las charcas y pastaban mansos bueyes en los prados.

De regreso de su excursión, a eso de las cuatro de la tarde, divisó en la plaza un grupo de personas que bajo los corredores de la casa de don Baldomero jugaban con mucha animación a la rayuela.

Se llegó a ellos y se puso a mirar.

La partida estaba empeñada entre el subdelegado don Baldomero y don Florindo Fuentes por un lado, siendo sus contrarios don Ñico Pérez y don Teodoro Latorre, boticario. Público de mirones había numeroso. Jugaban a ocho puntos y cuatro reales por barba; zapatero pagaba doble.

-Levantamos dos puntos -dijo el subdelegado recogiendo los tejos, unas monedas de cobre de centavo y medio limadas por uno de los cantos.

-Dos y cinco que llevábamos son siete -expresó don Florindo. Y agregó alegremente: - Capilla, señor. ¡No hay capellán que no muera!...

-Por cinco que llevamos nosotros. ¡No las tengan tan segura! -indicó don Ñico, y tiró el primer tejo, prestándole mucha atención y cerrando un ojo como si hiciera la puntería.

-¡Buen punto, compañero; el otro lo mismo y la ganamos!

-Allá va; levánteme esta quemada, compañero -dijo y tiró el segundo tejo después de calentarlo con su aliento.

-¡Quemada! -gritó el boticario zapateando y agitando los brazos.

-No es quemada, señores; punto bordeado no más -expresó el subdelegado autoritariamente.

-¡Quemada es y apuesto ocho a cuatro, tontera! -vociferó don Ñico.

-¡Pero hombre, ni ciegos que estuvieran!... ¡No es quemada! -le replicó don Florindo.

Se agruparon y se agacharon todos a mirar, acercando las narices al suelo. Las opiniones también estaban divididas entre el público de mirones. Uno de ellos dijo:

-Soplen la raya y córranle tejo.

-A ver Ud., Eduardo, córrale el tejo... ¡Con cuidadito, pues, amigo!

El joven Ruiz hizo a conciencia lo que le pedían.

-¡Se movió; quemada es!...

-¡La movió con el dedo!... ¡Trampa, no vale, no aguanto! -decía don Florindo agitándose como un energúmeno.

-¡Tengo quemada y no me la despinta nadie! ¡Yo no me dejo robar la plata! -vociferaba don Ñico, furioso, metiéndole los dedos en los ojos a don Florindo.

Éste, sulfurado, le contestó:

-¡La quemada la tenís vos en la callana!... ¡Y a mí no me venís con amenazas, mulato!

Se rieron los circunstantes y se amostazó don Ñico, que era más que medianamente moreno. Pero no se quedó con la píldora adentro, porque tartamudeando de rabia contestó a su ofensor:

-¡Pe... pe... ro yo no soy un sinvergüenza, co... co... como vos bien lo... lo... lo sabís, trompeta!

Eduardo se retiró discretamente.

Llegó por fin la hora para él tan deseada de ir a casa de Marta; y a ella se encaminaron poco después de comida tío y sobrino, bien pertrechados de gruesos ponchos de abrigo y sendos faroles encendidos.

- II -

Entretanto en casa del señor Guzmán habían acontecido sucesos extraordinarios, como lo verá inmediatamente el lector.

Acababa de sentarse a la mesa la familia cuando un hombre penetró al huerto de la casa, saltando por encima de la tapia. Oculto detrás de unas matas de palqui se quedó un breve instante prestando oído.

Sólo el viento rumoreaba en las alturas como un clamor lejano, gemía en el alero del tejado y lloraba en el pequeño campanario. Por momentos descendía de golpe al interior de la casa y como una cosa viva circulaba por patios y corredores dando aletazos en los pasadizos, estrellándose en los rincones, y silbaba en las cerraduras de las puertas, empujándolas, remeciéndolas como si manos invisibles las tocaran.

Después de cerciorarse de que nadie lo había visto, se dirigió a paso de lobo en dirección a la casa, cuya puerta de comunicación con el huerto abrió maniobrando por debajo con un palo y sacando la tranca que la sujetaba por dentro. Asomó la cabeza, miró a todos lados y no sintiendo ruido alguno y andando en la punta de los pies se escurrió por un largo y estrecho pasadizo que conducía a la bodega, la que abrió con una llave ganzúa, evitando con mucho tiento que rechinaran los goznes mohosos de la puerta. Una vez dentro encendió un cabo de vela que sacó del bolsillo, y alumbrándose con ella se metió por entre las vasijas. Eran éstas unos enormes toneles erguidos como torres sobre base de adobes, y unas tinajas panzudas de aliento alcohólico, sentadas en el suelo en la actitud hierática de ídolos de Buda, graves, reposados y dignos. Una de ellas resoplaba con intermitencias por su boca tapada con barro, arrojando espuma, vomitando como un borracho el fermento de sus entrañas.

El recinto debía serle bien conocido al visitante, a juzgar por la seguridad con que iba por entre las pipas y la certeza con que llegó a la que buscaba: la del vino añejo. La alumbró con el cabo de vela y le dio unos golpecitos con los nudillos, sonriendo al comprobar que estaba casi llena.

Con un mate, hecho de la mitad de una calabaza y que encontró a mano, sacó una buena porción del generoso vino y apurándolo de un trago dijo: -«¡Rico está!; de éste me llevo una cuerada!», y se enjugó los labios con la lengua.

Se puso a buscar un odre. No encontró ninguno, por más que registró hasta en los rincones donde cantaban los grillos y se descolgaban del techo las arañas bajando y subiendo por sus hilos como maromeros de circo, alarmadas con el importuno visitante que en mala hora venía a interrumpirles el dulce sosiego en que yacían.

Sólo encontró un cántaro, que por estar roto no le servía para el caso. Se sentó contrariado sobre un adobe a meditar lo que haría.

Al resplandor de la vela que le iluminaba la cara, podía verse que era un mocetón de pelo rubio y ojos azules, con una cabezota sobre un cogote de toruno. Iba cubierto con un poncho de lana, y tenía gran parecido con don Salustio Guzmán, debiéndose a que era su propio hijo, Justo Pastor, como el lector quizás ya lo habrá sospechado.

De repente se acordó que en la despensa había un odre y aunque era peligroso ir a buscarlo, tomó por fin la resolución de hacerlo, diciéndose: «A Roma por todo»... «Hombre cobarde no goza mujer hermosa»; y se sacó los zapatos.

A media comida estaría la familia cuando los perros de la casa se pusieron a ladrar con fuerza, y a poco oyeron en el patio las pisadas muy quedas de alguien que en voz baja trataba de acallarlos nombrándolos: «Nerón»... «Diana»... «Calchona»... ¡Pist!... ¡Pist!... ¡Quieta!... ¡Quita!... ¡Topete!...

-¡Justo Pastor! -exclamó don Salustio arrojando su servilleta. Y con un movimiento brusco rechazó la silla, se puso de pie y salió precipitadamente a mirar a la puerta, seguido de su esposa.

-¿Quién es? -gritó tratando de ver en la oscuridad.

Silencio absoluto. El visitante se hizo el muerto.

-¿Quién anda ahí que no contesta? -interrogó de nuevo el caballero, avanzando hacia el patio.

El mozo trataba de escabullirse andando en puntillas y tirándoles manotones y patadas a los malditos perros, que le seguían dando saltos y gemidos.

-Soy yo, padre; no hay cuidado... ¡Quítate, perro de miéchica! (patada a «Nerón»).

-¿Por qué te ocultas?... ¡Ven acá, acércate!

Con pies de plomo y aire solapado se fue acercando poco a poco y receloso.

-¿De dónde vienes, que te presentas a estas horas, sin obedecer mis órdenes ni tomar en cuenta para nada las angustias de tu madre?

-Andaba campeando la ternera robada, pues, padre.

-¡Y te demoras cuatro días en regresar a casa, y llegas a pata pelada ocultándote como los ladrones!

-Es que después me fui a buscarlo a él, pues, padre; y como me dolían los pies me saqué también los zapatos, pues, padre.

-¿A quién fuiste a buscar?

-A don Ciriaco, pues, padre.

-¡Y lo llama don Ciriaco este badulaque, como si el bandido fuese un caballero! - exclamó fuera de sí don Salustio.

Y con mano rápida le tiró un zarpazo a la cara. Y agarrándolo enseguida del cuello lo sacudió con violencia, desgarrándole la manta y la camisa.

-¡Suélteme, padre!... ¡suélteme, le digo!...

-¡Déjalo, Salustio, no le pegues! -murmuró como en un sollozo la señora, interviniendo en defensa de su hijo.

-¿Qué no castigue a este sinvergüenza?... ¡Toma, badulaque! -dijo furioso el caballero y de una bofetada en la cabeza le disparó lejos el sombrero, haciéndole bambolearse.

-¡No me golpee, padre; no me golpee, le digo! -decía Justo Pastor barajando y retrocediendo.

-¿Qué haces, Salustio? -protestó el veterano poniéndosele de frente y blandiendo el palo.

-¡Castigarlo como merece!... ¡Y ahora de patas al cepo y a pan y agua!... Y retírese Ud. don José Antonio, que yo sé lo que hago.

El cepo de que hablaba era uno que tenía en la casa desde el tiempo en que fue subdelegado, sirviéndole para aprisionar de los pies a los ladrones.

Oyendo nombrar semejante instrumento de baldón y de tortura, misiá Rosario puso el grito en el cielo, diciéndole a su esposo que no afrentara a su hijo castigándolo ignominiosamente como a los criminales. A sus ruegos suplicantes se unían los gritos iracundos del veterano, las súplicas de Marta, que llorando se abrazó a su padre, y los alaridos de los niños, muertos de miedo, creyendo que el papá quería matar «al pobre Justito».

Blandeó el irritado caballero y soltó a su hijo. Y viéndole con el testuz abatido, ya sumiso y domado, atenuó el castigo, contentándose por lo pronto, mientras resolvía lo que haría después, con encerrarlo en el cuarto de las cecinas, a oscuras y bajo llave, hasta nueva orden.

Hecho lo cual, a lo que el delincuente no puso resistencia alguna, don Salustio se echó la llave de la prisión al bolsillo y volvieron todos a la mesa a continuar la interrumpida comida.

¡Qué comida aquélla en la que tan sólo se tragaban lágrimas y se oían tristes suspiros, sin que nadie se atreviera a pronunciar una palabra, ni a mirar a don Salustio, cuyo rostro extremadamente pálido acusaba la intensa agitación de su alma!

Cuando llegaron a jugar malilla los mismos comensales de la noche anterior, notaron desde el primer momento el humor sombrío del dueño de casa y sospecharon que algo extraordinario le sucedía por más que él, siendo hombre de dominio grande sobre sí mismo en sociedad, tratara de disimular.

Le preguntó Pérez, manifestando mucho interés, pero con poquísima oportunidad y discreción:

-¿No está bien, don Salustio?

-Perfectamente, don Nicolás.

-De veras, no le encuentro buen semblante... ¿Alguna contrariedad?... Lo sentiría, francamente.

-Cosas del trabajo... molestias que nunca faltan... sin importancia... Pero comencemos el juego si les parece, caballeros.

El joven Ruiz, sentado como la noche anterior al lado de su tío, afectaba interesarse en el juego, pero en verdad le preocupaba la seriedad de don Salustio, y tenía impaciencia por ver a Marta.

Don José Antonio antes de meterse a la cama fue a dar un vistazo por el cuarto del prisionero. A la puerta encontró que ya se le habían anticipado los niños, que huyeron creyendo que era su padre. También estaban ahí los perros gimiendo y olfateando por las junturas al ras del suelo. Se quedó un rato escuchando arrimado a la puerta; la tocó con el palo: profundo silencio adentro, quizás estaría ya durmiendo el reo.

Transcurrió un buen espacio de tiempo antes que se presentaran Marta y la señora. Y en cuanto llegaron y se pusieron a jugar brisca, notó el joven sus semblantes tristes y los ojos lacrimosos. Marta evitaba mirarle y misiá Rosario daba a cada instante hondos suspiros. Esto y la preocupación del señor Guzmán daban claros indicios de que aquel estado de ánimo era general en la familia. ¿Cosas de Justo Pastor? Tal vez.

En la estancia contigua los de la malilla jugaban sin rumor, sin movimiento. Se diría que no había nadie, a no ser porque de vez en cuando tosía el cura o se sonaba don Baldomero.

Los perros de la casa comenzaron a ladrar. Misiá Rosario y su hija cambiaron una rápida mirada de alarma, que no pasó inadvertida a Eduardo, viniendo a confirmarle en la sospecha de que algo grave pasaba.

Como siguieran ladrando los perros, se levantó misiá Rosario, diciendo que la esperasen un momento.

Marta, dando muestras de una gran inquietud, siguió a su madre con la vista y se quedó mirando a la puerta. Tan nerviosa estaba que al subírsele a la falda su gato regalón, dio un grito, diciéndole:

-¡Qué susto me has dado, tonto! y lo castigó con la mano.

Ya para Eduardo no quedó la menor duda de que algo extraordinario pasaba en la casa.

Como se demorara en regresar la señora y seguían ladrando los perros y Marta manifestase una emoción que al menor ruido volvía la cabeza, pensó Eduardo que tal vez pudiera ayudarla.

-¿Quiere, Marta, que vaya a acompañar a su mamá?

-No se moleste, gracias; no será nada...

-¿Está Ud. segura de que no será nada? -expresó el joven acentuando las palabras. Y agregó poniendo la mayor dulzura en su voz:

-¡Desearía tanto prestarle algún servicio que me hiciera grato ligándome a su recuerdo!

-¡Pero si no hay nada, qué ocurrencia! -repuso la muchacha enrojeciendo a la sola idea de que Eduardo llegase a saber que su hermano estaba preso. ¡Qué vergüenza!

Hubo un momento de silencio penoso. «No me dice la verdad», pensaba el estudiante.

Misiá Rosario entró como una sombra, andando en puntillas, desencajada y temblorosa. Y sin darse cuenta de la presencia del joven Ruiz, murmuró en voz baja y rápida:

-¡Se fugó Justo Pastor rompiendo los barrotes de la ventana que da al corral!... ¡Dios mío, si llega a saberlo Salustio!

Marta evitó la mirada de Eduardo. Y poniéndose de pie y llenos de lágrimas los ojos, le tomó las manos a su madre, frías como las de un muerto.

-¡Mamacita!, ¡tranquilícese, mamá!

-¡Chits!, ¡que no nos oiga tu padre! -expresó la señora poniéndose el índice sobre los labios e indicando con la mirada el cuarto vecino, cuya puerta de comunicación estaba abierta.

Eduardo se ofreció a servirla, diciendo que probablemente Justo Pastor estaría en el pueblo y que le sería fácil encontrarlo y traerlo antes que don Salustio se impusiera de nada. Pedía aquella intervención suya como súplica, un favor que le dispensarían depositando en él su confianza. Para ello fingiría una indisposición cualquiera y con ese pretexto se iría inmediatamente, seguro de encontrar a Justo Pastor y obligarlo a regresar.

Así fue acordado.

No permitió don Cayetano que partiera solo su sobrino, mucho menos estando enfermo. Y así se despidieron ambos, encendieron sus faroles y se largaron a la calle.

Eduardo comprendió que para ejecutar la misión que llevaba tenía que decírselo todo a su tío; y así lo hizo.

A las primeras palabras don Cayetano se paró en seco en la mitad del camino, agarrándose media cara con la mano.

-¡María Santísima! Ya me la estaba imaginando yo que alguna tunantada grande habría hecho este mal hijo. Bien lo daba a entender el pobre don Salustio, que hasta renuncios cometió en la malilla...

-Lo más grave -terminó diciendo el sobrino, es que Justo Pastor rompió los barrotes de una ventana de su prisión, cosa difícil de ocultar a su padre.

-¡Por Cristo Crucificado! -exclamó estupefacto don Cayetano soltando el farol y oprimiéndose las sienes con los puños.

-Tengo que encontrarlo a toda costa, tío.

-Anda, hijo, y búscalo por todas partes... ¡Virgen del Socorro, lo que puede suceder si su padre llega a percatarse de lo que ha hecho ese tunante!

-Quizás se encuentre remoliendo en alguna chingana, tío.

-¡Escucha!... -dijo don Cayetano y tendió la oreja a los rumores que traía el viento.

En el breve silencio en que quedaron se oía el canto de las ranas y sapitos en las aguas fangosas de las acequias del camino.

-¡Ya sé donde está esa buena pieza!... ¿No oyes?... Están cantando donde las Reinoso. Te vas derecho a la casa de esas mujeres y ahí lo vas a encontrar, de fijo.

-¿Dónde es eso? -preguntó el sobrino, que oía perfectamente un cantar lejano.

-Atraviesas el puente del estero, alumbra bien porque le faltan dos tablas; tomas a la derecha y te metes por el callejón del Almendro, como una cuadra al fondo; ahí está, como si lo estuviera viendo... Embózate bien con la bufanda porque hace mucho frío. Yo te espero sin acostarme. Vamos andando ligero.

Y remangándose las sotanas se puso a tranquear al lado del sobrino, resollando mucho.

- III -

No andaba muy turbado don Cayetano al suponer que el hijo de don Salustio debía encontrarse remoliendo en la chingana de las Reinoso. ¿Y cómo no había de estar ahí cuando la fiesta la daba el propio Justo Pastor en celebración del cumpleaños de Lorenza Reinoso, su amor, y la ternera que se comían no era otra que la mismísima substraída por él del fundo de su señor padre?

Y por no faltar a la fiesta, aquel pedazo de bárbaro, había roto los barrotes de su prisión, sin calcular ni temer las terribles consecuencias que tamaño desacato podría acarrearle, dado el genio y la severidad de su padre.

Y así, a eso de las nueve de la noche ya estaba bailando que se las pelaba en la chingana, cueca tras cueca, con una robusta moza, briosa como una potranca, de ensortijadas y lustrosas crenchas negras, con pechos como dos membrillos, a quien llamaban «La Champa».

Un grupo de amigos y gente del pueblo le formaban rueda celebrando su zapateo y contorsiones, animando la pareja con gritos, palmoteos y huifas.

A mano abierta y cantando a gritos la tocadora rasgueaba las cuerdas de la vihuela, mientras que un hombre, rodilla en tierra, la destrozaba a papirotazos y palmadas.

La dueña de casa, con el arpa entre las piernas, paseaba sus manos como arañas por las cuerdas, haciéndolas vibrar, y cantaba a dúo con su compañera, llevándole el segundo, el quejido, como decían los rotos:

«Gracias a Dios que salió
La rosa con el clavel,
La rosa esparrama flores
Y el clavel para escoger.
Esos dos que están bailando
Qué parejitos que son;
Si yo fuera cura párroco
Les pusiera bendición».

Un hombre salió al medio exclamando:

-¡Aro, dijo la Pancha Lecaro, donde me canso me paro!

Paró el canto y apareció el potrillo, bebiendo primero Lorenza, que apenas humedeció sus labios, por lo cual le dijo el del potrillo:

-¡Bah, más es lo que le echa que lo que le saca!...

-Así con babitas y todo me gusta más a mí -dijo galantemente Justo Pastor. Y tomando el vaso a dos manos bebió con ansia y ostentación, y ni escupió siquiera.

Al terminar, Justo Pastor le dio un apretado abrazo a su compañera. La concurrencia entusiasmada aplaudía y gritaba: -¡Déjate querer tontona!... ¡Cómasela, patroncito!... ¡Debajo esa champa hay bagre!...

Algunos rotos zapateaban en el suelo, haciendo chascar las chalalas.

Un roto borracho asomó la cabeza por la ventana del corredor, y abriendo una bocaza erizada de pelos, grande como una alcachofa, y las mechas saliéndosele por las roturas de la chupalla, exclamó a grito pelado:

-¡Huifa, rendija, me caso con tu hija y te rajo de arriba hasta abajo, sanoria, chicoria, lechuga, cebolla, chiquilla, que te hago tirilla el refajo!... ¡Perniles de chanco cocidos!

Varios huasos de a caballo, que agrupados frente a la fonda participaban de la fiesta mirando desde el camino, dan expansión a su entusiasmo clavando espuelas, y en ágiles vueltas y revueltas, cual fantasmas infernales, se arremolinan en un torbellino vertiginoso, gritan como demonios borneando las chicoterías, estrellándose unos con otros y sacando chispas de las piedras del suelo.

De pronto dos jinetes parten a escape, el uno al lado del otro, y chivateando se pierden en un instante en la obscuridad del camino. De allá vuelven como flechas, siempre juntos, montura con montura, encorvados sobre el cogote de las bestias, y rematan sus caballos, que casi se van de espalda rozando el suelo con las ancas, en la misma vara de la chingana.

Rápidos como el rayo se separan haciendo girar sus caballos dóciles a la rienda, sobre las patas traseras. Se detienen y se quedan frente a frente, inmóviles, en actitud de ataque y reto a muerte.

Dan un grito y se lanzan de salto el uno contra el otro, como dos centauros, dándose un terrible encontrón en el que se oye el bronco estruendo de los pesados estribos al chocar y el ruido metálico de las espuelas de rodajas enormes.

Y asociando el nombre de la patria a ese simulacro de combate, exclaman: -¡Viva Chile!... Y se tiran varios pencazos a la cabeza, de puro gusto...

Se enfilan enseguida a lo largo de la vara toda la agitada caballería. Los caballos tascan los frenos llenos de espuma, resoplan por las narices dilatadas, inyectados los ojos como fieras, sacuden la brida o escarban con una mano el suelo «pidiendo chicha», dicen sus dueños.

Les alcanzan los de adentro el potrillo desbordante, que los huasos agarran a dos manos y beben echados para atrás empinándose en los estribos, «hasta verte Cristo mío».

-¡Otro y otra! -gritan en el interior de la chingana.

Y salió al medio don Juan Acuña, un viejo retaco de barbas blancas como lana, con cara de ermitaño tirando a carnero padre, y unos calzones de diablo fuerte amarrados con ancho ceñidor de cuero por debajo de la panza. Llevaba calzada las espuelas y puesto de través y a la diabla un pochito recortado, sumamente chico, a modo de escapulario.

La originalidad del viejo consistía en bailar la cueca con el potrillo de chicha contrapesado sobre la cabeza; una cabeza pelada y reluciente como una calabaza. Lo que no le impedía hacer mil guaraguas con sus piernas chuecas y dar las correspondientes vueltas borneando los dos pañuelos, uno en cada mano.

Al frente le salió la mujer del «Buchi», tiesa como un poste, con su buena mano de solimán fino y muy compuesta, luciendo una flor sobre cada oreja, de las que colgaban largas dormilonas de vidrio; zapatos de hombre y oliendo francamente a ensalada fiambre de patas con cebolla cruda.

-¡Que cante la cueca don Lautaro!...¡Pásenle la guitarra a don Lauta! -piden varias voces.

Sin hacerse de rogar y sonriendo socarronamente, tomó la guitarra en sus musculosos brazos un rucio grandulote y pernancudo; y después de templarla con pausa arrancó a cantar con voz de caballo, un vozarrón estruendoso de caballo que relincha, capaz de romper los tímpanos o de resucitar a los muertos:

Mandamé..., mandamé cortar los vuelos...
¡Ai! si es deli... si es delito el adorarte,
Que yo no..., que yo no soy el primero.
Que muere..., que muere por ser tu amante.
Por ser tu amante sí, cielo adorado.
Restituye la vida que me has quitado.
Abremé..., abremé las puertas cielo.
Y dejaté..., dejaté querer, tontona...

Don Juan Acuña con el vaso de chicha plantificado en la coronilla, se deslizaba muy pajitamente, los brazos abiertos, revolviendo el aire con los dos pañuelos, haciéndole la rueda a su pareja como un gallo, al compás de muchos respuntes y garabatos con los pies.

La mujer del «Buchi», muy fruncida y desdeñosa, bailaba remangándose un costado de la pollera con la mano izquierda y con la otra agitaba, pasándosele por delante de la cara, un pañuelito solferino; la cabeza ladeada, el codo levantado al aire, los ojos bajos, muy digna...

De vez en cuando le volvía despreciativamente el trasero a su compañero, pero sin perderlo de vista ni un instante, atenta a retroceder sacándole quites y lances a unas como embestidas y agachadas que le hacía el viejo, muy serio, pateando el suelo, con mucha sonaja de espuelas y un mirar intencionado por debajo del vellón enmarañado de sus cejas blancas.

Los gritos de los que los animaban llegaban hasta la plaza del pueblo, y el canto atronador de don Lautaro se oía en media comarca, perturbando el silencio de la noche oscura.

Algunos exclamaban: -¡Puchas con el viejo diablo!... -¡No le aflojís, Sinforosa!... - ¡Hácele, hácele!... -¡Huífale, huífale!... -¡Guarda con el vaso de chicha, viejo!... -¡No te enredís en las espuelas, miéchica!... -¡Afírmate, patas de águila!

-¡Huifa, rendija, me caso con tu hija y te rajo de arriba hasta abajo!...

Afuera se oían los caballazos que se daban los huasos tirando a quebrarse las canillas o a matarse.

Entre tanto Justo Pastor y Lorenza se habían retirado al rincón más oscuro del cuarto, y ahí estaban en un banco muy arrimaditos y en misterioso secreteo.

Justo Pastor la tenía echado un brazo por la espalda y la hablaba al oído requebrándola de amores, pintándole a lo vivo la pasión que le consumía y rogándola que saliera un ratito al pajar para decirle, donde nadie los viera, una cosa muy secreta que tenía que contarle.

La muchacha decía «no», con la cabeza, sonriendo y defendiéndose de las demasías del galán, cuyas manos no se estaban quietas.

-¡No seas tan dura de corazón con este pobre cautivo! -le decía Justo Pastor en tono suplicante.

-¡No sea así, don Justo!... ¡Tan voluntarioso que lo han de ver!...

-Pero Lorenza, Lorencita, si ya no es vida la que paso!... ¡Vos no tenís corazón!

-¡Claro, pues, que tengo corazón! -contestó sonriendo la «Champa».

-¡A ver si es cierto, pichoncita! -murmuró el incrédulo galán estirando la mano. Y al comprobarlo puso los ojos turbios de amor.

-¡No sea tan manilargo!... ¡Déjese le digo!... ¡Asosiéguese le dicen! ¿Que no le amarraron las manos cuando chico?

-¡Ay, no me estís matando a pausa; animate Lorencita y vamos un ratito para afuera!...

-¿Y si nos pilla mi taitita, que está en la cocina asando el costillar de la ternera?... ¡Lo mansito que es!... ¡Mire que anda toíto receloso y no me pierde pisá!

-¡Cómo nos va a pillar; las cosas tuyas!... Es que vos no me querís ni me has querido nunca! -le replicó su impaciente amante, pateando desesperado el suelo. Y se rascó la cabeza por debajo del sombrero, que dejó ladeado, y se arrancó un puñado de mechás.

-Será mejor, don Justo, que dejemos para otra vez esa cosa tan secreta que tiene que decirme... Continúas -agregó dirigiendo recelosa su vista a la ventana del corredor, que hay tanto mirón que nos aguaita.

Lo decía por el Maulino, que recatado en la obscuridad del corredor como un felino en asecho los miraba fijamente, las pupilas como brasas.

Los celos le tenían ahí tragando hieles. El quería también a Lorenza, y la quería con honrados fines, como ella muy bien lo sabía. Eran unos antiguos amores que la moza había consentido y alentado, prestándole gustosa oído a sus palabras y aceptando regocijada sus regalos. Unos regalos que a lo pobre le hacía, pero muy significativos: ya un ramillete oloroso, ya unos claveles de onza, ya los primeros cóguiles o guillaves, cuando no eran nidos con huevos de pajaritos o ponchadas de pencas tiernas.

Finezas que ella aceptaba regocijada, pasmándose de dulce sorpresa. Y como si aquello no fuese prueba suficiente de un amor correspondido, le obsequió para el día de su santo una bolsa tabaquera, obra prolija de sus manos y un rizo ensortijado de sus lustrosas crenchas negras. Con lo que el Maulino, enajenado de gozo, llegó a poner los ojos blancos y andaba riéndose sólo y hasta se gallardeaba teniendo por cierta su aventura, a pedir de boca.

Pero de algún tiempo a esta parte mucho había cambiado Lorenza, haciéndose ahora la olvidadiza y desdeñosa, como diciéndole: si te he visto no me acuerdo.

Y el despechado Maulino las estaba viendo muy negras.

-¡Malhaya con su suerte perra! Y todo porque el rucio cara de chancho, ¡tan lindo que era!, se había templado de ella, ofertándole este mundo y el otro. Pura engañifa que la tontorrón le estaría creyendo, como si un caballero fuese a casarse con ella. Y él, tan baboso, que fue a calentar el agua para que otro viniera a tomarse el mate!... ¡Buena cosa la suerte del pobre!... ¡Pero mecón que se la habían de pagar, y naide se venía a reír del hijo de su maire, porque lo hacía escupir cotonía y lo dejaba estampao en la paré del frente!...

Y envenenado de rabia, el roto se rascaba la cabeza a dos manos escupiendo ponzoñas en el suelo.

A todo tranco llegó Eduardo Ruiz frente a la chingana, y después de orientarse se acercó a la ventana donde estaba como clavado el Maulino. No tardó en divisar a Justo Pastor conversando con Lorenza; y en el acto entró a decirle lo que pasaba en su casa, la angustia de su madre y el temor de que su padre llegase a saber la escapatoria, y le rogó que se fuese inmediatamente.

No pareció alarmarse gran cosa el tunante, ni tener mucha prisa; porque le contestó que no fuera lesa y que había tiempo de sobra para divertirse y volver a su encierro antes que su padre sospechase nada.

-¡Otro y otra!... gritaban pidiendo más cueca.

-¡Qué baile el Maulino, qué baile el Maulino!... ¿Dónde está José Catrileo?... ¡Que salga al medio!

Tenía fama el Maulino de hacerlo muy bien. Bailaba como un trompo cucarro, con muchos barquinazos, saltos y borneos de culero, y un escobilleo de chalalas que no se le veían los pies de ligero, levantando tierra y haciendo hoyos en suelo.

Oyéndose llamar, lleno de coraje y resuelto a todo, entró como desatentado abriéndose paso con los codos y se fue en derechura a sacar a Lorenza.

-No baila -le dijo en tono duro, Justo Pastor, mirando sorprendido al peón.

-¿Por qué no baila?... ¿Qué está tullida entonces?

-¡Porque yo no quiero, y retírate! -repuso con enojo poniéndose de pie el hijo de don Salustio.

-¡Y vos ¿qué decís? -interrogó el Maulino, con los ojos fruncidos de rabia y el labio superior remangado, mostrando hasta las raíces sus dientes puntiagudos de coipo.

-Será para otra vez, José: ahora estoy cansá -contestó con desabrimiento la moza.

-¡Lo que vos tenís es que estái alborotá con tu lacho, chusquiza! -exclamó el roto verde y convulso.

No bien había dicho aquella grosería cuando Justo Pastor, rojo de cólera, le largó una bofetada que no alcanzó a barajar el peón, recibíendola en medio de la cara y cayendo de espalda.

Se levantó de un brinco el ofendido, y sacándose con rapidez poncho, chaqueta y camisa, arremetió casi en pelota y ciego de ira contra su contendor; que también se había despojado, arrojándolos al suelo, de la manta y el sombrero.

El tumulto fue grande, hubo sillas derribadas y vasos rotos, acudiendo atropelladamente todos a ver la pelea. Las mujeres gritaban despavoridas que los apartasen, pero los hombres decían entusiasmados: ¡déjenlos!... ¡déjenlos!... No hay que meterse!... ¡Cancha, cancha!...

Y hacían la rueda abriendo los brazos, sujetando a las mujeres, pechando y empinándose por ver, subiéndose algunos sobre las bancas y las mesas.

La caballería al saber que don Justo se había trezado con el Maulino, se desmontó con apresuramiento; ellos querían ver también. Un jinete se introdujo con caballo y todo.

La riña estaba empeñada entre ambos combatientes con gran furor y encarnizamiento, dándose terribles bofetadas por la cara, por la cabeza, en el pecho, por donde caía, sin dejar cosa sana; menos atentos a barajar los golpes que a darlos, y diciéndose alternativamente:

¡Toma!... ¡Toma!... cuando el chopazo era ajustado en un ojo, en la boca, en las narices, sacando sangre o dejando roncha.

Sin embargo, las condiciones eran favorables al Maulino, por ser su contendor de más cuerpo y más fornido, desventaja que suplía el roto con su agilidad y destreza, capeando muchos chopazos con oportunas agachadas y saltos, pero sin aflojarle un pelo, hirviéndole en las venas la belicosa sangre araucana.

Después de un rato de pelea se dieron un momento de tregua y cesaron de atacarse, quedando jadeantes, tomando aliento, pálido el semblante y las revueltas mechas por la frente. Mas, ambos en actitud de ataque, alerta la mirada, un pie echado atrás y los nervudos brazos por delante, manoteándose, chocándose los nudillos o haciendo molinetes con los puños, los que se escupía el iracundo Maulino clavando en su enemigo los ojos como puñales.

Justo Pastor, con el labio hinchado y un ojo negro y deforme estaba horrible. Al Maulino le manaban de las narices unos hilos de sangre, que, corriendo cuesta abajo, se le entraba en la boca, limpiándose a cada instante con la punta de la lengua, sin escupirla, tragándose y saboreándose con ella, como fiera cebada en sangre humana.

-¡Basta! -exclamó el sobrino del cura interviniendo y metiéndose por medio de ambos combatientes, temeroso de que en un segundo asalto el hijo de don Salustio quedase con mayores y más visibles estropicios, difíciles de encubrir a su padre.

-¡Quítate!... ¡Déjalos que se golpeen a gusto!... ¡A qué te metís, intruso, en lo que no te importa!... ¡Echen pa fuera al futre!...

Estas y otras exclamaciones eran dichas con exaltación por aquellos hombres belicosos, ávidos de un espectáculo favorito al pueblo chileno, porque en él se aquilatan las fuerzas y el coraje de los hombres.

Y uniendo la acción a las palabras, tomaron al joven Ruiz de los brazos procurando sacarlo a tirones.

Vano intento, pues el mozo se defiende contestando los gritos con los gritos, los manotones con los manotones; él no permite que lo manoseen ni se deja atropellar por nadie.

Y pronto resuena la primera cachetada y saltan los sombreros y retrocede la gente abriendo cancha y formando rueda a la segunda pareja de combatientes. El contendor de Eduardo resulta ser Javier Pérez, hijo de don Nico, mozo alentado y de su misma edad y cuerpo.

Libres de estorbos, Justo Pastor y el Maulino se cruzaron de nuevo.

-¡Voy al giro! ¡Ocho a cuatro a mi gallo! -exclamó un hombre trepado en la ventana.

El hijo de don Salustio, que se vio aludido, quiso corresponder a esa confianza y le largó un chopazo al roto con tal fuerza que si llega a dárselo lo descalabra.

Lo capeó el Maulino con una agachada a tiempo, y como su agresor se fuera de punta por haber dado el golpe en el vacío, de atrás y con la zurda le ajustó el roto una feroz cachetada en la oreja, que casi le hizo perder el sentido. Y antes que se afirme y se reponga allá va la otra plantificada en la mandíbula.

Triunfo efímero fue aquél porque, como toro con banderillas de fuego, le embistió Justo Pastor tirándole una granizada de chopazos que rara vez dieron en el blanco por la ligereza con que los capeaba el Maulino. Entonces se le fue al cuerpo y consigue agarrarlo de las mechas, doblegarle la cabeza con una mano y con la otra y por debajo comienza a darle de chopazos en la cara con la fuerza de un combo que tritura piedras, reventándole las narices, saltándole los ojos, sin que fueran capaces a contener su furor bestial ni los bramidos que daba el roto, casi loco y ciego forcejeando por desprenderse, tirando patadas y echando por boca y narices cuajarones de sangre mezclada con dientes y porquerías; ni los alaridos de las mujeres, ni los gritos de los hombres, diciéndole: -¡Suéltalo, miéchica!... ¡Suéltalo, no le peguís más!... ¡Déjalo que se enderece!

Pocos se dieron cuenta de lo que sucedió enseguida, porque tuvo la rapidez del rayo y el misterio de una alevosía. Brilló un acero, se oyó un grito ronco seguido de una interjección. Justo Pastor quiso estrangular oprimiéndole el pescuezo al cobarde asesino. Mas, repentinamente le flaquearon las fuerzas, soltó su presa, se le nubló la vista, y pálido y con fatigas de muerte, cayó al suelo.

El Maulino le había dado una puñalada en un costado.

Mientras la víctima yacía en tierra en la actitud del «Gladiador Moribundo»; medio incorporado, la cabeza abatida y apoyándose trabajosamente con una mano en el suelo, su agresor salió puerta afuera y echó a correr saltando acequias, perforando cercos, volando por los potreros, y en un instante se perdió de vista y se hizo humo.

-¡Se fatalizó el Maulino!... ¡Le pegó a la mala a don Justo!...

-¡Lo peor es!... ¡Arrancar, diablos!...

Así decían los espectadores de aquel drama; y comenzó una desbandada general, los huasos a tomar sus caballos con apresuramiento y luego a escape, los de a pie huyendo como liebres y sacando el bulto.

El vendedor de pernils de chanco, que dormía su mona en un rincón, despertó a la bulla y dándose cuenta de lo que sucedía arrancó gritando:

-¡Huifa, rendija, me caso con tu hija y te rajo de arriba hasta abajo!...

Se quedaron tan sólo los viejos Reinoso, más muertos que vivos, temiendo los resultados, y Eduardo y Lorenza sosteniendo al herido.

- IV -

Bien corrida era ya la media noche cuando se oyeron unos grandes golpes que daban a la puerta de calle de la casa de don Salustio Guzmán, cuyos moradores despertaron con el consiguiente sobresalto, dada la hora y lo recio de los golpes.

Estaba lloviendo con fuerza y se oían el ruido de la lluvia que azotaba el tejado, palabras dichas en voz baja y el traqueteo de personas que andaban en el corredor de afuera. Los perros ladraban furiosos detrás de la puerta.

Después de un rato apareció en el interior la luz de un farol llevado por una persona que se dirigía a la puerta de calle.

-¿Quién es? -interrogó el del farol.

-Yo soy; ábranos la puerta.

-¿Quién es yo?

-El cura párroco. Abra pronto que traemos un herido.

-Ya voy ya.

-¡Espántenos los perros!

-¡Ah, perro!

Doña Rosario, que no había podido coger el sueño pensando en su hijo, fue la primera en oír los golpes. Y alarmadísima y sin despertar a su esposo comenzó a vestirse. Despertó también don Salustio, oyó los recios golpes, y saltando del lecho se vistió, a medias y salió seguido de misiá Rosario, ambos con un medroso presentimiento.

Por el zaguán y venían ya entrando los hombres que conducían a Justo Pastor en una camilla, seguidos del cura, su sobrino y otras personas que alumbraban con faroles, cuando acudieron, saliéndoles al encuentro, el señor Guzmán y su esposa.

-¿Qué es esto? -exclamó don Salustio lleno de asombro, viendo aquel tropel de gente que se entraba por su casa conduciendo en una camilla a un hombre. ¿Qué es esto?... ¿Qué ha sucedido?

-¡Dios mío!... ¡Dios mío! -decía con voz angustiada la señora, sintiéndose desfallecer.

Y ambos esposos pensaron en Justo Pastor y en alguna desgracia espantosa. Que otra cosa no podía ser aquello que estaban viendo, semejante a un cortejo fúnebre en el cual el

cura don Cayetano y su sobrino venían con cara de dolientes, y tanto tumulto de personas, todas cabizbajas y silenciosas, como si condujesen a un muerto.

-¡Una desgracia, mi señor don Salustio; una desgracia casual sucedida al pobre Justo Pastor! -se aventuró a decir don Cayetano con apagada y lastimera voz.

-¿Muerto? -gritó don Salustio, y con mano trémula arrebató el farol a un hombre y lo acercó a la cara de su hijo.

-¡No! -se apresuró a contestarle el cura... Herido no más, y espero en Dios y Nuestra Señora del Socorro que lo hemos de salvar.

-¡Cómo describir aquella escena! La desesperación de la madre, sus exclamaciones de dolor, la emoción muda de don Salustio, que casi no daba crédito a lo que estaba viendo, el llanto de las mujeres de la servidumbre, que acudieron despavoridas al oír los lamentos de la señora; y Marta, que destrenzados los cabellos llegó corriendo, al ver a su pobre hermano herido rompió a llorar a sollozos estrechándole las manos, loca de dolor.

Y a todo esto lloviendo a cántaros y don Cayetano invocando la resignación cristiana y la confianza en la clemencia divina.

En un instante toda la casa estuvo en pie (con excepción del veterano y los niños, que nada supieron hasta el siguiente día) y unos corrían aprender fuego a la cocina, otros destrozaban sábanas para hacer hilas y vendas; se oían pasos precipitados y cuchicheos y se veían cruzar mujeres con ropa de cama entre las manos.

Don Salustio daba órdenes en voz imperiosa y rápida: «¡A escape!» -decía mandando a buscar al médico. Y un sirviente sin tener tiempo siquiera de tomar el sombrero, partía a la carrera bajo la lluvia torrencial.

-«¡Pronto otra luz!»... «¡Hagan callar ese perro!»... «¡Date prisa!»... «¡Enciende el farol!»... «¡Despacio, despacio!»... «¡Con cuidado!» -iba diciendo mientras trasladaban al herido a su cama, donde fue depositado con infinitas precauciones.

Tendido de espaldas Justo Pastor echó una mirada en contorno, y viendo la aflicción de misiá Rosario, le dijo con débil y cariñosa voz:

-¡No es nada, madre, no se aflija, no llore!

-¡Pero, hijo de mi alma, como quieres que no llore viéndote en el estado en que te hallas! -le contestó la infeliz madre mirándole con una expresión inenarrable de ternura.

Y cayó de rodillas a la cabecera del lecho, oprimiendo entre sus manos temblorosas la de su hijo, fría y sudorosa.

Marta, arrodillada también en el costado opuesto de la cama, lloraba en silencio apoyando su cara en la otra mano del enfermo, extendida a lo largo del lecho.

Don Cayetano y el señor Guzmán hablaban en voz baja, retirados en un rincón, y el primero refería al segundo las incidencias de la riña explicándole como habían pasado las cosas y de que manera lo supo él por su sobrino, que fue, con mucho acuerdo, a imponerle de cuanto sucedía y pedirle su consejo en aquel tan duro trance; y cómo fue acordado entre ellos que no podían ni debían hacer otra cosa que traer el herido a casa de sus padres.

Don Salustio escuchaba en silencio peinándose las barbas con los dedos.

A los pies del catre se hallaba Eduardo mirando tristemente a Marta, cuyo dolor le partía el alma. A la vez, se empeñaba en taparse la boca con su bufanda de lana para ocultar una desolladura de la barba, obra de una de las bofetadas que le diera el hijo de don Níco Pérez, a quien él, justo es decirlo, correspondió con largueza.

El señor Guzmán comenzó a impacientarse por la tardanza del médico, que todavía no llegaba, y el herido estaría quizás desangrándose...

En la puerta apareció un hombre barbudo, de anteojos en la nariz, un farol en la mano, capa de agua, botas de media caña y sombrero de fieltro. Parecía un Mago.

Se produjo en los circunstantes un movimiento general y una impresión de alivio. Don Salustio avanzó a recibirlo.

Era el médico don Abraham: un yanqui aparecido en Santa Cruz años atrás, probablemente algún marinero desertor, y que pasándola por médico ejercía en el pueblo y sus contornos, haciéndole a todo: cirugía, partos y cuanto rama se relacionaba con el arte de curar, sin que se le escaparan las muelas, ni excluir el mal impuesto ni las desconchabaduras. Hablaba entre dientes, poco y muy enredado. Tanteaba los pulsos con calma, reloj en mano, examinaba por transparencia, las aguas y jamás dejaba de hacer sacar la lengua, pasándole encima su dedo.

Tenía fama por sus aciertos entre la gente campesina; pero hay que creer que si acertaba y no se le morían los enfermos, se debía a que Dios es grande, infinita su misericordia y fabulosa la resistencia del roto para rendir la vida.

Examinó al enfermo sentándolo en la cama y arremangándole la ropa, muy manchada de sangre; quitó de la herida el pastel de barro podrido mezclado con tela de araña que le habían puesto las Reinoso para restañar la sangre. Y descubierta ya la herida, metió el dedo por ella, lo más adentro que pudo, revolviendo por todos lados con el fin de orientarse y saber hasta donde llegaba la cosa, esto es hasta adonde le había metido el cuchillo el Maulino.

A medida que brujuleaba y revolvió, meneaba la cabeza como diciendo: ¡malo!... ¡malo!... ¡malazo! El dedo se le había perdido de vista con uña y todo.

Justo Pastor, a quien sostenían su padre y Eduardo, mordía un pañuelo haciendo crujir los dientes. Misiá Rosario y Marta, muy afligidas y asustadas, alumbraban con velas, lloriqueando y oprimiéndose con la mano el pañuelo sobre la boca.

Lavó el médico con árnica la herida, que era penetrante del tórax, cosa que no dijo don Abraham porque hablaba poco y no era fuerte en anatomía. Le metió enseguida una gruesa mecha de hilas, bien untada en cerato simple, lo más adentro que pudo y ayudándose de una tintera; lo fajó después bien apretado, le dio a beber una poción con opio y alcanfor que traía preparada, y recomendando mucho reposo y silencio, se salió del dormitorio seguido de cerca por don Salustio y el cura, que deseaban saber su opinión sobre el estado del herido.

-¿Qué le parece, don Abraham, lo encuentra muy grave?

-¡Aho, mocho, sí, comonó!

-¿Cree Ud. que se morirá?

-¡Tampoco!

-¿Sanará entonces?

-¡Aho!, tampoco, mí no sabe.

-Vuelva mañana a primera hora, don Abraham.

-Por supuesto, tempranita.

No pudieron sacarle más; y se fue el médico dejándoles en la cruel incertidumbre de si sanaría o pasaría a mejor vida el primogénito de la familia.

-¡Creo que es un bruto! -dijo el señor Guzmán. Es una desgracia no tener acá un buen médico.

-El hombre es práctico, tiene experiencia y no hay que desesperar, mi señor don Salustio -le decía don Cayetano por consolarlo, mientras regresaban al dormitorio del herido, el cual, bajo la acción de la fuerte dosis de opio, comenzó a aletargarse y luego se durmió.

Aprovechando la ocasión de haber cesado la lluvia se despidieron tío y sobrino.

No se acostó en toda la noche don Salustio. Se la llevó paseándose en la antesala, meditando y fumando mucho. A cada rato se asomaba al cuarto del herido, a cuya cabecera velaban misiá Rosario y Marta, y cambiaba con ellas una mirada desolada y triste.

Después de haber llovido toda la noche cesó al amanecer por algunas horas. Enseguida continuó con mayor fuerza.

El cura don Cayetano se asomó a la puerta de la casa parroquial, casi obstruyéndola con el bulto negro de su corpulencia. Se quedó mirando hacia la plaza en una habitual actitud de unción, que no hacía al caso en ese momento, porque lo que estaba contemplando el santo varón era la lluvia que caía de una manera torrencial, anegando la desierta y enmalezada plaza con un estrepito rabioso que levantaba una especie de humo y hacía burbujitas en las charcas. De los tejados caía una hilera de chorros de agua que hacían hoyitos en el suelo. Por momentos rachas de viento norte inclinaban la dirección de la lluvia haciéndola penetrar debajo del corredor de la casa, mojando puertas y ventanas.

-¡Qué llover, hombre, si esto es el diluvio y creo que hasta llueve de abajo para arriba! - exclamó admirado don Cayetano tendiendo su vista hacia el otro costado de la plaza, cuyas casas se divisaban confusamente, como diluidas al través del tupido manto de la lluvia.

Luego remangándose la sotana y afirmándose en los zuecos de taloneras de bronce, se aventuró a salir del todo dejando ver enteramente su estampa, la que más tenía de huaso que de eclesiástico, pues de tal no se veía otra cosa que los bajos de sus sotanas, bastante usadas y zurcidas por veinte lados por cierto, y el bonete, encubriendo lo restante un poncho larguísimo de castilla negra.

-¡Caramba, si esto no tiene miras de escampar ni en un mes! -decía el bueno de don Cayetano mirando calle arriba, calle abajo, sin divisar alma nacida.

Y sacudiendo a dos manos el felpudo poncho salpicado de agua, se entró a la casa cerrando la puerta, que trancó por dentro.

En el patio interior, hecho una laguna, la lluvia hacía más ruido que afuera, azotando los naranjos, golpeando tarros de lata y tiestos de greda colocados alrededor para recibir el agua de las canales del tejado. Por un ángulo de éste venía un chorro, grueso como un caño, que caía lejos, en medio del patio, formando espuma en una posa, y fuera de un gran tiesto colocado ahí, sin duda, para recibirlo.

-¡Eduardo! -gritó don Cayetano. Ven a ver esta lindura, hombre. Levántate que son más de las diez.

Se oyó en el interior de uno de los cuartos del corredor la voz del joven que dijo despertando:

-¡Caramba que es tarde!... ¿Ha sabido de Justo Pastor, tío?

-Sí; temprano mandé preguntar por él. Ha pasado regular noche, sigue mejor... Levántate.

Cuando momentos después apareció el estudiante de sobretodo negro y bufanda de lana color cáscara alrededor del cuello, exclamó:

-¡Se abrieron las cataratas del cielo, tío; esto si que es llover!

-¡Esto es el diluvio!... Lo que yo me temo, hombre, es la crecida del Colchagua y que se pierda el vado. ¿Cómo te irías a Santiago? No es que te eche, sobrindio, que harto grata es para mí tu compañía; pero ya sabes como es tu padre y lo que ordenó... Tampoco conviene que pierdas tus clases en Santiago.

-Me iría por el Tambo a tomar el tren en Palmilla, pues, tío.

-Bien, ¿y si se nos corta el puente del Guirivilo y quedamos aislados?

No supo que contestar el estudiante. Pero seguramente aquella expectativa de quedar encerrado en el pueblo no le desagradaba tanto como a su tío, porque lejos de afligirse se le alegró la cara, por más que trató de disimular:

-Hombre, lo mejor sería, previniendo el caso, que si escampa te fueras hoy mismo. «Juan de Segura vivió muchos años». Y he visto yo aguaceros en este condenado pueblo que han durado cuarenta días y cuarenta noches, ni más ni menos que en el Diluvio.

-Como le parezca, pues tío -respondió el sobrino en voz baja y sin convencimiento alguno, mirando al cielo y deseando que ya estuviesen salidos de madre todos los ríos y cortados todos los puentes, pues a todas luces se estaba viendo que ganas de irse del pueblo no tenía ni pizca.

-Claro que lloviendo como está no puedes irte, y habiendo fuerza mayor, Facundo no dirá nada.

-¿Qué le parece, tío, que vaya a ver a Justo Pastor?... Prometí anoche ir hoy temprano.

-¿A quién?

-A... la... familia, pues, padrino.

-Cariñosito estás con el tío cura cuando lo llamas padrino -le dijo don Cayetano frunciendo socarronamente un ojo y tirándole una oreja.

Se amostazó el estudiante comprendiendo que el padrino se la había maliciado en puerta. Agregó don Cayetano:

-Tocante a eso claro está que debes ir y yo también; pero espera que escampe un algo, así llegaríamos como sopa... ¿Oyes cómo llueve?... ¡Hombre, si es granizo!

De súbito estalló un trueno y casi inmediatamente otro, semejante a descargas de artillería.

-¡Tempestad tenemos!... ¿No te lo decía?... ¡Jesús, hombre, mira como suena y salta el granizo!

-¡Qué cosa más linda! -gritó el estudiante saliendo al medio del patio a recibir la granizada en la cara, mirando al cielo, con los brazos extendidos y la boca abierta.

En esto se sintió un olorcito sumamente agradable a fritanga, que olfateó lleno de regocijo el cura. Y a poco aparecieron, viniendo de la cocina, una señora y una jovencita, diciendo a voces la segunda, que conducía en las manos una fuente colmada de sopaipillas, doradas y relucientes:

-¡Ya están las sopaipillas con almíbar; vengan a comer que están calientitas! -Y atravesó el patio con presteza, andando en la punta de los pies para no mojarse, y se entró al comedor.

Enseguida pasó una sirvienta con un brasero lleno de ascuas toda sofocada y la cara de medio lado evitando el sollamazo y capeando las chispas.

Invitantes y convidados arrimaron sus sillas a la mesa. El cura resobándose una contra otra las manos, confortablemente arrellanado en su amplio sillón de paja, cuya madera, pintada de azarcón, tenía unos dibujitos casi infantiles hechos con amarillo del rey. Los demás, no menos regocijados, en sillas más modestas, aunque de la misma marca nacional, como que todas eran fabricadas en Cantarrana por el maestro Ruiz, y si mis recuerdos no me engañan, importaban un real y medio la poltrona del cura y un real las otras.

-¡De rechupete, de rechupete! -decía don Cayetano comiendo golosamente y pasándose la punta de la lengua por los labios untados de almíbar.

-¡Y cómo de mano de monja! -agregó Eduardo con la boca llena, mirando a la jovencita y haciéndola sonrojarse.

Doña Dolores, que así se llamaba la señora, y su hija Mercedes, ahí presentes, eran unas parientas lejanas del cura, recogidas por él cuando quedó viuda la señora, pobre, con hija y sin amparo en el mundo.

Las quería don Cayetano con un cariño compasivo, viéndolas tan agradecidas, humildes y hacendosas. Cariño que ellas correspondían venerándolo como a un santo y haciendo todos los quehaceres de la casa, sin descuidar, por cierto, el arreglo de la iglesia, cuyos altares mantenían siempre con flores.

«No les ha de faltar que comer mientras el Señor me dé salud y vida» -se había dicho don Cayetano cuando las trajo a vivir con él. Y sacando fuerzas de flaquezas se entregó con mayores bríos a sus tareas de párroco.

Grande y pobre era el curato y muchos los quebrantos que el cargo le imponía, obligándole a penosos y frecuentes viajes por los más apartados lugares de la desamparada provincia colchaguina.

Al galope tendido de su caballo, de manta, sombrero de pita y las sotanas remangadas a la cintura mostrando los pantalones negros, remendados con más de un parche, partía don Cayetano, a veces con las primeras luces del alba o lloviendo, camino del Huique, Calleuque, Ligüeimo, acompañado del huaso que había venido a solicitar sus auxilios para un pecador que pedía confesión en artículo de muerte.

Rezando en voz alta y lastimera atravesaba la plaza el cura: «Santo, santo, santo, Señor Dios de los Ejércitos, llenos están los cielos y la tierra de la majestad de vuestra gloria».

A lo que contestaba el huaso agitando la campanilla y con voz entrecortada por el áspero trote del caballo: «Gloria al Padre, gloria al Hijo, gloria al Espíritu Santo».

Por esa época no tenía don Cayetano la gordura que más tarde los años le dieran; y era ágil y valeroso, y al mismo tiempo el más humilde siervo de Dios, ejemplar en sus costumbres y nada codicioso.

Doña Dolores, después de lamentar mucho la desgracia de Justo Pastor, que se hizo referir por Eduardo, preguntó al joven si encontraba cambiada a Marta, de lo que era cuando chica.

-¡Muy cambiada!...

-Está muy bonita ¿no?

Algo turbado con la pregunta, el estudiante miró de refilón al tío, y queriendo disimular movió la cabeza e hizo un gesto como diciendo «así, así no más».

Mercedes se puso como la grana y bajó la frente. Tenía diecisiete años, un rostro moreno menudito, casi infantil, de expresión triste y un mirar humilde y tímido. Su pelo era casi azul de puro negro. Don Cayetano la llamaba «la Tortolita».

Eduardo la quería con un cariño de hermano. Era de la misma edad de Marta, pero nunca los muchachos la asociaban a sus juegos de niños, como si fuera la «Cenicenta». Cuando Eduardo se fue a estudiar a Santiago se quedó muy triste la pobrecita, y esperaba su regreso en vacaciones con una ansiedad muy grande. Era la primera en divisarlo desde el campanario, al cual subía temblando de miedo que la sorprendieran; y en cuanto aparecía el colegial entrando a la plaza al galope de su caballo, bajaba corriendo, con una palpitación tan grande que la dejaba un momento sofocada y anhelante. Fugaces eran las estadas del colegial en Santa Cruz; y cuando partía a casa de su padre, Mercedes andaba ocultándose en los rincones para que no la vieran llorar.

-¿Qué tienes, chiquilla? -le preguntaba su madre.

-¿Por qué anda tan triste la Tortolita? -decía don Cayetano.

Respondía que no tenía nada o que le dolía la cabeza, y los miraba con sus ojos dulces y tristes.

Terminada la comilona de sopaipillas, se levantó don Cayetano, y viendo que había cesado de llover dijo al sobrino que era momento oportuno para ir a casa de los Guzmán, y que lo harían a caballo porque era mucho el barro del camino.

- VI -

Gracias a la acción del opio, Justo Pastor pasó la noche dormitando y sin quejarse.

Cuando don José Antonio, ya impuesto de todo, fue a verlo muy de mañana, Marta, que salía de puntillas de la alcoba, le hizo señas para que no hiciera ruido, poniéndose el índice en la boca, y dijo en voz baja:

-Ya lo vio el médico. Ahora está durmiendo... Y se marchó cerrando tras de sí la puerta.

El veterano, armado de su inseparable tebo, entró con mucho tiento y se quedó mirando fijamente al herido, a cuya cabecera velaba la madre.

Justo Pastor abrió los ojos.

-¿Cómo te sientes, hijo mío? -le preguntó con dulzura la señora posándole su amorosa mano en la frente.

-¡Como una tuna, madre!... ¡Fresco como una lechuga!

-¡Pobre hijo mío; lo dices por consolarme!

Don José Antonio le dijo que no se afligiera, que casos peores había visto él en las batallas, hombres cuasi charqueados a sable y que al poco tiempo ya estaban con las armas en la mano. En el Roble un cabo de su escuadrón, bandeado a bala de parte a parte y con más de catorce heridas en el cuerpo, cosido a bayonetazos, y al que todos dieron por muerto, había peleado después en Rancagua y en Chacabuco. Y a él, don José Antonio, ¿cómo lo habían dejado los pícaros murrangos en Maipú? De no dar ni tres cuartillos por su pelleja. Y ya lo veían: ¡Cómo si tal cosa! Y capaz era de ir a traer amarrado al Maulino!... Justo Pastor tenía su temple, su sangre, era de buena cepa ¡canastos!, y no se iba a morir por un pinchazo.

Viendo al viejo tan gallo, dijo Justo Pastor sonriéndose y regocijado:

-¡Si es casi nada, abuelo, y si no fuera por esta moledera (la puñalada) que me tiene medio estacado en la cama, hasta me levantaba también... ¡No es hombre el Maulino para mí!... Si lo pillo otra vez, de la primera cachetada lo encumbro y después lo pateo!... Páseme un trago de agua, madre.

Viendo entrar a Marta agregó:

-¿Cómo te va, rucia? ¡No creas que me voy a morir! ¡ni a cañón rayado! No seáí lesa, chiquilla, déjate de andar haciendo pucheros y lloriqueando.

-Estás mejor, ¿no? ¿No te duele la herida?... ¡Si yo no creo que te puedas morir!

-Pero no hables tanto, hijo mío -agregó su madre. El médico recomendó que estuvieras quietecito y que no hablaras.

-¡Pish! ¡Qué sabe don Abraham!... Bueno con el gringo bruto. Y tan pesado de mano; casi me hizo ver burros negros cuando me metió el dedo en la herida... ¡Por poco no le ajusto una cachetada en la nuca!

Positivamente el más alentado de todos parecía ser Justo Pastor. Y con esto y lo que decía el veterano de la buena cepa y de los soldados charqueados y vueltos a la vida; y con mucha fe en la intercesión de la Virgen y otro poco en los aciertos de don Abraham, fue renaciendo la esperanza en la familia.

Sólo don Salustio no tenía sosiego e iba y venía por toda la casa presa de un pensamiento clavado como un puñal en el alma: «¡Su hijo mortalmente herido y el hechor impune!»...

- VII -

-¿Se puede entrar?

-Pase, señor cura -dijo Marta entreabriendo la puerta.

Y el primero con quien toparon sus ojos fue con el sobrino.

Don Cayetano manifestó una gran confianza en la curación del herido y consoló a la señora diciéndole que en la misa de la mañana había elevado sus preces a la Virgen, pidiéndole que no desamparara al enfermo.

Justo Pastor miraba de hito en hito al joven Ruiz, haciendo esfuerzos por contener la risa que le retozaba.

-¡Pobre, ñato! -exclamó al fin. ¿Qué tienes en la barba, hombre?

-Un simple rasmillón, casi nada -contestó encendido el mozo mirando rápidamente a Marta.

-¿Qué peleó también? -interrogó misiá Rosario.

-Salió a defenderme, y lo agarraron entre todos. Pero no les aflojó ni un pelo. Al último se trezó con Javier Pérez ¡Bien bueno el ñato para los chopazos!

Misiá Rosario le dirigió una larga mirada de agradecimiento, y le preguntó si no se había puesto alguna pomada o algo en el rasmillón para que no se le enconase.

-Pero si es tan poca cosa, señora... Se me pasará solo.

Marta, bajo una dulce impresión de sorpresa, tenía sus ojos en el joven. Pensó que debía expresarle su reconocimiento y ser más afectuosa con él. Y así le habló con la intimidad cariñosa de una hermana.

-¿Quiere ponerse un poquito de pomada de almendra? Yo tengo.

-Gracias, Marta; no se moleste, si no vale la pena...

-Es lo más bueno. Venga.

Y quieras que no quieras se lo llevó a otro cuarto, donde lo hizo esperar, en tanto ella fue y volvió corriendo.

-Tome, póngase de esto. Es lo más fresquito.

Mientras el mozo frente a un espejo, se untaba la pomada con el dedo, medio avergonzado por parecerle un tanto ridículo lo que estaba haciendo, le pidió Marta que le refiriese en todos sus detalles la pelea.

Eduardo lo hizo, omitiendo el verdadero motivo de ella, esto es la rivalidad y celos entre Justo Pastor y el Maulino por causa de Lorenza. De su participación apenas si dijo dos palabras. Cuando terminó su relato vio que la niña tenía los ojos llenos de lágrimas.

-¡Pobre mi hermano! -suspiró enjugándose los ojos con su pañuelo... -¿Ud. cree que sanará pronto? No es muy grave ¿no?

-Tengo la seguridad de ello; ya ve Ud. lo tranquilo que está.

-Mi pobre mamá ha llorado toda la noche, calladita, allegada a la cama de Justo Pastor.

Volvió a enjugarse los ojos con el pañuelo y después de un momento dijo:

-Y Ud. ¿por qué trataba de ocultarnos que también había peleado?

-Fue cosa tan sin importancia...

-Para nosotros no es tan sin importancia. Ud. se expuso, quizás con mucho peligro, en defensa de mi hermano. ¡Y quería ocultarlo como si fuese una acción fea!... ¿Cree que yo no había notado que Ud. estaba herido en la barba? ¡Qué reservado y que poca confianza!...

-Ud. no puede hacerme ese reproche, Marta.

-¿Por qué?

-Porque Ud. tampoco tuvo confianza conmigo anoche, cuando me ofrecí a servirla, sospechando que podía serle útil.

-Tuve vergüenza de que se impusiera de cosas que deberían quedar ocultas en la familia. Pero ahora que sé cuanto ha hecho Ud. por mi hermano siento no habérselo dicho todo. Así Ud. no me guardaría resentimiento.

-¡Pero si yo no le guardo resentimiento alguno, Marta; todo lo contrario! -se apresuró a responder con vehemencia el joven.

-Es una intranquilidad menos... Venga a lavarse las manos al lavatorio... Tome la toalla... ¿Qué quiere decir todo lo contrario?

-Quiere decir... (el estudiante tuvo la intención de aprovechar la oportunidad para confesar su amor a la niña, pero se abstuvo de hacerlo pareciéndole poco decoroso en aquella circunstancia). Quiere decir que me llevaré de Ud. el mejor y más grato recuerdo.

-¿Cuándo piensa irse?

-Mañana.

-¡Tan pronto!...

-¿Ud. desearía que me quedase más tiempo?

A pregunta tan indiscreta y comprometente no contestó la muchacha. Y toda turbada y encendida comenzó a tapar y destapar el pomito limpiándolo cuidadosamente por todos lados, con el fin de ganar tiempo. De pronto dijo:

-¿Quiere que nos vamos?...

-Contésteme primero lo que le pregunté:

-Yo no sé... ¿Qué quiere que le conteste?

El mozo, con mucha audacia, puntualizó recalcando las palabras:

-Si desea que me vaya pronto de Santa Cruz o que me quede más tiempo.

-¿Por qué iba yo a desear que se fuera? -respondió afectando una indiferencia que desconcertó al mozo, creyéndola sincera.

Poco ducho en disimulos femeniles no vio el hijo del huaso Ruiz la emoción de la niña, ni lo encendido de sus mejillas, y a tal punto intimidada con aquella pregunta tan difícil de contestar, que buscando una salida al atolladero en que se encontraba, no se le ocurrió otra cosa que decirle nuevamente con una sonrisita tímida y un mirar cobarde:

-¿Quiere que nos vamos? Estarán esperándonos ya...

-Como le parezca -respondió el estudiante en un tonito seco que revelaba a las claras su despecho.

Sorprendida Marta, alzó la cara y lo miró a los ojos, sonriéndole con dulzura.

-¿Está sentido?

-¡Qué ocurrencia, no estoy sentido!

-¿Palabra?

-Palabra.

-Vámonos entonces.

Cuando entraron al cuarto del herido, éste miró a Eduardo y viéndole la barba toda embadurnada y lustrosa no pudo contener la risa.

-¡Pobre ñato -le dijo-, te han dejado muchísimo más feo!

-¡No es cierto, no está feo! -protestó Marta con calor. Y como se rieran y además el veterano clavara sus ojos en ella y su madre la mirase con extrañeza, enrojeció hasta la raíz del pelo.

De ahí a poco se despidieron tío y sobrino. Y mientras regresaban al trote de sus caballos, iba diciendo don Cayetano.

-Me parece, hombre, que no va a llover más. Mañana tendremos buen tiempo y podrás hacer tu viaje yéndote por el Tambo. Fíjate como se está cambiando el viento norte en sur. Aunque también es cierto que «cuando Dios quiere, con todos los vientos llueve».

-Así es, tío, tal vez no llueva más...

-Sin embargo, hombre, el norte está claro y el sur obscuro, y tú sabes el otro dicho: «Norte claro, Sur obscuro; aguacero seguro».

-Así es, tío, puede ser que llueva...

Lo que el sobrino deseaba, ya lo sabemos, era que lloviese a cántaros.

- VIII -

Por la noche hubo juego de lotería y su manito de monte en casa del señor cura, a la cual asistían varias familias vecinas, reunidas y congregadas ahí para tan inocente entretenimiento.

Tenía lugar el juego en el comedor, cuya mesa rodeaban las personas aficionadas a la lotería, principalmente señoras con sus hijas. Los que jugaban monte, casi todos los hombres, estaban instalados en otra mesita en un rincón de la pieza.

Dos grandes braseros calentaban el recinto; y por si eso no fuese suficiente para disipar el frío, se servía a las visitas un ponchecito de mosto con torrijas de naranja, bien caliente y muy reconfortante.

Cantaba los números don Florindo Fuentes, derecho adquirido por su voz clara y sonora y por lo gracioso. Sacudió la bolsa con la zurda y dijo:

-Se fue la bolita y salió él para arriba y para abajo.

-Apunta, niña, el 69, si lo tienes -explicó una señora a su hija.

-Le apuesto al virgo, misiá Antuca.

-Al ambo, si gusta, don Tadeo, y un cinco.

-Apostado.

-¿Quiere, Eduardo, que juntemos los cartones y hagamos una vaca? -pidió al estudiante Julita Ramírez, su vecina de la derecha.

Accedió galantemente el joven Ruiz, dando con ello mucho gusto a la muchacha, que desde ese instante y con motivo de la vaca y a pretexto de mirar en los cartones, se le acercaba a cada rato.

Al otro costado tenía Eduardo a Mercedes, que con muchas dificultades y venciendo su timidez, se había ingeniado para tomar aquel asiento.

Don Florindo seguía cantando los números:

-Y salió... el triste Juan de Montoya... su único hijo... la docena del fraile.

-¡Apunte don Cayetano!

-No tengo el trece; son malazos estos cartones -dijo riéndose el cura.

-A ver si éste lo tiene -dijo don Florindo y cantó:- la edad de las niñas.

-¡Cuaterno! -exclamó deteniendo el juego con su mano doña Leocadia, la esposa del boticario.

Se sintieron pasos afuera y la voz alharaquieta de una señora que decía a gritos:

-¡Jesús qué frío; estoy congelada, hija; y eso que me puse dos refajos de balleta!... Apaga el chonchón, Peta. Guarda los zuecos por ahí, juntos con el chonchón y el paraguas... Anda a esperarme a la cocina. ¡Y no te vas a quedar dormida, india!

-¡Doña Adelaida Alcaíno! -exclamaron a una los jugadores.

La cual, abriendo la puerta de un empujón entró como una ventolera y comenzó a saludar a gritos, con grandes risotadas y muchos aspavientos. Venía arrebujada como una bruja. La llamaban «la gansa clueca», y era una hembra fornida y coloradota, de muchos pulsos y capaz de agarrarse con cualquier hombre, y de ganársela también.

-Tome asiento y cartones -le dijo don Cayetano, después de saludarla.

-¿Está Ramón? -preguntó la mujerona aquella, cateando por todos lados a su marido.

-Por aquí hay un pedazo -respondió en la mesa del monte un hombre barbudo, con voz acatarrada y facha de forajido.

-¡Ah!, echando tu torito ¿no? Ya me lo imaginaba. ¿Y no me dijiste nada que venías?... Dénme lado, con Uds. me quedo yo. No me gusta la lotería; es como tomar agua perra con el dedo... A ver ¿qué cartas juegan?... El as de oro con el siete de espadas. Voy cinco pesos al siete -agregó metiéndose la mano hasta el codo en la faltriquera.

-Mire doña Adelaida que es primera talla con este naipe y el «as en primera talla nunca falla».

-Pues, ahora tendrá que fallar conmigo; y si no, lo pateo y lo escupo.

El montero, bajo la mirada atenta de los jugadores iba tirando despacito de las cartas y diciendo:

-¡Buena pinta... ábrete en dos... buena espada... espada es! ¡El as de espada! -exclamó, al fin, descubriendo toda la carta.

-¡Hijuna no más, que me hace perder esta carta sucia! -gritó doña Adelaida alargando la mano para tomar el as con intención de hacerlo añicos; impidiéndoselo los jugadores entre risas y burlas.

-¡Lotería!... ¡Hicimos lotería con Eduardo! -exclamó brincando de gozo la muchacha que jugaba en compañía del estudiante. Y de puro atolondrada casi se le sentó en las rodillas.

Mercedes dejó su asiento y salió con presteza en dirección a su dormitorio. Se echó de bruces sobre el borde de su cama y ocultó el rostro entre las manos sollozando como un niño: -¡Ay que desgraciada soy!... ¡Eduardo, Eduardo!... Yo me moriré y nunca, nunca lo sabrás!...

-Misiá Merceditas -habló una sirvienta desde la puerta, la llama su mamá, para que vaya ligerito a hacer otro jarro de ponche caliente, porque ya se tomaron toíto el que había.

Se levantó inmediatamente, y después de enjugarse los ojos sacó de su baúl un paquetito y se fue corriendo a ponerlo debajo de la almohada de la cama de Eduardo. Era una bufanda de lana tejida por ella.

Cuando el estudiante abrió su cama para acostarse encontró el paquetito de Mercedes y se sonrió sintiendo en su corazón agradecido un tierno afecto fraternal. Recordó cuan buena fuese siempre para él, como una cariñosa hermana. Le repasaba la ropa, le marcaba los pañuelos, le arreglaba las corbatas, y hacía para la mesa lo que más le apetecía. Obras de ella eran su relojera de mostacilla, la perezosa bordada con sus iniciales entre guirnaldas de no me olvides; y tantas otras cosas que él tenía en su cuarto de estudiante allá en Santiago.

Mientras se acostaba voló con su pensamiento a deleitarse en el recuerdo de Marta y durmió con su imagen bajo sus párpados. Soñaba y la veía de pie al lado de su cama, mirándole con sus grandes y azules ojos luminosos, sonriéndole y mostrando entre los labios húmedos los dientecitos blancos como tiernos granos de maíz. Jugaba con su trenza de oro haciéndose con ella una diadema alrededor de su alba frente. ¡Qué muchacha más linda!...

Se cumplió el pronóstico del cura, se despejó el cielo y amaneció un día radiante de sol. Y muy de mañana partió de a caballo, no sin pasar antes a casa de don Salustio a preguntar por Justo Pastor, despedirse de la familia y pedir órdenes para Santiago, donde el señor Guzmán tenía sus hermanas, casada una con el abogado en cuyo estudio Eduardo hacía su práctica forense.

Sólo vio a don Salustio, quien lo impuso de que el herido seguía bien, durmiendo, como el resto de la familia. A la vez le rogó que comunicara a sus hermanas lo sucedido a Justo Pastor. Él no les escribía, porque siendo tan alarmistas iban a imaginarse que les ocultaba la verdad y a pensar que el muchacho estaba ya muerto.

Así lo prometió el joven y despidiéndose del caballero, con recuerdos para la familia, picó espuelas a su caballo.

No iba muy ligero, antes bien se iba como quedando, por lo cual le dijo el sirvienta que le llevaba la maleta:

-¡Si no se apura, patroncito, lo va a dejar el tren!

Al estudiante debió entrarle una especie de frenesí o rabia contra el roto que lo apuraba, contra don Cayetano que lo echó y contra el maldito buen tiempo que no lo había impedido. Furor que descargó por último contra su caballo, porque le atracó las espuelas y chicoteando a dos manos arrancó a escape por el medio del camino empantanado, resbalando aquí, saltando allá, bajo una lluvia espesa de barro que le caía hasta por los ojos.

-¡Bueno con el futre bárbaro! -exclamó el roto. ¡A qué hora se da vuelta con caballo y todo!

- IX -

Ese año fue muy lluvioso en todo Chile. En las provincias centrales las lluvias comenzaron en marzo, apenas terminadas las cosechas. Abril cumplió su fama proverbial: «Abril aguas mil», porque, aunque sin fuerza, llovió en chubascos casi diarios que sorprendían a los muchachos vendimiadores en medio de las viñas, obligándolos a correr con sus cestos en la cabeza para vaciarlos en los yoles y en las carretas con lagares. Pero fue en mayo, poco después que Eduardo Ruiz se fue de Santa Cruz, cuando vinieron los aguaceros torrenciales que inundaron los campos y los bosques, dándole a la tierra una negra y desolada tristeza.

En la provincia de Colchagua llovió veinte días seguidos, casi sin escampar, y fueron tan grandes las creces del Chimbarongo y del Tinguiririca que sus aguas turbias y torrentosas, saliéndose de sus extensas vegas, en las que dejaron sumergidos los chircales, arrasaron potreros enteros de cultivo. De trecho en trecho asomaban sus copas por encima de aquella enorme extensión de agua, los espinos y maitenes seculares. El desborde de las acequias de regadío convirtió en arroyos los caminos, dejándolos intransitables. Durante un mes no se vio el sol, como si no existiera, y se obscureció el mundo difundiendo un temor supersticioso entre la amedrentada gente campesina, a lo que contribuía el extraño gemir del viento y el mugido prolongado y lastimero con voces casi humanas, que partían el alma, de los animales extraviados. Sólo turbaba el silencio de las tenebrosas noches sin estrellas el incesante caer del agua que azotaba rabiosamente el suelo, el bramar del viento norte y el lejano estruendo de los ríos que derribaban barrancos, arrastrando en el turbión de sus aguas impetuosas árboles enteros, arrancados de cuajo, ranchos de campesinos, bueyes sumergidos hasta los cachos, con el espanto pintado en los dilatados ojos, luchando por ganar la orilla, cadáveres de animales ahogados, y mil diversos y fantásticos objetos; troncos que pasaban como flechas, deteniéndose y girando breves momentos en los remolinos profundos de los recodos del trayecto, árboles que sobrenadaban entre dos aguas, que emergían y agitaban una rama, como un brazo que pidiera auxilio.

El hambre y el frío tenían reducidos a la extrema miseria a centenares de familias, sin más albergue que sus pobres chozas de totora, en cuyo interior, hecho un pantano, se refugiaban hombres, mujeres y niños, acurrucados tiritando de frío en torno de los tizones

humeantes, y haciéndoles compañía el perro fiel, cuando no la gallina con sus pollos, acogidos por un sentimiento compasivo, innato en el pueblo chileno.

La aldea de Santa Cruz quedó aislada por la crece del estero Guirivilo, que cortó el puente de comunicación con Paniahue, quedando sin vado alguno para cruzarlo, y amenazaba salirse por la plaza. La alarma era grande entre sus habitantes, porque ya el agua había sumergido muchos huertos y comenzaba a invadir los patios interiores de las casas de la orilla. Y seguía subiendo lentamente y lloviendo y norteando que daba miedo, sin esperanza de que se compusiera el tiempo.

Un peón de don Salustio que intentó salir de a caballo por el Tambo, angosta y peligrosa faja de terreno resbaladizo entre el río y el canal de los Velasco, cayó al río, ahogándose con caballo y todo. Don Salustio recogió a la viuda con sus hijos, albergándolos en la casa.

Hubo varios ahogados, víctimas de su imprudencia o de un arrojo temerario, cuyos cadáveres buscaban sus deudos siguiendo por la orilla una media calabaza que echaban a la corriente con una vela encendida, la que, según ellos, debería detenerse donde estuviera el difunto.

La familia Guzmán vivía en un aislamiento casi absoluto, debido a la distancia que la separaba del pueblo. Días interminables aquéllos en los que no se sabía por donde andaba el sol. Se suprimieron las partidas de malilla y sólo don Cayetano iba de a caballo una que otra vez a verlos.

Justo Pastor continuaba en su rápida mejoría y suspiraba por comerse un cordero asado en casa de Lorenza, ya que el tiempo estaba «como mandado hacer para ello». Antiguos pensamientos y recuerdos de otras edades ocupaban a don José Antonio, siempre allegado al brasero. Don Salustio, paseándose en vueltas interminables por toda la casa o jugando brisca robada con la señora. Misiá Rosario, tejiendo con sus palillos y en los quehaceres de la casa. Marta, bordando al lado de su madre, embebida en numerosos pensamientos y haciendo mil conjeturas y suposiciones sobre Eduardo Ruiz. Los niños, jugando en los corredores al pillarse, al tugar, a los huevos o encerrados oyendo cuentos.

Por la noche se rezaban unos rosarios interminables, con muchos ofrecimientos de padrenuestros y avemarías: «por el alma de la abuelita, por el alma de la tía Eustaquia, por el alma del compadre Aniceto, por los navegantes y caminantes». Y así hasta que los niños se quedaban dormidos con la boca abierta o se oían los ronquidos de la cocinera.

Una mañana en que Marta estaba con sus hermanos en el cuarto de costuras, alrededor del brasero, dijo Juana del Carmen desde la puerta:

-Misiá Martita, aquí le traen un regalo.

-Entra.

La sirvienta entró con un corderito en los brazos.

-¡Ay, qué lindo!... ¿De dónde lo sacaste?

-Lo trajo ño Toribio; dice que se le murió la maire y quedó huachito.

-¡Pobrecito! Tráelo para acá... ¡Si está tiritando!

Lo acariciaban pasándole la mano por la cabeza y cada cual lo quería para sí. Marta lo subió a su falda envolviéndolo en su chalcito de lana.

-¿Qué nombre le pondremos?

Unos decían Pascual o Borrego, otros Topete o Huachito. Eligieron el de Borrego. Después de darle leche y de asearlo bien, le pusieron una cinta lacre al cuello, riéndose de verle tan lindo y tan mansito. Pocos días después seguía a los niños por todas partes, obedeciendo al nombre de «Borrego».

A fines de junio, allá por el veranito de San Juan, algo se compuso el tiempo, cesaron las lluvias, descendieron las aguas y apareció el sol, lejano y mortecino, acompañado de un viento sur que hería como un cuchillo, por lo sutil y frío, soplando sobre un campo desolado y yerto. Las canales de los tejados goteaban la escarcha derretida por el sol. La cordillera surgió majestuosa y blanca con su inmenso manto de nieve.

Capítulo III Estudios y amoríos

- I -

-¡Falso, enteramente falso! ¡No hay tales supervivencias orgánicas ancestrales!

-Según tus entendederas, es claro, pero no opinan lo mismo los que han estudiado la materia.

-Según la opinión de toda la gente de sentido común; porque se necesita no tenerlo o ser ciego anativitate para creer que descendemos del mono... ¡No sea leso, amigo; no esté creyendo en cuentos de viejas y en paparruchas!

-El ciego del entendimiento eres tú, que eres incapaz de comprender a Darwin y su teoría sobre el origen de las especies y la selección natural... ¡Pero si ni siquiera has leído a Darwin y te metes a discutir lo que no sabes ni por las tapas!

-¿Para qué?, ¿para convencerme de que mi abuelo fue un orangután? ¡Bonita teoría, hombre! Quédate con ella tú, que eres tan sabio, y consuélate y enorgullécete de tener tan ilustres abolengos. A Dios gracias, mis antepasados progenitores no tenían rabo, porque eran españoles, andaluces de pura sangre.

-Bien se te conoce, microcéfalo, en lo cerrado de mollera y en esa verba y en ese prurito de hablar hasta por los codos sin saber nada de nada.

-¿Y por casa cómo andamos, sabiondo?

-¡Pero si salta a la vista que hay hombres que por lo feos y cretinos no pueden descender sino de un macaco, por muy andaluces que sean! Y esto no es una alusión personal, amigo...

Los estudiantes que asistían a la discusión soltaron una estrepitosa carcajada. Se rieron también de buena gana ambos contrincantes, pues todos eran amigos y compañeros de estudios, y vivían juntos en la misma casa de pensión. Y así terminaban siempre aquellas polémicas, por más virulentas que fuesen.

Los que discutían a Darwin eran Diego Polanco y Pedro González, ambos estudiantes de medicina. Gallardo mozo de frente despejada el primero, cejjunto y peludo como un oso el segundo, el andaluz; Tomás Rojas, estudiante de leyes, mozo crudo de palabra y feo con gana; Ernesto Flores, jovencito recién incorporado al curso de leyes, esbelto y muy simpático, algo tímido todavía. El otro era nuestro conocido Eduardo Ruiz, en cuyo cuarto tenía lugar la discusión, precisamente al siguiente día de su regreso de Santa Cruz.

Aquellos alegres estudiantes solían armar unas tremendas peloterías discutiendo con la vehemencia y exageración propias de la edad, sobre ciencias, arte, política, religión, arrebatándose la palabra o hablando todos a la vez, gritando mucho, accionando aún más y lanzándose epítetos mordaces y pullas hirientes; sin que jamás se viera el caso de que alguno cediese ni un pelo, ni que consiguiera convencer a nadie. El lema parecía ser «No me doy»... «No me rindo», aunque hubiese que sostener que el sol alumbraba a media noche.

Al principio, cuando doña Mariana, la dueña de la pensión (calle de San Francisco, 2.^a cuadra), no los conocía bien, oyéndoles gritar acudía alarmadísima, creyendo que aquellos condenados estudiantes se iban a matar. Luego se convenció de que era pura alharaca no más.

Soltaban unas carcajadas que resonaban en toda la casa, oyéndose hasta en el vecindario, y los transeúntes se detenían a la ventana de la calle a oír los gritos y las risotadas.

Luego se les veía salir a la calle por parejas, tomados del brazo, el libro en la mano charlando amistosamente, camino de la Universidad o de la Escuela de Medicina.

Dos puertas tenía el cuarto del joven Ruiz, uno al primer patio y la otra al zaguán. Y a ésta, que estaba cerrada, se oyeron cuando aún no cesaban de reírse, unos fuertes porrazos y la voz de una persona que decía imperiosamente:

-¡Abrid, si no queréis que rompa esta puerta con el pomo de mi espada, ya que no podré pasar por sus intersticios!...

-¡Voto al chápiro, que aquí aguarda un caballero!...

Soltaron la carcajada los de adentro reconociendo a Pancho Troncoso; y le contestó Tomás Rojas ahuecando la voz:

«¡Cuál gritan esos malditos,
Pero mal rayo me parta
Si en concluyendo esta carta
No pagan caros sus gritos!»

-¡Vive Dios!... ¡Abrid por los clavos de Cristo! -tronó el de fuera.

-Espérate, Pancho, voy a abrirte -dijo Eduardo, dando vuelta a la llave.

Entró con una ostentosa facha un mozo ya treintón, champudo de cabellera y bigote rizado a fuego, abrigo lleno de pieles y un mirar oblicuo, despreciativo, de matón perdona vidas, especie de cómico de la legua.

Le hicieron ruidosa acogida los estudiantes. Tenía por apodo «Gallo de hoja» y empleaba un lenguaje altisonante tomado de las novelas que leía, Pérez Escrich, Fernández y González y demás autores en boga y por entregas, cuyos personajes trataba de imitar. Vivía de pensionista en otra casa y estudiaba leyes, según él decía, pero no estudiaba nada, dedicándole todo su tiempo ya a la lectura de novelas y poesías, de las cuales se sabía de memoria las de Zorrilla y Espronceda, ya al brujuleo por esas calles, haciendo de Tenorio, con más porrazos que fortuna.

-¿Qué es de tu vida, Pancho?... ¿Y cómo van esos amores con aquella hechicera morena, la cautiva creatura de la plazuela de San Isidro? -le preguntó Eduardo, estrechándole la mano.

-Regular; por no decir bien, bastante bien; aunque han aparecido moros en la costa - contestó pavoneándose el interpelado.

En lo que mentía descaradamente porque aquellos amores iban mal, muy mal; y el moro aparecido no era otro que el mismísimo padre de la cautiva, un despachero de malísimas pulgas que ya le había propinado una sopapina, amenazándole con sacarle los dientes si lo pillaba otra vez rondando la casa y echándole piropos a su hija: «el futre sinvergüenza, facha de títere».

-Y tú, ñato -preguntó el «Gallo de hoja»-. ¿Cuándo llegaste de Yaquil, tus queridos lares?... ¿Y cómo quedó el anciano venerable?

-Llegué ayer; y por suerte el accidente de mi padre no tuvo consecuencias. De regreso pasé a Santa Cruz a ver a mi tío.

-Y el ínclito don Cayetano, a quien tuve el gusto de conocer en pasados años en la tormentosa costa de Bucalemu, ¿siempre tan famoso y esponjado?

-Más que nunca.

Y dirigiéndose a Ernesto le preguntó, pasándole la mano por la mejilla:

-¿Y qué dice el Benjamín de la tribu? ¿Ya le va perdiendo el miedo a la capital?... ¡Que no me lo corrompan estos macabeos!

-No recibo sino buenos ejemplos y consejos, don Francisco -respondió el joven ruborizándose.

-No me diga don Francisco, amiguito. Llámeme lisa y llanamente Pancho, como sus compañeros. Ya es tiempo que vaya dejando ese airecito de pichón entumido que trajo de... ¿De dónde es Ud?

-De Chépica.

-¡Ah, de Chépica!... Bello país debe ser el de Chépica, papá.

-¿Te gustaría ir allá? -agregó Pedro González, continuando los versos de «Flor de un día».

-Tendría mucho placer -terminó Tomás Rojas.

Continuaron bromeando, riendo y diciendo mil disparates hasta que se oyó el cencerro de doña Mariana, llamándolos a almorzar.

-¡Hombre, las once ya! -exclamó Troncoso tomando su sombrero.

¿Por qué no te quedas? Almuerza con nosotros -indicó Eduardo.

Después de un instante de vacilación, durante el cual debió pensar en lo recortadas y al justo que eran aquellas comidas de estudiantes, aceptó por fin cuando Polanco dijo que él hacía el gasto del chacolí para festejar la llegada de Eduardo.

Ciertamente no eran muchos ni abundantes los potajes que doña Mariana servía a sus pensionistas; pero hay que reconocer que lo hacía con muchísima voluntad y un cariño casi de madre. Eso sí, siempre que no le atrasasen en el pago religioso de los \$16 mensuales que importaba la pensión, incluyendo el desayuno y la pieza.

Cuando entraron al comedor servía la carbonada la patrona, sentada a la cabecera de la mesa. Al otro extremo se hallaba su marido, don Pantaleón Retamales, caballero taciturno y de aspecto casi lúgubre, debido, según decía Tomás Rojas, a su empleo de dependiente en el almacén de ataúdes de la calle de San Antonio, cuyo fúnebre espectáculo debería hacerlo meditar en la muerte a toda hora.

-¿A cómo está el litro de chacolí, doña Mariana? -preguntó Polanco metiéndose rumbosamente la mano al bolsillo.

-A cinco, del moscatel, en el despacho de la esquina.

-Tome una chaucha, mándeme buscar cuatro litros; volando.

-¿Y cómo marchan los negocios, don Pantaleón? ¿Hay bastantes difuntos? -interrogó Pancho Troncoso, mientras cuchareaba la carbonada.

-Así, así, don Francisco; el año no es bueno, se muere poca gente -contestó con cara de lástima el caballero. Y para no perder ni una gota del caldo se dio unos chupetones en las puntas de los bigotes, que parecían colitas de ratón.

-¡Qué hacen entonces esos médicos, que no trabajan! -exclamó indignado el Gallo.

Se sonrió tristemente don Pantaleón y miró con ojos mortecinos a los futuros médicos ahí presentes, como pidiéndoles perdón por aquella falta de respeto a la Facultad.

-Pero no hay que desesperar -agregó Troncoso-, que ahí están Polanco y González, dos buenos amigos que en breve han de darle bastante movimiento al negocio de ataúdes, y han de sobrar los muertos y faltarle cajones, don Pantaleón.

Celebraban los estudiantes las bromas de Troncoso cuando llegó el chacolí. Se llenaron los vasos y se bebió a la salud y feliz arribo del compañero Ruiz.

Doña Mariana sirvió el segundo plato.

-Has andado con suerte, Pancho, tenemos pejerreyes fritos -dijo maliciosamente González.

-¡Hombre, mucho que me gustan! -respondió Troncoso. Y armado de tenedor y cuchillo se le fue encima al que tenía en su plato.

Doña Mariana estaba con la cabeza gacha, sin pestañear.

-¿De dónde son estos pejerreyes sin espinas?... ¿Son de Aculeo? -preguntó Troncoso extrañado (o haciéndose) al ver que el dichoso pejerrey no era otra cosa que una hoja de lechuga, enrollada y cubierta con una dorada masa de harina, simulando con mucho arte la forma de un pescado.

-No son precisamente de Aculeo, ni siquiera son de agua; son de tierra... Una especialidad de la casa. ¿No es así, doña Mariana?

-No sea malo, González. Bien sabrosos qué son y en todas las casas los hacen -contestó la patrona.

No estaba Eduardo con su alegría acostumbrada, antes bien tenía frecuentes distracciones, quedándose pensativo a ratos. Lo notaron sus compañeros y le preguntó Polanco.

-¿Qué tienes, hombre? No estás en vena.

Y agregó Ernesto Flores poniéndole cariñosamente una mano sobre el hombro:

-¿El recuerdo de la familia?... A mí me sucede lo mismo.

Se turbó el joven Ruiz como si le hubiesen mirado en el fondo del corazón descubriéndole sus secretos. Mas, reponiéndose, contestó que efectivamente le tenía preocupado un amigo de Santa Cruz a quien dejó gravemente enfermo y muy alarmada a su familia.

-¿Enfermo de chabalongo? -inquirió doña Mariana.

-No; herido a puñal en una riña con un roto, en la cual me cupo intervenir.

-¡Hombre, y tan callado que lo tenías!... ¡Cuenta cómo fue eso!... ¡Desembucha, hombre! -exclamaron los estudiantes.

Refirió el joven Ruiz las incidencias de la pelea entre Justo Pastor y el Maulino, callándose todo lo concerniente a la mala conducta, encierro y escapatoria del hijo de don Salustio, y lo relativo a sus relaciones con la señorita Marta Guzmán, a quien ni nombró siquiera.

El «Gallo de hoja» oyó el relato de aquel hecho sangriento con unos ojos abiertos como puño, y por su imaginación fantástica desfilaron en el acto los episodios espeluznantes de las novelas y dramas de capa y espada de que tenía llena la cabeza. Recordándolas se levantó y tomando con mano violenta el cuchillo de cacha de ciervo y hoja mohosa que tenía delante exclamó con acento trágico clavando en don Pantaleón sus ojos turbios:

«¡Os estoy mirando y dudo
Si he de manchar mi espada
Con esa sangre malvada
O echaros al cuello un nudo».

Don Pantaleón tenía cara de difunto, temiendo que aquel loco cometiese alguna barbaridad con el cuchillo.

Los estudiantes se reían a carcajadas, y debido a esto no se fijaron gran cosa en el menguado misteque (como decía la patrona) que les fue servido de tercero y último plato. Y con esto y una taza de té terminó el almuerzo.

Cuando se retiraba Pancho Troncoso, le dijo Ruiz.

-No te olvides que esta noche hay sesión de la Academia de Bellas Letras. Eduardo de la Barra leerá un trabajo sobre el Dante y don Marcial González otro sobre finanzas. Habrá además varias composiciones en verso.

-«¡Ecco!», por sabido; no faltaré... Y a propósito ¿para cuando tu trabajo sobre el puma chileno?

-Hombre, no sé. Me falta limarlo mucho todavía. Será de esta sesión a la otra.

-«¡A rivederchi!» -dijo el «Gallo» despidiéndose.

Y salió tarareando la «dona e movile», del Rigoletto, haciendo molinetes con el bastón de cachiporra dorada, el sombrero de medio lado, y una gran facha que le daba el gabán de pieles. Prenda sumamente vistosa «comprada a lance», aseguraba Tomás Rojas, agregando que «el difunto era más grande».

Eduardo Ruiz se encerró en su cuarto a estudiar. Tumbado de espaldas en su cama y el Código en la mano, daba vueltas a las páginas unas tras otras maquinalmente y sin entender jota, porque su pensamiento andaba a cien leguas de distancia. De cuando en cuando cerraba el libro y también cerraba los ojos. Viéndole cualquiera diría que meditaba en algún abstruso punto de derecho.

No había tal, ni cosa parecida. Ya el lector sospechará por donde andaría remontado su pensamiento y cual era el tema de aquellas profundas meditaciones, sabiendo como sabe, el flechazo que le había asestado medio a medio del corazón la linda hija de don Salustio.

Y efectivamente, en ella pensaba y a ella veía, repasando en su memoria una por una las horas pasadas a su lado, tan llenas de recuerdos.

Abrió nuevamente el Código intentando leer y otra vez asaltaron su pensamiento aquellos dulces recuerdos, que eran como una obsesión.

-¡Vaya! -se dijo poniéndose de pie de un salto-, lo que me faltaba ahora era dar en enamorado romántico y en locas fantasías como el «Gallo de hoja»... Sabe Dios si a estas horas no estará riéndose de mí la muchacha y llamándome «ñato atrevido y pretencioso».

Comenzó a pasearse, y como oyera unos golpecitos a la puerta.

-Adelante -dijo.

Entró Ernesto Flores.

-¿Estudiando?... ¿No te molesto?

-De ningún modo. Intenté estudiar pero no estoy con ánimo.

-Lo he notado desde que llegaste. Conozco por experiencia propia esas tristezas que nos acompañan después que se deja la familia. Te aseguro que cada vez que me separo de mi mamá su recuerdo me va siguiendo por todas partes y a toda hora, de tal suerte que me es imposible estudiar por varios días.

Después de una breve pausa prosiguió diciendo con acento conmovido:

-No hay dichas como las dichas del hogar, ni lazos más fuertes que los lazos que nos atan a la familia... ¿No es cierto?

-Así es, Ernesto -respondió Eduardo poniéndole ambas manos sobre los hombros y mirando con ternura a aquel muchacho sentimental, de alma llena de ilusiones virginales, un poco triste, un poco soñador.

Eran íntimos amigos, no obstante sus diversos caracteres, siendo Ernesto tímido y candoroso como un niño, en tanto Eduardo, resuelto y valeroso, tenía un concepto más cabal del mundo.

Los unía una comunidad de nobles sentimientos. Se comprendieron y simpatizaron desde el primer momento en que se hablaron. Y viendo Eduardo a su nuevo amigo y compañero tan falto de mundo como ingenuo, le sirvió de mentor, de consejero, guiándole como a un hermano menor. Luego en la intimidad del trato diario se hicieron mutuas confidencias, refiriendo cada cual su propia historia.

-Siéntate, hombre, tengo algo que contarte. Es un secreto que deseo depositar en el corazón de mi mejor y más querido amigo -dijo el joven Ruiz, que como todo enamorado tenía ansia de un confidente en quien desahogar lo que rebosaba en su alma.

Y se lo contó todo entre sonriente y medio avergonzado.

Ernesto le oía poseído de una grata sorpresa, sonriendo también al ver el calor con que su compañero hablaba de aquella niña de trenza de oro, linda como un sol.

-Me siento otro desde que amo e infinitamente más dichoso. Esto es lo más grande y más dulce que hay en la vida, el lazo más fuerte que puede atarnos a ella, terminó diciendo con apasionamiento el joven Ruiz.

Y comenzó a pasearse por el cuarto bajo la mirada de ternura fraternal de su compañero, ante quien se detuvo preguntándole:

-Y tú, hombre, ¿nada tienes por allá en Chépica?...

-Nada, absolutamente nada. Ya sabes, como te lo he contado, que no tengo otro amor que mi mamá. Para ti no tengo secretos, ya conoces toda mi vida.

Era la del joven Flores historia corta y muy sencilla. Nacido en Chépica, pequeña aldea curicana, quedó huérfano de padre en edad muy tierna. Hijo único, en él consagró todos sus

amores la madre, y en su regazo creció el niño al calor de besos y caricias. Ella le enseñó a leer teniéndole sentado en sus rodillas, frente a la mesita donde estaba abierto el silabario, cuyas letras pronunciaban ambos, señalándolas el chico con el dedo y la mamá apoyando dulcemente la mejilla sobre la cabeza de su hijo.

Más tarde le puso a la escuela y ella lo llevaba y lo traía diariamente conduciéndole de la mano. Viéndoles pasar, los vecinos, asomados a las puertas, les sonreían y los saludaban con cariño.

Era modesto, casi pobre, aquel dichoso hogar campesino; sin más bienes de fortuna que la casita de tejas a la orilla del camino, el huerto, la viña y el potrero de siembra, con su pedazo de cerro en el cual se veían, alumbradas por el sol, blancas ovejas pastando en los faldeos y cabras retozonas triscando sobre los riscos: pequeña finca que atendía personalmente la viuda.

Durante su infancia no tuvo más compañero y amigo que su madre, quien, por otra parte, tampoco gustaba que su hijo se juntara con otros chicos del pueblo.

Se divertían ambos corriendo por las habitaciones, persiguiéndose en el huerto. Sus alegrías eran bulliciosas y pueriles; Ernesto, a veces, se ocultaba para asustarla, o bien se trepaba a los árboles a coger para su madre las primeras frutas maduras; o la divertía imitando los gestos, dicharachos y contorsiones del payaso del circo de maromeros, ejecutándolos tan a la perfección que la mamá se moría de risa, y lo abrazaba y le cubría el rostro de besos.

Llegada su adolescencia, llegó también para ellos la hora triste de separarse. Ernesto, a quien su madre deseaba dar una instrucción superior a la que podía adquirir en la aldea, anhelando hacer de él un joven educado, quizás un futuro profesional, fue enviado al Liceo de San Fernando.

Un año duró aquella separación y fueron tales las penas que el muchacho expresaba en sus cartas, empapadas en lágrimas, y las congojas de la solitaria madre, que ésta resolvió irse a vivir a San Fernando al lado de su hijo.

Y así lo hizo, vendiendo las ovejas, la vaca y la yunta de bueyes y arrendó su finca, cuyo producido escasamente para sufragar los gastos le daba.

¡Qué dicha al encontrarse nuevamente juntos en la capital colchaguina!... Se pusieron a bailar estrechamente abrazados.

Él había crecido mucho, y con sus quince años de edad parecía un alamito nuevo, de figura delicada y elegante. Tenía una singular dulzura en los ojos, soñadores y pestañudos, que le hacían muy simpático.

Cuando salían del brazo, muchos los tomaban por hermanos y se detenían a mirarlos, llenando de regocijo el corazón de la orgullosa madre.

Su carácter tímido le impedía intimar con sus condiscípulos, haciendo como en Chépica la misma vida de hogar, en la que encontraba cariño tierno, dulces palabras y una abnegación en todos los momentos.

De esta suerte obró en su educación una influencia exclusivamente femenina, que explicaba su timidez y la gran sensibilidad, que era el fondo de su carácter.

Terminadas las humanidades tuvieron que separarse de nuevo, yéndose Ernesto a estudiar leyes a Santiago, y su madre regresó sola y muy triste a su casita de Chépica, a trabajar animosamente a fin de que su hijo no careciese de cuanto necesitaba, evitándole hacer en la capital el papel desairado de estudiante provinciano y pobre, de éstos a quienes tantas humillaciones suelen ocasionar algunos señoritos santiaguinos imbéciles.

- II -

Un lunes, a eso de las cinco de la tarde, entraba Eduardo Ruiz a una casa ubicada en Agustinas esquina de Peumo. Tiró el cordón de la campanilla y salió a abrir la cancela una sirviente, haciéndole pasar al salón mientras avisaba a la familia.

Vivía en ella don Renato Téllez Sandoval, esposo de doña Matilde Guzmán, hermana de don Salustio. El joven Ruiz estaba invitado a comer.

Permanecía sentado en un rincón cuando entró corriendo al cuarto contiguo, cuya puerta de comunicación estaba abierta, una joven, que sin verle y toda sofocada y riéndose se metió debajo de una mesa de centro cubierta con una carpeta.

El joven se quedó sonriendo y mirando a la muchacha agazapada con la cabeza en sentido contrario a él. Casi inmediatamente apareció también una niña de unos cuatro años de edad, que se quedó un instante mirando a todos lados, y no viendo a la que buscaba, gritó:

-¿Dónde estás, Lucha?

Como no le contestaran se fue a escape.

-¡Aquí estoy, Juanita! -gritó debajo de la mesa la juguetona joven, riéndose despacito.

Un instante después entró la dueña de casa, doña Matilde, levantándose Eduardo a saludarla.

-Tenemos noticias de Santa Cruz, Marta escribió a Luisa y le dice que Justo Pastor está ya fuera de peligro y que don Abraham le permitirá levantarse en pocos días más.

-¿No se lo decía yo, señora, que no había por qué alarmarse?

-Sí; pero Marta dice que la puñalada fue una cosa espantosa y que ha sido un milagro de Dios que haya escapado... También dice que Ud. tomó parte en la pelea con los rotos, en defensa de Justo Pastor y que lo hirieron... ¿Por qué no nos había dicho eso?... La familia está muy agradecida por lo que Ud. hizo. También cuenta Marta lo bien que se ha portado don Cayetano... ¡Vaya que tragedia, señor! Felizmente ya todo ha pasado... Siéntese, Eduardo.

-Gracias. ¿La familia está buena?

-Todos buenos, gracias a Dios... ¡Luisa! -gritó llamando a su hija. Quiero que Ud. lea la carta de Martita... ¡Luisa!

-¡Ya voy, mamá! -contestó debajo de la mesa la jovencita.

-¿Dónde estabas metida, muchacha, que parece que hablaras debajo de la tierra? - exclamó la señora viendo aparecer a su hija.

-Estábamos jugando a las escondidas con la Juanita, mamá -respondió la niña toda sofocada de vergüenza y sin dejar de reír.

Era una joven que apenas había entrado en la primavera de la vida, de tez morena sonrosada, ojos verdes y rostro picaresco con hoyuelos, de ésas que de una mirada hacen temblar a los pollos tímidos.

Fue a traer la carta de su prima y se la leyó al joven. En uno de los párrafos decía Marta: «Imagínate que Eduardo Ruiz ha estado en peligro de que también lo hirieran a puñal, porque salió a defender a mi hermano sin tener ningún miedo. Todos dicen que Eduardo fue muy valiente. Recibió unos rasguños en la cara (poca cosa) que le dio ese estúpido de Javier Pérez. Pero Eduardo le pegó mucho a Javier. Después te contaré otra cosa».

Mientras Luisa daba término a la lectura de la carta, misiá Matilde salió en dirección al comedor.

-¿Qué querrá decir Marta con ese «después te contaré otra cosa?» -interrogó la joven mirando maliciosamente al estudiante.

-Tal vez querrá contarle lo mucho que ha llovido por allá...

-No; no es eso. Para mí que aquí hay gatito encerrado, y el tal gato se parece a Ud.

-¡Qué ocurrencia!

-A mí se me ha metido en la cabeza cierta sospecha... ¡Mire que soy muy amiga de Marta! Sea franco conmigo.

-Si hubiese algo se lo diría...

-¿Y por qué se ha puesto colorado?...¡Chist! Después hablaremos -agregó poniéndose el índice sobre los labios.

Quien interrumpía conversación tan interesante era doña Gertrudis, tía de Luisa y hermana soltera de misiá Matilde, que llegaba de la calle con sus sobrinos, tres colegiales, el mayor de ellos un seminarista, Jacinto, muchacho de unos quince años de edad, delgado y pálido, cuya sotana negra y banda azul infundía ya cierto respeto a sus hermanos menores. Venían cargados con los paquetes de dulces y golosinas del seminarista, que salía del colegio el primer Lunes de cada mes. Era el hijo mimado y el orgullo de misiá Matilde, quien lo recibió con agasajos y fue llevado al comedor donde se le sirvió inmediatamente la comida, porque había que despacharlo al Seminario con sus numerosos paquetes.

En cuanto llegó el dueño de casa se sirvió la comida a la familia.

Don Renato Téllez Sandoval era un abogado de prestigio, docto en cuestiones de derecho público y privado, y además hombre cultísimo, muy versado en los clásicos. Hablaba bien y se le oía con gusto. Muy cuidadoso del aseo y el esmero en su persona, vestía siempre con suma pulcritud y elegancia, capa española con vueltas de terciopelo en invierno, levita el resto del año, y en todo tiempo sombrero alto de copa. Llevaba patilla cerrada, negra, y su andar era reposado, su mirada franca, sus palabras lentas. Descendiente de hidalgos, de vinculaciones sociales y de holgada fortuna, era un tanto orgulloso.

El joven Ruiz hacía su práctica forense en el estudio del abogado Téllez, como ya lo hemos dicho, siendo estimado en la familia tanto por sus prendas personales como por conocerle desde niño en casa del cura don Cayetano, a quien apreciaban. Desde que amaba iba con más frecuencia a casa de los Téllez, llevándole el interés de saber noticias de Marta.

Estuvo contento en la comida, amable con todos y halagó su poco la vanidad de don Renato celebrando sus triunfos forenses.

-La ciencia jurídica, amigo mío, decía el abogado dirigiéndose al joven Ruiz, requiere largos estudios y su práctica vastos conocimientos, mucho tino y también su poco de malicia.

-Que sólo pueden adquirir los hombres que como Ud., señor, le han consagrado largos años. Y eso explica su prestigio en el foro y sus éxitos.

-Gertruditas, sírvale otra presa de ave a Ruiz. Está muy bueno este pollo con arroz.

El señor Téllez preguntó si se había ido contento el seminarista y si llevaba bastantes boladas.

Misiá Gertrudis le respondió que se había ido muy contento. Y refirió enseguida el paseo que había hecho con los muchachos por diversos sitios de la ciudad, pasando al último a la pastelería Alexandre.

-¿A qué no adivinas, Lucha, cuántos pasteles se comió Jacinto? -preguntó a la joven su hermano Enrique.

Y mientras todos esperaban saber aquella hazaña, agregó riendo:

-¡Se comió doce!... ¡Y tres copas de helados de bocado!... ¿No fue así, Julián?

-Así fue -confirmó su hermano.

-¡Y tan flaco! -insinuó Eduardo.

-¡Los hacen estudiar tanto en el Seminario y es tan difícil el latín! -dijo misiá Matilde.

-El estudio del latín -agregó don Renato-, no sólo es de absoluta necesidad para la carrera eclesiástica, sino que es la base de casi todas las ciencias y conocimientos: lo necesita el médico, el abogado, el naturalista, el humanista, y en una palabra, todo aquél que se dedica a cualquiera rama del saber humano. En ese idioma fueron escritas las obras clásicas de la antigüedad, los libros de los Padres de la Iglesia y los tratados sobre legislación, que como el Fuero juzgo y las Pandectas son la base fundamental sobre que descansa la legislación moderna. Una cita en latín, dicha con oportunidad en un alegato, hace muy buen efecto en los Estrados judiciales.

Y después de extenderse latamente sobre este tema, manifestando su erudición, descendió a otro más positivo y práctico, preguntando al estudiante:

-Dígame, Ruiz, ¿en qué estado se encuentran los trabajos del canal que su padre ejecuta para darle riego a su hacienda?

-Muy adelantados, señor; espera terminarlos en un año más.

-Será hombre rico si consigue darle término. He oído decir que podría regar más de quinientas cuadras... Indudablemente será hombre rico.

Terminada la comida pasaron al salón. Luisa tocó algunas piezas en el piano y enseguida se retiró el joven Ruiz.

- III -

Los pensionistas de doña Mariana habían tenido una sobremesa acaloradísima, discutiendo la personalidad de don José Miguel Carrera, principalmente su conducta en el sitio de Rancagua. Para unos era inmerecida su estatua en la Alameda, erigida por sus parientes de la aristocracia santiaguina, y habían hecho muy bien en fusilarlo, porque fue una amenaza constante al gobierno del país, recién independizado a costa de tantos sacrificios. Su ambición personal y el odio a O'Higgins, a quien llamaba «el huacho», eran el único móvil de sus actos. No podía perdonarle a O'Higgins que lo hubiese eclipsado, ni

conformarse con que San Martín (un «cuyano») figurase a la cabeza de las operaciones militares en Chile. En una palabra fue un tizón de discordia, incapaz de sosegar ni dejar sosiego a nadie.

Para otros, Carrera había sido la primera figura como patriota y militar en nuestra independencia. La envidia comenzó temprano a labrarle aquella corona de espinas que tiene siempre destinada al mérito y a la gloria. Bien lo había reconocido el poeta don Guillermo Matta cuando escribió al pie de su pedestal:

«Él fue el primero que miró con saña
el cordel del extraño servilismo
y encendido en patriótico heroísmo
él fue el primero que se opuso a España.
En vano quieren rebajar su hazaña
el odio, la mentira, el egoísmo
de ese noble soldado el patriotismo
vivirá cuanto viva esa montaña».

Siempre discutiendo a gritos salieron a la calle poco después de comida en dirección a la Academia de Bellas Letras, que sesionaba en los altos del Banco Hipotecario, calle de Huérfanos.

Había gran interés por asistir a esta sesión, porque en ella resolvería la Academia a cuál de las composiciones en verso presentadas al certamen literario de ese año correspondía el primer premio, no habiendo podido ponerse de acuerdo los miembros del jurado.

Además, el joven Ruiz leería su trabajo sobre el puma, el león chileno.

Cuando entraron los estudiantes, a eso de las 7 p.m. ya la barra estaba casi llena, y luego divisaron en primera fila al «Gallo de hoja» más champudo y vistoso que nunca.

Ernesto Flores asistía por primera vez, poseído de una grande emoción y curiosidad por conocer a los hombres ilustres que formaban la Academia.

Éstos comenzaron a llegar poco antes de las 7 ½, siendo los primeros los dos inseparables hermanos Amunátegui con sendas capas llevadas a modo de togas romanas. Flaquito y de patillitas el «Guaina», tan popular; más grueso y de bigotes, «Goyo Víctor», el juez íntegro. A continuación entró con apresuramiento y de macfarlán Eduardo de la Barra, el «chico Barra», casi un enano, secretario de la Academia.

A medida que llegaban, el joven Ruiz iba nombrándoselos a Ernesto.

-Ése que va entrando ahora tan paquete y fumando puro es don Marcial González, de quien dijo Arteaga Alemparte que su placidez irradiaba... Y ese otro de cabeza escultural y barbas fluviales es el poeta Guillermo Matta... Los otros dos que entran ahora son: el pelado y de bigotes a la cosaca, Benjamín Vicuña Mackenna; y el de pera y bigote, con esa arrogancia de tribuno, Isidoro Errázuriz... Ahora entra el «patriarca Matta». Fíjate en su

colero alón y cachiporrudo, en lo sencillo y modesto de su persona y en la dulzura de su sonrisa bondadosa. Nadie diría que es el jefe del radicalismo y un hombre de batalla.

En esto apareció envuelto en amplia capa un caballero ya de edad, de expresión enérgica, como vaciado en bronce, que entró con paso firme, pausadamente, clavando en la concurrencia un ojo extraño. Su bigote era negrísimo, como teñido con tinta china, y su cabellera lustrosa, que parecía una peluca, le cubría las sienes y le caía por detrás.

Se hizo un movimiento general en la sala y se oyeron voces en la barra que decían: - ¡Don Victorino!... ¡Don Victorio!... ¡Don Vitoque!... Los académicos se alzaron a recibirle.

-¿Quién es? -preguntó Ernesto.

-¿No lo conoces?... Don Victorino Lastarria, el presidente de la Academia.

Casi inmediatamente llegaron dos más. Uno de ellos venía colgado del brazo del otro y era pequeñito, de bigotes engomados y en puntas, chuletas por patillas, guantes de un rojo vivo y una señalada afectación en toda su persona, con un rebuscamiento de elegancia.

-Justo Arteaga Alemparte, el chiquitín de guantes colorados -explicó el joven Ruiz.

-Y director de Los Tiempos, agregó Tomás Rojas, y un periodista temible porque sus editoriales, de estilo cortado y vibrante, son como latigazos. El que lo lleva del brazo es don Vicente Grez.

-Ahí viene don Eusebio Lillo -dijo Pedro González.

-¿El autor de la Canción Nacional? -preguntó Ernesto devorándolo con los ojos.

-El mismo -le respondió Eduardo.- Y también de muy lindos versos amorosos.

-¡Hombre, también don Jorge Huneeus!; la sesión será de lo más interesante -expresó González, indicando al que entraba, un caballero rubio y de ojos claros, elegantísimo, y que saludó a sus colegas con los modales finos y aristocráticos de un gran señor.

-¡Hombre, don «Diego Portales», qué figura! -exclamó riéndose Polanco al ver entrar a don Diego Barros Arana encorvado como un dromedario, de barbas hirsutas, y largo y pernancudo, envuelto en un paltó motudo por el cual asomaba la cabeza. Parecía un peregrino armado de un grueso cayado.

Hubo ruido de pies y de bastones en la barra expresando el alto aprecio que merecía a la juventud estudiantil el célebre Rector del Instituto.

Luego fueron llegando Luis Rodríguez Velasco, Daniel Barros Grez, don Fernando Solano Astuburuaga, Manuel Blanco Cuartín y varios más.

Don Victorino agitó la campanilla indicando que se abría la sesión. Y el «chico» Barra comenzó a leer el acta.

En ese momento se incorporó a la sala un caballero corpulento, prominente de pecho, espesos los mostachos entrecanos, que avanzó con arrogancia, respirando con fuerza y con no sé qué facha de león algo asmático.

-¿Quién es? -preguntó el joven Flores.

-Don Domingo Santa María, intendente a los veintiún años y ministro de Estado varias veces -contestó Eduardo.

-Don Marcial González puede pasar a la tribuna -dijo el presidente.

El orador dio lectura a la última parte de un trabajo sobre finanzas. Estuvo algo pesado. Se notaba su pesimismo y su despecho, quizá porque el Gobierno no le nombraba a él para la cartera de Hacienda. En uno de los párrafos en que este pensamiento se dejaba traslucir muy claramente, don Victorino cambió una mirada rápida con Santa María, guiñándole un ojo.

Enseguida el doctor Valderrama leyó unos versos en esdrújulo, muy celebrados y que hicieron reír a la concurrencia.

A continuación, Eduardo de la Barra dio lectura a un estudio sobre el Dante Alighieri; muy interesante.

No habiendo inscrito otro miembro de la Academia para hacer uso de la palabra, la ofreció el presidente a los señores de la barra.

Se levantó un joven imberbe, pálido y melenudo. Desde lo alto de la tribuna miró al público con cierto descaro, se pasó la mano por la frente echándose el pelo hacia atrás y dio a conocer el título de su trabajo:

-«Las equivocaciones de Dios».

Hubo una explosión de risas comprimidas en la barra y una impresión de asombro en los académicos. Don Victorino, volviéndose de medio lado, le lanzó una mirada furibunda con el ojo aquél que muchos decían era de vidrio.

El patriarca Matta, sonriendo con benevolencia, se preparó a oír, echando atrás la cabeza y cubriéndose las piernas con el sobretodo.

Y don Diego Barros, doblado en cuatro, casi perdido en el sillón, la pierna arriba y el grueso garrote entre las manos, miraba con ojos profundos, un tanto velados por el matorral de sus cejas, a lo Tolstoy.

Quien manifestó una franca aprobación a tema tan de su agrado, fue nuestro conocido el «Gallo de hoja», alzándose de su asiento con el bastón de cachiporra empuñado en una mano, saludando con la otra al orador y diciendo. -¡Bien!... ¡Bien!... ¡Muy bien!

Terminada la lectura, la cual no fue otra cosa que un extracto de la obra de Drapper Los conflictos entre la religión y la ciencia, subió a la tribuna Eduardo Ruiz. Iba impresionado, cosa que se le conoció mucho al dar comienzo a la lectura de su trabajo, porque algo le temblaban las cuartillas de papel y era un tanto velada su voz. Pronto se repuso oyendo las primeras muestras de aprobación, y terminó la lectura entre nutridos aplausos, tanto de los académicos como de la barra, en la cual sus compañeros le hicieron casi una ovación, singularizándose el «Gallo de hoja».

No habiendo otro trabajo que leer, Lastarria dijo que se iba a entrar a la discusión sobre el premio a la mejor composición en verso presentada al concurso.

Fue muy acalorada y larga aquella discusión, en la cual tomaron parte casi todos los miembros de la Academia.

Dos eran las composiciones que en definitiva contaban con mayor número de sufragios. Una de ellas era defendida con calor por Lastarria, diciendo que era bellísima. Era esta una titulada Canto a la fraternidad de la Industria; y la leía dándole todo el realce que él sabía poner con su arte admirable:

«Los cielos se tiñen

De claro arrebol,
¿Quién manda esas luces?
¿De dónde esos tintes que anuncian un sol?
¡Oh! Industria, sabemos
Quién eres, tu voz
Despierta a los pueblos,
Los llama, los mueve, los lanza a la acción.
Templad nuestros yunques,
El brazo empujad,
Y grillos y espadas
En combos y arados sabremos trocar.
¡Oh! patria, tus valles,
Tus montes, tu mar,
Serán de los libres
Fortuna, grandeza, magnífico altar.
Yo todos los pueblos
Reúno en un haz,
Empujo el progreso
Y afianzo en el mundo la unión y la paz.
El yunque es mi trono,
La fragua mi altar,
Mi ley el trabajo,
Mi imperio la tierra, el aire y el mar».

Del parecer de Lastarria eran los más.

Defendía la otra Eduardo de la Barra, leyéndola también con mucho énfasis y señalando los méritos de la composición, cuyos versos eran visiblemente inferiores a juicio del público que ocupaba la barra.

-En votación -dijo don Victorino.

Recogidos y contados los votos triunfó por gran mayoría la recomendada por Lastarria.

Abierto por el secretario de la Barra el sobre que contenía el nombre del autor, se quedó aquél con una tarjeta en la mano, cabizbajo y sonriendo, sin decir quien era el autor.

-¿De quién es? -le preguntó su suegro don Victorino, impaciente ya; y le arrebató la tarjeta poseído de una horrible sospecha.

Su yerno inclinó más la cabeza, ocultando la cara y siempre riendo socarronamente.

-¡Ah, pícaro, me has engañado como a un chino!... ¡Me prometiste no entrar al certamen! -exclamó Lastarria al ver que el autor premiado y que con tanto calor había él defendido no era otro que su propio hijo político.

Quiso que se repitiese la votación, diciendo que estaba equivocado y que ahora tenía otra opinión sobre el mérito de las composiciones.

Todo fue inútil, por supuesto, y la concurrencia se retiró aplaudiendo al premiado, entre las risas de los académicos y las protestas de don Victorino, que iba furioso.

- IV -

Con un libro bajo el brazo y la curiosidad del provinciano recién llegado, Ernesto Flores contemplaba la estatua de O'Higgins en la Alameda. Una jovencita acompañada de un caballero descendía por el centro del paseo. La vio venir con toda la cara bañada en una claridad de rosa, de frente al sol, que próximo a ocultarse esparcía sus haces de oro sobre la gran ciudad, tiñéndola de púrpura. Y era su persona tan gentil, y tan gracioso y travieso su modo, y tal donaire se dibujaba en su sonrisa al charlar con el caballero, que fue como una visión maravillosa que le dejó suspenso, impresionándole como jamás lo había sido por mujer alguna.

Al pasar, ella le dio una rápida mirada con sus ojos verdes. Oyó que decía:

-¡Qué tarde más linda, papá! Fíjese en el cielo tan azul y en el color encendido que tienen los árboles y las casas.

-Sí, hijita; pero está haciendo mucho frío, abríguese bien -le contestó el caballero cubriéndose la boca con una vuelta de su capa.

La joven llevaba un vestido de paño azul adornado con pieles de topo y gorro y manguito de la misma piel.

Siguió tras ella, andando lentamente, y se detuvo cuando la vio salir de la Alameda frente a la calle del Peumo. Se quedó mirándola hasta que se perdió de vista; y entonces regresó a la pensión llevando en el alma una dulce tristeza.

Fue todas las tardes a la Alameda con la esperanza de verla. Ella también venía, siempre acompañada de su padre, y cada vez que pasaba le miraba un segundo con sus ojos verdes. En una ocasión le pareció más larga y sostenida la mirada, y aun dijera que fue acompañada de una imperceptible sonrisa que le hizo palidecer y estremecerse. Otra vez, y fue la última, pasó sin mirarle. Por la noche lloró en su cama el pobre muchacho.

Así nació el amor del joven Flores por la niña de los ojos verdes. No sabía quién era, dónde vivía, ni cómo se llamaba. Para él era «ella», nombre que a la edad de las dichosas ilusiones resume todo el encanto y la poesía de la vida.

Durante un mes no la vio en ninguna parte. No pudo encontrarla, y como no sabía su domicilio la creyó perdida para siempre. Pensando continuamente en ella se aumentó su habitual melancolía.

Una mañana que cruzaba el Pasaje Matte se detuvo a mirar las vitrinas de la Casa Francesa, y atraído por unas risas juveniles que salían del almacén, miró al través de los cristales y se puso súbitamente pálido, agolpándosele la sangre al corazón: ¡ella!

Rodeada de varios niños al parecer sus hermanitos y de una señora mayor, les probaba sombreros a los chicos, y éstos, mirándose a un espejo, soltaban la risa volviéndose con los ojos radiantes al ver que a uno le quedaba el sombrero en la coronilla y a otro se le hundía hasta las cejas. La joven reía también de buena gana.

De pronto vio al estudiante y dejó de reírse. Le conocía muy bien; era el mismo joven de la Alameda, de ojos pestañudos, con su aire lánguido de señorita...

Ernesto se retiró a esperar que saliera; quería seguirla y saber dónde vivía.

Al salir, ella lo buscó con la mirada. Estaba frente a la juguetería haciéndose que miraba las muñecas. La siguió con mucho disimulo, tomando sus precauciones. Trabajo inútil, ella tenía la certeza de que era seguida, como si sintiera las miradas en la espalda. Antes de entrar a su casa, en calle de Agustinas esquina de Peumo, se volvió rápidamente y vio al joven que en el acto se detuvo frente a una puerta y se puso a mirar el número. Sonrió ella.

- V -

Un mes después, más o menos y con ocasión de haber ido Eduardo Ruiz a casa de don Renato, enviado por éste a traerle al estudio un expediente, lo recibió Luisa; y después de entregarle los papeles pedidos por su padre detuvo al joven diciéndole:

-Deseo que me saque de una curiosidad, Eduardo. Dígame, ¿quién es un joven que salía con Ud. de la Universidad el jueves, a eso de las cuatro de la tarde? Yo pasaba por la Alameda con mi tía y los vi que se fueron conversando. Ud. se reía y lo llevaba abrazado por la cintura.

-Hay tantos; dígame cómo es él.

-Es un joven delgado, alto, de ojos negros pestañudos.

-¿Buen mozo?

-Sí.

-¿Mejor que yo? -preguntó bromeando.

-No sea pretencioso; mucho mejor que Ud. -respondió la joven con graciosa malignidad.

-Gracias...

-No hay de qué. Eso le pasa por chinchoso.

-Ya sé quién es: alto, muy fachoso, mostachos retorcidos y un mirar oblicuo, matador... El «Gallo de hoja», ya treintón.

-No sea payaso ese es el retrato del diablo... El que yo digo no tiene grandes mostachos, apenas un bocito y no es fachoso, ni mira oblicuo ni torcido, sino todo lo contrario, de un modo muy tierno, y es muy jovencito.

-¿La ha mirado a Ud. así?

-Muchas veces, cada vez que me encuentra. Me sigue en la calle, lo veo siempre a la salida de la iglesia y una noche lo vi que estaba con la frente apoyada en los barrotes de mi ventana.

-¡Diablo!... ¿Entonces es una conquista que Ud. ha hecho, un enamorado?

-¿Quién sabe, pues?... ¿Cómo puedo saberlo yo?

-Un jovencito delgado y alto, de ojos pestañudos y soñadores, mejor que yo y que la mira de un modo tierno, lo que al parecer no le desagrada a Ud. -iba repitiendo Ruiz, haciendo memoria y mirando al techo.

-Es pura curiosidad; trate de acordarse; el jueves como a las cuatro.

-¡Ah!... Ya recuerdo. Iba con Ernesto Flores, estudiante de leyes y muy simpático, efectivamente. Es mi mejor amigo, vive en la misma pensión y lo quiero como a hermano.

-¿Ernesto Flores, dice que se llama?

-Sí, ése es su nombre. Pero pensándolo bien no me atrevo a creer que sea el mismo que la sigue a Ud. Es muy discreto y tímido y no se atrevería ni a mirar, sin ruborizarse como una señorita, a una niña tan linda como Ud. y mucho menos ir a besarle los barrote de la ventana, salvo que estuviese más enamorado que Romeo.

-Yo no digo que los besara.

Satisfecha la curiosidad de la muchacha, se fue Eduardo dejándola pensativa y repitiendo en voz baja el nombre de su enamorado: -«Ernesto Flores»... «Ernesto Flores»...

Sería curioso que Ernesto estuviese enamorado de Luisa, pensaba Ruiz, mientras iba a todo tranco en dirección al estudio del abogado. Y no podía ser otro; eran sus mismas señas, y ahora recordaba perfectamente que el jueves en la tarde salieron juntos de la Universidad. Es claro, se decía, la habrá visto en la calle, le ha gustado la chiquilla, quizás ella lo ha alentado con alguna de sus miradas y se ha puesto a seguirla sin sospechar que es la hija del señor Téllez Sandoval. Sería de sentirlo, porque el caballero no aceptaría como yerno a un joven pobre, de familia tan modesta; y Ernesto tendría que sufrir muchas amarguras, tal vez más de una humillación... ¡Un muchacho tan bueno y tan inteligente!... ¡Maldito dinero y malditas preocupaciones sociales!

Con todo, tenía sus dudas, y con el fin de aclararlas pensó que debía sondearle el corazón a su compañero. Y así en la noche, reunidos como solían en aquella intimidad de hermanos.

-Pero, hombre -le dijo, después de una breve charla de cosas sin importancia-, cada día tienes un aire más romántico y cualquiera diría que estás enamorado. ¿No hay nada todavía?... ¿No has encontrado por ahí ninguna chiquilla que te guste?

-¡Nada! -respondió Flores haciendo un esfuerzo por ocultar en la sombra el rubor que sentía subirle a las mejillas. Tú sabes -agregó con la voz algo velada- que no visito ninguna casa.

-Sí; pero sucede a veces enamorarse de alguna chiquilla bonita que se ve en la calle... Muchos amores principian así.

Viendo que Eduardo estaba adivinándole aquellos sentimientos que creía tan ocultos, le pareció una falta de confianza con el compañero, una indigna traición casi, no corresponder a sus confidencias abriéndole su corazón y buscar en el consejo del amigo su apoyo y el alivio a la pasión que lo estaba consumiendo. Pero le retenía la timidez y una especie de

pudor, comprendiendo cuan ridículo parecería refiriendo aquel amor callejero con una niña cuyo nombre ni siquiera conocía.

Luchando con aquellos encontrados sentimientos, se pasaba la mano por la frente, y por fin dobló la cabeza ocultando la cara entre las manos.

Viéndole en aquella actitud, que era una confesión, Eduardo se conmovió de su tristeza, y se sintió vencido de infinita piedad cuando oyó que estaba llorando el pobre niño.

-Perdóname, Eduardo, si no he sido franco contigo. Voy a explicarte cómo ha sido - balbuceó Ernesto, poniéndose de pie y echándose en los brazos que le tendió su amigo.

-Ni una palabra; lo sé todo.

-¿Todo?...

-Sí; y más que tú, pues seguramente ignoras que la joven que amas y sigues por todas partes es hija de don Renato Téllez Sandoval, el abogado con quien hago mi práctica forense, y que Luisa, así se llama, me ha preguntado por ti, y aún aseguraría que no le eres indiferente... Vamos a ver -agregó riéndose-, ¿son malas las noticias que te doy?

La sorpresa tenía al muchacho como absorto.

-Pero es preciso, hombre -agregó Eduardo- que dejes esa vida de solitario que haces; hay que tener relaciones, amistades y conocer un poco más el mundo, tal como es.

-Yo tengo la culpa de mi aislamiento; soy tan poco efusivo, no sé agradecer y parezco de corazón sin sentimientos...

-Nadie te cree sin sentimientos; todo lo contrario; eres demasiado sensible, obra de la educación de tu mamá, y de ahí tu timidez y ese retraimiento que te impide frecuentar los cafés bulliciosos, te aleja de los camaradas sandungueros y te retrae de hacer la vida alegre de los estudiantes, tal como la hacen los pensionistas de la casa, que estudian y se divierten y frecuentan la sociedad, de donde regresan riéndose a carcajadas, como los habrás oído algunas noches... Y tú sabes que más de una vez los acompañé yo a correr la verbena... Claro es que no te aconsejo hacer la vida holgazana de tunante del «Gallo de hoja» y dejar en los zarzales del camino la virtud. Eso no, jamás. Me refiero a esos pasatiempos honestos, a esas locuras de la juventud, que son su gloria; y dejemos, chico, a la vejez sus tristezas y desengaños...

En todo convino el joven Flores, prometiendo cambiar de vida. Y acordaron al despedirse que para comenzar irían al día siguiente al teatro Municipal a ver La Traviata, y pasarían después a cenar donde Paulino.

- VI -

Mucho antes de las ocho, hora en que principiaba la ópera, ya estaban en la galería del teatro los pensionistas de doña Mariana, haciendo un ruido infernal con los pies a fin de que levantaran el telón.

El «Gallo de hoja» muy pomposo y el bastón de cachiporra entre sus manos enguantadas, ocupaba un asiento en los palcos de tercera, donde asistía la gente de medio pelo que deseaba darse tono, y ciertas damas elegantes de aspecto sospechoso. Lo vieron los estudiantes y soltaron la carcajada.

Haciendo de sus manos un portavoz, le dijo Pedro González:

-Pancho, te reclama la cazuela...

Se sonrió con una mueca Troncoso, pero no se dio por entendido.

¡Ki... ki... ri... kí...! -gritó Tomás Rojas imitando el canto del gallo.

Troncoso frunció las cejas de un modo terrible, mordiéndose medio bigote; más tampoco se dio por aludido, ni miró siquiera.

-¡Pásenme un cigarro de hoja! -gritó otro estudiante.

-¡Ki...ki...ri...kí...!

De la platea algunos caballeros miraban hacia arriba.

-¿Quién es?... ¿Dónde está? -preguntaban en la galería levantándose por ver.

Troncoso seguía haciéndose el sueco.

-¡El del gabán con pieles!

-¡El del bastón con cachiporra!

-¡El de la corbata colorada!

Y comenzó una de gritos, risas y patadas.

El «Gallo de hoja» abandonó su asiento y un instante después se presentaba a la galería, donde sus compañeros le hicieron casi una ovación, invitándolo a sentarse entre ellos.

Con gran misterio y mucha revoltura de ojos explicó que andaba de conquista, tras una gran dama, quizás de la aristocracia, con la que se había dado cita en los palcos de tercera. ¡Ellos le habían cortado el cuarenta!...

Ernesto Flores, encantado con aquel espectáculo tan nuevo para él, fue animándose poco a poco y tomando parte en el alboroto general. Eduardo sonreía y le miraba con cariño.

El director de orquesta golpeó la batuta, cesaron de bromear los estudiantes, y en un silencio general dio comienzo la representación de Traviata, pieza favorita de la juventud por la melodía de su música y por su argumento pasional y doloroso.

Aquel Armando Duval, joven romántico, declarando a Traviata el amor que lo consume, quien se siente profundamente conmovida, ante aquella pasión respetuosa y tímida, ella, la desgraciada que no sabe sino de amores ligeros con egoístas mundanos en los que no toma parte el corazón. El idilio pasional del segundo acto a las orillas del Sena, destrozado por el padre de Armando que viene a increpar a Traviata su conducta, pidiéndole entre amenazas y ruegos que rompa con Armando y lo abandone en bien de una hija que Dios le ha dado, pura como un ángel, que allá en Provenza está consumiéndose de amor. El sacrificio de Traviata, sus lágrimas, que comparte el viejo estrechándola en su pecho, el adiós de ambos, la carta rápida en que ella se despide de su amado y la desesperación de Armando al leerla, ante la cual cae sollozando, creyendo en una traición de aquella mujer liviana y coqueta. Aquel 3.er acto en un baile en casa de Flora, en que ambos se encuentran; él, taciturno y despechado; ella, aturdiéndose para olvidar; mas, con los fatales síntomas de su incurable mal. La horrible ofensa que le infiere Armando, loco de celos, arrojándole en pago de sus caricias, deuda que tenía olvidada, un puñado de billetes a la cara. El grito de la infeliz Traviata, que cae cubriéndose el rostro de vergüenza.

Y aquel acto final, conmovedor en sumo grado, en el cual viéndose al espejo tan demacrada y enferma y sabiendo que viene Armando, arrepentido ya, intenta darse una apariencia de salud y de belleza; más le faltan las fuerzas y conociendo su cercano fin, perdida toda esperanza, exclama en un angustioso grito de dolor: «¡Gran Dios, morir tan joven, yo que he sufrido tanto!» Y entra Armando, corre hacia ella y se estrechan en un largo abrazo; ella apoyando su cabeza sobre el hombro de su amado; él, murmurándole al oído palabras de consuelo y de esperanza, que oye como una música lejana, recuerdo del pasado; pues pronto, delirando, cae muerta.

Todo eso hace de la pieza un drama profundamente conmovedor, quedando inolvidable el recuerdo doloroso de aquella mujer idealizada por la pasión y el sacrificio.

Al joven Flores le había impresionado mucho, sintiendo más de una vez humedecidos sus ojos; trataba de ocultarlo pareciéndole ridícula aquella sensibilidad. No lo estaban menos Eduardo y los demás compañeros. El «Gallo de hoja», hombre mujeriego, soñaba en unos amores como aquéllos, con una gran dama y que fuesen la admiración de Santiago entero.

-¡Hombre, está lloviendo! -exclamaron cuando salieron a la calle, cuyas aceras mojadas y negras relucían bajo los faroles.

Y riéndose del chasco y alzándose el cuello de los abrigos, se largaron casi a la carrera en dirección al café de Paulino.

El Gallo iba cantando: «Gran Dio morire si jovene, yo que he penado tanto. He perduto la esperanza»... También cantaba trozos de Traviata los demás estudiantes, apresurándose por capear la lluvia que arreciaba y llegar cuanto antes al café de Paulino.

El tal «Café» estaba situado en calle de Teatinos, frente al costado de Moneda, siendo famoso entre los estudiantes por unos succulentos valdivianos que servían a diez centavos el plato, quince con huevos.

La casa era una de esas viejas construcciones coloniales, con ancho portalón claveteado, farol en el zaguán y su patio empedrado, bajo un parral. Su aire de misterio seducía a los estudiantes, que se la imaginaban «taberna toledana» de las que hablan las novelas de capa y espada y en las cuales se promueven quimeras estupendas y duelos que se solucionan a la luz de un farolillo agonizante, con el consabido «¡Jesús me ampare!» del que cae por tierra, traspasado.

Apenas entraron formando gran alboroto con sus cantos y sus risas, comenzó a llover a cántaros. El «Gallo de hoja» dio unos fuertes cachiporrazos sobre la mesa del cuarto en que se instalaron, en demanda del mozo.

Saboreado el valdiviano y llenos los vasos, se alzó el Gallo con el suyo en la mano y cantó el brindis de Traviata:

«Libiamo, libiamo, né liete calice, che la bellezza infiora»...

Se oyeron aplausos por toda la casa.

-¡A ese tenor se le soltó un gallo! -dijo alguien en el cuarto vecino, separado por un tabique que no llegaba hasta el techo.

-¡Y a ti se te van a soltar los dientes! -le contestó Troncoso mirando de través.

Hubo una carcajada general. Luego cantó en tono burlesco el del cuarto vecino:

-Traviata, levantá la pata y con disimulo...

Nuevas carcajadas, que apagó el «Gallo» diciendo en tono amenazante la siguiente estrofa de Don Juan Tenorio, encontrada al pelo en su memoria:

«Por Satanás, viejo insano,
Que no sé cómo he tenido
Calma para haberte oído.
Sin asentarte la mano
Pero di pronto quién eres,
Porque me siento capaz
De arrancarte el antifaz
Con el alma que tuvieres».

El vecino asomó su cabeza por encima del tabique y exclamó viendo al «Gallo»:

-¡Hombre, si es Pancho Troncoso, bien me lo estaba pareciendo a mí!

-¡Y tú por acá también, hombre!... Cómo te va, chato; ven y siéntate con nosotros.

Rieron y bromearon largo.

En medio de aquella charla vocinglera no podía alegrarse el joven Flores. La ópera, con el poder que tiene la música, le había exaltado los ensueños, ese deseo de belleza que se agita en nuestro seno, y en su mirada húmeda se leía el desconsuelo de su amor sin esperanza.

¡Ah! ¡La idea de que no era querido, que estaba solo en el mundo y con una sed tan grande de afecto!... No sabía agrandar y parecía terco; pero no era así, por dentro llevaba siempre una emoción grande; a veces nadie pensaría ni creería que estaba con deseos de llorar... Y recordó a su madre.

Y la vio allá lejos, vestida siempre de negro, trabajando como una hormiguita laboriosa, desgranando choclos, repasando ropa, haciendo dulces de almíbar y pensando seguramente en él, llorando calladita y pidiéndole a la Virgen que se apiadara de su triste suerte y no abandonara a su hijo...

Despertó como de un sueño al sentir en su hombro la mano de González, que le decía:

-¿En qué piensas, chico?... Anímate hombre.

- VII -

Ernesto Flores vivía convencido de que sus amores con la niña de los ojos verdes, sabiendo ya quién era, estaban muertos para siempre. ¡A qué forjarse ilusiones, ahondando la herida del corazón, cuando estaba cierto de que era un amor sin esperanza!... No pensando en ella, quizás borraría en su memoria hasta el recuerdo de su imagen. Y lo conseguiría consagrándose por entero al estudio de sus libros; quizás obtuviera algún premio que, honrándole, diera alegría a su madre.

Así pensaba una noche encerrado en su cuarto, en tanto que en la calle tocaba un organillo música melancólica de Norma.

Pensaba:

-¡Ah, pero es tan hondo mi mal y tan grande la impresión que me dejó aquella niña hechicera!... ¿Por qué la conocí? ¿Por qué me miró ella sonriéndome y fascinándome con la luz de sus ojos de esmeralda?... ¡Adiós, para siempre risueñas ilusiones!... ¡Oh, Luisa, Luisa!, qué mal le hice; Ud. era para mí todo lo bello, todo lo... ¡No, no quiero llorar, que esto es un dolor cobarde impropio de un hombre!... ¡Ah, esta ridícula sensibilidad mía que me traiciona a cada instante poniendo lágrimas en mis ojos, como si fuese una mujer!...

Mientras el muchacho Flores lloraba la muerte de sus ilusiones y hacía tan firmes propósitos de olvidar a Luisa, ésta, no viéndole en ninguna parte, extrañaba su ausencia y se quejaba del ingrato. Poseída de intranquilidad, despecho casi, un día preguntó por él a su amigo Eduardo, quien la informó que Ernesto salía muy poco ahora, estudiaba mucho y tenía más que nunca ese aire triste de señorita romántica.

La niña hizo un mohín de impaciencia de lo más hechicero; y mirando al mozo con enojo:

-¡Quiero verlo! -dijo.

-¿De veras, Luisa?... ¿Entonces?...

-Sí, ya le digo que quiero verlo.

-Cuidado, Luisa, con un juego que puede ser entretenido para Ud., pero funesto para mi pobre amigo, dada su inexperiencia, la sensibilidad de su alma y la delicadeza de sus sentimientos.

-¡Pero que no le digo que quiero verlo! -exclamó dando una patadita en el suelo- Pues, por lo mismo que es así y porque está triste quiero verlo!... No sea porfiado, Eduardo.

La joven se oprimía las manos en actitud suplicante, expresando un sincero sufrimiento, siendo el corazón el que entraba, y no capricho de niña bonita y voluntariosa.

Así lo comprendió Ruiz, ofreciéndose a complacerla.

Convinieron en que el domingo próximo, a la salida de misa de diez en San Francisco ella regresaría a su casa por la Alameda en compañía de su tía.

-Aquí me tiene Ud. metido en un lío -iba pensando Ruiz en la calle-. No había duda que la muchacha estaba enamorada, de otra suerte no habría dado el paso que daba. ¿Y qué le diría a Ernesto? Es claro, ser franco y sincero contándole todo; con lo cual el muchacho acabaría de rematarse y perder la cabeza. Los dos se amaban; bien, muy bien. Si él fuese el papá de la chica ya estaría conduciéndolos de la mano a la iglesia para que el cura les echara la bendición, y deseándoles que poblaran de hijos el mundo... ¿Y don Renato? Ahí estaba el tope, más bien dicho el toro, que recibiría al mozo en las astas, no consintiendo jamás en dar la mano de su hija a un muchacho de Chépica, de padres casi anónimos y pobres por añadidura. En fin, Dios diría, que insondables son sus designios e inesperado el destino de las criaturas.

No; no era ciertamente capricho de niña coquetuela el sentimiento que arrastraba a Luisa a dar paso tan atrevido. Amaba al joven Flores, en quien había encontrado el ideal que soñaba su corazón.

Luisa tenía en su carácter una extraña alianza de alegría sana, una vivacidad, una riqueza de vida y yo no sé qué de serio y de reflexivo que sorprendía y atraía. A veces se entregaba

a una alegría ruidosa que llenaba la casa de frescura y regocijo con el torbellino de sus vestidos, de sus mimos y zalamerías de muchacha traviesa y efusiva. A veces se quedaba pensativa, sintiendo con una extrema intensidad las emociones del corazón, una emoción de niña sensible, algo soñadora, ante las impresiones de belleza romántica: la luna enganchada a la rama de un árbol o rielando sobre la superficie del agua; una puesta de sol en el otoño entre fajas de nubes de brillantes colores; las primeras flores de los almendros y duraznos, anunciando la primavera; un coro de niños que elevaban al cielo sus voces en la iglesia.

Todo eso la enternecía haciendo subir lágrimas a sus ojos. Ella era la primera en encontrarse tonta por estas cosas, cuando se la sorprendía llorando.

-¿Qué tienes? -le preguntaban-: «yo no sé; es la luna que me enternece».

En la familia decían que era la herencia de la abuelita Mónica, señora mística que terminó sus días retirada en el convento de las Carmelitas, con su cabeza no muy sana.

El domingo a la hora y sitio convenidos, ya estaban los dos jóvenes en la Alameda, paseándose despacio en la parte comprendida entre Ahumada y Estado. Ambos iban de levita ajustada y sombrero alto de copa, traje corriente en los estudiantes universitarios de esa época.

La mañana era luminosa, una de esas mañanas radiantes de octubre en que la naturaleza comienza a engalanarse de tierno y verde follaje. El sol brillaba en el cielo y al pasar tamizado por las hojas de los árboles del paseo, dibujaba sobre la tierra innumerables discos luminosos.

Nuestros jóvenes vieron a la distancia que la iglesia vaciaba por sus puertas la concurrencia de feligreses: caballeros elegantes de capa o levita negra, señoras de manto con su libro de misa en las manos, niños y gente del pueblo; una multitud que animó el paseo en un instante, dándole un aspecto de fiesta la alegría de los niños, que llevaban globitos suspendidos de un hilo.

Luisa y la tía venían lentamente por el centro de la Alameda. Ellos caminaron en sentido contrario con el objeto de salirles al encuentro. Viéndolas acercarse, Ernesto, que había pasado noches de insomnio, creyó desvanecerse. A dos pasos ya, saludó Eduardo quitándose el sombrero, haciendo otro tanto el joven Flores, ambos con la intención de seguir adelante en su camino. Mas, se detuvo la muchacha preguntando a Ruiz si tenía noticias de Santa Cruz. Y miró a Ernesto.

Eduardo les estrechó la mano y presentó a su amigo:

-Ernesto Flores, estudiante de leyes.

Juntos siguieron por la Alameda, Eduardo al lado de la tía iba dando las noticias que tenía del pueblo, por carta que recibiera últimamente de su tío. Misiá Gertrudis comunicó, a su vez, las que ellas tenían por carta de Martita a Luisa. Y agregó:

-Salustio debería venirse a vivir a Santiago con la familia y dejar un administrador al cuidado del fundo; ya tiene hijas grandes y los niños deben venirse al colegio.

Eduardo opinaba lo mismo: y a él le convendría mucho que cierta personita de su conocimiento, linda chiquilla, por cierto, se viniese a vivir a Santiago, donde podría verla todos los días. Naturalmente, esto último lo pensó y no lo dijo.

Entre tanto los enamorados iban mudos. En un momento en que la conversación de misiá Gertrudis y Eduardo era animada. Luisa más valerosa que su compañero, alzó la vista hacia él, diciéndole con una voz que semejaba murmullo:

-Creí que Ud. estaba enfermo...

-Con el ánimo abatido, es cierto.

-¿Por qué?

-Penas que he tenido...

-¡Cómo no se le veía por ninguna parte!...

Y a eso se redujo toda la conversación.

Se despidieron frente a la calle del Peumo.

-Qué simpático el amigo de Eduardo -expresó misiá Gertrudis-. ¿Cómo dijo que se llamaba?

-Ernesto Flores.

-¿De qué Flores será? ¿Será de los Zamudio Flores?

-No sé, tía: hay tantos Flores. Eduardo dice que es un joven muy inteligente y muy bueno. Son amigos íntimos y se quieren como hermanos.

-¿Ruiz te había hablado de él?

-Una vez, tía, estuvo hablando...

Como renació la primavera después de aquel crudo invierno cubriéndose de flores, así renacieron los ensueños y las ilusiones en el alma atormentada de Ernesto. ¡Qué hermosa le pareció ahora la vida!

Llevado por un deseo irresistible de ver a la joven, volvió como antes a pasar frente a su casa, la esperaba a la puerta de la Iglesia, o bien se estacionaba por la noche al lado de su ventana, la cual daba a la calle atravesada, conociéndola él porque una vez, estando abierta, vio a la niña detrás de la cortina.

Ella lo alentaba con dulces miradas y sonrisas. Una noche, osadía inusitada en él, depositó una rosa en su ventana. A la siguiente noche en vez de la rosa encontró un clavel.

Y así siguieron aquellos amores hasta que llegó diciembre, época de grandes afanes para los estudiantes, que preparaban sus exámenes. Antes de partir a vacaciones dejó Ernesto en la ventana de su amada un ramito de «no me olvides».

Capítulo IV Vacaciones

- I -

Don Salustio Guzmán daba las últimas recomendaciones a Toribio, despachando las carretas que partían con la familia a Matanzas. En una de ellas, con toldo cerrado de madera y cortinas de damasco, arreglada como una casa, iban los niños con algunas sirvientas, a cargo de misiá Gertrudis, que había venido de Santiago trayendo a Jacintito, el seminarista, a quien los médicos habían recomendado los baños de mar para la anemia. Al subsiguiente día emprenderían viaje en el coche misiá Rosario, don José Antonio, Marta y Rosita. Justo Pastor las acompañaría de a caballo. Don Salustio iría a juntarse con ellos quince días después, cuando regresara el primogénito.

Metieron picana los carreteros y salieron las carretas dando crujidos, entre la algazara de los niños que se asomaban por la culata diciendo «¡adiós!» y las voces de misiá Rosario que les recomendaba que se portasen bien.

De la casa salió corriendo y toda azorada una mujer con un envoltorio en las manos, diciendo a gritos:

-¡Se les quedó la capucha para las lavas!...

-¡Alcánzalos!

Fue recibida por las muchachas, que muertas de risa se la pasaron al seminarista, a quien desde que llegó venían haciendo tema de sus bromas, empeñadas en hacerle colgar las sotas y disputándose entre Sara y María para casarse con él.

Don Salustio pidió su caballo y se fue al fundo a inspeccionar las faenas. Estaban en pleno trabajo de siega y trilla. El sol arrojaba sobre la tierra sus llamas quemantes; bajo un cielo azul amarilleaban las sementeras, y se veía el verde de los campos hasta perderse en el horizonte. Los segadores hormigueaban diseminados como pequeños puntos negros; la máquina trilladora estaba envuelta en una nube de tierra; las carretas iban y venían conduciendo las gavillas a la era o acarreando el trigo ya ensacado a las trojes de la casa. Entraban a ésta por un portón abierto a un gran patio, dando tumbos y crujidos al pasar el

punto de troncos echado sobre la acequia de la orilla del camino, y a punta de picana y al grito del carretero.

Después de recorrer las diversas faenas, hacer algunos reparos y de dar sus instrucciones a Justo Pastor, que hacía sus veces en su ausencia, regresó a casa con la satisfacción del hombre de bien que ve el fruto de su trabajo.

Idéntica labor intensa se ejecutaba en la extensa comarca colchaguina y en toda la región agrícola de Chile. Era el pan de un pueblo sobrio que hacía vida espartana, contento en su pobreza digna.

¡Quién iría a sospechar siquiera que oculto en el misterio y en las sombras le asechaban la envidia y la traición de un país al cual trató siempre como a un hermano, ayudándole y defendiéndolo con su dinero y con su sangre!...

- II -

Plantado en el corredor de la casa parroquial y una mano puesta de canto sobre la frente, don Cayetano miraba acercarse por el camino a un jinete, al galope de su caballo. Se le ensanchó la cara de alegría: ¡Era el sobrino!

-¡Hombre, creí que no llegabas nunca! Pie a tierra.

Lo recibió en los brazos, y Eduardo lo estrechó en los suyos, dándose mutuos palmoteos en la espalda.

-Me he venido a escape de la estación... ¿La salud buena, tío?

-Buena, hombre, buena. Déjame mirarte; si me parece que hace un siglo que no te veía. ¡Y esa perilla, hombre, y esos mostachos!... Has embarneado, hombre.

Y el alegre cura no acababa de soltarlo, riéndose, mirándole por todos lados, y tirándole charchadas por las mejillas.

Con un brazo echado por la cintura se lo llevó casa adentro en dirección al comedor, donde le tenía preparado un refrigerio de las más variadas y exquisitas frutas del huerto.

Mientras el sobrino se comía golosamente una sandía, fue contestando don Cayetano a sus preguntas e imponiéndole de las novedades del pueblo: los Guzmán estaban todos en Matanzas, menos don Salustio que se había quedado atendiendo los trabajos; la Dolores y Merceditas, en Yaquil, adonde se las llevó don Facundo a ver si comiendo buenos corderos asados engordaba la «Tortolita» y se le pasaban las tristezas; él, esperando que llegase el cura Briones a reemplazarlo en el curato para largarse también a Matanzas, a darse unos buenos zambullones en el mar y tonificar las carnes.

-Y tú, sobrindio, ¿qué vas a hacer?

-Mañana me voy a casa de mi padre, con quien pasaré algunos días, y de ahí me voy a Matanzas.

-¿A Matanzas también, hombre? Mire Ud., me alegro.

-Los médicos me han recomendado los baños de mar, tío.

-Conque los médicos, hombre... Vaya, vaya... ¿Te sientes mal?

-Los nervios, tío; exceso de estudios...

-Tu padre está muy contento con el resultado de los exámenes y espera no más que te recibas para encomendarte sus pleitos. Y a propósito, hombre, te diré que las relaciones de Facundo con don Salustio andan mal, con motivo de los desbordes del canal que tú sabes. Han tenido su cambio de cartas bastante desagradable. Don Salustio dice que se verá obligado a meterle pleito. Ve modo tú de hacer entrar en razón a tu padre.

Tal noticia le produjo a Eduardo una penosa impresión, como es de suponerlo.

Al día siguiente llegó a su casa, una vivienda casi rústica, en cuyo mojinete se posaban las palomas, destacándose perfiladas en hileras en el fondo azul del cielo. Fue recibido por doña Dolores y Mercedes, quien al verle de repente dio un pequeño grito quedando temblorosa, y enrojeciendo al sentirse oprimida entre sus brazos.

Se le dijo que su padre no tardaría en llegar de la era, siendo ya cerca de las doce, hora de almorzar.

Efectivamente, un momento después apareció don Facundo, de regreso de la trilla, la que estaba haciendo a yeguas, cubierto de tierra y paja como si lo hubiesen revolcado en la parva. Venía al paso de su caballo comiéndose una pera, y en la facha más peregrina: guarapón alicaído pasado de sudor hasta la copa, ponchito descolorido, montura de pellones, y unos famosos pantalones llenos de parches de cuero en figura de corazones, por las corvas y por las asentaderas.

Eduardo salió a recibirle a las varas que separaban las casas del camino público. Reconociéndole su padre, picó espuelas y llegó al galope.

-Buenos días, padre.

-¿Cómo te va, muchacho? Bien venido seas a tu casa.

Se desmontó dándole mucho vuelo a la pierna, mientras le sujetaba el estribo Eduardo. Se dieron un apretado abrazo.

Sin soltarlo comenzó a forcejear con su hijo, tratando de tumbarlo, sin conseguirlo, porque éste se defendía bien.

-¡Forzudito, el niño!... ¡Así me gustas, muchacho! -exclamó riendo don Facundo- Vamos para adentro, agregó, que tengo un hambre de perro, sin otra cosa en el estómago desde que aclaró que una taza de ulpo, un tente en pie, que me dio Merceditas.

Era un hombre corpulento cuya edad no llegaba a los cincuenta, abombado de espalda, barbilampiño y más que medianamente moreno. La montura le tenía algo arqueadas las piernas.

En la mesa notó Eduardo las muchas atenciones que a Mercedes prodigaba, sirviéndola de cuanto había y pasándole bocaditos ensartados en el tenedor que sacaba hasta de su propio plato.

Atenciones que tenían confundida a la muchacha, tanto más cuanto que eran acompañadas de palabras demasiado expresivas, llamándola «palomita sin hiel»..., «alverjita tierna»..., «ramito de toronjil»... Y se quedaba mirándola con cara entontecida.

Llena de modestia y de sonrojo la niña hacía esfuerzos por sonreír, no sabiendo qué contestar, y miraba furtivamente al joven y a su madre.

Por la tarde, padre e hijo se fueron a la trilla. Llegaron en el momento en que se hacía un cambio de piara.

-¡Adelante, muchacho! ¡Vamos a dar unas vueltas, a ver si eres buen jinete y tienes firme las piernas! -dijo don Facundo invitándolo a meterse con él en la era.

Sin vacilar un segundo el mozo clavó espuelas a su tordillo y ambos se lanzaron detrás de las yeguas, animándolas con sus gritos, borneando las chicoterías y bien apuntalados los caballos para que no resbalaran, en medio de un torbellino de tierra y paja y de una grito general, diciendo: «¡a yegua!»... «¡a yegua!»... «¡vueltas las yeguas!»...

Salieron cubiertos de polvo, sudorosos. Don Facundo se limpió la cara con una punta de la manta.

Después se fueron a recorrer la hacienda cruzando valles subiendo cerros, desde cuyas alturas don Facundo señalaba con la mano los límites de sus tierras, diciendo con orgullo:

-Todo esto es mío; poco era y poco valía cuando lo recibí en herencia de mi padre. Yo lo he acrecentado con el sudor de mi frente. Cuando muera será tuyo, muchacho.

El sol se ponía entre los resplandores rojizos de un incendio.

- III -

Era Matanzas por esos años el balneario obligado de las familias colchaguinas y de muchas otras que venían de mayor distancia, atraídas por las magníficas condiciones de su extensa playa, la abundancia del marisco y la amenidad de la vida que ahí se hacía, siendo numerosos los sitios encantadores, ya cercanos, ya distantes, que se prestaban para paseos o excursiones de a pie, en bote o a caballo, como la «Piedra de la Sirena», la «Isla», la «Boca de Rapel», la «Piedra de Arcos», «Pupuya» y «Navidad».

Ese año la concurrencia era numerosa, habiendo gente hasta de Santiago, no siempre ésta bien mirada, porque con las exigencias de sus modas, sus menjunjes y un retraimiento estimado de buen tono, le quitaban el mayor encanto al balneario: la sencillez en las costumbres y la llaneza en el trato.

Las habitaciones se hallaban a pocos metros de la orilla del mar, circunstancia que permitía salir de la cama, envuelto en su sábana, a tomar el baño. Entre ocho y nueve de la mañana se veía animadísima la playa con los centenares de personas de ambos sexos que se bañaban. Los valientes y buenos nadadores se internaban mar adentro, capeando con zabullidas oportunas las grandes olas y dejándolas pasar por encima. Los tímidos no se aventuraban más allá de la rompiente, y los cobardes lo hacían con el agua a los tobillos, mojándose el resto del cuerpo ya sentándose, ya con la mano, y arrancando cuando veían hincharse el mar. A veces una ola solapada y traicionera sorprendía a los descuidados, sumergiéndolos enteramente, y los arrastraba envueltos en espuma, haciéndolos tragar agua y rodar por la arena. Y entonces era de ver sus ademanes desesperados y oír sus gritos y las risas de los circunstantes. Otros lo hacían tranquilamente en las posas que entre las rocas había.

Don Cayetano y Eduardo eran buenos nadadores y se bañaban juntos; eso sí que el cura, que al entrar se hacía varias cruces, nadaba casi siempre de espaldas dejándose mecer como una boya y soplando como una foca; y el sobrino nadaba como un delfín.

A no mucha distancia se bañaba Marta con los suyos, dejando ver albísimos retazos de su piel que brillaba como la plata, y permitiendo adivinar morbideces que enloquecían a Eduardo. Se entraba poquito a poco dando grititos a medida que el agua le iba subiendo y haciéndole cosquillas por el cuerpo.

A Jacintito había que entrarlo poco menos que a lazo, tal era el miedo que le tenía, no al agua precisamente, sino a los crustáceos, temor adquirido desde el primer día que se bañó, en que salió con una jaiba agarrada a un dedo y dando unos gritos desaforados.

El veterano, sentado sobre una piedra a la orilla del mar, se pasaba entretenido haciendo rayas en la arena con su palo.

Después del baño, los Guzmán, acompañados del cura y de Eduardo, se fueron a dar un paseo por la playa.

Iban recreados mirando el inmenso mar, cuyas olas en incesante movimiento, unas tras otras, formaban largas líneas blancas de rumorosa espuma, y hacían un ruido atronador al

estrellarse contra las rocas de la orilla, levantando montañas de agua que se deshacían en tupida lluvia, y alzaban algas marinas que agitaban sus flotantes y largas cabelleras. O bien iban a morir deslizándose suavemente en la playa, depositando en la arena mil curiosos objetos de ese mundo invisible que vive en el fondo de los mares, removido por el ímpetu de las olas: restos gelatinosos de medusas, llamados babas de ballena, jaibas y pacoras con las patas hacia arriba, conchas y caparazones de moluscos, jibias con sus brazos como chicoterías, sardinas, restos de huiros, sargazos y corales, cuando no era algún pescado que daba violentos barquinazos por ganar el agua.

Soplaba una brisa húmeda y salobre, de pronunciado olor a algas marinas. Bandadas de gaviotas a la pesca de sardinas, volaban por el cielo azul dando gritos estridentes. Alcatraces enormes se lanzaban como flechas sobre la superficie del agua. Los lobos pasaban en batallón emergiendo la cabeza, y se sumergían dando unas como volteretas, apareciendo con una sardina en la boca.

Numerosos grupos de personas iban y venían por la playa; las señoras con quitasoles y los caballeros premunidos de gruesos bastones. Los niños corrían a pie desnudo recogiendo conchitas, o se divertían toreando las olas, siguiéndolas cuando se retiraban y huyendo cuando volvían arrastrándose como una cosa viva en anchas y silenciosas lenguas de agua, que solían pillarlos mojándolos hasta las orillas.

-¡Chiquillas, vengan! -gritó misiá Rosario viendo que a Sara y María las había mojado enteramente una ola.

-No les hace nada, señora -dijo interviniendo don Cayetano, fresco y remozado con el baño y contento porque ya se había zampado su media docena de erizos crudos.

Eduardo, más apasionado que nunca de Marta, no se atrevía, o más bien dicho no tenía oportunidad de hablarla, estando ella siempre rodeada de su familia. Y así se contentaba con mirarla con ojos de adorador prosternado, encontrándola cada vez más seductora y más linda. Ella tampoco hacía nada de su parte, encerrada en una reserva que le imponían su timidez y el pudor.

Llegaron a la «Piedra de la Sirena», enorme roca a la orilla del mar en cuyos flancos se estrellaban las olas con pavoroso estruendo. Subieron a ella, y desde arriba se pusieron a contemplar el espectáculo grandioso que a la vista tenían. Allá perdido en el horizonte se veía un buque con sus velas. De la «Isla» se acercaba un bote, desde el cual agitaban un pañuelo blanco. Reconocieron a Justo Pastor, que andaba en excursión con sus amigos.

- IV -

Ese día varias familias de las que veraneaban en Matanzas habían organizado un paseo a la quebrada del «Agua Buena», delicioso sitio a pocas cuerdas del mar, y al que daba nombre una vertiente cristalina que corría serpenteando entre las hierbas, a la sombra de

frondosos molles, canelos y pataguas. Eran de la partida los Guzmán, el cura don Cayetano, Eduardo Ruiz, misiá Gertrudis y como unas cuarenta personas más.

Era un almuerzo, y se colocó la mesa rústica bajo unos grandes y pomposos sauces de largas ramas colgantes, por entre las cuales se veían retazos de cielo azul; y adornaban la mesa ramas floridas de arrayán y rojas flores de tilo tiradas a profusión.

Los concurrentes andaban diseminados en grupos pintorescos; unos cogiendo helechos que crecían en la humedad de las laderas por donde goteaba el agua; otros descansaban sentados sobre el musgo del fondo de la quebrada, mirando correr el agua, que hacía cascadas sobre la desnuda laja, lustrosa y desgastada por la corriente.

Otro grupo, de gente menuda y bulliciosa, lo formaban varias niñas, entre las que estaban María, Sara y Marcos Guzmán. Las chicas tenían acorralado al seminarista, haciéndole tema de sus bromas.

-Dime francamente, hombre, cuál te gusta más de nosotras. Fíjate en mí -le decía Marta poniendo los brazos en jarra, ladeando la cabeza y sonriéndole con una gracia cómica. Y como Jacinto se quedara mirando al suelo, le sacó la lengua.

-Si los curas no se casan -dijo otra niña.

-Mi primo Jacinto dice que él quisiera ser padre misionero y andar por el mundo convirtiendo infieles -explicó Marcos.

El seminarista asintió con la cabeza y recibía las bromas con la resignación muda de los mártires.

-¿Convirtiendo qué? -preguntó Sara.

-Infieles, pues, los moros -le contestó Marcos.

-Yo soy mora -dijo una chica bastante trigueña.

-Morena querrás decir.

-No; mora. Me llamo Irene Mora y mi papá se llama Tadeo Mora.

Soltaron la risa.

Eduardo Ruiz no se separaba de Marta. Iba haciéndole un ramo de flores silvestres. No la hablaba de amores, pero se lo decía de mil maneras: con la mirada apasionada y tímida, con la dulzura que ponía al hablarla, con un acento de adoración y de súplica y con la suave presión de su mano al ayudarla en los obstáculos del camino; mano que sintiendo tan dulce contacto, no se soltaba sino cuando la joven, encendida y temerosa, retiraba suavemente la suya.

Marta iba vestida de blanco, ancha faja escocesa de seda atada a la cintura y sombrero pastora adornado de amapolas rojas.

Eduardo iba de americana de paño azul marino, pantalones y chaleco blancos de dril y zapatos del mismo color, de lona.

Don Cayetano estaba sentado con otros caballeros sobre el tronco de un árbol tendido en el suelo.

-¡Señores, a la mesa! -gritó un joven y golpeó las manos llamando a la gente.

Un mozo conducía en una gran bandeja una cabeza asada de ternera.

Llegaron en alegre bandada, cotorreando en alta voz, lanzando sonoras carcajadas. Las jóvenes traían manojos de helechos y de flores, con que se habían adornado los sombreros. Los niños venían a la carrera trayendo de quitasoles unas grandes hojas de pague, y resonaban sus risas y gritos de alegría.

Eduardo y Marta se acercaban lentamente. Ella traía en las manos el ramo de flores que le diera Eduardo, de las cuales algunas se había prendido en el seno. Él venía recitándole poesías, versos que hablaran por él, diciendo sus propios amorosos sentimientos:

«Si yo fuera la brisa pasajera,
Aliento perfumado de las flores,
Enredado en tu suelta cabellera
Murmurara a tus oídos mis amores».

-¡Bonitos!... ¿No sabe otros?

Y siguió el mozo:

«Quisiera ser alguna flor nacida
Entre las flores del jardín ameno,
Verme por ti del tallo desprendida
y marchitarme sobre tu albo seno».

A la muchacha se le encendieron las mejillas y bajó la frente.

En la mesa se sentaron juntos.

No obstante su ambiente pastoril, fue pantagruélico aquel almuerzo, por la abundancia y variedad de las cosas que se comieron. Reinó una alegría franca, sin fingidas amabilidades, una llaneza sana y un deseo de hacerse grato cada cual a su vecino de mesa; sin que faltasen los chistes agudos, que provocaban general hilaridad.

Terminado el almuerzo le pidieron a Anita Díaz que cantase. Quien, retirando su silla, tomó la guitarra y cantó:

«Ya me voy, pues me lleva el destino
Cual la hoja que el viento arrebató;
Ay de mí, no sabes ingrata
Lo que sufre mi fiel corazón».

«Estos ojos llorar no sabían,
El llorar lo creían locura;
Más hoy lloran con triste amargura
Lo que sufre mi fiel corazón».

En los silencios se oía distintamente el embate de las olas contra las rocas.

-¡Cueca!... ¡cueca! -pidieron algunos mozos cuando terminó el canto.

Salieron cuatro parejas a la vez. Los jóvenes que bailaban, entre los cuales figuraba Justo Pastor, estaban de huasos, habiendo venido de a caballo.

Cantó la cueca una mujer de la servidumbre.

«Si los cristales fueran los corazones,
Piquito e zorzal,
Qué clarito se vieran las intenciones,
Debajo el peral.

Antes de conocerte ya te quería,
Piquito e zorzal,
Porque me lo anunciaba la suerte mía,
Debajo el peral.

Mírame, si me miras, por debajito,
Piquito e zorzal
Que así nos entendemos los dos solitos,
Debajo el peral.

Aborrezco la vida y amo la muerte,
Piquito e zorzal,
Para qué quiero vida sin merecerte,
Debajo el peral».

¡Qué zapateos aquéllos y que grita general animándolos y repitiendo en coro el estribillo: «Piquito e zorzal»... «Debajo el peral».

Justo Pastor, de chaqueta blanca a medio espinazo, faja roja a la cintura que le caía por un lado, y de grandes polainas llenas de colgajos, hacía una zapateta en el aire, y

castañuelas con los dedos, daba patadas, tiraba el poncho al suelo para que lo pisara y lo pateara su pareja. Doblándose en cuatro, se hacía el chiquitito, se enderezaba, abría los brazos, torcía el trasero, con tan ridículos movimientos y contorsiones que provocaban risas generales. Don Cayetano llegaba a estar amoratado y se enjugaba los ojos con el pañuelo y se lo pasaba por el cogote.

Después de muchas cuecas bailaron cuadrillas, tomando casi todos parte en ellas. Bailaban cantando para suplir la música que faltaba y de puro alegres que estaban. Eduardo tenía a Marta por compañera, regalándose con el dulce contacto de su mano, embriagado casi cuando la estrechaba en sus brazos.

María Guzmán se había abrazado al seminarista, y quieras que no quieras, lo volvía tarumba a vueltas, haciéndole caer la teja en una de ellas; Marcos bailaba con otra chica.

Caía la tarde cuando regresaron.

Al pasar por la cancha de carreras, en el arenal del lecho del estero, vieron que Justo Pastor y otros jinetes que se les habían adelantado estaban ejecutando proezas temerarias, una de las cuales consistía en recoger del suelo su sombrero a todo correr de su caballo.

Al llegar encontraron en la playa a Misiá Rosario con Rosita, que no habían ido al paseo por acompañar al abuelo. La chica recogía caracoles y conchitas en la arena.

El veterano, sentado sobre una roca a la orilla del mar, estaba en la contemplación silenciosa de una puesta de sol como un altar, una apoteosis de luz en que la eterna naturaleza desplegaba toda la gloria de su incomparable magnificencia.

- V -

El baile de máscaras y disfraces que esa noche tenía lugar en unas grandes bodegas arregladas con banderas y gallardetes, guirnaldas de arrayán y profusión de luces y de flores, había despertado mucho entusiasmo entre los veraneantes.

Ya más de la mitad de la gente había llegado al baile y todavía en casa de los Guzmán estaban afanadísimos poniéndole las últimas puntadas y alfileres al traje de Marta. Iba de «Florista»: vestido corto floreado, delantalcito blanco de encajes, coselete negro de terciopelo, zapatillas del mismo color con hebillas; la cabellera le caía por los hombros y por la espalda en un profuso manto de ondas rubias. En las manos llevaba un cesto con ramilletes de flores.

-¡Pero no te muevas! -le decía misiá Gertrudis, de rodillas en el suelo y con algunos alfileres en la boca arreglándole un pliegue- Ya está -agregó-, ahora paséate para ver el efecto que haces... ¡Estás muy bien, chiquilla!

-¿Todavía no están listas? Ya son más de las nueve -habló una persona dando unos golpecitos a la puerta.

-Entra.

Entró Satanás en persona: Justo Pastor disfrazado de «Diablo», colorado como piure, cuernos retorcidos de chivo, larga cola auténtica de vaca, cuyo penacho le arrastraba por el suelo y las cejas pintadas a carbón, espesas y levantadas.

Los niños, que asistían al arreglo de Marta, dieron un grito y después unas grandes carcajadas. Lo miraban por todos lados y le sacudían la cola.

Luego entró Marcos vestido de «Payaso», todo pintarrajeado; y comenzó a dar volteretas por el suelo.

Misiá Rosario y doña Gertrudis iban sin disfraces ni caretas.

Rato hacía que Eduardo Ruiz se paseaba entre los mascaritas que ya invadían la sala del baile, y estaba impaciente porque no llegaba Marta. Abrigaba el presentimiento que esa noche sería decisiva en sus amores. Bajo la careta encontraría el valor que no tuviera las veces que se vio a solas con ella, enmudeciendo, porque cara a cara y a toda luz se sentía súbitamente poseído de una invencible timidez.

Estaba de «Mosquetero», con su gran chambergo con plumas, de ala levantada, sus botas de gamuza a media pierna, anchamente abiertas arriba. Era arrogante su figura, que realizaba cuando ponía su mano en la empuñadura de su espada, levantando por detrás un pliegue de su talma de terciopelo.

Al entrar Marta del brazo de Justo Pastor, se hizo en la sala un movimiento de curiosa admiración, acudiendo muchos mascaritas a saludar a la «Florista», que estaba deslumbrante de belleza. Le encubría los ojos y parte de la cara una careta rosa, mas la delataba el esplendor de su cabellera incomparable.

El mozo Ruiz estaba como fascinado, y trajo a su memoria el recuerdo de aquella «princesita rubia» de los cuentos de hadas por quien tanto suspirara siendo muy niño. Por hacerla suya ahora no sólo lucharía con la sierpe de las siete cabezas sino con el mundo entero.

Y con estos pensamientos y esta resolución, esperó que se disipara la nube de admiradores que la rodeaban y a quienes ella iba obsequiando ramitos de flores. Cuando la vio casi sola se dirigió a ella:

-¿Qué vendes, pastorcita?

-Vendo flores.

-Te quedan pocas. Bien se conoce que han venido muchos picaflores.

-Apúrate entonces... ¿quieres?

-Prefiero la vendedora.

-Ésa no se vende.

-¿Tiene dueño?

-No tiene.

-Lo pregunto porque yo sé de uno que por ti se muere de amores.

-Tiene mal gusto o será ciego...

-No tiene mal gusto ni está ciego. La ve a cada instante, ya esté despierto, ya esté durmiendo, que de tal modo la lleva grabada en su corazón. Dice que es la niña más bonita de cuantas ha conocido y que por obtener su amor daría gustoso cien vidas, si las tuviera.

-En mucho la estima. Bien dicen que el amor es ciego.

-¿Qué le mandas decir conmigo, hermosa Florista?

-Que no lo creo...

-¿Y si él te lo jurara poniendo a Dios por testigo?

El piano preludió los acordes de unas cuadrillas, y la muchacha se despidió con una reverencia, viendo acercarse a un joven vestido de «Arlequín», con quien tenía comprometido aquel baile.

Eduardo le pidió el primer vals y le fue concedido. Bailó la cuadrilla con misiá Rosario, probablemente acordándose del proverbio «Por el tronco se sube a las ramas».

¡Qué animado y pintoresco el espectáculo de aquellas cuadrillas bailadas por «Pierrots», «Diablos», «Negros africanos», «Romeos», «Duques» y «Príncipes», «Dianas», «Manolas», «Margaritas» y cien disfraces a cuál más vistoso, original o ridículo. La mayoría estaba de careta, pero en verdad muy pocos guardaban el incógnito, reconociéndoseles por algún detalle característico. Solamente algunos jóvenes disfrazados, con mucho arte de mujer, hacían caer en el engaño; como sucedía a Justo Pastor, que bailaba con uno de ellos ignorando que era un joven Fuenzalida.

Terminadas las cuadrillas y después de un momento de descanso, el piano dio comienzo a un vals. El joven Ruiz se dirigió a sacar a Marta. Se retiró la careta, dando a entender que obraba a cara descubierta y no bajo el fingimiento del disfraz. Y pudo verse la actitud resuelta con que iba en la mirada y en la expresión seria y anhelante de su rostro.

La joven le vio acercarse con sobresalto y ansiedad, presintiendo que algo grave se la esperaba.

Y así fue, porque apenas comenzó a bailar llevada suavemente y con despacio por su compañero, inclinándose éste le dijo muy cerca, casi a su oído:

-Marta, Ud. no sabe cuánto la amo; la he amado siempre, toda mi vida, desde niño, y estoy cierto de que seguiré amándola mientras viva. ¡Dígame, Marta, si puedo tener alguna esperanza o si estaré destinado a ser el hombre más desgraciado del mundo!

Aquellas palabras dichas en una voz tan dulce y apasionada despertaban en ella una alegría misteriosa. Estaba anhelante y pálida y sentía los golpes apresurados de su corazón que parecía querer saltársele del pecho.

En las vueltas rápidas del vals su cabellera flotante le pasaba por la cara al joven, embriagándolo, enloqueciéndolo.

-¡Oh, Marta, Marta, sáqueme de esta incertidumbre, de este cruel tormento!...

La muchacha dobló la cabeza, y con una voz que al joven le pareció venir del cielo, le dijo, bajo, muy bajo:

-Sí, Eduardo.

-¿Mía entonces?...

-Sí.

-Quiero verlo confirmado en sus ojos; sáquese la careta.

La joven se la sacó, ayudándole Eduardo a desprenderla. Lo miró sonriéndole con sus grandes ojos azules, luminosos y húmedos con la emoción palpitante.

¡Oh, qué repique de alborozo en el corazón sintió Eduardo!

Quisiera gritar y decirles a todos que aquella niña era suya, suya... y que no la daría por todos los tesoros del mundo ni por la corona del reino más poderoso.

Una mascarita pasó diciendo cerca de ellos:

«Piensan los enamorados,
Piensan y no piensan bien,
Piensan que nadie los mira
Y todo el mundo los ve».

A eso de media noche comenzaron a bailar serrucho, baile muy de moda en esa época, siguiendo después las cuecas, y siendo el primero en salir el «Diablo» acompañado de una «Manola».

- VI -

El joven Ruiz vivía en la gloria; siempre junto a Marta en los paseos que casi a diario se organizaban. Un día fueron a caballo a la «Boca del Rapel», y otro a la «Piedra de Arcos».

Marta, que se había hecho más valerosa y ya sabía de argucias femeniles, convidaba con frecuencia a sus hermanos a buscar caracoles y conchitas por la playa, sabiendo que ahí encontraría a Eduardo. Y ambos jóvenes merodeaban por las orillas tomándose con cualquier pretexto de la mano y diciéndose con los ojos que se amaban.

Una mañana de cielo azul, luminosa y diáfana, buscando caracoles les dejó aislados el mar sobre unos peñascos resbaladizos, llenos de charcos y cubiertos de algas; y vinieron a darse cuenta cuando ya les era imposible saltar a tierra. En un instante los niños se sacaron los zapatos; mas la joven tuvo vergüenza de hacerlo. Entre tanto iba subiendo lentamente el mar.

Eduardo la propuso sacarla en sus brazos. La muchacha sonriendo, decía «no» con la cabeza.

-¡Sácate los zapatos y las medias, Marta, mira que el mar se está poniendo cada vez más bravo! -le gritaban sus hermanos.

-Marcos ¿no serías tú capaz de sacarme? -preguntó a su hermano suplicándole con la mirada.

-¿Y si nos caemos los dos al agua?...

-Déjeme sacarla, Marta; Marquitos no tiene fuerzas -expresó Ruiz. Y rápidamente se quitó zapatos y calcetines, y remangándose los pantalones se metió al mar con el agua a la rodilla.

La muchacha estaba roja...

-¡Ya está, Marta, deja que te saque Eduardo al'apa; ya nos estarán esperando a almorzar en casa!

Marta apoyó sus manos sobre los hombros de Eduardo, y poquito a poco fue deslizándose. Él la estrechó entre sus brazos rodeándole la cintura. Y sintiendo el contacto amplio de aquel cuerpo adorable y el choque de sus rodillas, experimentó un estremecimiento indescriptible, pensó desvanecerse, y lentamente condujo tan preciosa carga a tierra.

-¡Adiós y gracias! -le dijo la muchacha hurtándole la cara y echó a correr en dirección de la casa rodeada de sus hermanos.

Una noche de luna fueron con varias familias a la «Piedra de la Sirena», en cuya cima, en forma de meseta, se instalaron. Llevaban guitarra y pidieron a Juanita Núñez que cantara alguna cosa.

Eduardo y Marta se hallaban casi ocultos en las sombras que dejaba un picacho de la enorme roca y algo separados del resto de la concurrencia.

Las olas corrían por la superficie del mar unas tras otras, con misterioso y suave rumor, alumbradas por la luna que esparcía una pálida claridad de aurora, permitiendo ver distintamente las rocas blancas de la «Piedra de los Pájaros». De tiempo en tiempo se azotaban con estruendo en los flancos abruptos de la roca, dejando al retirarse abismos negros, insondables. Por los costados que las olas no flagelaban, caían en festones hasta el suelo las docas y las sanguinarias.

Juanita cantó la canción del marinero:

«Sentado en la popa voy
Al lado de mi querida
Ella me endulza la vida
Y yo dulzuras le doy».

Eduardo tomó una mano de Marta y lentamente la atrajo hacia sí. Ella resistía levemente.

-¡Mi Marta!... ¡Mi bien!..., ¡Mi querido amor!...

La niña inclinó la cabeza sobre el hombro de su amado. Él le besó los cabellos.

Juanita seguía cantando:

«¡Oh, qué dulce es navegar
En un mar tan cristalino
Teniendo a su ángel divino
Bajo el cielo y sobre el mar!».

-¿Pero es cierto que me amas, Marta? Creía imposible obtener tu amor, ambición de toda mi vida, porque te amo desde niño, Marta. A veces pienso que es un sueño. ¡Eres tan hermosa! Tus ojos me parecen flores!

-¿Te gustan, entonces, mis ojos?

-¡Oh, sí! Y no sólo tus ojos; todo me gusta en ti, mi Marta.

Y llevó a su boca la mano de la niña y se la besó devotamente, dulcemente, con pequeños besos ligeros, como aleteos de alas de mariposa.

- VII -

Al día siguiente llegó don Salustio, y luego se impuso con sumo desagrado de la mucha confianza que se permitía el mozo Ruiz con su hija Marta, la corte asidua que le hacía. ¿Su mujer estaba ciega? ¿No veía la inconveniencia de aquellas relaciones íntimas exhibidas públicamente con un sujeto que jamás le fuera grato, ni de niño, por sus malas juntas con Justo Pastor, ni de hombre, porque al fin y al cabo no era sino el hijo de don Facundo, el huaso mal criado y testarudo que tantas molestias le estaba ocasionando?

Llamó a su señora y la habló en tono duro de estas cosas, sacando por último del bolsillo y leyendo una carta reciente de don Facundo, contestación a otra que él le escribiera. Carta llena de improperios y desatinos en la cual le trataba de «señorón autoritario, de hombre que quiere quedarse con el trabajo ajeno» y otras insolencias por el estilo.

Dio órdenes terminantes a su señora de que impidiera a Marta juntarse en lo sucesivo con Eduardo Ruiz.

Misiá Rosario hizo algunas débiles observaciones, disculpándose con las costumbres de los baños, que permitían y autorizaban esas intimidades y relaciones entre los jóvenes. Enseguida se retiró a comunicar a Marta las órdenes de su padre, el cual quedó paseándose en los corredores, frente al mar.

A todo tranco y en mala hora llegó Eduardo, acercándose muy amable a saludarlo; le hizo el caballero una fría recepción, que dejó desconcertado al mozo, cuya presencia despertó en don Salustio toda la hiel que rebosaba su alma. Y vencida la razón por los arrebatos de la ira, soltó la rienda a su enojo resuelto a cortar por lo sano las pretensiones del hijo de don Facundo.

-Ya que tengo la oportunidad de verlo, mi señor -le dijo-, bueno será que no ignore la conducta de su padre, que me ha escrito una carta por demás insolente, en términos tan sólo propios de un carretero, y amenazándome con hacerse justicia con sus manos, procedimiento habitual en él y con el cual, según dicen, ha acrecentado sus tierras.

-¡Ud. se olvida, señor, de quién está hablando, y que yo no puedo oír que se le injurie, porque es mi padre y un hombre honrado! -exclamó el joven extremadamente pálido.

-No me olvido, ni mía es la culpa de que tenga Ud. semejante padre.

Con un violento esfuerzo se contuvo Eduardo, cuya palidez se aumentó. Un estremecimiento recorría su rostro. Parecía que una ola de violentas palabras iba a escaparse de sus labios, lívidos y contraídos. ¡Ah, si no fuera el padre de Marta, cómo le habría saltado al cuello haciéndole tragar sus palabras!

-Y por último, si a Ud. no le agrada oír verdades amargas, el camino está expedito -le dijo el señor Guzmán dándole el portante con la mano. Y volviéndole la espalda se metió casa adentro.

Eduardo se pasó lentamente la mano por la frente, como si hubiese experimentado una especie de vértigo, y dirigió en torno suyo miradas confusas, extraviadas. Negra nube se levantó en su alma turbándole los sentidos.

Todo lo había oído Marta desde un cuarto cercano.

Se retiró el pobre mozo y anduvo hasta bien avanzada la noche vagando tristemente por las orillas del estruendoso mar. Viendo cambiarse en un instante aquellas fuentes de ilusiones en un raudal de amarguras, cayó en la más negra melancolía, condenado a ir con paso incierto al borde de un abismo de desesperación.

Necesitaba un corazón amigo en quien depositar sus penas, de quien aconsejarse. No tenía a nadie, habiéndose ido ya don Cayetano, su bondadoso tío, el buen cura, su mejor amigo.

¿Y qué pensaría Marta al saber la ruptura con su padre? ¿Le amaría siempre? ¿Le sería fiel?... ¡Ah, verla sólo un instante y mirarle en los ojos la fe guardada, y oír de sus labios una palabra de consuelo y de esperanza!...

Se pasó la mayor parte de la noche con la cabeza entre las manos y los codos sobre las rodillas. El ruido incesante de las olas le traía el recuerdo de los momentos dichosos que disfrutara con su amada, su Marta, su dulce amor... quizás perdida para siempre!... Y ante esa idea, él, tan hombre, sollozaba como un niño.

Tampoco durmió Marta aquella noche. Con la cabeza hundida en las almohadas y llenos de lágrimas sus ojos, pensaba en la prohibición que tenía de juntarse con su amado, el pobre Eduardo, tan cruelmente herido y vejado en sus sentimientos de buen hijo, arrojado de la casa como un malhechor. Y se imaginaba la pena que tendría y la vergüenza.

Ahora le amaba infinitamente más, diciéndose que sin su amor ya no habría en la tierra dicha posible para ella, prefiriendo antes morir.

Sin saberlo ni darse cuenta de ello, la joven obedecía a esa ley invariable que rige en amor, el cual se acrecienta con los obstáculos y rigores, porque es como la pólvora sobre el fuego, convirtiéndose entonces en pasión ardiente que rompe todas las trabas y barreras puestas delante de ella. Se diría que el amor contrariado se eleva, se sublima, haciéndose un sentimiento más que humano, que la adversidad y el sufrimiento idealizan dándole la suprema consagración.

Marta no volvió, como antes, a salir con sus hermanos a la playa, y si lo hizo siempre fue acompañada de sus padres.

Eduardo la miraba a la distancia. Comprendió que aquella situación no podía prolongarse sin hacer un papel desairado, ridículo casi ante la propia familia de Marta y ante la sociedad que la miraba.

Resolvió irse de los baños; pero antes de hacerlo y para saber a que atenerse, creyó indispensable verse con Marta.

Por intermedio de una vendedora de marisco, mujer discreta y de toda su confianza, hizo llegar a sus manos la siguiente carta:

«Mi amor, ya no debes ignorar que se me ha despedido de tu casa. Te juro que nada he hecho para merecer tal rigor, ni para que tú dejes de amarme. Pero no viéndote, mi dulce amor, sufro mil muertes... ¡Te amo tanto! Es forzoso que me vaya, ¡oh, mi Marta! Pero antes de irme quisiera verte, aunque fuese un segundo, y oír de tus labios una palabra, una sola palabra que me diese valor para soportar la ausencia. De otra suerte me moriré de pena. Dime como podemos vernos. Beso mil veces tus lindas manos y las empapo con mis lágrimas:

Eduardo».

No pasaron muchas horas antes que recibiera la siguiente contestación:

«Mi Eduardo amado:

No te desesperes ni llores. Yo también he llorado mucho. Me han prohibido que te vea, pero pienso en ti a cada instante y te veo aunque esté con los ojos cerrados. Mañana, a eso de las diez, iré con la tía Gertrudis y los niños a la 'Piedra de la Sirena'. No irá ni mi papá ni mi mamá. Ocúltate detrás de la piedra, por el lado del cerro, donde hay unas dunas con matas de sanguinaria. Yo veré modo de distraer a la tía y escaparme un momentito para decirte adiós.

Tuya... tuya... para siempre:
Marta».

A las nueve ya estaba Eduardo en las dunas, casi enterrado en la arena. Felizmente nadie andaba por los contornos.

Poco antes de las diez llegó Marta con los suyos y subieron a la Piedra de la Sirena. El mar estaba agitadoísimo por un fuerte viento del Sur, que soplaba furioso. Las olas, como escuadrones de caballería, se lanzaban sin cesar, unas tras otras, al asalto de la roca, con clamores espantosos, rompiéndose contra ella. Al retirarse con un gruñido sordo, dejaban abismos de cuyo fondo surgían los huiros, agitándose como chicotes manejados por furias infernales. Desde aquella altura las personas de la familia Guzmán contemplaban el tumulto inmenso del mar y se mantenían de pie con dificultad, el cuerpo inclinado adelante y las manos aferradas a los sombreros, asegurándolos sobre la cabeza. Los pájaros marinos volaban como enloquecidos, y daban una nota trágica las gaviotas con su grito agrio.

En los espacios de silencio que dejaban el estruendo del mar y el bramar del viento, Eduardo oía las voces de los Guzmán.

Pasó un tiempo, que por la ansiedad en que estaba, le pareció eterno. Oyó unos pasitos acelerados, el rodar de una piedra, se dibujó en la arena una sombra movible, y de pronto vio a Marta, que llegó corriendo vestida de blanco como una paloma que volando viniese del cielo.

-¡Mi Marta!...

-¡Eduardo!...

Y la estrechó en sus brazos, loco, frenético, cubriéndole de apasionados besos el rostro y diciéndole con voz que semejava un sollozo: -«¡Mi Marta!», «¡Mi dulce amor!», «¡Dime que me amas!», «¡Júrame que no me olvidarás nunca!»... «¡Ah, te quiero tanto, te quiero tanto!»...

Marta procuró hablar y no pudo; pero las lágrimas comenzaron a salir abundantemente de sus ojos.

A fin de que no le vieran, estaban ambos de rodillas en la arena, detrás de la duna.

Una de sus hermanas gritó llamándola desde lo alto de la roca.

-¡Martááá! Ya nos vamos.

-¡Adiós, Eduardo; me están llamado! -exclamó sobresaltada la muchacha, enjugándose las lágrimas con el pañuelo.

-¡Adiós, mi amor! -le dijo él estrechándola desesperado contra su corazón. Y echándole atrás la cabeza la miró a los ojos y la besó en la boca.

-¡Deja que me vaya, Eduardo! -dijo la niña desprendiéndose de aquellos brazos que no podían soltarla.

-Dame un recuerdo, una cosa tuya -pidió él. Y le tomó el pañuelo humedecido de lágrimas.

-Toma también esto -agregó ella desprendiéndose del cuello una cinta de terciopelo negro, con una pequeña cruz de oro.

-¡Uno de tus guantes!... ¡Y esa otra cinta que llevas atada a la trenza!

Marta iba desprendiéndose rápidamente de cuanto su amado le pedía. Y después que éste le besó repetidamente la mano, se fue corriendo.

- VIII -

Cuando al día siguiente llegó a su casa, ya poniéndose el sol, el joven Ruiz encontró a su padre en mangas de camisa y poniéndole un remiendo a un capacho de cuero, en el cuarto de los aperos.

No estaba de buen humor y tenía agria la cara. No obstante, algo se le compuso a la hora de comida. Sonrió a Merceditas, le dijo, muy fino, un par de galanterías sirviéndola, como siempre, de cuanto había en la mesa al alcance de su mano. Atenciones que ahora hacía extensivas a la madre.

Se había cambiado su traje poniéndose uno casi nuevo, cuello limpio parado y su gran corbata de rosa color verde botella.

Eduardo refirió la vida que se hacía en Matanzas, callándose lo que a él más le interesaba. Su padre le preguntó si no encontraba a Merceditas mucho más fresca y más gorda. El contestó que efectivamente la encontraba muy bien y de mejor color. A la muchacha se le habían teñido las mejillas de carmín.

-¡Está como una manzanita camuesa! -suspiró don Facundo mirándola embobado y haciéndosele agua la boca.

El joven Ruiz resolvió hablar a su padre después de comida sobre el malhadado asunto del canal de regadío, que tan enemistado le tenía con don Salustio, esperando que su intervención pudiera servir a reconciliarlos.

Con tal propósito, y habiendo quedado solos en el comedor, lo impuso de lo sentido y disgustado que estaba el señor Guzmán con motivo de la última carta que recibiera, referente a su justo reclamo sobre los derrames del canal, exponiendo en seguida que, según su parecer, el espíritu y la letra expresa de los artículos tales y cuales del Código, don Salustio tenía perfecto derecho para oponerse a que hicieran el taco que tantos perjuicios le ocasionaba; y que en caso de querrellarse judicialmente, como lo haría sin duda alguna, era seguro que ganaría el pleito con costas, aparte de las indemnizaciones por perjuicios.

¡En mala hora tocó esa tecla!

Don Facundo escuchó en silencio el alegato que su hijo estaba haciendo a favor de su enemigo, y le miraba fijamente con los ojos fruncidos y las alas de la nariz levantadas como si oliera una porquería. Cuando hubo terminado, de un soplido arrojó la colilla de cigarro que tenía en la boca; y encarándose con su hijo, exclamó hecho una furia:

-¡A ti se te ha encajado en la cabeza que el «marqués» tiene razón! ¡Lo que tiene son más agallas que un congrio, y se hace el enojado y quiere meterme miedo; pero a mí no me importa ni esto!... ¡Tú hablas al tuntún y te haces el de las chacras! ¡Has estudiado en Santiago, pero has vuelto más burro!... Yo te voy a explicar cómo es la cosa para que no

digas disparates tan fuera del tiesto y por la pura alforja. El canal va aquí... la represa está acá... las tierras que yo riego son éstas... las de Guzmán estas otras...

Y con el dedo fue trazando rayas y círculos en el aire.

-Esto que sostengo -agregó con un gesto bravío y dando una patada-, lo probaré por treinta y cuatro mil razones ante cualquier juez, aunque sea un juez de palo u tonto.

Se rascó la cabeza a dos manos y prosiguió diciendo:

-Pero tú vez la cosa al revés, y mientras yo ando la ceca y la meca para cuidar y defender lo mío, tú te pasas al enemigo y lo defiendes con tinterilladas de mala ley y te vas a hacerle la corte al «señorón»... ¡Era lo que faltaba, hombre! ¡Estamos lucidos!... ¡Te prohíbo que cruces los umbrales de su puerta!

Dicho lo cual, que recalcó con un bufido y un puñetazo en la mesa, se salió del comedor sin detenerse a ver ni calcular el daño que con sus palabras había hecho a su hijo.

Poco o nada durmió aquella noche el pobre mozo. Con las primeras luces de la aurora pidió su caballo, dejando dicho que iba a Santa Cruz.

Se sorprendió el cura viéndole llegar, pues le creía en Matanzas gozando de las delicias del Edén. Sorpresa que se aumentó notando el negro desaliento que traía pintado en el rostro: los ojos tristes, la cabeza caída sobre el pecho, la cara larga.

-¿Qué hay, hombre?... ¿Qué te pasa? -interrogó todo nervioso y espeluznado don Cayetano.

-Entremos, tío, tengo mucho que contarle...

Y se lo contó todo.

Don Cayetano le oyó sobrecogido y no pudo menos de alabar, con su corazón de hombre bueno, el rasgo hidalgo de su sobrino al defender a su padre.

-Y aquí me tiene, padrino -agregó el mozo, buscando en su consejo y en su cariño un guía que me ayude a salir de este atolladero en que me encuentro, y un corazón amigo en quien depositar mis penas.

El cura, que había ido conmoviéndose por momentos, al oír estas últimas palabras que le llegaron al alma, le dirigió una mirada llena de caridad y de dulzura; se alzó de su asiento algo trémulo y le echó los brazos al cuello apoyando su mejilla con ternura en la abatida cabeza del sobrino.

-Has hecho bien, niño, y te lo agradezco, en haberte acordado de mí en tu desgracia y contar con el cariño de este viejo que te quiere como no puede quererte otro en el mundo.

Eduardo, no menos conmovido, le tomó una mano entre las suyas y se la besó agradecido.

Después de serenarse ambos un poco, habló don Cayetano tratando de consolarlo. No había por qué desesperar, todo podía arreglarse, era cuestión de dar tiempo al tiempo y tener paciencia. Don Salustio, que era hombre de buen juicio, se convencería, después de meditarlo, de que había procedido injustamente en un momento de arrebato; quizás ya estaba arrepentido. Por una cuestión de poco monto no iba a cortarse una amistad de tantos años. Respecto al proyectado matrimonio con Marta tampoco le parecía cosa imposible, ya que, en primer lugar, contaba con el amor de ella, y luego no veía por qué habían de oponerse los padres de la muchacha y considerar descabellado aquel enlace. Al fin y al cabo él, Eduardo, pronto tendría su título de abogado y la fortuna de Facundo era mayor y más saneada que la de Guzmán. En cuanto a que se opusiese Facundo, tampoco lo creía probable, y estaba seguro de que cedería una vez que se le pasase la inquina y meditara sobre la conveniencia de ese enlace.

-Cabalmente, hombre y a propósito, tengo algo que contarte. Pero dime, ¿nada te dijo la Dolores respecto a ciertos proyectos de tu padre?

-Absolutamente nada; apenas si hablé con ella.

-Pues, hombre, y ésta es la gorda: ¡Facundo quiere casarse con la Merceditas!...

-¿Casarse con la Mercedes?

-Como oyes. Me habló sobre el particular a mi paso por Yaquil; y ya cuenta con la voluntad de la Dolores.

-Y la Mercedes, ¿qué dice?

-La pobre «Tortolita» llora y más llora. Y ése es el motivo del arrechucho en que encontraste a tu padre; aunque él espera sacarle el sí de un día a otro.

Segunda parte
¡Guerra!...

Capítulo V
Preliminares

«Las naciones que olvidan el culto de sus grandes glorias son naciones condenadas a la decadencia primero y a la abyección más tarde».

Chile iba a entrar a una guerra memorable, arrastrado a ella por dos países, el Perú y Bolivia, unidos secretamente por un Tratado con el propósito de acarrear nuestra ruina.

Era un plan inspirado en el odio de los ingratos y en la envidia, tramado en el mayor misterio, como conspiran los traidores, que tienen miedo de hacer volar sus bastardas ambiciones a cara descubierta, porque les acusa la conciencia de que cometen una perfidia. Basta recordar que uno de ellos, el Perú, nos debía su independencia, adquirida a costa de nuestro esfuerzo y de nuestra sangre.

Era el más felón de los confabulados.

Y con el miedo de los cobardes pidieron su ayuda a la República Argentina, que tuvo la cordura y lealtad de no mezclarse con ellos.

Los pormenores en que vamos a entrar rememorando el comienzo de la contienda hallarán su disculpa en la misma importancia que los acompaña, y servirán a que el lector se forme una concepción clara del proceder artero de los enemigos de Chile; anticipándole que los acontecimientos de esta guerra pesarán en el destino, ya aciago, ya feliz o glorioso, de los protagonistas de esta novela, quienes desde este momento vivirán las páginas sentidas de una historia verdadera.

Resuelta la agresión se buscó el pretexto, y Bolivia, violando abierta y descaradamente los Tratados que con Chile la ligaban, impuso un impuesto al salitre de Antofagasta, cuyos dueños eran en su totalidad chilenos; quienes pidieron amparo a su gobierno.

Mientras se gestionaba un arreglo (a pedido de Chile) por la intervención de un árbitro, Bolivia decretó la reivindicación de las salitreras, lo que significaba lisa y llanamente la confiscación de esos bienes que, lo repetimos, eran en su totalidad chilenos; y muy pronto los sacó a remate público.

Como pudiera rematarlos una potencia extranjera, el peligro era grande para Chile que podía verse envuelto en un conflicto con una gran nación.

El 11 de febrero llegó a Santiago la noticia del decreto de reivindicación, y sin perder tiempo el Gobierno ordenó por telégrafo a nuestro ministro en La Paz que se retirase inmediatamente, y se dispuso la ocupación militar de Antofagasta. El ministerio anunció tal medida por la siguiente circular telegráfica dirigida a todos los intendentes del país:

«El gobierno de Bolivia desentendiéndose de nuestras reclamaciones, ha decretado la expropiación de nuestros nacionales, apoderándose de las salitreras, sin dar explicación alguna. El gobierno de Chile ha retirado nuestro Ministro y las tropas de la República están ya en marcha para ocupar a Antofagasta y los demás puntos que convengan. -Belisario Prats».

El 14 de febrero por la mañana una escuadrilla compuesta del «Cochrane», del «Blanco» y la «O'Higgins» apareció fondeada en la bahía, y a las 8 a. m. bajaban a tierra dos compañías de artillería a cargo del coronel Sotomayor.

La ciudad se cubrió de banderas chilenas expresando su regocijo, probando que la población era formada en su totalidad de ciudadanos chilenos, y acompañó a la tropa vivándola hasta el cuartel. Recordaban que ese territorio había sido de Chile, que lo había cedido a cambio de condiciones que no se habían cumplido, y que al fin era llegada la hora de vivir y trabajar cobijados por la bandera de la patria y al amparo de sus leyes.

En Chile nadie creía en una guerra posible con Bolivia, estimándose el atropello cometido con nuestros nacionales como una audaz calaverada, un arranque de Daza, concebida en un estado de inconsciencia y en algunas de las bacanales de cuartel a que con frecuencia se entregaba el Presidente de Bolivia, bastando para hacerle entrar en vereda una buena sofrenada, tal como ya estaba dada con la ocupación militar de Antofagasta.

Mas, pronto comenzaron a circular rumores alarmantes.

Se afirmaba que Bolivia estaba unida al Perú por un Tratado secreto, y se decía que la guerra con ambos países sería inevitable.

El gobierno no lo creía, pero la prensa y el instinto del pueblo lo proclamaban a gritos y la excitación crecía por momentos.

Nuestro ministro Godoy avisaba desde Lima:

«Escuadra, ejército y baterías del Callao alistándose».

El Perú quiso ganar tiempo a fin de terminar sus aprestos bélicos, y ofreció a Chile sus buenos oficios en la contienda con Bolivia. Y al efecto, nombró un Ministro encargado de venir a asegurarnos su amistad eterna y sus ardientes anhelos por la paz.

Don Antonio Lavalle era el Ministro de aquella villanía.

Entre tanto se armaba apresuradamente:

«Movilizó un ejército de 6 a 7.000 hombres, dejando la parte más recluta en Lima y enviando la veterana a Iquique. Los transportes viajaban entre el Callao e Iquique con armas, cañones y soldados, embarcando a su paso las guarniciones de la costa y los contingentes del interior. La escuadra se reunía en el Callao y los artilleros de a bordo y de las fortalezas se ejercitaban en el tiro, estimulados por el Presidente Prado que diariamente iba desde Lima a presenciarlos. Se daba órdenes al Vice-Presidente del Perú, que estaba en Europa, que comprase 'cueste lo que cueste' blindados y torpedos; y a su Ministro en Buenos Aires que procurase la alianza argentina o, en su defecto, un convenio de subsidios mediante el préstamo de algunos de sus buques de guerra o de una venta simulada de ellos,

obligándose al Perú a devolvérselos cuando los necesitase en contra de Chile, y a más los propios suyos».

Godoy telegrafiaba:

«Misión Lavalle trata ganar tiempo. Gobierno cree contar con blindados italianos».

«Y era tal la seguridad que tenía en la realidad del Tratado secreto que ofreció al Gobierno enviarle una copia que, mediante pago, debía proporcionarle un extranjero que vivía en la intimidad de la Cancillería de Lima; y aunque no pudo cumplirlo, los datos que dio eran exactos, pudiendo asegurarse que el que los proporcionó había leído el Tratado secreto».

A todo esto Lavalle se deshacía en protestas de amistad y en amabilidades y genuflexiones correctísimas, como el más refinado cortesano limeño, consiguiendo embaucar a hombres como Pinto, Santa María, Lastarria, Melchor Concha y otros, tan diversos por la seriedad de su carácter y la buena fe de sus anhelos por la paz, de aquel diplomático florentino que representaba su papel como el más consumado comediante. Se le interrogó sobre el Tratado secreto y lo negó mintiendo con la sonrisa en los labios.

En estas circunstancias Bolivia declaró la guerra a Chile precipitando los acontecimientos. La beligerancia de ese país autorizaba a Chile para pedir su neutralidad al Perú. Y en tal sentido telegrafió a Godoy:

«Pida neutralidad inmediata».

Godoy la pidió en una nota de la más alta y vibrante elocuencia. Hacía presente la notoriedad de los aprestos bélicos que estaba efectuando el Perú, la persuasión de que existía un Tratado ofensivo y defensivo que lo ligaba a Bolivia, y recordaba los servicios que le había prestado Chile, acreditados en la historia, e invocaba esos gloriosos recuerdos en aras de la paz.

El Presidente Prado se alarmó extraordinariamente con el oficio de Godoy y lo invitó a una conferencia privada. En ella Godoy le arrancó la confesión del Tratado secreto. Esta fue la primera revelación oficial sobre ese Pacto, que nuestro Ministro comunicó en el acto al Gobierno.

En el Consejo de Estado se leyó el texto del Tratado secreto, que era de lo más péfido y agresivo a nuestro país.

El Presidente Pinto vio a Lavalle y le manifestó que Prado había revelado la existencia del Tratado secreto. Lavalle se limitó a contestarle:

«Así debe ser si S. E. el general Prado lo dice».

Creyó todavía posible ganar tiempo y preguntó a Lima:

«Marzo, 26: En situación de prolongar negociaciones o apresurar rompimiento, pregunto ¿qué conviene?»

Se le contestó:

«Prolongar».

El 28 de marzo el Consejo de Estado, constituido en sesión secreta, aprobó un mensaje en el que el Gobierno solicitaba del Congreso permiso para declarar la guerra al Perú y Bolivia. A Godoy se le ordenó que pidiera su pasaporte y se le telegrafió al Ministro de la Guerra, que estaba en Antofagasta, que tuviese la escuadra reunida y lista.

El 2 de abril el Congreso autorizó al Presidente para declarar la guerra al Perú y a Bolivia y la declaración se hizo por bando el 5 de abril, aniversario de la batalla de Maipo.

Aquella noticia inesperada hizo surgir una llamarada de patriotismo que abrasó todos los corazones, corriendo de un extremo a otro del país como un reguero de fuego, encendiendo el alma nacional en un común amor a la patria y en un incontenible sentimiento bélico.

Chile se preparó a luchar a campo abierto, a la faz del sol, no en las estrechas callejuelas de la artera diplomacia; y acudía a la espada para mantener su dignidad y sus derechos de nación, en resguardo de su honra, de sus intereses y de su grandeza.

Era el reto de guerra que un pueblo honrado y viril arrojaba, después de arrancarle la máscara, a un país desleal, emplazándolo a los campos de batalla para dirimir la contienda y castigar su felonía.

Capítulo VI Ansiedad

- I -

La casa de pensión de doña Mariana era un hervidero de impresiones patrióticas y de exaltados comentarios sobre la guerra. Los estudiantes no hablaban de otra cosa, devorándose los diarios y saliendo como disparados puerta afuera al grito de los suplementeros. Todos ellos se habían presentado a enrolarse en los cuarteles, donde se les dejó apuntado el domicilio, con la promesa de ser llamados en cuanto fuesen necesarios sus servicios.

Ellos, como el país entero, estaban impacientes de acción y criticaban al gobierno porque la Escuadra en Iquique y el Ejército en Antofagasta permanecían inactivos. A eso se agregaba la convicción de que la neutralidad de la República Argentina no se obtendría sino con una victoria ruidosa en el Pacífico. Era un compromiso de honor y una necesidad nacional vencer las dificultades, suprimir los obstáculos y andar ligero.

Los estudiantes estaban de sobremesa.

-¡Pero, hombre, por Dios! -decía Eduardo Ruiz- Ya estamos casi a fines de abril y la Escuadra sigue bloqueando a Iquique, perdiendo un tiempo precioso sin hacer nada, después de tantas esperanzas que teníamos en Williams Rebolledo y en un ataque rápido a los buques peruanos en el Callao. Y entre tanto el Perú aprovecha la inmovilidad de nuestra Escuadra para artillar sus puertos y acumular tropas en Tarapacá.

-No diga, compañero, que la Escuadra no hace nada -observó Rojas-. Desde luego ha bombardeado a Pisagua y destruido los muelles de Pabellón de Pica y de Huanillos, provocando a la Escuadra peruana con el fin de obligarla a salir del Callao y venir al Sur. Además la Magallanes batió a la Unión y a la Pilcomayo en Chipana, haciéndolas huir a pesar de ser muy superiores en fuerzas navales. Si Williams Rebolledo no ha ido al Callao sus razones tendrá. ¿Tú quieres saber más que el Almirante?

-El encuentro con los buques peruanos -le replicó Ruiz- fue una mera casualidad que pudo costar caro a la Magallanes si no es por el arrojo de Latorre y la cobardía de los peruanos.

-Dicen que si Williams Rebolledo no ha ido al Callao es por falta de carbón -indicó Ernesto Flores.

-¡Qué ha de ser falta de carbón, hombre! -le dijo González- Es mala dirección del gobierno, nada más. Y si no tenían carbón y no estaban preparados ¿a qué diablos se ponen a declarar la guerra?

-La chambonada estuvo en dejarse engañar por Lavalle, que nos hizo perder tiempo -agregó Polanco.

Don Pantaleón asentía a todas las opiniones y su señora daba unos grandes suspiros.

Se oyó ruido de sable en el empedrado del patio y se presentó Justo Pastor de alferez de caballería, uniforme que le venía admirablemente a su cuerpo alto y fornido, dándole un aspecto por demás marcial. Su hermoso rostro de joven rubio le asemejaba a un inglés.

Los estudiantes se precipitaron a recibirle.

-¡Bravo!... ¡Vivan los cazadores!...

-Vengo a despedirme de Uds. Mañana nos vamos a Valparaíso para tomar el vapor. Parten 1.300 hombres a Antofagasta.

-La delantera no más nos llevas, hombre. De atrás te seguiremos en cuanto nos llamen -le dijo Ruiz.

-¡Caramba con el sable! -expresó asombrado González viendo el enorme chafalote del alferez.

-Me lo dio el abuelo; con él peleó contra los godos en la guerra de la Independencia - contestó Justo Pastor, desenvainando la hoja y arqueándola para mostrar el temple del acero.

-Con ésa -dijo don Pantaleón- le cortará la cabeza a un peruano de un solo golpe, como si fuese un rábano.

Rieron.

-¡Jesús! -exclamó doña Mariana santiguándose...- ¿Y no lleva algún escapulario de Nuestra Señora del Carmen que lo proteja?

-Llevo un «Detente» que me dio mi madre -contestó sonriendo el alférez.

Eran unos corazones bordados en franela que llevaban cosidos al chaleco casi todos los que marcharon a la guerra, y aún pudiéramos suprimir el casi; creyentes y no creyentes, porque era un recuerdo querido que evocaba el adiós doloroso de la madre, de la esposa, de la hermana o de la hija, que con lágrimas en los ojos lo habían colocado con sus manos.

-¿Qué es militar su abuelito? -interrogó doña Mariana.

-Es veterano de la Independencia, y en cuanto supo ahora la declaración de guerra al Perú se alborotó mucho; casi no dormía y hablaba de irse al norte a pelear con los peruanos. Y se puso a desenterrar sus antiguos arreos de guerra, el sable con que se batió en Chacabuco, y en Maipú y en no sé cuantas batallas más, la casaca con charreteras mohosas, los pantalones de ancha franja lacre y un morrión espantable; todo guardado religiosamente en una petaca de cuero, con mucho alcanfor y ají picado para la polilla.

Era efectivo lo que refería Justo Pastor, y agregaremos a fuer de verídicos que costó mucho disuadirlo de empresa tan fuera de sus años y de sus fuerzas, resignándose por fin, no sin muchos reniegos y tremendos garrotazos con el tebo.

Y entonces llamó aparte a Justo Pastor y le dijo que el honor de la familia exigía que se fuera inmediatamente a Santiago, sin perder un día, a incorporarse en algún regimiento de caballería.

El mozo, que no deseaba otra cosa, aceptó en el acto y también aceptó don Salustio. De los arreos militares del veterano sólo pudo utilizarse el sable, que el abuelo sacó de la vaina, blandió varias veces haciendo silbar el aire con destellos brillantes y entregó al nieto diciéndole:

-En tus manos lo deposito, seguro de que no lo deshonrarás, y acuérdate de que con el palié por la Independencia de Chile; y ten bien presente que es preferible buscar la muerte dando tres pasos adelante que vivir un siglo dando uno sólo hacia atrás.

Y un rayo de entusiasmo pasó por la frente del veterano.

Pocos días después partió Justo Pastor a Santiago con una carta de su padre para el comandante de Cazadores, conduciendo además 15 hombres de enganche, 20 caballos escogidos y 10 líos de charqui para ayuda del regimiento.

Misiá Rosario quedó deshecha en llanto y convirtió la casa en taller de vendas e hilas para curar heridos y de ropa interior para los soldados, en cuya confección tomaron parte todas las mujeres, trabajando hasta bien avanzada la noche.

De todo el país llegaban los donativos al gobierno, y cada pueblo enviaba su contingente de hombres; trabajadores de los campos que dejaban sus herramientas de labranza para tomar un rifle en defensa de la patria.

Y así don Facundo había enganchado entre sus peones 20 hombres, que remitió a Santiago juntamente con 30 caballos, 200 sacos de harina, 20 líos de charqui y 40 sacos de porotos.

Justo Pastor se despidió de los pensionistas, pero ellos le dijeron que el último abrazo se lo darían en la estación del ferrocarril al tiempo de partir con las tropas.

Eduardo agregó:

-También nos veremos esta noche en casa de don Renato; estoy invitado con Ernesto a la comida de despedida que te dan.

El lector se extrañará de que el joven Flores estuviese invitado a casa de su amada, y más se asombrará al saber que era muy estimado ahí.

Veamos como había llegado a una situación que ni soñada por el apasionado joven.

- II -

En los primeros días de marzo, recién abiertos los cursos universitarios y hallándose a comer Eduardo Ruiz en casa del abogado Téllez Sandoval, éste se puso a hablar sobre la escasa instrucción que recibían los jóvenes en los colegios, de los cuales salían sin más conocimientos que un poco de historia antigua, un poco de geografía, otro poco de religión y las cuatro primeras reglas de la aritmética, cosas que olvidaban antes de un año. A él le agradaría que tuviesen algunos conocimientos de ciencias, aunque fuesen los primeros principios en ramo tan importante del saber humano. Y sobre este tema se extendió largo espacio.

-Yo desearía -terminó diciendo- que Luisa estudiara algo más y aprendiera algunas nociones de física, de historia natural y cosmografía, conocimientos tan necesarios para

darse cuenta de las maravillas de la naturaleza, que más se admiran mientras mejor se conocen.

El joven Ruiz estuvo conforme en todo con el caballero y aplaudió sus ideas, sin sospechar ni remotamente las consecuencias que de aquella conversación resultarían.

Doña Matilde y misiá Gertrudis no eran de ese parecer; ambas, con muy buenas razones, sostuvieron que las mujeres no necesitaban tantos estudios; eso quedaba para los hombres, que tenían que ganarse la vida y el sustento de la familia. A las jóvenes les bastaba con lo que aprendían en el colegio y en el hogar, porque no estudiaban para sabias sino para buenas dueñas de casa, y que la mucha sabiduría las hacía pedantes e insoportables, como la Fulana y la Zutana.

-Estas son ideas retrógradas del tiempo colonial, en que no se enseñaba ni a escribir a las jóvenes de miedo a que abusaran en desmedro de su honestidad -expresó don Renato con un amplio gesto despreciativo, mirando con lástima a las señoras.

La más interesada en aquella discusión, Luisa, permanecía callada.

-¿Qué te parece si tomáramos un profesor que te diera lecciones en la casa? -le preguntó su padre.

-Como Ud. quiera, pues, papá; a mí no me desagrada estudiar.

-Dígame, Ruiz, ¿no conoce Ud. algún profesor que quisiese venir a darle lecciones a la Luisa? Pagándolo, por supuesto.

El mozo concibió en el acto una idea luminosa, algo atrevida, es cierto, y respondió:

-Sí, señor, conozco uno, persona muy competente en ciencias, como que obtuvo los primeros premios en sus cursos; y de antecedentes y conducta irreprochables.

-¿Cómo se llama?

-Ernesto Flores, estudiante en leyes -contestó Eduardo muy serio, nombrando a su recomendado con el mismo respeto que hubiese empleado al nombrar a Domeyko, a don Diego Barros o al mismísimo «Guaina» Amunátegui.

-¿No se llamaba así aquel joven que nos presentó una vez en la Alameda? -interrogó misiá Gertrudis.

-El mismo, muy amigo mío, y yo respondo de sus conocimientos y de su conducta. Es mozo de porvenir.

-Me pareció un joven muy inteligente y muy simpático. ¿Te acuerdas, Lucha? -agregó la tía.

-Creo que sí... -respondió la joven, que cambiaba de color a cada instante, disimulando su emoción amasando una miguita de pan entre los dedos. Por último le bajó una tentación de risa que contuvo a duras penas ocultando la cara con la mano puesta de canto y vuelta la cabeza del lado de su hermano Julián.

-¿De qué te ríes? -le preguntó éste.

-¿De qué?... ¡Ah! me estaba acordando de una niña del colegio que no podía decir oblicuo y decía «oblico» -contestó la joven después de trepidar un momento buscando una mentirijilla para salir del apuro en que la había puesto el imprudente.

-Yo conozco otro en el Instituto -expresó su hermano Enrique que dice «prefetamente», en vez de «perfectamente».

-Los huasos dicen «perfeutamente» -agregó misiá Gertrudis.

Luisa, valiéndose de aquel pretexto, desahogó la risa que le rebosaba por todo el cuerpo desde que oyó decir que Ernesto sería su profesor.

-No veo la agudeza tan grande del chiste que te hace reír de esa manera -le dijo su padre-. Eso es propio de caracteres frívolos que celebran simplezas. Ya se pasará cuando cultives más tu inteligencia con el estudio, dando a tu espíritu un campo más noble y elevado a tus alegrías y expansiones.

Y agregó dirigiéndose a Eduardo:

-¿Es de Santiago el joven que me recomienda?

-Es de provincia, señor.

-¿Su padre tiene algún fundo en el sur?

-No tiene padre, es hijo único y su madre administra los bienes.

-Tráigalo un día de éstos para conocerlo y hablar sobre el particular.

Apenas llegado a la pensión y viendo luz en el cuarto de Ernesto, entró Eduardo a comunicarle la gran noticia. El muchacho no podía creerle tomándolo por broma del compañero. Cuando no le quedó duda, dados los prolijos detalles que le refirió Ruiz, más que alegría fue un gran susto el que tuvo, como si le propusieran cometer algún crimen, una traición premeditada y alevosa. Y así se lo manifestó, diciéndole que aceptar ese empleo sería abusar indignamente de la confianza que se iba depositar en él, y entrar como un falsario a casa tan respetable, engañando al señor Téllez, quien vivía ignorante de que su hija era su amada y que si tal cosa supiera o sospechara lo arrojaría de la casa como a un ladrón, y quizás también a él, a Eduardo, cómplice de aquel engaño. No; era una deslealtad que su honor no le permitía aceptar.

-Hombre, no parece sino que creyeras que me propongo echar el lobo en el redil del cordero y que estuviese aconsejándote que cual nuevo «Abelardo», que sedujo a su discípula Eloísa, fueses a seducir a la tuya. Aquí el cordero, el Agnus Dei, como diría mi tío cura, eres tú, alma inocente y escrupulosa, digna de los enamorados platónicos de los tiempos pastoriles que se contentaban con suspirar por la dama de sus pensamientos. Tu papel en este caso sería, cuando más, el de conde «Almaviva» de El barbero de Sevilla, que busca la ocasión de introducirse en la casa de don «Bartolo» para casarse con «Rosina». En el amor, como en la guerra, hay que echar mano de todos los recursos que aseguren el triunfo y no hay acción mala siendo honradas las intenciones. Tú dices que sería engañar a don Renato, ¿y por qué no has ido a pedirle permiso entonces para hacerle el amor a su hija, como lo haces siguiéndola por todas partes, rondándole la casa y depositándole flores a su ventana? En el peor de los casos y conociendo don Renato tu amor por Luisa y no conviniéndole tú por yerno, sucedería que te la negara y te cerrase la puerta de su casa. Tampoco sería razón suficiente para abandonar el campo y darse por derrotado, siempre que cuentes con el amor de Luisa. ¿Crees que por haberme echado de su casa don Salustio voy a renunciar a Marta? ¡Jamás! Lucharé hasta casarme con ella.

-¿Pero tú crees -observó tímidamente Ernesto- que pueda abrigar alguna esperanza de obtener la mano de Luisa, dado el orgullo de su padre y mi pobreza, que él tendrá que conocer tarde o temprano?

-No seas tan pusilánime y timorato, hombre, que te ponga espanto la alcurnia de un Téllez Sandoval, que dista mucho de ser un «Conde de la Conquista». Tú comienzas la vida y nadie sabe hasta donde puedas llegar. No serías el primer joven pobre que por su propio esfuerzo y por su talento sabe crearse una situación que le permita aspirar y obtener la mano de una joven de elevada posición social. ¿Quién te dice que mañana no puedes llegar a diputado o Ministro de Corte? Y no te rías, hombre, que la modestia cuando es pequeñez de ánimo y falta de confianza en sí mismo, hace el efecto de una piedra de molino atada al pescuezo del nadador que intenta arribar a la orilla. Hay que poner altas las miras y luchar hasta vencer, so pena de quedar distanciado en el camino y sobrepasado por los que no tienen otro talento que la audacia. ¿Acaso no has oído decir que el «Guaina», de colegial fue tan pobre que ni luz tenía a veces en su cuarto para estudiar en las noches, haciéndolo allegado a un farol del alumbrado público? Y ya ves lo que es hoy: figura culminante en la política, en las letras y en la sociedad... Deja esos escrúpulos y esas timideces y mañana mismo vamos a ver a don Renato y aceptas ser el profesor de su prenda, a quien le irás modelando el alma y el corazón a tu imagen y semejanza, niño ideólogo.

Convino al fin el joven Flores; pero mentalmente se prometió no hablar nunca de su amor a Luisa durante las lecciones, siendo en ellas su profesor y nada más. Promesa que le alivió mucho la conciencia, más no le quitó el susto.

A don Renato le hizo buena impresión el joven cuando se lo presentó Eduardo, y convinieron que daría tres lecciones semanales, de cuatro a cinco de la tarde. Al tratar del honorario, se puso rojo el muchacho y aceptó sin observación los \$10 mensuales que le fueron ofrecidos.

Una semana después de comenzadas las clases, a las cuales asistían siempre la tía o doña Matilde con alguna labor, ya las tenía cautivadas a ambas, quienes no se cansaban de ponderarlo por lo discreto y medido, siempre tan atento con ellas, y tan simpático y sencillo.

Doña Matilde le encontraba modales de jovencito de buena sociedad; y a la tía lo que más le encantaba era su extremada dulzura y aquel sonrojarse, como una señorita, en cuanto le miraban.

Sin embargo, Luisa no participaba de aquel entusiasmo general. Notaba en el joven cierta reserva y un modo serio de tratarla; parecía huirle y evitar sus miradas y las ocasiones de conversar con ella íntimamente. Cosa incomprensible para la muchacha, que había esperado verlo más comunicativo. La conducta de su enamorado la tenía despechada y sentida.

No obstante, estudiaba mucho sus lecciones, temiendo que concibiese mala opinión de su inteligencia. Se la oía estudiar en voz alta, paseándose con el libro en la mano en el cuarto de las lecciones. De pronto se callaba y se detenía a mirar el cielo por la ventana.

-Estudia, muchacha -le gritaba su madre.

Ella proseguía: «El árbol se compone de las raíces, del tronco y de las ramas. Las raíces sirven para nutrir la planta»...

Coleccionaba hierbas y flores en un herbario. Un día le preguntó a su profesor:

-Dígame, señor, ¿cuál es la planta más útil al hombre?...

-Hay tantas; quizás sea el trigo, planta gramínea; o la papa solanácea.

-No, señor; la planta más útil al hombre es la planta de los pies...

-¡Pero, muchacha, ésta no es clase de adivinanzas! -exclamó la tía.

-¿Le gustan las adivinanzas?

-Cuando son ingeniosas y no muy difíciles de adivinar -respondió sonriendo Ernesto a la traviesa discípula.

-Adivíneme ésta; es bien facilita: ¿Cuál es el árbol que produce dos frutos en el año, después de unas ricas brevas unos higos tamañazos?

Soltaron la risa.

-Ahora, señor, hágame el favor de clasificarme y explicarme estas florecitas que tengo en mi herbario -rogó la joven abriendo sobre la mesa el cartapacio de la colección y mostrándole un ramito de «no me olvides» atado con una cinta azul celeste.

Al muchacho le dio un salto el corazón: era el ramito que dejara a la ventana de Luisa la víspera de su partida a Chépica.

-¿Las conoce? -preguntó ella, mirándole maliciosamente.

Y luego se entristeció su carita con una expresión de reproche, al ingrato, tornándose sus ojos acusadores más aterciopelados y oscuros.

-Sí, las conozco -respondió Ernesto en voz queda y temeroso de que misiá Gertrudis se impusiera de conversación tan peligrosa.

-Son bonitas ¿no? Yo las quiero mucho... Clasifíquelas ahora y dígame a qué familia pertenecen.

-No recuerdo por el momento...

-Yo se lo diré -suspiró la muchacha en voz bajita-. Pertenecen a la familia de los inconstantes y olvidadizos... ¡cómo Ud.!

-¿Qué flores son? -preguntó la señora desde su rincón, sin alzar la vista de su labor, oyendo confusamente lo que hablaban.

-Son pajaritos, tía -respondió la joven dando vuelta la hoja con presteza.

El ovillo de lana de la señora cayó de su falda, rodando por el suelo.

Ernesto se apresuró a recogerlo, pasándoselo amablemente.

-Gracias, Ernesto, para qué fue a molestarse.

Se oyó una voz de mujer que decía afuera:

-Misiá Gertrudis, venga a ver a la niña que no quiere que le cambien la ropa y está taimá.

-Allá voy... ¡Miren qué pergenio, no más! ¡Se habrá visto, pues!

Salió de la habitación.

Era la primera vez que los jóvenes quedaban solos; y Ernesto disimulando mal la emoción o más bien el susto que le embargaba, tomó el libro de botánica y comenzó a hojearlo en silencio. Luisa tenía los ojos puestos en él. Dio un ligero tosido esperando llamar la atención, y se sonrió al ver que el libro le temblaba en las manos.

-¡Qué silencioso y formal está! -le dijo.

Ernesto la miró anhelante.

-¿Qué está enojado conmigo?... ¿Qué le he hecho yo?

-Por Dios, Luisa, se lo ruego, no hablemos de esto aquí; sería traicionar indignamente la confianza que se me dispensa -le dijo en voz suplicante.

-¿Qué llama Ud. «esto»? (recalcó la palabra).

-Ud. lo sabe, Luisa.

-¿Cómo puedo saberlo yo si Ud. no me lo dice?

No contestó el atribulado muchacho, pero en la larga mirada que le dio, temblorosa y apasionada, le dijo mucho más de lo que ella necesitaba para su tranquilidad. Comprendió su delicadeza y ahora se daba cuenta de su conducta.

-Tome -le dijo pasándole un clavel que llevaba prendido sobre el seno.

Ernesto dio las gracias llevándose amorosamente a los labios y ocultándolo, enseguida, en el bolsillo interior del paletó.

Así eran esas clases. Vivían dichosos sabiéndose amados; más con gran sobresalto de parte de Ernesto, que a cada instante temía fuesen descubiertos sus amores, debido al humor festivo y juguetón de Luisa y a las poquísimas precauciones que tomaba.

En otra ocasión y durante la clase de cosmografía, acertó a entrar el señor Téllez y pidió al joven que preguntara a su discípula alguna cosa que manifestase sus conocimientos en aquella ciencia.

Ernesto indicó a la joven que explicara las cuatro estaciones del año. Sabía muy bien que eso lo conocía al dedillo.

Luisa se llegó a la pizarra y con la tiza trazó el Sol en el centro, y alrededor de él la órbita de la Tierra, figurando ésta en diversas posiciones y con su eje de rotación inclinado sobre el plano de la elíptica. Enseguida lo explicó todo con mucha claridad, algunos términos astronómicos y mayor admiración de don Renato, que abrazó entusiasmado a su hija y felicitó al profesor.

Se retiró complacido e iba pensando en hacerle algún regalo a Luisa. Desde lejos llamó:

-Venga, Gertruditas.

Apenas quedaron solos, la muchacha hizo una graciosa pirueta.

-¡Nos lucimos! -dijo, y se puso a bailar vals dando vueltas por la habitación, con tal donaire y travesura que su profesor estaba como embobado y en éxtasis, contemplándola tan graciosa y tan linda.

Al pasar a su lado en una de las vueltas, sonriéndole de un modo hechicero y picaresco, le preguntó:

-¿Le gusta el baile?

-¡Mucho!...

-Bailemos -le dijo, y colocó su mano en el hombro del joven.

-Ah, no, qué imprudencia, Luisa; ¡mire que pueden venir y sorprendernos!...

De pronto oyen los pasos, bien conocidos, de don Renato, muy cerca de la puerta. Y a ella apareció el caballero un segundo después de haberse separado los jóvenes.

Luisa vio con horror que su compañero tenía el hombro y la manga del paletó blancos de tiza, unas grandes manchas sumamente vistosas que ella había dejado con su mano.

-Deseo comprar para la clase de cosmografía un globo terrestre, señor Flores. Búsquelo Ud. por los almacenes y me avisa -dijo el caballero desde la puerta.

-Con mucho gusto, señor -respondió el mozo con voz que parecía salir de una tumba.

Hizo don Renato una ligera inclinación de cabeza y se retiró.

Luisa, más muerta que viva, corrió a traer una escobilla de ropa.

- III -

Esa noche estaban de mantel largo en casa del señor Téllez Sandoval. Despedían a Justo Pastor que marchaba a la guerra.

Como símbolo del carácter patriótico que tenía aquella reunión, la bandera de la patria estaba desplegada en la testera del comedor, y en la otra extremidad el retrato de O'Higgins, colgado de la muralla entre banderolas y circundado de una guirnalda.

Asistían a la comida, además del festejado y las personas de la casa, misiá Rosario y su hija Marta Guzmán, llegadas el día anterior de Santa Cruz, Eduardo Ruiz, Ernesto Flores (invitado por primera vez), un capitán de Cazadores, a cuya compañía pertenecía Justo Pastor y traído por éste con autorización de su tío; y las familias Sandoval Tagle, Pérez Guzmán y Díaz López, todas parientes de don Renato o de los Guzmán.

El tema obligado de la conversación era la guerra, haciéndose diversos comentarios sobre ella, sin que faltaran las críticas al Gobierno por la lentitud con que marchaban las operaciones.

Don Renato abrigaba la confianza de que las cosas cambiarían con el nuevo Ministerio, recién organizado por don Antonio Varas, y del cual formaban parte Santa María, don Jorge Huneeus y don Augusto Matte, hombres de reconocido talento y patriotismo.

Conversación de tanta actualidad interesaba sobre manera a los oyentes. No obstante, el pensamiento de que un miembro de la familia partía a la guerra, entregado a los azares del destino, quizás para no verle más, extendía una sombra de tristeza en el recinto.

Misiá Rosario, silenciosa y pensativa, no podía ocultar su pena, ni apartar los ojos de su hijo, mirándole tristemente. Cuando se cruzaban sus miradas le sonreía con ternura.

-¡Pero qué sorpresa nos da Ud. con su llegada! ¿Cómo ha sido esto? -decía Eduardo Ruiz a Marta, sentada a su lado.

-Fue un viaje improvisado casi. Mi mamá lo resolvió a última hora y me preguntó si quería acompañarla.

-¿Y Ud. deseaba venir?

-¡Y me lo preguntas! -moduló ella entre dientes, posando en él sus ojos apasionados.

No se veían desde que se despidieron en las dunas de la «Piedra de la Sirena».

-¿Se quedará algún tiempo en Santiago?

-Depende de lo que diga mi mamá. Ella tiene que hacer varias compras para la casa.

-¡Quiera Dios que no se acaben nunca esas compras! -expresó en voz que sólo ella oyó.

Luisa, toda sofocada y dándose aire con el pañuelo, era ahí la nota alegre y bulliciosa. Radiante de felicidad al lado de su profesor, le prodigaba mil delicadas atenciones, diciéndole de paso, la traviesa muchacha, palabritas que sólo ellos comprendían:

-Aquí Ud. no es mi profesor, ni le tengo pisa de respeto como en clase; es un amigo de la casa y puede hablar con toda confianza de esto y de lo otro, seguro de que se le oirá con mucho gusto...

Iba recalcando las palabras con picardía y haciendo unos mohines graciosísimos que le formaban hoyuelos en las mejillas y en la barba.

Al joven Flores le rebosaba la alegría en el rostro. Las mil formas en que Luisa le decía que le amaba y aquella distinción que le dispensaban los dueños de casa invitándole a una

fiesta íntima, de hogar, abrían las alas de su esperanza y se sentía más cerca de Luisa y de la posibilidad de obtener su mano.

Contestando a una pregunta que le hiciera el capitán, dijo don Renato saber de buen origen que tanto el almirante Williams como el General en Jefe no estaban de acuerdo con el Gobierno respecto a la marcha que debería darse a la campaña; que era efectivo que a raíz de la declaración de guerra el Gobierno resolvió el ataque inmediato al Callao; pero que el Almirante no lo llevó a efecto, desobedeciendo órdenes superiores, por estimar absurdo ese plan y de riesgos evidentes, y diciendo que un fracaso cualquiera en la marina importaría la pérdida del Ejército, y que no deberían emprenderse aventuras ocasionadas a peligros graves, sin probabilidades de éxito. Y que por esa causa adoptó el plan de hostilizar a los peruanos hasta obligar al Gobierno a hacer salir su Escuadra del Callao, asegurando que sería batida en más o menos tiempo, y que entonces las operaciones en tierra podían llevarse a donde se prefiriese.

-Eso así será, y yo no me meto en cosas del mar porque soy de tierra -expresó el capitán en voz gruesa y ademán rudo y varonil-. Pero si la Escuadra se ha achatado en Iquique, balanceáte que te balanceas, como los patos caseros en un estanque, el Ejército, que tiene buenas piernas y ánimos de pelear, no puede quedarse en Antofagasta mano sobre mano, sin hacer nada tampoco; porque los cuicos pueden dejársenos caer por San Pedro de Atacama y juntarse en el río Loa con los cholos, que tienen sus fuerzas en la Noria, y atacarnos por la espalda. Hay que mover las tropas con tiempo, señor, y ocupar la línea del Loa para cortarles el cuarenta, y si no se hace así pueden fregarnos y dejarnos fritos.

-Ateniéndome a la misma fuente de informaciones -le contestó el señor Téllez-, esa idea ha sido discutida en Consejo de Gabinete, pero la resiste el presidente Pinto, estimándola absolutamente innecesaria, por no creer que el enemigo sea tan torpe que venga a ponerse al alcance de nuestro ejército... Me imagino, capitán, que a Ud., que en pocos días más estará con los suyos en Antofagasta, le comen las manos, como se dice, por medirse con el enemigo; y ese anhelo es natural en un oficial pundonoroso y valiente que quiere hacer honor al renombre de su Regimiento y a las gloriosas tradiciones del Ejército.

Dicho esto, y medio incorporándose en su asiento, chocó su copa con la del capitán, que se había puesto de pie emocionado. Varias voces exclamaron en la mesa:

-¡Vivan los Cazadores!... ¡Viva el Ejército!

El asistente de Justo Pastor, un roto astuto y ladino traído por él de Santa Cruz, iba y venía sirviendo a la mesa acompañado de otras sirvientas, esmerándose con su alférez y con su capitán, cuyas copas le parecía de ordenanza llenar en cuanto se vaciaban, cuadrándose a la más ligera orden, firme el cuerpo, el ojo alerta y previsor.

Cuanto entró al comedor conduciendo triunfalmente el pavo asado en un gran azafate, fue a depositarlo frente a misiá Gertrudis, y se quedó plantado montando la guardia.

Viéndole de uniforme, el pelo cortado al rape, a lo guapo, bien afeitado con excepción del bigote y de la pera, y reluciente de puro cepillado y limpio, nadie, ni su propia madre,

hubiese reconocido al «Coscuete», apodo de José Peña, un peón de don Salustio que jamás usó allá en su tierra sino ojotas, chupalla, calzones de mezclilla y cotona de tocuyo. ¡Así transformaba el cuartel y el uniforme a esos rústicos gañanes!

A los postres se puso de pie el señor Téllez Sandoval. Se hizo un silencio; y con voz grave y conmovida así dijo:

-Hemos querido despedir a un miembro de la familia que va a la guerra rodeándole del cariño de los suyos para significarle cuán grande y fuerte es el lazo de afecto que nos une; y para festejar con nuestros aplausos la resolución patriótica que lo lleva a cumplir con sus deberes en defensa de la patria amenazada. Por herencia es de raza de valientes. Nieto de un militar ilustre que puso su espada al servicio de nuestra Independencia, tiene su sangre, un hermoso ejemplo que imitar y el deber de guiar sus pasos por el camino del honor y de la gloria. Bebo esta copa por mi sobrino Justo Pastor, y hago votos porque regrese de esta campaña, que ha de ser memorable, con el laurel de la victoria ceñido a sus sienes. He dicho.

Hubo un movimiento general en la concurrencia. Los hombres de pie, aplaudían al orador y vitoreaban al festejado. Las señoras batían las palmas. Justo Pastor abrazó a su tío dándole las gracias; y avanzó enseguida hacia su madre, que lo estrechó en sus brazos y lo besó mojándole la cara con sus lágrimas.

-¡Viva el alférez Guzmán!... ¡Vivan los Cazadores!

Desde el patio gritaron personas de la servidumbre:

-¡Mueran los cholos!... ¡Mueran los cuicos!

Tales voces provocaron hilaridad en los niños y una severa mirada de don Renato al través de la ventana.

Vueltos a sus asientos y ya más sosegados los ánimos, se levantó Eduardo Ruiz y dijo:

-Compañeros desde la infancia con Justo Pastor, y amigos siempre, me siento unido a él con lazos casi de hermano, que sólo la muerte podrá romper. No le digo adiós, sino hasta luego, porque espero que muy pronto nos veremos en los campos de batalla... ¡Que ya me va dando vergüenza esta ropa de paisano, estando la patria en peligro!

Las palabras del joven Ruiz fueron recibidas con aplausos. Cuando se hubo sentado Marta le estrechó la mano por debajo de la mesa.

Don Renato explicó que por lo pronto no se necesitaban más tropas en el Norte. Toda la atención estaba concentrada en la Escuadra, la que debería batir a la enemiga donde la encontrase, a fin de llevar a efecto sin peligro el desembarque del ejército en algunos de los puertos de la provincia de Tarapacá, objetivo de las futuras operaciones.

-¿Y usted también piensa irse a la guerra? -preguntó Luisa a su compañero de mesa poniendo una carita triste.

-Claro que sí; en cuanto me llamen.

-Yo no quiero que usted se vaya -le dijo ella en tono lacrimoso y voz apenas inteligible, como si murmurase algún rezo.

-Sería una vergüenza quedarse, y usted misma me despreciaría.

-¡Le digo que yo no quiero!... Si allá le pasara algo yo me moriría...

- IV -

A la mañana siguiente, las tropas marchaban por la Alameda camino de la estación del ferrocarril. Una gran poblada los acompañaba llevándolos al medio, por el centro del paseo. De las bocacalles laterales acudían corriendo niños y mujeres del pueblo, atraídos por la música que atronaba el aire con sus bronces sonoros y guerreros.

Lo que más atraía la curiosidad era una cantinera que con las tropas marchaba. Iba de kepí, casaca militar ceñida a la cintura, lo que hacía resaltar lo abultado de las caderas y del seno, pantalones bombachos metidos por debajo en botas de media caña, la mochila a la espalda, terciada al hombro la cantimplora y en la mano una bandera.

El recinto de la estación estaba desbordante con las familias de los que se iban, reunidas ahí para darles el último adiós. La agitación era grande, un cambio incesante de palabras, apretones de manos, gritos, risas, idas y venidas sin fin.

En un grupo se hallaba Justo Pastor rodeado de sus parientes y amigos. Su madre no podía soltarle la mano, como si quisiera retenerlo, oprimiéndosela con sacudidas convulsivas. Se había propuesto no llorar, pero se diría que aquella mano sollozaba.

-¡Cuídate, pues, hijo!... ¡No cometas imprudencias, ni te expongas sin necesidad!... ¡Acuérdate de tu pobre madre!... ¡Escríbeme seguido!...

Viendo su congoja, Justo Pastor estaba deseando que arrancara el tren cuanto antes y verse solo y oculto en algún rincón, porque no podía ya contener una lágrima que pugnaba por salir, quemándole los ojos.

Los pensionistas de doña Mariana, viendo próxima la partida del tren se acercan a Justo Pastor, le estrechan la mano, lo abrazan, y le dicen palabras cariñosas de adiós, que el corresponde diciéndoles: «hasta luego, compañeros».

Un pitazo de la locomotora.

-¡Se va el tren!...

Es un largo convoy arrastrado por dos locomotoras embanderadas. Hay carreras, abrazos, adioses nombres de personas dichas en altas voces.

El tren se pone en movimiento. Por las ventanillas de los coches asoman cabezas sin sombreros, caras sonrientes, manos que agitan pañuelos blancos. Los soldados ríen, gritan, dicen palabras que no se entienden en la algazara general. Van llenos de alegría.

Los que se quedan agitan también sus pañuelos, en silencio, con lágrimas en los ojos, y ven alejarse el tren que les lleva a cada cual un pedazo del alma.

Marta y su prima Luisa, acompañadas de Eduardo y Ernesto, avanzan hasta la extremidad del andén a fin de divisarlos hasta el último momento.

Una señorita llora sin consuelo ocultando su rostro en el pecho de una señora, tal vez su madre, que la acaricia pasándole la mano por los cabellos, besándola en las mejillas y hablándola al oído. Alguien dice que es la novia de uno de los oficiales que partieron.

Frente a la oficina del telegrafista se ha formado un tumulto, gente que corre, que se atropella, que se empuja por ver. Parece que a una señora le ha dado un ataque. La van entrando a la oficina.

-¡Eduardo, mi mamá! -exclama angustiosamente Marta, que ha reconocido a su madre.

Y ambos jóvenes corren, pechan por abrirse paso y lo consiguen después de grandes dificultades.

El cuarto está lleno de gente.

-¡Mamacita!... ¡Mi pobre mamacita! -y Marta cae de rodillas a los pies de la silla en que han sentado a misiá Rosario. La señora respira anhelosamente, le falta aire, se oprime el corazón con la mano.

-No te aflijas, Marta... Ya se me va pasando... Creí que me moría.

-¡Éter, un poco de éter! -pide don Renato impresionadísimo.

-No hay éter. Ernesto vuela a buscarlo a una botica.

Le pasan un pañuelo empapado en agua de colonia. La señora lo aspira con fuerza, con deleite. Y de pronto suelta el raudal de lágrimas que venía conteniendo por tantas horas aquel corazón de madre.

- V -

Qué largos pasaban aquellos días de mayo en espera de alguna noticia del norte, de algún hecho cualquiera de la Escuadra que viniese a levantar los ánimos.

La ciudad estaba triste, como muerta, y la gente desanimada, con ese malestar sordo del que espera.

Algunos espíritus pesimistas todo lo veían oscuro y andaban con las caras largas. Para ellos ya la Marina de Chile había perdido aquel fuego sagrado de sus pasadas glorias. Ya no había un Lord Cochrane que le infundiera aquella audacia que tantas victorias nos diera. A Williams Rebolledo, tan glorioso en tiempos mejores, se le había eclipsado la estrella de su fortuna, esa fortuna coqueta y voluble que sólo ama y gusta de la juventud. Y el pobre almirante era un anciano, achacoso y enfermo.

¿Qué sorpresas nos reservaría el destino?

Peruanos y bolivianos, preparados con tanta anticipación, tenían confianza ciega en su triunfo, asegurando los primeros que plantarían sus tiendas en la Plaza de Armas de Santiago; y el general Daza juraba que había de darle de comer a su caballo en el altar mayor de nuestra Catedral.

Al ser vencidos, se decía, los enemigos nos quitarían las provincias de Atacama y Coquimbo, aparte de las indemnizaciones en dinero. La Argentina aprovecharía tan buena oportunidad para solucionar nuestro antiguo litigio de límites, recortándonos por el Sur hasta Concepción, por lo menos.

Sería la ruina más espantosa, la miseria y el hambre de todos los chilenos, reducidos a alimentarse con un puñado de porotos y a vestirse de mezclilla.

¡Y qué humillación y qué vergüenza!...

Estas cosas se decían al oído, con el desaliento y el temor pintados en el rostro.

Otros, y eran la mayoría, abrigaban confianza en la estrella de Chile: era preciso esperar y tener paciencia. Dios no había de querer que esta guerra, a que fuéramos provocados y arrastrados, fuese la tumba de un pueblo que defendía su derecho y estaba seguro de la justicia de su causa. Chile había querido la paz y lo declaraba con noble franqueza, como declaraba sin vana jactancia que no tenía miedo a la guerra.

- VI -

Misiá Rosario había regresado a Santa Cruz en los primeros días de mayo, y cediendo a los ruegos de Luisa y los deseos de toda la familia, dejó a su hija Marta en casa de don Renato.

Con tal motivo Eduardo Ruiz se veía casi a diario con la joven, ya en casa del abogado, ya en la calle cuando ella salía de paseo, de compras o a la iglesia, salidas avisadas con la debida oportunidad.

En esas entrevistas, a veces muy breves, se acariciaban con los ojos o se decían con ternura apasionada dulces palabras murmuradas como un suspiro.

El joven Flores no faltaba jamás a ninguna de las lecciones de su discípula. La niña le tenía fascinado, loco de amor. Ella no lo estaba menos.

Sentados ambos, uno frente a otro, teniendo intermedia una mesa, el profesor explicaba el tema de la lección, tratando de conservar compostura y seriedad, revoloteando con sus ojos en torno de la muchacha, sin atreverse a fijarlos francamente en ella; la cual le miraba sonriente con sus traviesos ojos verdes.

A veces se ponía de codos sobre la mesa, con la cara entre las manos, y oprimiéndose las mejillas con los puños se le apelotonaba y se entreabría la boca, semejando la corola roja de una flor, un precioso estuche de joyas en el cual se veían y se admiraban el coral de sus labios y las perlas de sus dientes, blancos, húmedos y parejitos: un delicioso nido de amor.

Al profesor se le cortaba el aliento y el hilo del discurso.

Marta solía reemplazar a las señoras a la hora de clases con gran contento de Luisa. Ambas se habían hecho mutuas confidencias, comunicándose sus más íntimos y secretos pensamientos, y se ayudaban en sus amores.

Un día que Marta quedó encargada de vigilar la clase, estando ausentes en la calle las señoras, en cuanto llegó el profesor se retiró discretamente dejando solos a los jóvenes.

Siempre tímido en tales circunstancias, Ernesto se dirigió a la pizarra, y con mano torpe se puso a trazar en ella una figura geométrica, y dio comienzo a una explicación.

Luisa, que con maligno placer observaba su turbación y llevada de su genio travieso, concibió la idea de hacerle pasar un susto, curiosa de saber lo que en tal caso haría, y sin darse cuenta de la crueldad que iba a cometer con el pobre joven, sensible y crédulo como un niño.

Fingiéndose enojo arrojó su libro sobre la mesa y se puso de pie diciendo:

-No quiero estudiar más y voy a decirle a mi papá que suspenda las clases. ¡Ya estoy grande para colegiala!... ¡Y muy aburrida también!... Mejor aprovecharé mi tiempo paseando que no en las dichas lecciones...

Y dándole la espalda se acercó a la ventana y se puso a mirar por ella y a tamborear en los cristales, canturreando en voz baja.

Al mozo se le cayó la tiza de la mano, se puso como un muerto y se pasó la mano por la frente sintiendo que un sudor frío le corría por el cuerpo.

Tuvo la intención de tomar su sombrero y retirarse sin una palabra de explicación. Pero se contuvo y le dijo con un gran acento de dolor y de amargura:

-Tenía el presentimiento, señorita, de lo que ahora me sucede... Me lo estaba avisando el corazón... Había puesto muy alto mi ambición; pero nunca me imaginé que Ud. me tratase así, sin merecerlo. Porque no soy tan culpable si Ud. medita un momento en mi conducta y en la suya propia, que iba dando alas a mi esperanza sin que yo se lo pidiera.

La muchacha había dejado de papirotear en los cristales.

Y agregó Ernesto, por cuyas mejillas corrieron dos gruesas lágrimas:

-No tiene necesidad, señorita, de pedir a su papá que suspenda las clases, porque podría imaginarse otra cosa. Yo mismo me retiraré pretextando la necesidad de dedicar todo mi tiempo a mis estudios. Así Ud. se verá libre de mi presencia, y yo sentaré plaza de soldado y partiré a la guerra a buscar una bala piadosa que me mate...

-¡Ernesto!... ¡Ernesto! -gritó la niña con voz desgarradora volviéndose rápidamente, y avanzó hacia él tendiéndole las manos en actitud suplicante, mendigando perdón con sus ojos arrasados de lágrimas- ¡Perdóneme, Ernesto, perdóneme! Ha sido una broma que he querido hacerle... Ud. conoce mi genio travieso... Si soy muy tonta... ¡No lo haré más; no lo haré más!... Pero perdóneme... ¡No llore! ¡Nunca creí que lo quisiera tanto!

Y le echó los brazos al cuello y se unieron sus rostros, se confundieron sus lágrimas y se besaron en la boca.

Marta, que ha oído el grito de su prima, acude sigilosamente y llega a la puerta en el momento en que acaban de reconciliarse con aquel beso, prenda de un amor cierto y eterno. Nota que ambos han llorado y ruega a Ernesto que se vaya antes que lleguen sus tías. Le pasa el sombrero y sale el mozo, atontado, como ebrio, el sombrero echado atrás y temblándole las piernas.

-¿Qué le has hecho para hacerlo llorar? También se te conoce a ti que has llorado; y lo mejor será que te recojas a tu dormitorio. ¡Que no te vean por nada!

-Ven -le dice Luisa-. Iré a acostarme y te lo contaré todo.

- VII -

La impaciencia y el desaliento cundían en la ciudad, falta de noticias de la guerra. Nada comunicaba el Gobierno. Quizás había noticias, pero malas, y por eso las ocultaban.

Lo único que se sabía por los diarios era que el Perú seguía artillando sus puertos y acumulando tropas en las provincias de Tacna y Tarapacá, aprovechando la incalificable inmovilidad de nuestra Escuadra, empecinada en bloquear a Iquique, dejando libre el mar al enemigo.

En la tarde del 23 de mayo, un viernes, comenzó a circular, como un rumor, que el Gobierno había recibido noticias sobre un combate naval en Iquique desastroso para nosotros, por cuyo motivo se mantenían reservados los telegramas.

Por mucha que fuese la reserva, algo había trascendido al público y se aseguraba que dos de nuestras naves, la Esmeralda y la Covadonga habían sido sorprendidas en la rada de Iquique por el Huáscar y la Independencia estando ausente el resto de la Escuadra. Y aquel encuentro entre los más débiles buques de nuestra Armada con los más poderosos blindados enemigos, no daba lugar a esperanza alguna sobre el resultado de tan desigual combate. Se decía también que mientras la Esmeralda se batía desesperadamente con el Huáscar en Iquique, la Independencia habría encallado persiguiendo a la Covadonga.

Esto último nadie lo creía. Eran meras conjeturas e invenciones destinadas a levantar los ánimos, atenuando en los primeros momentos la gravedad de lo ocurrido.

Ya en la noche la fatal noticia se había extendido por toda la ciudad, cayendo sobre ella como un rayo, llenándola de alarma, poniendo en conmoción a todo el pueblo; y era comentada en los clubs, en las casas particulares y en los numerosos corrillos que se formaban en las calles.

Una inquietud sorda iba agitando los espíritus y la ciudad cayó en el más extraordinario abatimiento, bajo una atmósfera de plomo, que la ahogaba, que la asfixiaba; y se formulaban los más serios cargos al Gobierno.

La gente se comunicaba la noticia en voz baja, misteriosamente, con las caras largas y lágrimas en los ojos, como se comunican las desgracias, los irreparables duelos de familia.

Y aunque nada de cierto, de preciso, se sabía aún sobre los episodios y el resultado final de aquel combate, nadie dudaba que las dos queridas y gloriosas reliquias de nuestra Marina estuviesen perdidas para siempre.

¿Cuál habría sido el desenlace?... ¿Se habría salvado el honor de la bandera?...

Eso era lo que se esperaba saber con una ansiedad inenarrable, a medida que aquel rumor siniestro iba creciendo y tomando cuerpo a través de la multitud.

Como a las diez de la noche de ese día fatal los pensionistas de doña Mariana, reunidos en la habitación del joven Ruiz y haciéndoles compañía Pancho Troncoso y los dueños de casa, comentaban la noticia sin emplear aquella exageración de gritos y gestos habitual en ellos, sino bajo el más profundo abatimiento y hablando en voz queda como si asistieran a un enfermo.

Cada cual había traído de la calle la confirmación de lo que ya nadie ignoraba en la ciudad. Eduardo la había obtenido de don Renato, que a su vez la obtuvo de persona interiorizada en uno de los Ministerios.

Fumaban mucho, como sucede en las grandes tribulaciones. La pieza estaba llena de humo.

-¡Estamos perdidos! -decía Eduardo Ruiz, pasándose la mano por la frente, descorazonado.

Troncoso abrió desmesuradamente los ojos. Él ya formaba parte de la brigada «Cazadores del desierto», recientemente organizado, y en pocos días más vestiría el uniforme de subteniente.

-No saben nada -agregó Rojas-; no tienen plan, ni ideas, ni suerte... ¡Todo va mal!

Ernesto Flores dijo que conocía al médico de la Esmeralda, Cornelio Guzmán, un joven inteligente de San Fernando, buen muchacho y muy querido en el pueblo, donde lo asistiera durante su enfermedad de fiebre tifoidea.

Y al pensar que quizás ya estaría muerto, sintió que la angustia se apoderaba de él.

Doña Mariana dijo dando un gran suspiro que Dios y la Virgen no habían de querer que la desgracia fuese tan grande.

-No se haga ilusiones, señora -le observó González-. ¿Cómo cree que dos buques de madera pueden resistir a dos blindados?

-¡Qué desgracia, señor; qué desgracia! -agregó don Pantaleón.

Polanco había salido a mirar a la calle. Entró diciendo que estaba muy oscuro y la atmósfera encapotada, aunque corría viento Sur.

Iban ya a recogerse a sus camas, cuando en el silencio de la noche oyen las voces de un suplementero que corriendo pregonaba a gritos: «¡Suplemento al Independiente!... Noticias de la guerra».

Salieron matándose puerta afuera. De todas las casas salían gentes que se arrebataban el suplemento. Eduardo, con uno en la mano, entró a su cuarto y se puso a leerlo en medio de la más grande ansiedad de todos:

El Independiente, Mayo 23 de 1879:

«La Guerra».

«La noticia del combate naval».

«Profunda indignación en Santiago».

«Comentarios».

«Los dos buques más débiles de Chile atacados por los dos más poderosos del Perú».

«Combate de la Esmeralda y la Covadonga contra el Huáscar y la Independencia».
«La Esmeralda sostiene un combate de tres horas y media con el Huáscar».
«La Independencia no contesta los tiros de la Covadonga».
«La Independencia varada».

«TELÉGRAFO AMERICANO».

«Profunda indignación produce en la capital la noticia del combate naval entre los monitores peruanos y la Esmeralda y la Covadonga. El patriotismo se subleva, el amor propio del chileno se afecta profundamente al saber como se manejan los asuntos referentes a una guerra de la que están pendientes nuestra honra y nuestra prosperidad.

Dejar dos buques de madera, y los más inferiores con que cuenta nuestra escuadra, completamente desamparados y expuestos al ataque enemigo. ¡Oh! Eso es horrible. Es mandar al sacrificio, al degolladero a esos valientes marinos, esperanzas de la patria. Ellos habrán sabido cumplir con su deber. Ellos habrán luchado y defendido la estrella inmaculada de nuestras glorias como sólo saben hacerlo los héroes. Pero eran uno contra ciento y el heroísmo tiene sus límites.

Es indudable que la Esmeralda, ese recuerdo indeleble de nuestras glorias, o flota en este momento, despedazada su quilla, dispersos sus mástiles, esos mástiles que llevaron en tiempos felices con orgullo nuestra bandera en el océano, o remolcada por el Huáscar arriba a la rada del Callao en medio del hosanna de nuestros vencedores y de la grito insolente de los que, para obtener un triunfo, no fueron capaces de afrontar nuestra escuadra, sino que atisbaron una emboscada, una sorpresa que les reportara gruesas ventajas; pero de ninguna manera un solo laurel de gloria.

No queremos pensar en la suerte de los tripulantes de aquella gloriosa corbeta. El corazón se acongoja al reflexionar en su suerte. Ni siquiera pudieron estrellar su nave contra las rocas de la playa, pues aun allí habrían encontrado una muerte segura. O muertos o cautivos, los lloramos como a valientes.

No creemos en la efectividad de que la Independencia en Punta Gruesa, no conteste a los disparos de la Covadonga.

¿No será ésta una atenuación de la noticia para aliviar en parte el patriotismo herido?»

He aquí el telegrama recibido por nosotros:

«Valparaíso, mayo 23 de 1879. (A la 1.15 p. m.)

Señor editor de El Independiente,

Señor Ministro de la Guerra:

Lamar arribado ayer tarde comunica: El 21, a las 8 a. m. el Huáscar e Independencia atacaron en Iquique a la Esmeralda y Covadonga. Según conjeturas fundadas, Independencia varó Punta Gruesa persiguiendo Covadonga, que volvió y rompió fuegos sin respuesta. La Esmeralda entretanto, combatía en el puerto con el Huáscar, cuyas punterías eran poco certeras. El combate duraba después de tres horas y media que el Lamar perdió de vista. Se ignora paradero resto escuadra.

GENERAL EN JEFE DE ANTOFAGASTA».

Dos o tres veces tuvo que interrumpir momentáneamente la lectura el joven Ruiz, impidiéndoselo una estrangulación en la garganta y las lágrimas que le empañaban los ojos. Los oyentes estaban bajo la misma impresión. Salieron los pañuelos de los bolsillos y algunos se sonaban con estrépito.

¡Ah, qué tristeza!...

Nadie se atrevía a hablar. Había mucho en qué pensar y nada qué decir. O bien eran palabras breves interrumpidas por largos silencios.

Se despidieron.

Nadie durmió esa noche en Santiago, y si alguno lo hizo, fue una horrible pesadilla y soñó con metrallas, abordajes, cadáveres que flotaban sobre el agua, naves sumergidas bajo las olas...

Y amaneció el alba triste de una mañana lluviosa y fría.

El público buscó con avidez en los diarios alguna nueva noticia que le sacara de la cruel incertidumbre en que yacía.

Ninguna daba la prensa, salvo la confirmación oficial del combate, sin otros detalles que los que ya el público sabía, comentarios doloridos sobre el suceso, amargas críticas al gobierno, y los nombres de los jefes y oficiales de las naves sacrificadas.

Más que otro alguno sonaba e nombre de Arturo Prat, el capitán de la Esmeralda la nave que quedara batiéndose con el Huáscar en el puerto de Iquique, y sobre cuya suerte nadie abrigaba esperanza alguna.

Y principiaron las lentas, las largas horas de ese día sábado de angustia. Grupos numerosos se agolpaban a las puertas de las imprentas y oficinas telegráficas, ávidos de conocer detalles del combate. Otros recorrían los clubs, los círculos políticos, persiguiendo alguna noticia. Por todas partes se encontraban corrillos silenciosos. Grandes grupos se estacionaban frente a la Moneda, grupos que se hacían y se deshacían en silencio y se renovaban sin cesar.

La ansiedad iba creciendo de un modo indecible. Aquello era ya una tortura desesperante en que cada hora parecía un siglo. La multitud ya estaba enferma de los nervios.

-¡Nada!... ¡Nada!... ¡Ninguna noticia!...

¡Y qué silencio en las calles y qué tristeza en las caras!

Los jóvenes Ruiz y Flores habían ido varias veces a casa del señor Téllez a hacer comentarios y recibir impresiones. Todos ahí estaban agobiados bajo el peso de los

acontecimientos; era una consternación general. Apenas aparecían los estudiantes, salían a su encuentro interrogándoles con la ansiedad pintada en los ojos.

Ninguna palabra de amor era cambiada, dominándolo todo un sentimiento más alto y sagrado, el amor a la patria.

A eso de las tres de la tarde, estando Eduardo y Ernesto en la casa, llegó de la calle don Renato. Todas las miradas se dirigieron a él, interrogadoras. Tampoco sabía nada. El Gobierno no había recibido nuevos telegramas.

Se sentaron a conversar.

-¿Qué le parece, señor, cuál habrá sido el resultado del combate de la Esmeralda con el Huáscar? -le preguntó Ruiz.

-Hombre, ésa es la pregunta que nos hacemos todos -contestó el caballero-. «¿Qué habrá sido de la vieja Esmeralda?». «Habrán resistido a los cañones de a 300 y al formidable espolón de su enemigo?». «Su comandante, como es lógico y humano ¿se habrá rendido al poder de destrucción y a las fuerzas inmensamente superiores del blindado monitor?». Estas preguntas se las hace todo el mundo y en todos los tonos imaginables, si bien no hay un sólo chileno que no abrigue en secreto, en lo más escondido de su alma, por aquello de «vencer o morir», el deseo de que Prat y sus compañeros se hayan conducido heroicamente. Todo el mundo lo desea; pero hay un hombre que está seguro de ello y que tiene la virtud de comunicar a los demás su calor patrio, su fe en Arturo Prat. Es mi amigo don José Manuel Moya, superintendente de aduanas de Valparaíso, que ha sido profesor del comandante de la Esmeralda en su niñez y amigo íntimo más tarde.

Acabo de encontrarme en la calle con don José Manuel, que ha venido de Valparaíso por asuntos del servicio, llamado por el Ministro Matte. A la primera pregunta que le hice aludiendo al combate de Iquique, me respondió que sencillamente no había motivos para inquietarse hasta conocer el resultado de la acción. ¿Pero no cree Ud., le observé, que el pobre Arturo Prat acosado por un enemigo cien veces superior haya acabado por rendirse, después de hacer lo humanamente posible por mantener el honor de la bandera? «¡Jamás, señor!», me replicó con exaltación. Y agregó: «Por el conocimiento que tengo de la educación de Prat y de sus prendas morales puedo asegurar que si, por desgracia, la suerte ha sido adversa a la Esmeralda su comandante habrá cumplido con su deber y a estas horas reposará en el fondo del mar, vencido, pero no humillado». «¿Es posible?», le dije admirado. «Como oye -me respondió-; conozco el temple de alma de Prat y tengo seguridad absoluta de que habrá preferido hundirse con su barco en medio de las olas antes que arriar el tricolor de la República».

Me refirió enseguida como había conocido a Prat, las condiciones de carácter de éste, su amor al estudio, su pundonor llevado a la exageración. Finalmente, me refirió cómo al iniciarse las operaciones con Bolivia y al partir la Escuadra, lo habían dejado en Valparaíso sirviendo un empleo subalterno en tierra, y como, avergonzado de su situación, procuraba no presentarse en público vestido de uniforme, y había ido en busca de su viejo profesor y

amigo a rogarle interpusiera su influencia con el objeto de que lo embarcaran; lo que había conseguido con el concurso del respetable caballero don Francisco Echaurren Huidobro.

Tal interés ponían a las palabras de don Renato, que todos estaban pendientes de sus labios, sin hacer el más leve ruido ni movimiento.

Marta, que se hallaba algo distante en un rincón, fue calladita a sentarse al lado de su tío. Los muchachos Julián y Enrique, a quienes los ejercicios militares a que se entregaban diariamente en el Instituto mantenían en un exaltado espíritu bélico, oían sin perder una sílaba de lo que decía su padre.

Pero el interés y la atención fueron mayores cuando el caballero dijo que conocía al capitán Prat.

-¿Ud. lo conoce?... ¿Dónde lo ha conocido?... ¿Cómo es él?

Todas estas preguntas fueron hechas a la vez y con la sorpresa consiguiente.

-Lo conocí en Valparaíso el año pasado, y precisamente en casa de don José Manuel Moya, en una comida a que me invitó. Lo acompañaba su esposa la señora Carmela Carvajal.

Luisa fue a echarse a los pies de su padre, apoyando sus brazos sobre las rodillas del caballero, y mirándole atentamente le dijo:

-Cuenta, papá...

-Pero ahora que recuerdo, Matilde, Ud. también estuvo en esa comida. Fuimos los dos... Acuérdesese... Poco antes que regresáramos de nuestro viaje a Valparaíso... En agosto, si mal no recuerdo.

-Ah, sí, me acuerdo muy bien de esa comida en casa del señor Moya, respondió misiá Matilde. Había varios convidados. Tengo una idea vaga de Prat. Era un joven que no llamaba la atención; hablaba muy poco y no asistió de uniforme. Lo recuerdo porque me dijeron que también era abogado, cosa que me pareció muy singular en un marino.

-Efectivamente es abogado y de gran ilustración, según me dijo esa vez don José Manuel; agregándome que era modesto de carácter, de maneras sencillas y modelo de esposo. La impresión que a mí me hizo fue más bien la de un hombre de estudio, de hogar; de ninguna manera la de un hombre de armas; sin un ápice de fanfarronería, ni un matiz siquiera del fiero aspecto de un guerrero.

Después de un momento de silencio y de meditación, agregó como hablando consigo mismo:

-Muchas veces el valor, el heroísmo, no son sino la obra de un elevado concepto sobre el honor...

-¿Y qué figura tiene, papá? -le preguntó Luisa acariciándole una mano.

-Es un hombre joven, de unos treinta años, delgado y alto. Usa patilla cerrada, negra, que hace contraste con el blanco pálido de su rostro. Su frente es espaciosa y noble, agrandada por una calvicie prematura. Lo que más atrae y seduce en él es la expresión de su mirada, serena y pensativa. Es uno de esos soñadores que hacen vida interior, que miran para dentro, como se dice.

Las cuatro de la tarde serían cuando se retiraron los estudiantes, tomando sus paraguas y diciendo que iban a dar una vuelta por las imprentas en busca de noticias.

-Si hay algo, vengan a decirnos, pues -les rogó Marta.

Y agregó Luisa:

-No nos dejen penando, vengan corriendo.

Prometieron que así lo harían.

El tiempo seguía bastante descompuesto. Había llovido todo el día con regular fuerza hasta las tres de la tarde, en que principió a despejarse la atmósfera y apareció luego el sol entre las nubes. Aquí y allá se veían retazos de cielo azul.

-Hombre, bien dice el proverbio que «no hay sábado sin sol» -indicó Eduardo.

-«Ni viernes sin arrebol» -agregó Ernesto completando el proverbio.

No había noticias y regresaron a la pensión. Volvieron a salir después de comida y anduvieron por las imprentas, por las oficinas del telégrafo y por la Moneda, hasta las diez de la noche. En todos estos sitios encontraron grupos de personas macilentas que indagaban si habrían llegado nuevos telegramas.

¡Nada!... ¡Nada!...

Se sabía que la oficina del cable en Valparaíso se cerraba a las diez de la noche. Ya no había posibilidad de nuevos telegramas hasta el día siguiente.

Los jóvenes regresaron a buscar en el sueño, si es que conseguían dormir un olvido de aquella situación desesperante, de aquella lenta agonía en que todos estaban.

A las diez de la noche la ciudad yacía en un silencio sepulcral. Las casas parecían muertas. El cielo estaba cubierto. Por encima de las nubes la luna esparcía una débil claridad.

Ernesto Flores no podía conciliar el sueño pensando en lo que dijera don Renato sobre el heroísmo y el honor. Le había impresionado mucho.

Por la calle desierta en la que brillaban solamente, de trecho en trecho, los mecheros del gas, de llamas vacilantes sonaban los pasos raros de algún transeúnte retrasado.

Luego oyó el grito del tortillero, el roto que pasaba todas las noches con su canasto al brazo y un farolito en la mano:

-«De rescoldo tostaditas llevo tortillas buenas».

¡Qué tristeza!...

Capítulo VII ¡Arriba el corazón!

- I -

El reloj de San Francisco dio las once.

-Las once ya -dijo el joven Flores y procuró dormir.

De pronto le parece oír un repique de campanas, un repique lejano. Se incorporó en la cama creyendo en una alucinación de sus oídos.

Presto atención... ¡Era efectivamente un repique de campanas; no había duda!...

De un salto se puso de pie, y abriendo la puerta que daba al patio gritó saliéndosele el corazón por la boca:

-¡Eduardo, repique de campanas; debe haber noticias!...

Toda la casa se pone en movimiento en un instante y a medio vestir están en el patio, mudos de asombro, prestando oído.

Son varias iglesias las que repican; se oye perfectamente.

Doña Mariana aparece envuelta en una frazada, en chancletas, y pregunta llena de espanto:

-¡Qué hay, por Dios! ¡Qué hay!... ¿Por qué repican?...

-¡Noticias, señora!... ¡Debe ser una muy grande!...

Y salen puerta afuera. Ninguno va con corbata, ni aún chaleco se han puesto.

-¡Espérenme! -grita don Pantaléon que no puede meterse las malditas botas, y se pone las zapatillas de tripe cortado y el gabán sobre la pura camiseta, y sale desaforado detrás de los estudiantes.

En la calle se abren con estrépito las puertas por las cuales van saliendo como disparadas las personas; algunas con un brazo levantado al aire pasándose la manga del paletó, acabando de vestirse en la calle.

Y todos gritan: «¡A la Moneda!»... «¡A la Moneda!»

La concurrencia va engrosándose por momentos. A los balcones y ventanas aparecen señoras en traje de dormir, que interrogan ansiosas. La excitación es enorme. Ahora repican en San Agustín, en Santo Domingo, en la Merced, en las Claras, en la Catedral.

Hay otra campana que suena de modo extraño con voz potente y gruesa, campana conocida del público santiaguino como agorera de males. Es la gran campana de la Bomba que con una alegría loca ha echado al viento su enorme tarasca de bronce anunciando la buena nueva.

En la esquina de Alameda con Bandera un viejo viene en sentido contrario a los que corren.

-¡Victoria, señor! ¡Viva Chile! -les dice agitando un papel en la mano.

Se le rodea, se le interroga...

-¡Sí!, el combate de Iquique no ha sido derrota, sino un triunfo, señor! La Covadonga se cruzó con la Independencia en Punta Gruesa y la cañoneó, señor, hasta rendirla, hasta que bajó la bandera peruana y puso otra blanca; y la Covadonga le siguió cascando, señor, hasta que la hundió. ¡Un buque tan chiquitito y de puro palo, señor, ganársela a un blindado de puro fierro!... ¡La echó al fonduco, señor!...

-¿Y la Esmeralda? -preguntan con ansiedad.

-¡Ésa fue más grande, señor! La atacó el Huáscar cañoneándola con los de 300 y con el espolón. Pero la Esmeralda no le aflojó nunca, señor. Pelearon más de cuatro horas; el Huáscar por rendirla y ella barajando y disparando también con sus chinchorros hasta lo último. Y cuando ya no pudo más, antes que rendirse le atracó fuego a la Santa Bárbara y volaron toditos en el aire... ¡Ay, señor; si esto no se había visto nunca!...

Y el viejo comenzó a sollozar cubriéndose la cara con las manos.

Algunos dudan, otros lo creen loco.

-¿Cómo lo sabe Ud?... ¿Quién es Ud.?...

-Soy portero de la Moneda, señor, del Ministerio de la Guerra, y aquí en este papel está el telegrama que recibió el Presidente.

Veinte manos se alargan. Lo toma el joven Flores. La falta de luz impide leerlo. Encienden diez, veinte fósforos, y en voz alta Ernesto lee:

«Señor Ministro de la Guerra:

El teniente de la guarnición en Chacance, dice lo siguiente:

Comandante de la fuerza de Tocopilla dice: Blindado Huáscar e Independencia se batieron con Esmeralda y Covadonga.

Covadonga echó a pique a la Independencia. Ésta arrió bandera que tenía al tope del palo mayor izando otra de parlamento.

El bravo comandante Condell no dejó de hacerle fuego hasta incendiarla completamente.

La Esmeralda que se veía acosada por el Huáscar prefirió incendiar la Santa Bárbara antes que rendirse.

Huáscar tomó rumbo al Callao donde es probable se encuentre con nuestra escuadra.

Covadonga recaló en Tocopilla haciendo mucha agua.

He citado mucha gente y mandado a bordo operarios para achicar bombas. Creo salvaré. Hay tres muertos y cien heridos.

JUSTO ARTEAGA».

¡Qué suspiro de alivio y de admiración se escapó de todos los pechos!

Quedaron mudos de asombro.

Se miraban los unos a los otros sin atreverse a pronunciar una palabra, estremecidos de una emoción santa.

Y emprendieron una carrera loca hacia la Moneda.

Con la celeridad del rayo la noticia corre por toda la ciudad. Los diarios lanzan suplementos con el boletín oficial de la victoria.

Nada puede dar una idea de la emoción profunda que produjo aquella noticia extraordinaria. Era un sentimiento, mezcla de llanto y de alegría, como jamás se había visto, ni nunca se verá cosa semejante. Era el grito del alma angustiada que ve cambiar en un instante sus temores de derrota por la certidumbre de un drama de heroísmo y de alegría.

Era algo que tenía de delirio: la población entera en las calles, gente que llorando se abrazaba sin conocerse, una multitud enorme que loca de alegría recorre y se baraja en todas direcciones comunicándose sus impresiones, veinte mil personas agolpándose a las puertas de la Moneda, llevando a su cabeza el hermoso tricolor de la República, vivando a Prat, a Condell, agitando los sombreros en el aire, frenéticos, y pidiendo a gritos que saliera el Presidente.

Alguien trae y enciende luces de bengala en la plazuela, produciendo un efecto fantástico y permitiendo ver las caras animadas con un gesto de exaltación febril.

En el Cuartel de Bomberos se toca diana en la torre. La ciudad se embanderó y se encienden luminarias en las casas.

Y a todo esto siguen repicando, echadas a vuelo las campanas de todas las iglesias, uniéndose en la media noche al rumor clamoroso del pueblo, que sube al cielo como un himno gigantesco, dándole no sé qué carácter sagrado y grandioso.

El Ministro de Justicia, don Jorge Huneeus, sale a uno de los balcones del Palacio del Gobierno y habla al pueblo con gran elocuencia y nobles sentimientos.

Al final de su alocución patriótica dijo que no debía desconfiarse jamás del éxito cuando se tenía la suerte de ser chileno y cuando se conocía lo que valen nuestros marinos. Terminó pidiendo un viva a los bravos y heroicos tripulantes de la Esmeralda y la Covadonga, que nos dejaban una gloria imperecedera.

El discurso del señor Huneeus fue saludado con estruendosas aclamaciones.

Salió enseguida S.E. el Presidente de la República en medio de hurras atronadores. Empezó pidiendo un viva por Arturo Prat, comandante de la Esmeralda, otro por Carlos Condell, comandante de la Covadonga, y un tercero por los heroicos tripulantes de ambas naves que acababan de levantar hasta los cielos el tricolor de la República.

Dijo que todos los chilenos debían elevar un monumento de gloria en sus corazones a esos dignos hijos de la Nación, que habían dado al mundo un espectáculo tal vez sin segundo por las circunstancias en que se efectuó, mil veces digno de ser recordado en el bronce y en la historia.

Terminó manifestando que tanto él como el gobierno estaban dispuestos a ofrecer su brazo, si era necesario, para seguir adelante en el camino de la gloria que tan brillantemente se había iniciado.

Sería imposible describir el entusiasmo delirante que despertaron las palabras del Jefe del Estado. La concurrencia electrizada agitaba los sombreros en el aire vivando a Chile, a su digno y patriota Presidente y a los héroes del combate de Iquique.

Hablaron a continuación don Domingo Santa María, el general don Pedro Godoy, el senador don Adolfo Ibáñez y varios otros oradores populares.

Enseguida al grito de «¡A la Plaza!»... «¡A la Plaza!», toda la concurrencia, que no bajaría de treinta mil personas, y que se engrosaba por momentos, recorrió las calles de la población vivando incesantemente a Chile, a Prat y a Condell, y cuyos gritos eran contestados desde los balcones y ventanas de las casas desbordantes de señoras y caballeros.

En los clubs, en el Portal Fernández Concha y en varias casas particulares se habían encendido luminarias y en algunas se habían izado dos banderas, una de ellas a media asta en señal de duelo por la muerte del comandante, oficiales y tripulación de la Esmeralda.

A las dos de la mañana una poblada que no bajaría de cinco mil personas, se dirigió al Santa Lucía. Y momentos más tarde retumbaba el cañón entre los abruptos peñascos del Huelén, de minuto en minuto, anunciando a Santiago que la Marina de Chile había cumplido con su deber, haciendo honor a sus tradiciones y muriendo por la grandeza de la Patria.

Los cañones del fuerte Hidalgo fueron atados con pañuelos y corbatas de los jóvenes, pues no encontraron a mano otra cosa de que disponer. Llamó la atención un hijo del pueblo, que después de ofrecer su camisa para atacar el cañón, dijo que si necesitaban su pellejo (textual) lo daría con gusto.

- II -

Apenas terminado el discurso de S.E., los jóvenes Ruiz y Flores, abriéndose paso con gran dificultad, corren a casa de don Renato donde ya se ha izado la bandera, prendido la estrella de gas frente a la puerta de calle, y cuyas ventanas estaban ampliamente abiertas y encendidas todas las luces interiores como en un día de gala.

-¡Viva Chile!... ¡Viva Chile! -exclaman los jóvenes entrando al patio y agitando sus sombreros.

-¡Viva Chile!... ¡Gloria a los héroes! -les contestan saliendo a su encuentro don Renato, doña Matilde, misiá Gertrudis, Marta, Luisa y los muchachos.

El primer abrazo se lo dieron a don Renato, cuya emoción era intensa. Después se abrazaron todos, y también todos lloraban.

Ernesto al estrechar a Luisa entre sus brazos, le dijo bajito y al oído:

-¿Cree ahora que pudiera quedarme sin ir a la guerra?

-¡No, Ernesto! -contestó la muchacha con voz que la pena ahogaba- ¡Ya sé qué tendrá que irse!...

Y rompió a llorar con unos grandes sollozos entrecortados de hipo que le sacudían el cuerpo. Y entrándose al costurero se dejó caer sobre una silla sofocada por la emoción, ocultando la cara con sus manos.

Las demás personas entraron a la sala, con excepción de Ernesto que se quedó en el patio.

Nadie se extrañó del llanto de Luisa, porque aquella noche fue más de lágrimas que de risas, y no hubo quien no las derramase en abundancia.

Marta se llegó a su prima, y sentándose a su lado le tomó una mano y le dijo:

-No llores más; no aflijas al pobre Ernesto... Si lo vieras como está allá afuera mirándote a ti y gimiendo... ¡Pobre muchacho! ¡Cómo te quiere!...

Luisa secó sus lágrimas y Marta la condujo de la mano a la sala, a la cual entró también el joven Flores.

Don Renato refirió como había sabido la noticia.

-Serían apenas las diez y cuarto -dijo- cuando López, un portero de la Moneda a quien yo le había encargado venir a avisarme en el acto que se supiese algo, llegó jadeante a la ventana de mi habitación gritando: «¡Viva Chile, señor!», «¡Viva Chile!». Me vestí apresuradamente y me trasladé a la Moneda, cuyos salones vi iluminados y llenos. ¡Si tendrá razón don José Manuel! -pensé mientras subía la escala que conduce al despacho presidencial, a cuya antesala no alcancé a penetrar porque en la puerta me encontré con don Miguel Luis y don Gregorio Víctor Amunátegui, quienes me impusieron en el acto de lo que ocurría: un nuevo telegrama del general en jefe del ejército del Norte confirmaba el combate naval de Iquique y la varadura de la Independencia.

Don Miguel Luis me invitó a que fuéramos a la Catedral, a fin de que echaran a vuelo las campanas, y nos dirigimos casi a la carrera al Sagrario, cuya puerta golpeamos inútilmente, porque el sacristán dormía. Don Gregorio Víctor nos dijo: «Vayan Uds. al cuartel del Cuerpo de Bomberos mientras yo me encamino al convento de la Merced».

Así lo hicimos, más anduvimos desgraciados en el primer momento, porque el cuartelero no se atrevió a tocar la campana sin previa autorización del comandante.

Entre tanto don Gregorio Víctor había sido más afortunado, pues las campanas de la Merced, con alegres repiques, anunciaban a la ciudad el triunfo de nuestras armas y la inmolación del capitán Prat y de sus compañeros.

Cuando regresamos, grandes cantidades de gente invadían todas las calles y a la carrera se dirigían a la Casa de Gobierno en busca de ampliación de la noticia. Yo me vine a la mía, deseando estar con mi familia.

Después que cada cual refirió como había sabido la noticia y de contar sus impresiones, se despidieron los estudiantes, diciendo que iban a oír los discursos que seguían pronunciando en la Moneda.

Desde la casa se oían los gritos y los vivas que atronaban el aire. Don Renato dio permiso a Julián y a Enrique para que les acompañaran.

Llegaron en el momento en que decían: «¡A la Plaza!»... «¡A la Plaza!». Y uniéndose a ellos toman parte en el desfile; y enseguida van a la cabeza de la poblada que se dirigió al Santa Lucía.

A la subida del Cerro se juntaron con don Pantaleón y con Pancho Troncoso, roncós de tanto gritar, y con Arturo Cuevas, amigo de ellos y entusiasta muchacho estudiante de matemáticas, que ahí mismo juró que se incorporaría a la Escuadra aunque fuese de grumete.

Aquella noche no durmió ningún santiaguino. En alegres caravanas recorrían las calles de la ciudad. Los barrios apartados del centro se habían despoblado, y sus habitantes, enloquecidos, iban con bandas de música a la cabeza cantando la Canción Nacional y el Himno de Yungay, viviendo a Chile, a Prat y a Condell; sin conocer aún las verdaderas proporciones de la epopeya de Iquique, cuyos detalles sublimes fue transmitiendo poco a poco el cable los días siguientes, a medida que ellos eran conocidos de las autoridades chilenas de Antofagasta.

Aquella misma noche se iniciaron erogaciones para socorrer a las familias de los mártires de la Esmeralda y suscripciones para erigir un monumento a Prat y sus compañeros de sacrificio.

Aquella misma noche también, prestigiosos hombres públicos firmaban una invitación al pueblo a un gran mitin que se celebraría al día siguiente al pie de la estatua de O'Higgins. Firmaban la invitación Benjamín Vicuña Mackenna, Pedro Montt, Luis Aldunate, Adolfo Ibáñez, Melchor de Concha y Toro, Demetrio Lastarria y varios otros.

Amaneció un domingo de sol esplendoroso, y la ciudad engalanada de banderas que flotaban con un estremecimiento glorioso. Santiago vivió en las calles y en las plazas. La alegría estaba pintada en los rostros y cada cual expresaba sus sentimientos a cuantos encontraba.

Los vendedores de diarios eran asaltados por manos tendidas que se los arrebataban. Se subían sobre los bancos para leerlos en alta voz ante grupos de gentes del pueblo. Ahí figuraban los nombres de los jefes y oficiales de las queridas naves chilenas; nombres que los labios repetían pronunciándolos con la veneración con que se pronuncian en las oraciones los nombres de los mártires y santos del calendario cristiano.

A la hora del mitin (1:30 p.m.), la concurrencia era enorme alrededor del «Padre de la Patria», don Bernardo O'Higgins. Y bajo el maitén del óvalo han tomado colocación con tiempo Eduardo Ruiz, Ernesto Flores y demás pensionistas, con don Pantaleón y Pancho Troncoso.

Se sabe que han llegado nuevos telegramas sobre el combate de Iquique, que lo agrandan y lo subliman.

Preside don Rafael Larraín Moxó, y dice con voz grave y solemne:

-En nombre de Arturo Prat y de sus gloriosos compañeros, se abre la sesión.

Ocupa la tribuna Benjamín Vicuña Mackenna y pronuncia un discurso grandilocuente que arrebató a la concurrencia.

Se presenta enseguida don Carlos Rogers y lee el parte en que se anuncia la muerte de Prat:

«Prat ha muerto sobre la cubierta del Huáscar... ¡Prat ha abordado al Huáscar espada en mano, cayendo sobre el puente enemigo!... La Esmeralda con pabellón izado en el pico de mesana y haciendo fuego hasta el último momento, es echada a pique al tercer ataque espolón del Huáscar».

¡Oh!, ¡qué hurra inmenso atronó el aire!

Aquello era mil veces más glorioso que el sacrificio estéril de las llamas.

-Prat -dijo Justo Arteaga Alemparte- fue bastante sereno y bastante humano para no imponer a nadie que muriese en su compañía. Invitó a todos a morir con él y como él. No obligó a nadie a que muriese como él supo morir.

Jamás presenció el mundo una intrepidez más serena, ni serenidad más intrépida. El héroe supo desde el primer momento lo que debía a su país y a su nombre. Por eso izó su pabellón en el palo mesana de su nave, diciendo así a su adversario que podía aplastarlo, más no rendirlo. Por eso sus cañones han hecho fuego hasta el último momento.

Después hablaron Valdés Vicuña, Prendes, Tagle Arrate.

En un carro atestado de gente estaba don Manuel Vicuña, repatriado del Perú. Se le hizo hablar.

Luego se oye banda de música que llega con la I. Municipalidad, trayendo a la cabeza la gloriosa bandera de la jura de la Independencia, que se conserva desde 1818. Cargaba la bandera el alcalde don Guillermo Mackenna, y fue pasada a don Benjamín Vicuña, quien balanceándola en el aire en medio de un indescriptible entusiasmo dijo:

-Éste es, señores, el glorioso trofeo de la patria, con el cual se declaró la Independencia, paseándolo por las cuatro esquinas de la plaza de Santiago con estas palabras grandes y majestuosas como Los Andes: «Chile, libre e independiente por la voluntad de Dios y el valor de sus hijos».

Que esta bandera, señores, ondee algún día sobre las altivas torres de la Catedral de Lima, a cuya sombra debemos dictar la paz a nuestros injustos e ingratos provocadores.

Don Luis Montt leyó las conclusiones del mitin.

A las tres de la tarde se cantó en la Catedral un solemne Te Deum por el triunfo obtenido. Asistieron S.E., ministros y altos funcionarios. A las 6 p. m. salió de la Merced una procesión, escoltada por el cuerpo de bomberos armados. Iba una escogida capilla de cantores, y recorrió varias calles; de los balcones arrojaban flores. En la noche hubo un gran concierto en el Municipal a beneficio de la guerra.

Día a día se fueron recibiendo nuevos detalles del combate de Iquique, ya por el cable, ya por los mismos diarios enemigos que lo relataban llenos de asombro, ya por cartas privadas y los partes oficiales de los sobrevivientes, reconstituyendo así, para orgullo de los chilenos y admiración del mundo, aquel drama sin precedente en la historia.

- III -

La noticia del combate de Iquique tuvo una dolorosa repercusión en Santa Cruz. Allá, como en todo el país, pasaron en la mayor ansiedad las horas que transcurrieron entre los primeros telegramas que anunciaban un desastre y los que daban cuenta de una gran victoria. No había telégrafo a Santa Cruz, de modo que sólo por los diarios se sabía lo que pasaba.

Desde que fue declarada la guerra el veterano don José Antonio vivía en una excitación continua. Había organizado un pequeño batallón con los muchachos del pueblo, a cuya cabeza figuraba Marcos, el hijo de don Salustio. Les hacía marchar y contramarchar en evoluciones guerreras, armados de palos que hacían las veces de fusiles, con gran contento y algazara de los niños.

-¡Silencio en las filas!... ¡Firmes! -les gritaba don José Antonio blandiendo el tebo.

Los reclutas hacían alto.

-De a dos en fondo, alinearse por la... ¡deré!

-Un... dos... un... dos... un... dos...

-Descansen... ¡ar!

Se oía el traqueteo de los palos.

-Al hombro... redoblado... ¡mar!

Aquellos ejercicios de armas fueron despertando en el veterano sus antiguas impresiones y recuerdos. No dormía en las noches, pasándose las con los ojos muy abiertos rememorando hechos de sus pasadas glorias. Tampoco comía, de suerte que se le fue debilitando el cerebro. Andaba con los ojos encandilados y se le veía a veces hablando solo.

Una noche don Salustio y su señora oyeron un gran estruendo de voces y de golpes en el cuarto del veterano. Acudieron alarmados y vieron con dolor y con asombro que el abuelo, en traje de dormir y sin otro abrigo que el poncho y el gorro, peleaba con un enemigo imaginario, tirando cortes y reveses con su tebo, a uno y otro lado, parando golpes, dando saltos, haciendo molinetes con el palo, el poncho al hombro, que se sacó en el fragor de la pelea y se lo arrolló al brazo, tirándolo por último con rabia al suelo y diciendo:

-¡Ríndete, sarraceno!... ¡Toma, goda cochino!... ¡Ras! (garrotazo en la cómoda).

Y volviéndose a los que le miraban:

-¡Ahí tienen a un maturrango con el mate partido; hecho añicos como una calabaza!... ¡Así pelea la gente!... ¡Viva la patria!

Después se cuadró ante el retrato de O'Higgins, colgado en la muralla, saludándolo militarmente y presentándole armas con el tebo. Luego recogió el poncho, arrastrándolo por los suelos y se afirmó el gorro de coipo en la cabeza hundiéndoselo hasta los ojos.

Le hicieron acostarse y le dieron a beber una tizana caliente. Al día siguiente llamaron a don Abraham, el médico, a quien rechazó indignado el viejo.

El domingo 25 de mayo era esperada con gran impaciencia en el pueblo la llegada del correo. Los diarios deberían traer noticias sobre el desastre de Iquique, sabido ahí el día anterior.

A eso de las cuatro de la tarde numerosos vecinos llenaban la oficina del correo. Entre ellos estaban don Salustio, el veterano, el cura don Cayetano, don Ñico Pérez, el subdelegado, el boticario, don Juan Acuña, y veinte vecinos de los más caracterizados y gente del pueblo que se desbordaba hasta la calle.

El primero que desplegó un diario y dio con la noticia fue don Salustio, quien la leyó en altas voces.

La impresión fue idéntica a la producida en Santiago: una mezcla de asombro, de lágrimas, de alegría, de adoración.

Don Cayetano arremangándose las sotanas a la cintura, echó a correr en dirección a la iglesia, y subiéndose a la torre a grandes zancadas comenzó a repicar las campanas como en un Sábado de Gloria.

Todo el pueblo se agolpa a la plaza y comienzan los vivas a Prat, a Condell, a Chile. En varias casas hacen disparos con escopetas: donde las Alcaldes encienden voladores y cohetes.

Entre tanto un hecho doloroso ha tenido lugar. Apenas terminada la lectura del telegrama de la guerra, don José Antonio se descubrió la cabeza, cuyos cabellos blancos flotaron en el aire, elevó al cielo la mirada y luego comenzó a gesticular en forma violenta

y extraña, convulso y rojo, hinchadas las venas del cuello. Se diría que quería llorar o reír, más no podía. Se cubrió la cara echándose el poncho a la cabeza, se oyó un hipo, agitó los brazos y se fue de espaldas. Estaba muerto.

Sus funerales revistieron gran solemnidad, esmerándose don Cayetano en ellos. Asistió media comarca y vinieron a la misa de Requiem los curas don Marcelino León, de Yanquil, don Nicolás Briones, de Palmilla y el de Licantén, don Miguel Cáceres.

Aún no estaban enjugadas las lágrimas por tan sensible pérdida, cuando la familia Guzmán tuvo otro motivo de pesar. Marcos, muchacho de trece años, había desaparecido de la casa y del pueblo y se le buscaba con afán sin que fuese posible encontrarle en ninguna parte. Al día siguiente vino a saberse que había tomado el tren en Nancagua. Le vio el conductor, don Pedro Valenzuela, quien dio los datos, diciendo que iba en compañía de otro muchacho de Santa Cruz, Martín Latorre, en carro de 3.^a y cada uno con un paquetito envuelto en diarios, amarrado con cáñamo.

A la vez el padre del muchacho Latorre recibió una carta de su hijo, en la cual le decía:

«Mi querido papá: No me busque; me voy a la guerra con un amigo a defender la Patria. Queremos morir como Arturo Prat. De rodillas le pido su bendición y dígame a mi mamá que rece por mí y que no se asuste. Yo les escribiré de allá. Perdóneme y los abraza con lágrimas en los ojos, su amante hijo: Martín Latorre».

Era el resultado de la fuerza moral que el combate de Iquique imprimió al ejército y al país entero.

Don Salustio tomó el primer tren a Santiago.

Entre tanto veamos lo que hacían los muchachos.

Entusiasmados con el combate de Iquique y resueltos a irse a la guerra, salieron de Santa Cruz entre gallos y media noche a tomar el tren de Nancagua, no haciéndolo en Palmilla de miedo a que ahí les pillaran. Anduvieron de a pie toda la noche con sus paquetes en la mano, en los cuales llevaban una muda de ropa interior y algo de comer. Sin tropiezo alguno tomaron el tren en Nancagua y luego en San Fernando el que venía del Sur, llegando a Santiago a las cuatro de la tarde. Inmediatamente se dirigieron al cuartel de la Maestranza.

-¿Se puede hablar con el oficial de guardia? -preguntaron al centinela de la puerta, quien gritó:

-¡Cabo de guardia!... Oficial de servicio.

La rigidez del centinela, su grito y el aparato de armas, algo atemorizaron a los muchachos. Se les hizo pasar al cuarto de banderas, en el zaguán del cuartel, y los recibió el oficial de guardia, que se quedó mirándolos:

-¿Qué se ofrecía?...

-Venimos, señor, a ofrecernos voluntarios para irnos a la guerra, de soldados distinguidos -expresó Latorre que era un poco mayor que Marcos, ambos empinándose en la punta de los pies para verse más altos, muy serios y tiesos como el centinela de la puerta, y los paquetes bajo el brazo.

Habían oído decir que los hijos de familia que sentaban plaza de soldados iban en calidad de soldados «distinguidos».

El oficial de guardia, sonriéndose, no acababa de mirarles. Salió a la puerta y llamó a otros oficiales. Entraron tres, uno de ellos capitán.

-Estos caballeros -les dijo- quieren sentar plaza de soldados distinguidos... ¿Qué les parece a Uds.?... ¡Mírenlos bien!...

Soltaron la carcajada.

Los muchachos, que ya se veían clavando banderas en la trinchera enemiga, se pusieron rojos.

-¿Y Uds. serían capaces de cargar un rifle? -les preguntó el capitán mirándoles de alto abajo.

-Tome uno Ud. y me pasa otro a mí... ¡a ver, pues! -le contestó Latorre desafiándolo con la mirada.

Marcos gesticulaba, tragaba saliva con rabia y asentía con la cabeza a lo que decía su compañero.

-¡Éstos si que son gallos! -exclamó el capitán riéndose a toda boca echado para atrás.

-¡Bien chilenos! -exclamó otro.

Y uno les tiraba de charchadas a la cara, otro les pellizcaba la oreja; y entre grandes risas, burlas y cuchufletas los empujaron a la calle.

Se retiraron avergonzados, indignados.

Resolvieron irse de guerra en un tren que al día siguiente partía con tropas de Santiago, según leyeron en un diario. Lo tomarían en Renca.

Y se pensó y se hizo. Pasaron la noche en el galpón de los tranvías y al primer diuazo se largaron a Renca a esperar el tren que debía pasar como a las 9 a. m.

A Marcos le molestaba mucho un zapato, al que casi se le había salido la suela. Se lo amarró con un cáñamo.

-¡El tren, a la vista!

Viene con la máquina embanderada y tropas hasta en las pisaderas; soldados que gritan, que ríen, que saludan y hacen señas con las manos. Se detiene un instante, los muchachos intentan subir y se lo impiden diciéndoles que no es tren de pasajeros.

Ellos protestan y dicen que quieren ir a la guerra; se les empuja, se les rechaza, y el tren parte en medio de una gran algazara dejando a los muchachos a la orilla de la línea, mudos, descorazonados, con deseos de llorar.

-¡Memoria a su mamita!... -les grita un roto, con el kepí echado al ojo, desde la plataforma trasera.

-Marcos alzó el brazo amenazándolo con el puño.

Regresaron a Santiago y en la tarde se toparon en la Alameda con Eduardo Ruiz, quien, impuesto de lo que pasaba, los llevó a la pensión, y después de darles de comer cualquier cosa, hacer que se asearan y de prestarle unos zapatos a Marcos, los condujo a casa de don Renato.

Marcos iba tropezando a cada instante con las puntas de los zapatos, demasiado grandes.

Don Salustio, lleno de inquietud y sin una palabra de reproche, se lo llevó a Santa Cruz con su compañero; y también se llevó a Marta.

Capítulo VIII

En campaña

- I -

«Tararí, tararí, tararó...»

El corneta del batallón Atacama tocaba a rancho, y el muchacho, con las mejillas muy infladas por el esfuerzo, dio las últimas notas elevando la corneta y haciendo un movimiento circular con ella, a fin de que se le oyera en todo el campamento.

Y de todo el recinto comenzaron a surgir soldados que con apresuramiento se dirigían a los grandes fondos en los cuales se distribuía la comida. Algunos iban con sus platos de

latón suspendidos en el aire y agitándolos como panderetas. Otro se puso a imitar el toque del corneta cantando:

-Taráró, tararó, tararí... Guata é traro, guata é traro; lo haga bien o lo haga mal, la comida la han de dar...

Este toque y el otro de calacuerda o a degüello eran los que más les entusiasmaban; interpretando este último así: «La navaja madre... y el cuchillo padre!»...

-¡Cabo Hinojosa! -gritó el subteniente Ernesto Flores, haga formar la compañía después del rancho para la distribución de tabaco.

-Está bien, mi subteniente -respondió el cabo llevándose la mano a la altura de su cabeza y cuadrándose militarmente.

Eran las cinco de la tarde y el campamento presentaba un aspecto animadísimo con los 600 soldados que iban y venían alegremente, vestidos de brin, medias botas de cuero frisudo color claro, encima del pantalón y sus gorras de brin. Reían y charlaban en bulliciosos grupos por aquí y por allá, comiendo unos de pie, sentados otros en el suelo.

Ocho meses han pasado desde el combate de Iquique. Ya Chile es dueño de los mares con la captura del «Huáscar» y también lo es de la provincia de Tarapacá conquistada con los combates de Pisagua y de Dolores. El enemigo, más que destrozado, aterrorizado, ha huido a refugiarse en Tacna, y el ejército victorioso acampa y reposa en el cantón de Santa Catalina, uno de los centros de las pampas salitreras.

El batallón Atacama, cuyo nombre ya anda en boca de todos, tiene su cuartel en la oficina San Antonio.

A la hora de comida, estando reunidos a la mesa todos los oficiales y a la cabecera de ella el Comandante del cuerpo, Teniente Coronel don Juan Martínez, dijo éste que era casi seguro que en pocos días más se embarcaría el ejército en Pisagua para una expedición al Norte. Así se lo había comunicado el Estado Mayor ordenándole que tuviera listo el batallón.

-¿Y a qué parte, señor, será la expedición? -preguntó el teniente Antonio María López, arrogante mozo, bravo y caballeresco como «D'Artagnan».

-Hombre, eso no lo sé. El General Escala no revela los planes del Gobierno -le contestó el jefe sonriendo con aquel modo bondadoso, casi paternal, que le hacía tan querido de sus oficiales y de la tropa.

Era un hombre moreno, de patilla cerrada, modesto y llano en su trato. De simple soldado raso el año 1843, aprendió a leer e hizo su carrera conquistando sus galones uno a uno, debido a su conducta intachable y a su valor sereno. Sus dos hijos, Melitón y Gualterio, eran oficiales del batallón.

Hicieron suposiciones sobre el lugar probable de la expedición y el puerto del desembarque. Unos decían Arica, otros Mollendo, y no faltó quien opinase por el Callao. El Comandante dijo que el Callao no podía ser. Había que batir antes el ejército aliado, cuyo núcleo estaba en Tacna.

-¿Y nuestro abogado, qué opina? -preguntó dirigiéndose al subteniente Eduardo Ruiz.

-A mí me parece, coronel, que el objetivo de la expedición no puede ser otro, como usted dice, que atacar al ejército enemigo donde se encuentre, y el desembarco tendrá que ser forzosamente en alguno de los puertos o caletas de las provincias de Tacna o Moquegua.

-Con tal que no hagan la barbaridad que hicieron en el desembarco de Pisagua -agregó el teniente Rafael Torreblanca, el «Bayardo» del batallón, el caballero sin tacha y sin miedo, un garrido oficial de color trigueño que llevaba consigo, oculta y amarrada a la cintura, una bandera chilena, resuelto a ser el primero que la clavase en la trinchera enemiga. Era poeta además y joven de mucha ilustración. Redactaba un periódico titulado Andrés Bello que circulaba manuscrito haciendo las delicias del campamento.

Recordaron el desembarco de Pisagua. Las lanchas apretadas de tropa eran conducidas lentamente a remo desde los buques de la playa. A otras las remolcaba una lanchita a vapor que las soltaba a regular distancia de tierra, esperando que con la aviada llegasen a la orilla. Pero resultaba que no alcanzaban a llegar quedándose detenidas a 50 y más metros de la playa. Entre tanto, el enemigo los fusilaba materialmente, disparándoles sobre mampuesto, ocultos detrás de las rocas o de las trincheras de sacos de arena que tenían en el faldeo del cerro.

-La lancha en que yo iba quedó trepada sobre unas grandes rocas como a veinte metros de tierra, y los soldados tuvieron que desnudarse enteramente y ganar a nado la orilla llevando suspendido en una mano el fusil -dijo el subteniente Gonzalo Matta, hermoso joven que a sus prendas personales unía el prestigio que le daba el ser hijo del célebre poeta don Guillermo Matta, organizador del batallón en la provincia de Atacama, de la cual era intendente a la sazón.

-En la que yo iba -recordó el cirujano del cuerpo, Eustorgio Díaz- mataron a dos soldados. Al que estaba a mi lado le dieron un balazo en toda la cabeza y me salpicó con los sesos. ¡Sonó como calabaza!...

Hizo un gesto de horror y de repugnancia y se pasó la mano por el pecho como si se limpiara una porquería. Y agregó, dirigiéndose a Senén Palacios, un jovencito, estudiante de medicina, practicante de cirugía del batallón y recién incorporado al cuerpo:

-¡Fue una cosa espantosa, compañero!

Ernesto Flores dijo que en su lancha no tuvieron ningún herido, habiendo desembarcado con toda suerte en Playa Blanca; pero que apenas comenzaron a trepar el cerro fue herido su capitán Agustín Fraga.

A Ernesto le decían el «Guagua» los soldados, por su cara imberbe de niño sobre un cuerpo alto y delgado. Pero lo respetaban desde que lo vieron en la toma de Pisagua y en el combate de Dolores. En este último, el Atacama, con su jefe a la cabeza, cargó a la bayoneta en defensa de la batería de Salvo, arriba del cerro, asaltada audazmente y en gran número por el enemigo, con grave peligro de ser tomados los cañones, que defendieron hasta con sus revólveres los oficiales mientras llegaba en su auxilio el Atacama.

Éste llega corriendo, y al toque de calacuerda arma las bayonetas y embiste de frente al enemigo con increíble furia. Terrible pánico se apodera de los peruanos, inmensamente superiores en número, y huyen los que habían escalado las alturas arrastrando a otros batallones que ya iban a media falda y de los que se apodera el mismo pánico. El Atacama, mientras tanto, corría cerro abajo arrasándolo todo con sus bayonetas, revueltos asaltantes y asaltados. Y era tan terrible su empuje que el batallón Ayacucho, colocado en línea al pie del cerro, fue deshecho por el choque, quedando ensartados en las bayonetas muchos hombres.

El «Guagua» cargó espada en mano en medio de su compañía, loco de entusiasmo, gritando y corriendo en persecución del enemigo.

El Atacama perdió tres oficiales, el capitán Vallejos y los subtenientes José Vicente Blanco y Arturo Wilson, y fueron heridos el ayudante Cruz Daniel Ramírez que perdió un brazo, y el subteniente Abinagoitis. La tropa tuvo 82 bajas entre muertos y heridos.

Eduardo Ruiz no se encontró en esos combates, perteneciendo a la sazón al Esmeralda, cuerpo que no tomó parte en ellos. Deseoso de estar junto a Ernesto, consiguió después del combate de Dolores ser trasladado al Atacama con su mismo grado de subteniente.

El Comandante con su oficialidad se levantaron de la mesa a oír la retreta que tocaba la banda. El ayudante del cirujano iba felicitando a éste por haber sido recomendado en el parte oficial del Comandante sobre el combate de Dolores.

-Bondades del coronel... -respondió modestamente Díaz.

-Pura justicia, doctor -le dijo don Juan Martínez, que alcanzó a oír.

-Muchas gracias, señor... Yo creo que el compañero no lo hará mal tampoco en la primera que le toque encontrarse.

Miró sonriendo a su ayudante y agregó:

-También fue recomendado oficialmente por el general Velázquez, el cirujano de la artillería Elías Lillo. Todos vimos al chico Lillo recorrer a caballo el cerro de Dolores, arriba y abajo, curando heridos, llevando órdenes y hasta repartiendo municiones según se supo. Estuvo muy expuesto.

Eduardo y Ernesto se subieron encima de los ripios de la oficina. Desde aquella altura dominaban la extensa y desolada pampa salitrera, blanquecina y como calcinada por los ardientes rayos del sol, sin un ser viviente, ni un rastro de vegetación en cuanto abarcaba la vista. Al calor sofocante del día, de luz que cegaba, y al fuerte viento que levantaba nubes de polvo, habían sucedido un gran silencio, una gran quietud y un viento fresco y puro. Del lado del oriente se veían unos altos cerros, cuyas cimas empezaban a teñir de rosa y amarillo los rayos del sol próximo a ocultarse: el sol incásico que envuelto en su manto de oro y púrpura se ponía en medio de un tumulto de nubes destrozadas y sangrientas.

De lejos venían toques de cornetas que rasgaban el aire con sus notas agudas y vibrantes, indicando los sitios donde acampaba el ejército: Jazpampa, Porvenir, Santa Catalina, Dolores, etc.

Y lentamente fue cayendo la noche. Bajo un cielo frío y descolorido se arrastraba la inenarrable melancolía de los crepúsculos de la Pampa del Tamarugal, cuya nota dominante inolvidable, es el silencio.

Eduardo que no se cansaba de mirar aquella desolación, dijo:

-Quien creyera que esta pampa en donde no crece ni una hierba, un campo que parece muerto, sea una riqueza.

-Así es, parece increíble -repuso Ernesto cuyo pensamiento no estaba precisamente ahí, ocupado en repasar de memoria la última carta de Luisa. En ella le decía la enamorada muchacha:

«Mi Ernesto querido:

Tu carta del 4 de febrero me quitó un gran peso del corazón porque había soñado que estabas enfermo, con fiebre, y te veía acostado en el puro suelo envuelto en unos ponchos y en tu capote, como dices que duermes, y sin que tuvieses quien te pasara ni un vaso de agua. ¡Cuídate, amado mío!...

Tú me dices que estás muy bien de salud y que recibiste mi última carta con el retrato de cuando yo tenía cinco años, y la cinta granate que llevaba al cuello el día que te fuiste a la guerra y que tú me pedías en la carta.

Me he reído con lo que dices del retrato. ¿Encuentras que en él ya tengo los ojos pícaros y que te parece que te estoy mirando como te miraba algunas veces en las clases?

No me digas que soy muy linda y graciosa, porque no es cierto, adulón. Tú me hallas así porque que quieres, y como dice el refrán: 'Quien fea ama, bonita le parece'.

Te contaré que anoche en la comida mi papá se puso a hablar de ti y te alabó mucho. A mí me saltaba el corazón y debí ponerme colorada porque sentía como un fuego en la cara. La tía Gertrudis me miró con el rabillo del ojo y se sonrió. ¡Tan buena la tía!...

¿Te acuerdas cuando nos pilló abrazándonos la noche antes que te fueras? Qué susto ¿no? Ha cumplido la promesa que nos hizo. ¡Se ha quedado calladita!... Te quiere mucho (¡no tanto como cierta personita!) Cuando hablamos de ti, ella dice: 'Pobre Ernesto, cómo estará sufriendo; yo le rezo todas las noches una salve para que no le suceda nada!'... Yo le salto al cuello y le doy mil besos. Ella me dice que no llore, pero yo no puedo. Soy muy tonta y me he puesto muy llorona...

Te abraza estrechamente tu:
LUISA.

Nota.- Dile a Eduardo que su carta se la mandé a Marta y que reciba un saludo cariñoso de mi parte».

El corneta del Atacama tocó llamada, y luego los sargentos comenzaron a pasar lista. Lanzaban los nombres de los soldados en voz alta y éstos iban contestando en todos los tonos imaginables «Presente». Terminada la lista los sargentos fueron a dar cuenta al oficial del servicio, quien hizo el parte respectivo y lo pasó al capitán ayudante. Enseguida se dio comienzo a la instrucción de la tropa con la corneta.

«Tararí, tararí, tarará»... Tocaba el corneta y todos los soldados tarareaban en coro el toque, diciendo a continuación su significado.

Concluido los ejercicios los soldados se retiraron a sus respectivas cuadras; se tocó silencio y se distribuyeron las imaginarias (centinelas encargadas de la vigilancia interior).

Eduardo y Ernesto se habían recogido a su cuarto. Tenían sus camas en el suelo, hechas con ponchos y el capote sobre una payaza, sin sábanas ni almohadas ni más luz que una vela ensartada en una botella, colocada sobre un cajón. La espada con sus tiros, el kepí y algunas prendas de vestir colgaban de clavos en la muralla. De lavatorio hacía otro cajón con una palangana encima.

El tema de su conversación, inagotable en ellos, eran las cosas de allá, esto es, de sus amores. Las cartas eran esperadas con impaciencia febril, leídas y releídas y guardadas religiosamente en el bolsillo interior del dormán, cerca del corazón. Muchas cartas venían con alguna reliquia dentro, cabellos de las muchachas, pedido por los jóvenes, una flor, una cinta llevada al cuello por ellas, el último retrato, otro «Detente» para evitar las balas, rociado con agua bendita, bordado por sus manos, regado con sus lágrimas.

Ellos a su vez les escribían largas cartas. La encargada en Santiago de hacerlas llegar a su destino era doña Mariana, con quien se entendieron los jóvenes antes de partir a la guerra. Las cartas de Eduardo a Marta las recibía también doña Mariana, quien se las entregaba a Luisa y ésta las metía dentro de las que ella le escribía a su prima.

En las cuadras los soldados hablaban a media voz, acostados en sus camas y diciendo chistes, contando cuentos o jugando al monte. Este juego del monte era muy original; lo jugaban sin naipe y a obscuras.

Uno hacía de montero. Esa noche tallaba Bruno Cepeda:

-Salió el caballo de copas y el rey de bastos -dijo echando a jugar dos cartas imaginarias.

Los soldados cruzaron las apuestas, al caballo o al rey, sin que les oyera el montero. El cual dijo después de un rato:

-Y me di vuelta; y salió el cuatro de copas... el siete de oros... el caballo de espada...:
¡Ganaron los del caballo!

En el silencio de la noche se oyó el grito de alerta de un centinela en la puerta del cuartel que daba a la línea férrea.

-¿Quién vive?...

-Chile, le contestaron.

-¿Qué regimiento?

-Cazadores de a caballo.

-¡Cabo de guardia!... Cazadores a caballo.

Un oficial y su asistente entraron al patio, dejando oír el ruido de sus sables al desmontarse. El asistente tomó de las bridas el caballo del oficial y éste se encaminó al cuarto de los jóvenes Ruiz y Flores; quienes al verle aparecer en la puerta se alzaron de las camas en que estaban echados y avanzaron a recibirle llenos de júbilo.

-¡Justo Pastor!... ¿Cómo te va, hombre?... ¿Por qué te habías perdido tantos días?... ¿Qué era de tu vida?

-¿Cómo te va ñato?... ¿cómo te va, Ernesto?

-Bien, hombre ¿y tú?... Cada día estás más corpulento y macizo...

-Qué quieres pues, hombre. Yo soy como la lana que mientras más la aporrean más se esponja.

-¡Qué vidita se pasan Uds. los de la caballería!... ¿Y siempre están en Camiña?

-Nos cambiamos a Tiliviche; hay más pasto para la caballada.

-Pero siéntate, hombre, y perdona la falta de comodidades.

Le arreglaron el cajón que hacía de lavatorio, colocándole un capote doblado encima, y ellos volvieron a echarse sobre sus camas.

-¿Has recibido cartas de Santa Cruz? -le preguntó Eduardo.

-De mi madre; me escribe seguido. También me escribió Marta. Están buenos. Se la pasan haciendo hilas para los heridos y rezando el rosario.

Desprendió el sable del tahalí y se lo colocó entre las piernas afirmando las manos en la empuñadura.

Después de un rato de charla Eduardo le preguntó si quería beber algo o tomar una taza de café; era cosa de prepararlo en un momento, tenían anafe.

-Echaría un trago, nunca está demás. ¿Qué tienen?

-No tenemos más que cerveza -dijo Ernesto.

-Cerveza no; me da acidez y me hincha.

Se levantó y llamó desde la puerta:

-Asistente, traiga la botella de piscobabis y la bolsa con el charqui machucado.

-¿Siempre tienes al «Coscuete»?

-El mismo; es niño de muchos recursos y de más olfato que un perdiguero. A una cuadra de distancia olfatea algo para la garganta o para el estómago. Con él no paso necesidad.

Justo Pastor ya había tenido ocasión de emplear el sable histórico del abuelo en el combate de Germania. La caballería enemiga fue atacada ahí por el capitán Parra, que llevando la delantera partió al galope, seguido a muy corta distancia por la compañía de Barahona, a la cual pertenecía Justo Pastor, blandiendo los soldados, a carrera tendida, sus sables afilados a molejón. Los enemigos no soportaron la terrible embestida. Al primer encuentro huyeron en dos grupos. Los cazadores los persiguieron algunas millas y Justo Pastor derribó a dos.

Es de recordar que el héroe de esa acción fue el sargento Tapia que habiéndose acercado demasiado con un solo compañero a un grupo de diez o doce soldados enemigos, les embistió gritando a su acompañante: «Apóyame por la retaguardia para que no me rodeen». El valiente sargento fue herido y como le mataron el caballo peleó de a pie hasta que rindió la vida acosado por el enemigo.

Justo Pastor preguntó por los otros compañeros de la pensión. Y Ernesto le contestó que González era practicante de cirugía de Zapadores, Polanco, del Buin, y Tomás Rojas era subteniente del 4.º de línea.

Hablaron enseguida sobre la próxima expedición del ejército al norte. Justo Pastor dijo que también ellos habían recibido orden de tener lista la caballada.

Cerca de las once de la noche se retiró. Iba a alojarse en Jazpampa, donde lo esperaba su amigo el capitán Pérez. Andaba con permiso hasta el día siguiente. Afuera se arrastraba una espesa y húmeda camanchaca que impedía ver a diez pasos de distancia.

- II -

El puerto de Pisagua presentaba una animación y un movimiento extraordinarios con motivo del embarque del ejército que partía al norte. El 23 de febrero ya se encontraban a bordo las provisiones y materiales del parque y de la intendencia. Los caballos de los Granaderos y de los Cazadores estaban también repartidos en los distintos buques, y sólo se esperaba el embarque de las tropas.

Muy temprano comenzó éste continuando durante el día con la mayor celeridad. El batallón Atacama se embarcó al atardecer, porque a última hora se ocupó en cambiar su armamento de fusiles Gras por Comblain.

A las 7 a. m. del día siguiente 24, llegó del interior a Pisagua el último tren con bagaje y rezagados de todos los cuerpos, que habían quedado en gran número en el camino, rendidos por la sed y las fatigas de una larga marcha de traspasada.

El subteniente Ernesto Flores venía en ese tren conduciendo el bagaje del Atacama. Inmediatamente que llegó, un ayudante del Estado Mayor vino a indicarle a que buque debía conducirlo; y una hora más tarde ya estaba a bordo del Copiapó en el cual iba el Atacama.

-¿Qué hay, chico, qué tal viaje? -le preguntó Eduardo sonriendo y poniéndole una mano sobre el hombro.

-Muy bueno, hombre; me he venido toda la noche acostado de espaldas en un carro plano, bien metido hasta el cuello entre los rollos y mirando las estrellas... Y Uds. ¿no han tenido novedad?

-Ninguna, salvo algunos rezagados, que ya van llegando... Lo peor es que aquí vamos como sardinas y no hay ni donde moverse.

-¿Qué otro cuerpo va con nosotros?

-El regimiento Santiago... Todos los buques van apretados de gente.

-Son diecinueve; los conté esta mañana desde el Alto del Hospicio... Espérame un rato, voy a darle cuenta al ayudante.

A las 11 a. m. estaban ya terminadas por completo las operaciones de embarque de la tropa junto con su bagaje. Media hora más tarde iza el Blanco la señal de «alistarse para zarpar» y dispara un cañonazo. El Huáscar, que se cree va a custodiar el puerto durante la ausencia del convoy, viene entrando a la bahía en ese momento.

Apenas dispara el buque almirante el cañonazo de aviso, principian todos a ponerse en movimiento, ora para tomar su colocación, ora para ir a remolcar a uno de los tres buques de vela.

Era hermoso e imponente el espectáculo que ofrecían las numerosas naves del convoy preñadas de tropas. El humo que se escapaba de las chimeneas obscurecía el horizonte, y la brisa esparcía los ecos de las músicas militares y los vivas de los tripulantes, cuyo entusiasmo brillaba en todos los rostros.

El Loa levanta ancla en medio de los acordes del Himno Nacional y se aguanta sobre su máquina. Al mismo tiempo avanza el Amazonas, en el que va el Ministro de Guerra don Rafael Sotomayor, el General en Jefe, El Estado Mayor General y las grandes personalidades de aquel memorable esfuerzo; el Matías Cousiño remolcando al Giuseppe Muzzi; el Angamos, el Limarí, remolca a la Elvira Álvarez; el Lamar, remolca al Humberto 1.º; el Itata, a la Abtao; el Toltén, el Copiapó; el Santa Lucía, la Magallanes, y el vaporcito Toro.

Al pasar un buque al costado del otro, los tripulantes de ambos prorrumpían en entusiastas vivas a Chile. Cuando el Copiapó pasó al lado del Itata, los jóvenes Ruiz y Flores vieron a Justo Pastor sobre cubierta. Lo llamaron a voces y se saludaron. Un roto, muy serio, iba haciendo señales de semáforo: abría los dos brazos; bajaba uno, levantaba otro, abría las piernas, levantaba un pie. Los soldados se reían a carcajadas.

A las 4 p. m. el Blanco disparaba el segundo cañonazo y todo el convoy se puso en marcha, con el buque almirante a la cabeza, siguiendo un poco atrás la cañonera francesa Chasseur, como testigo de los hechos que iban a realizarse. En cada buque se leyó una proclama que el General Escala dirigía al ejército, y que comenzaba así:

«¡Soldados!

Vamos a emprender la segunda jornada de la campaña en que nos hemos empeñado para mantener ileso el decoro de nuestra honra y el respeto de nuestro derecho. Las heroicas hazañas que habéis realizado en la primera etapa han dejado marcado vuestro paso con la luminosa huella de vuestras victorias».

Y terminaba diciendo:

«Estad seguros de que al frente de vosotros encontraréis a vuestro General en Jefe. ERASMO ESCALA».

El convoy hizo rumbo al NO, alejándose de la costa para no ser visto del enemigo. Al comenzar la noche se destacó la lancha torpedo que dirigía el teniente Señoret para ir a Arica con el fin de ver modo de sorprender a alguno de los vaporcitos enemigos que hacían la ronda del puerto y aplicarle un torpedo.

La sala del comedor estaba llena de oficiales que bulliciosamente charlaban y discutían haciendo mil comentarios sobre la expedición.

Ernesto Flores se retiró a su camarote. Deseaba escribir a su madre, contestando una carta que de ella recibiera pocos días antes de embarcarse.

Sacó la carta y se puso a leerla nuevamente. Decía así:

«Hijo de mi corazón:

Espero que al recibo de ésta te encuentres bien de salud, y ruego a Dios y a la Virgen porque no te pase nada. Yo también estoy buena pero con unas ganas muy grandes de verte y abrazarte, hijo mío idolatrado.

Aquí todos me preguntan por ti y me felicitan porque ya has peleado en dos batallas, pero yo vivo con un susto muy grande.

¡Cuándo se acabará esta guerra, Dios mío!

Doña Petronila Torrealva me mostró una carta de su hijo Tuco que también está en la guerra, y en la que le dice te ha visto allá y que estás muy quemado por el sol, pero muy bueno. Tuve mucho gusto. De Chépica se ha ido mucha gente al norte.

Muchas gracias, hijo querido, por tu buen corazón y generosidad en haberme aumentado la pensión en diez pesos más. Yo no necesito tanto dinero y puede hacerte falta a ti. Lo estoy juntando para comprar el majuelito que está a los pies de nuestra huerta, y cuando vuelvas la encontrarás más grande.

Con la presente te envío una encomienda con cositas de la casa que yo se que a ti te gustan. Van higos secos, dos panes de alfañique, y unas pocas ciruelas que este año estuvieron muy buenas y yo sequé como cuatro almudes, y va también un queso de leche de cabra; es de la 'Huachita' que cada día está más linda y mansita y viene a la casa y se entra a tu cuarto como si te buscara para jugar contigo como lo hacía en las vacaciones. Cuando me mira me da pena la pobrecita.

Te abraza y te besa, mi Ernestito querido, mi hijito idolatrado, tu mamá que desea tanto verte:

CARMELA P. V. DE FLORES».

El muchacho se llevó la carta a los labios y la besó religiosamente.

-¡Mi pobre mamacita! -dijo oprimiéndose los ojos con la mano.

Y se puso a escribirle una larga carta en la que vaciaba todo el amor filial y la ternura que rebosaban en su alma.

- III -

El Gobierno había resuelto iniciar la nueva campaña por Ilo, y a ese puerto se dirigía el convoy, llegando ahí al día siguiente a las once de la mañana. En previsión de que estuviese guarnecido, dispuso el General en Jefe que tomara la delantera del desembarco una avanzada fuerte, la cual bajaría a tierra dividida en dos alas y por dos caletas situadas respectivamente al norte y al sur. Bajaron el regimiento Esmeralda y la Artillería de Marina, y encontrando la playa desierta avanzaron a ocupar la población de Pacocha, mientras un destacamento de avanzada subió a la cumbre y continuó por allí a la descubierta.

El enemigo no daba mientras tanto señales de vida. Todo lo que había podido divisarse desde a bordo era un jinete que al ver desembarcar las primeras tropas huyó tomando el camino que trasmonta la cuesta. Permaneció en observación en la altura hasta que desembarcó el grueso del ejército, y en seguida torció bridas y se perdió presuroso en dirección al interior.

Después se supo que aquel jinete era el telegrafista de Pacocha, que hasta última hora estuvo comunicando noticias a Tacna.

Los peruanos no aguardaban el desembarco por ese puerto sino por Arica o Sama. Conocedores del espantoso desierto de su frente por el norte, no creían que el enemigo intentara atravesarlo. Así es que las guarniciones de las caletas tenían orden de retirarse ante un amago de ataque e informar al Cuartel General de lo que sucedía.

A causa probablemente de lo inesperado del desembarco y del consiguiente pánico, las autoridades de Ilo no hicieron nada para privar al ejército chileno de elementos preciosos de vida y de movilidad. En efecto, habían dejado corriente la bomba surtidora de agua del río, parte del material rodante, que pudo ser arrastrado al interior, y dos locomotoras. El donkey a vapor del muelle se encontró en perfecto estado y se empleó en bajar a tierra el material de artillería.

Cuando todo esto se supo y se vio, decían los chilenos:

-¡Qué peruanos tan amables y cumplidos!

Activamente continuó el desembarco de tropas, pertrechos de guerra, equipajes, víveres y caballos, quedando todo el ejército en tierra al siguiente día y cómodamente instalado en Pacocha, pintoresca población a la orilla del mar.

Aunque muchas casas estaban abandonadas y otras cerradas a machote, luego fueron abiertos tres despachos en los cuales se surtían los soldados pagando religiosamente, y un Café con billares que hizo su agosto con la concurrencia de oficiales.

Después de recorrer el pueblo en todas direcciones, la romería de curiosos se dirigía en tropel hacia el río, distante unas quince cuadras, anhelosos de ver agua corriente y el follaje de los árboles: ¡Hacía tanto tiempo que no veían un retazo de verde!...

Eduardo y Ernesto acompañados de Justo Pastor fueron a ese sitio el domingo, después de la solemne misa de campaña que se celebró en la plaza de Armas, con asistencia de todos los cuerpos del ejército.

Fue una excursión deliciosa que les trajo recuerdos de Chile. Bajaron a la quebrada que sirve de lecho al río y vieron que la vegetación principiaba desde la misma playa, extendiéndose como un pintoresco tapiz hasta unas cuatro o cinco cuadras al interior. Allí principiaban las arboledas de higueras, papayos, guayabos, algodoneros, paltos, chirimoyos, perales y olivares, a través de cuyo espeso ramaje apenas filtraba a veces la luz del sol.

-¡Esto sí que es bonito! -exclamó Ernesto trepado en una higuera y asomando la cabeza por entre las hojas.

-Bonita es, pero más me gusta la quebrada del «Agua Buena» -dijo Eduardo.

Y agregó Justo Pastor, sacando del interior del dormán, una pequeña cantimplora aplanada del bolsillo, muy cómoda:

-Está como mandado hacer para el almuerzo con agregado de cueca...

¿Te acuerdas, ñato, de lo bien que pasamos en Matanzas?

-¡Vaya que me acuerdo!...

-Sírvete, ñato, un poco de pisco; viene muy bien para la calor.

-Gracias... El otro día me lo diste para el frío...

-¡Sirve para todo, hombre, hasta quita las penas!

Se metieron por debajo de los árboles y recorrieron una gran extensión de la quebrada. Por todos lados se encontraban grupos de oficiales y soldados recreándose ya sentados a la sombra de los frondosos olivos y guayabos, ya trepados a las ramas más altas de los papayos.

Al regreso encontraron que las tropas se bañaban por batallones enteros con gran algazara de gritos y carreras por la orilla de la playa, metiéndose al agua en largas cadenas, tomados de las manos, nadando como lobos, saltando como pescados. También ellos se bañaron, haciéndolo después todos los días que ahí permanecieron llevando una vida descansada y amena.

Poco les duraron esos días. El General en Jefe acordó que una división de 5.000 hombres de las tres armas saliese de Ilo al interior por el camino de Moquegua, mandada por el General Baquedano como primer jefe y por el coronel don Mauricio Muñoz como segundo. Iban los regimientos Santiago y 2.º de línea, los batallones Atacama y Bulnes; dos baterías de artillería de montaña y una de campaña; caballería, los cazadores y los granaderos. La expedición disponía además de la única máquina del ferrocarril en estado de servicio, la cual fue destinada para conducir agua en un carro cisterna.

Entre Ilo y Moquegua hay 87 kilómetros, de los cuales 68 son por un desierto completamente estéril, sin más paraderos que los de la línea férrea, uno en Estanque y el otro en Hospicio, dos miserables casuchas como perdidas en la soledad de aquella llanura abrasada por el sol. El objeto de la expedición era destruir las fuerzas del enemigo en Moquegua antes de lanzarse a buscarlo en Tacna. El General chileno necesitaba dejar expedita su espalda para tener franca la comunicación con la costa, que era la base de su aprovisionamiento.

La división no salió reunida de Ilo. Tomó la delantera la caballería con Baquedano el día 12 de marzo y la siguió un día después la infantería y artillería mandadas por Muñoz. El punto de reunión de ambas secciones era Conde, esto es al término del desierto y donde comienza el valle regado por el río.

Jamás durante la campaña se procedió con mayor imprevisión. Fue un cúmulo de desaciertos que pudo costar muy caro y que puso de manifiesto la resistencia del soldado y la torpeza de los dirigentes de la guerra. ¡Cuánta razón tenía Vicuña Mackenna al decir que las batallas las ganaba el General Pililo; esto es el soldado, que sólo pedía para vencer que se le llevase al campo de batalla, aunque fuese atravesando desiertos, con tal que se le diese agua y comida, que él con su rifle y su canana llena de tiros enrollada a la cintura, daría cuenta del enemigo!

Más justo y verdadero sería el juicio del popular escritor si hubiese dicho que las batallas las ganaba el general Pililo acompañado de sus valientes oficiales y jefes inmediatos, porque estos jamás rehusaron el peligro y compartieron en todo momento sus penurias.

La división de Muñoz que debió partir a las 12 a. m., no lo pudo hacer hasta las 5 p. m., porque a última hora vino a notarse que a los soldados no se les había dado la ración reglamentaria de víveres y agua. Muchos no tenían caramañola y hubo que tomarlas en el último momento quitándoselas a los cuerpos que quedaban en Ilo. Aunque el General Escala no dio orden de repartir los víveres, se hizo el reparto, quedando sin recibirlo el 2.º de línea, porque Muñoz dijo que la tropa no tenía morrales para llevarlo. El ministro Sotomayor reclamó de esto al General en Jefe, el cual le contestó que no se había hecho porque todo estaba dispuesto para que la división encontrara en Hospicio su rancho caliente preparado y agua en abundancia.

En estas condiciones partió la división de Muñoz. Anduvo toda la noche y a la mañana siguiente descansó en «Estanque», después de una jornada de cinco leguas, equivalentes a diez por las condiciones del terreno. Poco después de medio día se puso nuevamente en marcha. El calor era intolerable, el aire parecía soplado por la boca de una fragua. El polvo fino que los soldados levantaban con los pies, quemaba los ojos y los labios, secaba la garganta estimulando la sed. Casi nadie llevaba agua. Los soldados marchan lentamente, con un paso fatigado, bajo el aplastante calor del sol, un sol de fuego sobre una tierra calcinada:

Un soldado de la compañía del joven Ruiz, rendido de cansancio y con la cara cubierta de polvo, exclama desesperado:

-¡Alto la marcha, pues, hombre! pidiendo que el batallón se detenga siquiera un instante para tomar aliento.

-¿Estás muy cansado, hombre? -le pregunta Eduardo.

-Ya no puedo más, mi subteniente.

-Pásame el fusil, yo te lo llevaré... ¿Tienes agua?

-Ni una gota mi subteniente.

-Toma.

Le dio el resto que le quedaba en su caramañola.

Allá lejos, en la vanguardia, los cornetas tocaron «alto la marcha».

Los soldados se tiraron al suelo.

-Ésta es pura ceniza, hombre, rescoldo caliente! -dijo uno de ellos, tomando en su mano un puñado de tierra.

Se estaba poniendo el sol en un cielo incendiado que parecía la boca del Infierno.

Ernesto se acercó a Eduardo:

-¿Tienes agua?

-Acabo de dársela a un soldado; no me queda nada -dijo sacudiendo la caramañola.

-Hay un cabo de mi compañía que va muy mal... ¿Dónde pudiera conseguir un poco de agua?

Ambos jóvenes, demacrados y cubiertos de polvo, estaban inconocibles.

Los cornetas tocaron «atención y marcha».

Anduvieron toda la noche haciendo descansos periódicos. Iban muertos de cansancio, de sed, de sueño.

-Faltan varios soldados, mi subteniente -le dijo a Eduardo, acercándosele una sombra, en la que reconoció por la voz, al sargento Hidalgo.

-No tenga cuidado, mi sargento; se habrán quedado rendidos en el camino, sin poder más los pobres. Temprano llegaremos a Hospicio donde encontraremos agua en abundancia. Ya es por poco. La locomotora vendrá a recogerlos.

Con el alba la columna hizo alto. Se notó que faltaban muchos soldados. Mirando hacía atrás por el camino recorrido pudo verse que algunos venían lentamente acercándose y otros permanecían botados en el suelo, inmóviles, como muertos.

Estimulados por la sed, la división se puso en marcha a poco de salir el sol.

-«¡Adelante!»..., «¡Adelante!»..., «Ya vamos a llegar a Hospicio» -decían los oficiales animando a las tropas.

Siguieron marchando lentamente cargados de las armas y pertrechos de guerra, el rifle al hombro, el rollo a la espalda, el morral al costado y la canana con balas a la cintura. Muchos cuyos pies sangraban, se descalzaron para continuar la marcha.

Era el terreno por donde caminaban seco y arenoso, sofocante el calor del día y grande la fatiga: se caían los caballos y los hombres de sed y de cansancio.

En toda la expansión de la pampa desolada y polvorienta se distinguía una especie de reverberación que se agitaba como gases inflamados. A veces se dibujaba en el horizonte una forma vaga, cercana o distante. Se diría una laguna, una isla, rocas en el mar, un hombre a caballo, que luego desaparece. Ha sido un engaño: es un espejismo.

A lo largo del camino se ven osamentas de animales muertos de cansancio, faltos de agua; huesos calcinados por el sol, enteramente blancos: un fémur, una mandíbula, la cabeza entera, trozos de columna vertebral, una carcasa con restos de cuero disecado, roída por los gallinazos.

El calor se hacía feroz. Una sed ardiente los torturaba.

Mirando hacía atrás se veía aquella lamentable e interminable cola de soldados estropeados que el ejército iba sembrando a lo largo del camino durante aquella marcha.

-¡Ha caído muerto un oficial!... Es el teniente Pedro Navarro del Santiago.

El cirujano Díaz y su ayudante Palacios corren al sitio del accidente. Encuentran ahí a otros cirujanos. Todos piden «agua, agua».

Se consigue juntar poco más de dos cucharadas. Ya no es tiempo, está muerto.

Poco rato después mueren tres soldados. Hay centenares más de otros desfallecidos, formando un triste reguero en el camino.

El comandante Martínez se desmontó y lo mismo hicieron otros oficiales, cediendo sus caballos a los soldados más fatigados.

Pero ya se divisa el estanque de Hospicio; apresuran la marcha, ya llegan. ¡El ejército estaba salvado!...

Eran las 10 a. m. Los primeros en llegar se precipitan al estanque con sus cachuchos en la mano, la boca reseca, los ojos extraviados, enloquecidos. Se forma un tumulto alrededor del estanque; se oyen voces de protesta, gritos de indignación, aullidos de bestias sedientas: «¡Maldición!»..., «¡Condenación!»

¡En el estanque no hay ni una gota de agua!...

El general Baquedano que ha pasado por ahí el día anterior, se la ha dado a beber a la caballada, los 900 caballos de Cazadores y Granaderos.

No hay palabras que puedan expresar la desesperación, la angustia de aquellas tropas condenadas a morir de sed en el desierto por la imprevisión y torpeza de los encargados de velar por ellas.

Luego se supo por los soldados del piquete que ahí dejara Baquedano, que el General después de darle de beber a la caballada, había partido al valle dejando órdenes al ingeniero Stuken para que con la máquina y carro cisterna llenase nuevamente el estanque, trayendo el agua del río.

«No se puso en el caso que la locomotora podía tener algún tropiezo, ni que venía detrás, a pie, una división de infantería de 3.500 hombres, sedienta, cansada, con una fatigosa marcha de 68 kilómetros. Desgraciadamente sucedió esto. La máquina se desrindió y el estanque Hospicio quedó vacío. Baquedano no se cuidó tampoco de mandar buscar agua del río con la caballería, trayéndola en caramañolas al ver que había fallado la precaución que creaba a la tropa de Muñoz, siguió tranquilamente a Conde, donde se detuvo como era el plan convenido».

En silencio, los soldados dejaron sus fusiles armados en pabellones, tirándose en seguida por el suelo, boca abajo, cubriéndose la cabeza con el morral para evitar los quemantes rayos del sol. Parecían muertos. Los jefes andaban en conciliábulo, los oficiales se miraban los unos a los otros sin poder dar crédito a lo que sucedía. De vez en cuando tendían sus miradas ansiosas en dirección al valle lejano con la esperanza de ver aparecer la locomotora con agua.

Esperanza ilusoria. Pasaban y pasaban las horas y la locomotora no llegaba. No llegó en todo el día, ni en la noche. ¡No llegó nunca!...

Ernesto Flores, extremadamente cansado por aquella terrible marcha y devorado por una sed ardiente, se echó en el suelo a unos pasos de Eduardo, consiguiendo colocar la cabeza a la sombra de uno de los carros que en la línea había. Luego se quedó dormido. Soñó que estaba en Chépica al lado de su madre y que ésta le daba a beber del agua fresca de la destiladora de la casa, pasándosela en un jarrito de lata. Pero él no se saciaba nunca y la mamá se reía viéndole beber tanta agua.

Cuando despertó ya se había puesto el sol. Buscó a Eduardo con los ojos y le vio sentado en el suelo, oprimiéndose la cabeza entre las manos.

-¿Te sientes mal, Eduardo? -le preguntó en voz desfallecida. Y al pasarse la mano por la boca reseca notó que le sangraban los labios.

-Tengo un dolor terrible de cabeza -le respondió su amigo.

-Y de la locomotora con el agua, ¿qué se sabe?

-No hay ni señales que venga; los peruanos la habrán desrielado.

-¡Qué situación!...

-¡Horrible!... Aquí moriremos todos de sed.

El teniente Antonio María López les dijo que se había mandado traer agua del río en caramañolas, echando mano de las mulas y caballos de artillería, y que se esperaba estuviesen de regreso a media noche.

-Es efectivo, y fue también el cirujano Elías Lillo, de la artillería -agregó el subteniente Becerra. Se han ido por un camino que acorta bastante la distancia al valle... Puede ser que lleguen. En todo caso no será mucha la que traigan y habrá que repartírsela a los más desfallecidos.

-¡Desfallecidos estamos todos! -exclamó una voz casi agonizante que no se supo de quién era porque ya la noche se había extendido sobre la tierra y un gran silencio de muerte flotaba en el aire.

A eso de la una de la mañana llegaron los que habían ido a buscar agua y se distribuyeron las caramañolas a razón de cinco por compañía; y como éstas eran formadas de 120 hombres, más o menos, correspondía algo así como dos cucharadas a cada uno.

Los soldados acuden en tropel y rodean a los oficiales que la distribuyen, extendiendo las manos, los labios, pidiendo por favor que no se les deje morir: «¡A mí!»..., «¡a mí!»... - dicen angustiosamente.

Costó trabajo hacer la repartición. Se les daba a beber en la misma caramañola que contenía el agua, teniéndola fuertemente sujeta con las manos un oficial y vigilando que el soldado no bebiese sino un traguito corto para quitársela inmediatamente. Pero algunos soldados se aferraban a la caramañola sin querer soltarla y había que sostener una verdadera lucha para arrancárselas de las manos crispadas como garras. Los oficiales eran los últimos en beber su ración, esto es cuando alcanzaba para ellos, porque sucedía que el agua se había concluido antes que les llegase su turno. Entre éstos estaba Eduardo. Ernesto alcanzó a beber una buchada que, según dijo, no le remojó ni la garganta.

Enseguida a tirarse por el suelo. Y así pasaron la noche hasta que alumbró la luz del día, el cual prometía ser extremadamente ardiente a juzgar por el calor que ya en la mañana hacía. De la locomotora con el agua no había ni noticias; quizás estaba tumbada en el fondo de algún precipicio.

El sol, casi a la mitad de su carrera, lanzaba sus rayos ardientes sobre la tierra incendiada.

A eso de las 11 a. m. la tropa comenzó a agitarse con ese rumor sordo y siniestro de las multitudes que precede a las grandes y graves resoluciones en los momentos de

exasperación. No, ya no podían soportar más aquella sed que les devoraba; se les estaba engañando con esa historia de la máquina con agua, que nunca llegaba. Se quería hacerles morir a todos de sed, y antes que esto sucediera había que tomar alguna resolución.

Daba pena y miedo verlos, la cara desencajada, los ojos hundidos y turbios. Casi todos se habían introducido una bala en la boca con el fin de provocar la saliva y humedecer las fauces, cuya sequedad les ahogaba como una estrangulación. Algunos habían bebido sus propios orines; otros los mezclaron con harina tostada revolviéndolo todo en su cachucho.

De pronto estalla el instinto animal de conservación en aquellos hombres infelices llegados al último límite de resignación y de obediencia compatibles con el sacrificio de la vida cuando se la va a rendir sin gloria.

-«¡Vámonos, niños!»..., «¡Vámonos, hermanitos!»..., «¡Al río!»..., «Al río, antes que muramos todos!»...

Y cincuenta, cien, doscientos hombres se desbandan y marchan en dirección al valle. Luego les siguen muchos más, soldados de todos los cuerpos, una multitud que va dispersa y como loca. Todos llevan sus fusiles.

El coronel Muñoz monta a caballo y desenvaina el sable. Está extremadamente pálido, gesticula y se le estremecen sus luengas patillas canas.

Los comandantes de cuerpo hacen tocar a los cornetas «llamada y tropa». Los oficiales van presurosos aquí y allá tratando de hacer formar los batallones. El Atacama lo hace casi con toda su gente, el comandante Martínez a la cabeza y los oficiales en sus puestos. Hay un momento de gran ansiedad y expectación.

De súbito truena el estampido de un cañonazo; y luego otro; y se ve al coronel Muñoz entre las piezas de artillería ordenando hacer fuego sobre los dispersos.

Los artilleros han disparado por alto, no quieren asesinar a sus compañeros.

De las tropas se levanta un clamor de protesta, de indignación; se pierde toda disciplina y respeto a los superiores. Y se van por compañías enteras a hacer causa común con sus hermanos.

El coronel Muñoz, blandiendo el sable por encima de su cabeza, revuelve su caballo y grita a los artilleros que apunten sobre los sublevados: «¡Fuego!»

Disparan una andanada de tres cañonazos. Las balas pasan por altura. Medio batallón se desbanda. Los soldados le gritan a Muñoz: «¡Mátenos, mi coronel!»..., «¡Preferimos morir fusilados!» Otro dice algo que no se entiende, y a juzgar por su gesto, parece que insulta al Coronel. Se metió los dedos a la boca y se sacó la bala. Entonces pudo decir claramente: «¡Viejo barbas añeblinadas!»..., haciendo alusión a las patillas canosas del Coronel.

Dos jefes de cuerpo hacen observaciones al Comandante en Jefe sobre esos disparos contra hombres sedientos y enloquecidos. Muñoz les increpa su actitud, y va a comunicar por teléfono al Cuartel General lo que sucedía:

«Hospicio, marzo 15: Una parte de las fuerzas se ha desbandado. He hecho tirar tiros por la artillería para hacerla volver. A todos los cuerpos los tengo formados».

Otro telegrama:

«Hospicio, marzo 15: He dicho en varios telegramas que mi situación es insostenible. Luego se vieron los resultados de la falta de agua. La tropa se principió a desbandar. Hice tocar llamada y poner dos piezas de artillería por los flancos de las dos líneas en que estaba formada y tirar tres (fueron 5) granadas a los que se habían marchado. Continuó la insubordinación y me fue indispensable emprender la marcha. Temo en la marcha algo más grave. La máquina telegráfica la llevo para comunicarme con Uds. en la marcha».

Efectivamente, viéndose impotente para contener la tropa, Muñoz dio la orden de seguir adelante, y el ejército se puso en movimiento hacia el valle.

Cuando el general Escala supo lo sucedido, su primer impulso fue hablar de fusilamiento y en este sentido escribió a Muñoz:

«Pacocha, marzo 20: Apruebo la conducta enérgica de usted y desapruero la de esos jefes que influían en usted para que no hiciese dar fuego a los bribones que olvidados de la disciplina, de los deberes que tienen para con la patria y de las circunstancias solemnes porque atravesamos se desbandaban en busca de agua. Le aseguro, mi estimado Coronel, que antes de estar impuesto de la suya y cuando ligeramente se me había informado del desorden, me sorprendió que usted no hubiese hecho fusilar a todos los cabecillas y a los demás los hubiese quintado».

¡El quinceo que deseaba el General Escala habría significado el fusilamiento de unos 800 hombres!...

Entre tanto, las tropas seguían lentamente hacia el valle, quedando tendidos en el camino los que ya no tenían fuerzas ni para dar un tranco. Al atardecer, vieron con un júbilo inmenso que la locomotora con su carro cisterna venía a su encuentro como el «Mesías» prometido.

-«¡La máquina!»... «¡La máquina!»... -decían extendiendo los brazos y con la alegría que debieron tener los israelitas cuando después de atravesar los desiertos de Arabia divisaron el valle de Palestina.

Se detuvo a corta distancia y se colocaron a sus costados dos depósitos con agua, custodiados por tropas para que bebiesen los soldados desfilando de a dos en fondo, con recomendación expresa de que sólo bebiesen dos cachuchos y pusieran otros dos en la caramañola a fin de evitar accidentes por el exceso de bebida.

A las nueve de la noche llegó la división al valle, y los soldados, locos de alegría, se desparramaron y durmieron cobijados por el follaje de las parras, arrullados por el dulce murmullo del apacible río.

¡Qué despertar el suyo cuando con el alba oyeron el canto de los pajarillos que saltaban de rama en rama, y vieron que todo el valle era una extensa viña cuajada de racimos en plena muerte! ¡Y la fresca y deliciosa sombra bajo los frondosos árboles de las orillas del río, cuyas aguas cristalinas convidaban a bañarse! ¡Y las bodegas repletas de los afamados vinos moqueguanos, un vino grueso y generoso, dulce al paladar, que traía recuerdos del mosto asoleado de Cauquenes, ese borgoña nacional! Un litro era la ración diaria por soldado.

La división acampó en Conde y ahí permaneció hasta el día subsiguiente, dando tiempo a que descansara la tropa y a que llegasen los rezagados. En seguida, siguiendo por el centro del valle, acampó en San José. El enemigo iba retirándose a medida que las tropas chilenas se acercaban. De vez en cuando había tiroteos de avanzada.

El asistente del joven Ruiz, merodeando por ahí, se había granjeado un chanchito lechón y dos gallinas, que puso en manos del subteniente. Y con tal motivo preparaban un almuerzo succulento debajo de unas grandes vilcas. Eduardo había convidado a Ernesto, a Justo Pastor y a los oficiales de su compañía.

Todos ellos estaban echados en el suelo alrededor del fuego, sobre el cual el asistente daba vueltas al chanchito ensartado y abierto en cruz entre dos bayonetas. Las gotas de grasa, al caer sobre el fuego, esparcían un olor aromático y apetitoso. Las gallinas hervían en la olla de la cazuela, y no muy distante había un barrilito de vino.

-¡Ya se me está haciendo agua la boca! -dijo Justo Pastor, tragando saliva con movimientos exagerados de deglución.

-¿Qué hay, Pacheco, ya estará? -preguntó Eduardo al asistente.

-Un momentito, mi subteniente. Todavía le falta un algo.

-A ver, hombre -dijo Justo Pastor, impaciente, sacando un corvo de la bota y cortándole media oreja al cerdo. Y como estaba muy caliente soplaba y la sacudía antes de metérsela a la boca y hacerla crujir entre los dientes.

-¿Qué tal?

-¡Está buenaza, hombre! -dijo chupándose los dedos.

-Por fuera, pues, mi alférez, pero por dentro está crúo -observó Pacheco. Y se puso a soplar el fuego en cuatro pies sobre el suelo.

El teniente Torreblanca dijo que la cabeza del chanco era lo que más le gustaba. Ernesto prefería las costillas.

-¿Mandémosle un pedazo al Comandante? -indicó Eduardo.

-A mi Comandante le están asando un chanchito más grande que éste, que encontraron los niños encerrado en un cuarto -dijo el asistente.

-Y éste ¿dónde lo encontraste, Pacheco? -le preguntó el capitán Gregorio Ramírez.

-¿Éste?... Éste me lo dieron los cholos -contestó Pacheco riendo socarronamente por lo bajo.

Sonó un tiro de rifle y luego otro y otro; un tiroteo.

-¡Tiro, cabo de guardia! -gritó un centinela.

Los oficiales se incorporaron de salto y se quedaron prestando oído.

El corneta del Atacama tocó «llamada y tropa». Los cornetas de otros cuerpos hacían el mismo llamado.

El ayudante Arce llegó corriendo y les dijo: «El enemigo a la vista: a formar inmediatamente».

Se fueron corriendo. Justo Pastor iba amarrándose el cinturón del cual colgaba el sable. Pacheco vació en el suelo la olla, recogió las presas y las metió en un saco junto con el chanco. En seguida emprendió la carrera llevándose el bulto a cuesta.

La división avanzó como una legua persiguiendo al enemigo, el que iba siempre retrocediendo sin querer presentar combate.

Dos días después el ejército chileno tomó posesión de Moquegua, acampando en el Alto de la Villa. El enemigo se retiró a la cuesta de los Ángeles.

- IV -

A la noche subsiguiente de haber acampado, Ernesto Flores se acostó temprano preparándose a pasar una buena noche; tenía una magnífica cama con colchón y sábanas. Estaba leyendo diarios del sur que le había prestado el subteniente Matta, cuando a eso de las 10 p. m. entró a su cuarto Eduardo diciéndole que se levantara porque en dos horas más salía el Atacama a batir al enemigo en la cumbre de los Ángeles.

-¿Es cierto, hombre? -inquirió el joven Flores incorporándose.

-Como oyes. Acaba de traer la orden del general Baquedano el capitán Zelaya. El comandante Martínez ha salido con el mayor Larraín a practicar un reconocimiento del camino que conduce al pie del cerro.

Es la cuesta de los Ángeles una cuchilla altísima, sobre cuya cima hay una explanada extensa con bordes acantilados por tres de sus costados, casi perpendiculares y tan abruptos que no se puede llegar a ella sino por camino de caracol, donde apenas puede pasar una bestia. Semeja un atalaya de rocas al natural, una fortaleza inexpugnable porque un hombre puede rechazar a veinte, y sólo una audacia temeraria puede apoderarse de ella.

En aquella cumbre tenían sus posiciones los peruanos.

Al Atacama se le ordenó desalojarlos, fiando en su valor y arrojo que iban ya siendo legendarios.

Salió a las doce de la noche por un camino orillado de pircas, tomando toda clase de precauciones para no ser sentidos por los guardianes de la cima y asaltar sorpresivamente al enemigo, dependiendo de su actuación el éxito del plan general de ataque de Baquedano. Y así se marchaba en el mayor silencio, prohibiéndose hasta fumar, y sin más ruido que el traqueteo de los pies sobre un suelo pedregoso. La noche era tan oscura que apenas se percibían los bultos de los árboles cercanos.

La segunda compañía, comandada por Torreblanca y bajo las órdenes inmediatas del comandante Martínez, marchaba de descubierta. Seguía el resto del batallón a cargo del segundo jefe don Juan Larraín. Eduardo Ruiz pertenecía a la segunda compañía y Ernesto Flores a la quinta. El primero llevaba esa emoción de quien va a recibir su bautismo de fuego; y todos, cual más cual menos, cierta inquietud por aquel asalto nocturno, cosa nueva para ellos, acostumbrados a pelear cara a cara y a la luz del sol. A eso de la 1 de la mañana se oyó el grito de alerta de un centinela:

-¿Quién vive?

-Chile.

-¿Qué regimiento?

-Comandante del Atacama.

-¡Cabo de guardia!...

El batallón hizo alto.

La descubierta del Atacama había llegado al campamento de los Cazadores, cuya caballada pastaba en un potrero a la orilla del camino.

El comandante Martínez habló breves momentos con el oficial de guardia de Cazadores Justo Pastor Guzmán, e hizo avanzar el batallón. Instantes después, éste dejaba el camino

que traía, y torciendo a la izquierda se introdujo en unos potreros emboscados, húmedos de rocío.

Aún no acababa de entrar el batallón cuando fue sorprendido a pocos pasos de distancia y por la retaguardia, por un vivísimo fuego de fusilería. Sin poder apreciar la procedencia de aquellos tiros a causa de la obscuridad de la noche, se introdujo la confusión en una parte de las fuerzas, haciendo que soldados de las dos últimas compañías disparasen contestando los tiros de los ocultos enemigos, guiándose por los fogonazos que relampagueaban en la obscuridad. Hubo un momento en que los proyectiles se cruzaban en todas direcciones debido a que los soldados del Atacama, diseminados entre los árboles, disparaban adonde veían alumbrar un fogonazo, sin darse cuenta que a veces disparaban sobre sus propios compañeros. El Comandante comprendió lo que estaba sucediendo y ordena al corneta tocar «alto el fuego» el cual cesó inmediatamente, quedando el campo a oscuras y en silencio.

No se tenía ni la menor idea donde estaba el enemigo que les había hecho fuego y temían que de un momento a otro hiciera nuevas descargas.

Los soldados, que andan dispersos, se buscan unos a otros avanzando a paso de lobo, el rifle echado a la cara, listo a disparar, preguntando en voz queda en cuanto divisan un bulto:

-¿Atacama?

-Atacama.

Así se van reconociendo y juntándose poco a poco. Los oficiales, deslizándose cautelosamente, llaman a los sargentos y a los cabos por sus nombres, y luego se reúne todo el batallón en una quebrada donde hay grandes árboles y matorrales, con un recelo que se aumentaba por la obscuridad.

A poco rato pasó frente a ellos un grupo de personas; era el Comandante rodeado de algunos oficiales. El primero les habla en voz baja y lenta tratando de tranquilizarlos. Se conoce que está con el ánimo abatido, algo triste.

Después de buscarlo mucho, Eduardo encontró a Ernesto. Estaba echado en el suelo apoyando la cabeza contra el tronco de un árbol.

-Te andaba buscando, hombre -dijo Ruiz echándose a su lado-. ¿Qué te parece lo que nos pasa?

-Nadie se da cuenta. Parece que los peruanos conocían nuestros movimientos y nos han estado esperando ocultos por ahí.

Un soldado que estaba cerca de ellos dijo:

-¡Y no poder verlos a estos hijuna!... ¿Dónde estarán escondidos estos cholos?... ¡Éstos no pelean sino a la mala!

-En la batalla de Dolores -dijo otro, un cholo se me hincó para que no lo matara-. Lo tomé prisionero, de lástima. ¡Y dónde ha de ver, amigo, que apenas me descuidé me mandó un tiro que me pasó bordeando por la cabeza!

Se calló un momento.

-¿Y qué hiciste con el cholo?

-¿Qué hice?... lo maté como a un perro. De un culatazo lo traje al suelo y le ensarté la bayoneta. Duro el cholo pa morir, amigo; tuve que clavársela varias veces, hasta por la guata; y todavía me miraba con unos ojos de cernícalo, el cochino...

Después de aquel vivísimo tiroteo que habría puesto sobre aviso al enemigo, creyó el comandante Martínez que el asalto a las trincheras, basado en la sorpresa, estaba fracasado. Y así, ordenó al mayor Larraín que fuese a poner lo sucedido en conocimiento del general Baquedano. Regresó a las 3:30 a. m. con orden del General de no alterar en nada lo dispuesto anteriormente.

Con su modo seco de mando y esas palabras breves y repetidas que le caracterizaban, había dicho al emisario:

«¡Lo dispuesto! ¡lo dispuesto!... Atacama, Atacama, tomar trinchera, trinchera!»

También refirió Larraín que a su regreso había sabido por oficiales de Cazadores que el fuego procedía de fuerzas enemigas que se habían introducido al campamento de la caballería, haciendo suponer que éstas estarían al corriente del movimiento.

Cosa curiosa, los peruanos también se creyeron sorprendidos según se supo después. Chocano, el jefe de las fuerzas enemigas, pudo observar en el día que la caballada de los Cazadores pastaba en un potrero cerca de la cuesta, sin más resguardo que un piquete de soldados, y queriendo sorprenderla destacó en la noche una avanzada con orden de hacer fuego reiteradamente con el objeto de espantar los caballos. Bajaron de la cuesta cautelosamente y llegaron al punto indicado en los momentos en que el Atacama pasaba también furtivamente por ahí con las precauciones de silencio para no frustrar una operación que, como hemos dicho, descansaba en la sorpresa. En ese momento preciso el Atacama oyó las descargas cerradas y creyéndose sorprendido contesta en el acto con un nutrido fuego de fusilería, haciendo huir a los peruanos que, a su vez, se creen sorprendidos, sin sospechar jamás que esa noche fuerzas chilenas marchaban a atacarlos en sus trincheras.

A las 4 a. m. el Atacama se ponía nuevamente en marcha. La compañía de Torreblanca a la cual pertenecía Eduardo, iba de descubierta por el camino de las lomas, y a media cuadra de distancia iban las demás escalonadas por el flanco para protegerse mutuamente en el caso de que el enemigo les atacara. Se marchaba con grandes precauciones, tratando de ver en la obscuridad, prestando atención a los ruidos más imperceptibles, acechando, vigilando.

-¡Alto! -mandó en voz baja Torreblanca, divisando a poca distancia tres bultos sospechosos que parecían unos hombres.

Y agregó:

-Subteniente Ruiz, adelántese con dos soldados a reconocer esos bultos que se ven ahí.

Con bastante sobresalto al corazón, fue Eduardo y volvió diciendo que eran unos quiscos.

Tres veces hubo que repetir idéntico reconocimiento. Era extraordinaria la impresión de personas que producían esos quiscos, en grupos de dos, tres o más.

Asomó la luna en menguante, de un amarillo rojizo y siniestro y medio envuelta en brumas que se levantaban del valle. A la escasa y tenue claridad que desprendía pudo verse la silueta de los soldados en fila que proseguían lentamente su marcha, la mancha negra de los árboles y el enorme bulto de los cerros altísimos que como una muralla cerraba el valle. La cabeza del batallón llegó al pie del cerro y comenzó la penosa ascensión de la montaña.

Serían más o menos las cinco de la mañana y rayaba el alba en los confines del oriente.

Era tan agria y dificultosa la subida y los pasos a veces tan escarpados, que iban trepándolos como cabras, subiendo como por escaleras. Se agarraban a las hierbas y a las piedras, repechaban jadeantes o lo hacían tomados de las manos, a cada instante expuestos a rodar en el abismo. En algunos casos el de más atrás sujetaba al de adelante. Había ciertos retazos calvos, sin un agarradero al cual asirse, que subían en cuatro pies hincando las uñas en el suelo, clavando las bayonetas, y solían resbalarse cuesta abajo, y perder en un segundo el camino con tanto esfuerzo conquistado.

Casi todos tenían las ropas hechas jirones y les sangraban las manos. Ernesto Flores iba en extremo fatigado y se detenía por instantes a tomar aliento, a enjugarse el sudor, a beber un poco de agua de su caramañola. Tenía los pantalones partidos en las rodillas y las manos hechas pedazos.

Cien hombres desde aquel punto pudieran desbaratar un ejército con sólo arrojar piedras desde arriba.

Aún no había salido el sol, pero empezaba a iluminar con su dorada luz los picachos de unos cerros distantes. En las lejanías los contornos de las montañas se desprendían de los vapores que las rodeaban, mezclándose a los cambiantes colores de que los cielos revestían la montaña. El batallón se encontraba ya a la mitad de su ascensión y pudo contemplar el dilatado valle que tenía a los pies. Allá lejos se divisaba la ciudad de Moquegua medio oculta entre sus huertos. En el plan se veía perfectamente una batería de cañones que a la distancia parecían de juguete, defendidos por un batallón en guerrilla, cuyos soldados semejaban muñecos. Y allá por la izquierda, en el fondo del valle, caminaban como hileras de hormigas otros regimientos y los dos escuadrones de caballería, con el propósito

evidente de cortarle la retirada al enemigo. De ese lado comenzó a oírse un tiroteo de fusilería.

De pronto disparó la artillería, cuyo estampido repercutió en la montaña con un eco prolongado y retumbante como el del trueno. Las balas pasaban por encima del Atacama e iban a caer en las trincheras peruanas. Se oían perfectamente los vivos al Perú y la música de su banda.

Haciendo un supremo esfuerzo el Atacama precipita su marcha, los soldados saltan como gatos monteses o se arrastran como serpientes. Ya es muy corta la distancia que les separa de los peruanos. Éstos no sospechan el peligro que les amenaza por su derecha, atentos sólo a mirar las tropas que intentan envolverlos por la izquierda. Felizmente una loma oculta a los atacameños, quienes consiguen llegar a una cumbre más elevada que la meseta donde está atrincherado el enemigo.

-¿Quién vive, carajo?... -grita un centinela peruano apostado sobre una roca, viendo aparecer a los primeros soldados de la compañía de Torreblanca.

Un tiro certero en la frente lo deja muerto en el acto. Y sólo entonces los peruanos vienen a darse cuenta que tienen encima a los chilenos.

Pero ya la primera y la segunda compañía del Atacama, y enseguida el batallón casi en su totalidad, dominan por altura las primeras trincheras y les hacen un nutrido fuego, contestado vivamente por los peruanos protegidos por sus defensas de piedra.

Deseando economizar los 100 tiros por plaza que llevaban, el comandante Martínez ordenó a los cornetas tocar: «¡A la carga!», operación que ejecutarán los soldados al grito varonil de «¡Viva Chile!», lanzándose sobre las primeras trincheras y consiguiendo desalojarlas una a una del enemigo que huía despavorido ante aquella avalancha erizada de bayonetas que relampagueaban al reflejar los rayos del sol.

Tomada la última trinchera, que enfrenta al camino de la cuesta de los Ángeles, fue enarbolado en lo más alto de ella el glorioso pabellón chileno por el cabo de la segunda compañía Belisario Martínez, a fin de que fuese visto por la artillería y esta suspendiera su fuego. Eran las 8 a. m. del día 22 de marzo.

Estando cumplida la misión que se le había encomendado, la tropa descansó en el mismo campamento enemigo.

¡Qué alegría en todos!: la alegría del soldado que después del combate se ve vivo y victorioso.

El comandante Martínez estrechó efusivamente la mano a Torreblanca, el héroe de la jornada, el primero en llegar a la cima con un puñado de soldados, abriendo inmediatamente el fuego. Dos de esos valientes cayeron muertos a su lado. En el asalto a las trincheras él iba adelante agitando una bandera.

No menos dignos de felicitación fueron el capitán Gregorio Ramírez, el teniente Antonio María López y los subtenientes Abraham Becerra, Gualterio Martínez y Eduardo Ruiz, también de los primeros en dominar la cima.

Ernesto Flores que venía en la 5.^a compañía, sólo pudo tomar parte en el asalto de las últimas trincheras, haciéndolo con aquel arrojó y entusiasmo de muchacho que caracterizaba al «Guagua».

Apenas se encontró con Eduardo se dieron un estrecho abrazo, riendo y refiriéndose mutuamente las incidencias del combate.

-Pero, hombre, yo no creí nunca que los peruanos nos dejaran subir hasta arriba! -decía Eduardo.

-Fue una suerte muy grande que no nos vieran... Y... ¿qué tal el susto? -preguntó Ernesto.

-Para qué te voy a mentir, hombre, tuve mi sustito, sobre todo al principio. Después se me pasó, o más bien dicho, ya no me di cuenta del peligro.

-Ya tienes algo interesante que escribirle a tu prenda, a tu padre y al cura don Cayetano... Pero estoy horriblemente cansado; echémonos por ahí.

Eduardo se quedó mirándole y soltó la risa:

-¿Qué diablos te ha pasado con los pantalones, hombre? ¡Los tienes hechos pedazos y se te está viendo el cuero pelado y con sangre en las rodillas!

-Efecto de las mil caídas y resbaladas que tuve en la subida... Lo que más me mortifica es este pie que lo tengo herido con el maldito contrafuerte de la bota... ¡Pero tú no estás menos tirillento que yo!

Se tendieron a descansar. Los demás oficiales y la tropa hacían otro tanto. Muchos dormían profundamente.

Una hora después llegó el general Baquedano con su Estado Mayor y felicitó al Atacama diciendo: «¡Parche, parche al Atacama, al Atacama!»

Quería indicar que el batallón era acreedor a una condecoración: el parche de trapo que en la Independencia se usaba para premiar actos heroicos, ya que la suma pobreza no permitía dar medallas costosas.

Un soldado que oyó y que tenía hecha jirones la ropa:

-¡Nos quieren dar parche -dijo- porque nos ven tan rotos!...

Se dio orden de continuar la marcha hacia Tarata en persecución del enemigo. Antes de partir se enterraron los muertos y se recogieron los heridos, siendo atendidos oportuna y eficazmente por la ambulancia Valparaíso, al cargo del doctor Martínez Ramos.

- V -

A fines de abril todo el ejército expedicionario se internaba en el desierto en demanda de las fuerzas enemigas. La 1.^a y 3.^a División marchaban del campamento de Pacocha; la 2.^a, a la cual pertenecía el Atacama, lo hacía desde el valle de Moquegua, y la 4.^a lo hizo desde la caleta de Ite. La primera jornada fue al valle de Locumba, donde descansaron algunos días, continuando enseguida al valle de Sama, arrostrando toda clase de sacrificios al atravesar el árido y desolado desierto que los separa.

El transporte de los pesados cañones de campaña se hizo desde Ite con las más grandes dificultades, teniendo que transportarlos a la meseta de la costa que tiene de 200 a 300 metros de altura por un camino arenoso, en que se hundían las ruedas de las cureñas, imposible de dominar porque las mulas no resistían y caían rendidas de cansancio. Fue necesario pensar en otro medio y el capitán Orella, de la Covadonga, ofreció levantar esos cañones con cables tirados por hombres, labrando previamente en la empinada cuesta plataformas intermedias que sirvieran de descanso para los hombres y las piezas. Cuatro días costó ese trabajo colosal, vigilado personalmente por Orella y el ministro don Rafael Sotomayor, quienes permanecieron todo ese tiempo de pie bajo los quemantes rayos del sol. Orella sufrió una insolación que lo hizo caer al suelo sin conocimiento, siendo socorrido por el Ministro.

En los primeros días de mayo todo el ejército se encontraba reunido en el valle de Sama, a una jornada del «Campo de la Alianza», donde tenían sus fuerzas reunidas peruanos y bolivianos en las alturas que dominan la ciudad de Tacna.

El vivac del ejército chileno estaba formado de ranchos y rucas de cañas que servían de cuarteles a las tropas, extendiéndose sobre la barranca del río en una larga calle que iba desde las Yaras hasta el caserío de Buena Vista, cuya iglesia servía de hospital. Desde la torre podía observarse el conjunto animado y pintoresco de todo el campamento y una gran extensión del ancho valle, entre cuyos verdes y tupidos cañaverales se deslizaba como una serpiente el río.

Se estaba casi en vísperas de una gran batalla.

Al toque de diana, tocado alegre y ruidosamente por todas las bandas, despertaba el campamento, oyéndose conversaciones, risas y el ir y venir de los soldados, que se distraían jugando como niños, luchando unos con otros, mascando charqui y galleta, chupando cañas de azúcar, diciendo dicharachos intencionados. El día se dedicaba a ejercicios; en las tardes los soldados distraían sus ocios en representaciones de títeres, en los que don Cristóbal, Severico, Josecito bajo el mate, o Mama Laucha hacían alusiones picantes a los incidentes

de la campaña y a la actitud de algún oficial o jefe. La superioridad militar se vio obligada a tomar medidas disciplinarias.

No menos alegres estaban los oficiales. Muchos habían obtenido ascensos en sus grados. Torreblanca era capitán, Matta, Ruiz y Flores, tenientes. De uno y otro cuerpo se visitaban mutuamente, esmerándose en agasajar a las visitas y en presentar la ruca lo más galanamente adornada. El afamado pisco de Locumba no faltaba en ninguna de ellas, ni tampoco el buen tabaco ni las ricas conservas, de que la Intendencia General proveía abundantemente al ejército.

Una tarde vinieron al Atacama, Rojas, González y Polanco a visitar a Ruiz y a Flores, sus antiguos compañeros de la pensión de doña Mariana, e hicieron muchos recuerdos de aquellos famosos días. Lamentaron que con ellos no estuviese el «Gallo de hoja», pues Troncoso pertenecía a Cazadores del Desierto, cuerpo que había permanecido hasta esa fecha cubriendo la guarnición de Antofagasta. Pero lo esperaban de un día otro porque sabían que ya estaba en Ite.

González dijo haber recibido varias cartas de doña Mariana, y Rojas les leyó la última que recibiera de don Pantaleón, una carta muy patriótica en la cual lo felicitaba por su ascenso y quedaba rogando a Dios que los cholos no le aportillaran el cuero y lo dejaran con la guata al sol, ¡y hacía votos porque regresara a Chile lo menos de Coronel!...

Eduardo refirió que había visto al «Maulino», el roto aquel de Santa Cruz que le había dado la puñalada a Justo Pastor; era soldado del 4.º de línea, y según supo por el oficial que lo tenía de asistente, se portaba bien y era un estuche.

Un hecho doloroso, que llenó de consternación al Atacama, ocurrió en esos días. Como carecían de legumbres, dio autorización el comandante para que fuesen a buscarlas, internándose en el valle cuatro soldados a las órdenes del sargento Wenceslao Cavada, joven copiapino muy querido en el batallón, y cuyo ascenso a subteniente ya había sido solicitado por el jefe. Órdenes les fueron dadas de no cometer atropello, respetar el sexo, pagar lo que adquiriesen y regresar el mismo día. Entre los acompañantes iba Bruno Cepeda, roto ladino y muy competente en toda suerte de merodeos.

No regresaron en el día, ni el siguiente ni el subsiguiente, despertando suma intranquilidad en el batallón. Al cuarto día volvió Bruno Cepeda, con una herida en un brazo, a pata pelada y contando una historia espeluznante.

Refería que como nada encontraron el primer día de excursión, acordaron no regresar al campamento, y se internaron valle adentro hasta la cercanía de un pueblo. Pernoctaron sobre un cerro y al amanecer se encontraron rodeados por miles de «cholos» armados de escopetas, trabucos y garrotes. Poco a poco fueron estrechándolos con grandes gritos y amenazas, hasta que los tomaron prisioneros, siéndoles imposible toda resistencia. Les quitaron los rifles, les sacaron los zapatos y les amarraron las manos por la espalda.

Así fueron conducidos al pueblo al que entraron en medio de una grito espantosa y de una multitud enardecida por el odio, que los insultaba y quería lincharlos inmediatamente.

La gente acudía en tropel a ver a los chilenos, seres que la fantasía popular y el miedo revestían de caracteres extraordinarios, especie de fieras o demonios. En el trayecto los niños les arrojaban piedras, singularizándose las mujeres por una odiosidad agresiva, porque los insultaban y como furias se les acercaban y los escupían e intentaban arañarlos; «comernos crúos», decía Bruno Cepeda.

Introducidos a presencia de las autoridades y otros peruanos caracterizados de la localidad, se les interrogó primeramente sobre las fuerzas que contaba el ejército chileno en las tres armas, y les inculparon en seguida sus crímenes, diciéndoles, por último, que se les iba a procesar anticipándoles que todos serían sentenciados a muerte.

«Las fechorías que nos achacaban -decía Bruno- eran puras mentiras inventadas pa matarnos».

Entre tanto la gente numerosa que llenaba la plaza, agolpándose a las puertas de la sala en que tenía lugar la audiencia, gritaba enardecida: «¡Chilenos ladrones!»... «¡Rotos bandidos!»... «¡Échenlos para afuera para matarlos a palos, como a perros!»...

Enseguida fueron encarcelados, quedando Bruno en un cuarto, solo y con un centinela a la puerta. A media noche consiguió, dándole un puñado de plata, que el centinela le trajese una botella de cañazo (alcohol de caña de azúcar) «pa la pena y pa morir a gusto». Y ambos se pusieron a beber, quedando borracho y dormido el peruano y fugándose el chileno, no sin que de atrás le disparasen varios tiros, hiriéndolo en un brazo.

«¿Qué suerte habrán corrido los otros?»... -se preguntaban los oficiales del Atacama...

«¡Ya los habrán muertos a toos!»... -aseguraba Bruno.

El día 19 llegó la correspondencia del sur, y distribuidas las cartas, esas palomas mensajeras esperadas con afán, que traían palabras cariñosas, abrazos y besos de personas queridas, que evocaban recuerdos y visiones del hogar distante que muchos, ¡ay!, no verían más, cada cual se retiró a leer la suya.

Ernesto recibió dos y se encerró a leerlas en su ruca. Una era de su madre y de Luisa la otra. Ambas le felicitaban por su ascenso a teniente y ambas expresaban la ansiedad en que quedaban por el próximo combate. Una, con su corazón acongojado de madre, le decía que quisiera tenerlo estrechamente abrazado, sin soltarlo, hasta que pasara la batalla. La otra, con su corazón apasionado de amante, le contaba que tenía un susto muy grande: «Quisiera estar tranquila y no puedo», le decía. «Soy muy tonta, las lágrimas se me caen sobre el papel en que te escribo»... «Amado mío, mi Ernesto, ¡tú no sabes cuánto te amo!»

Después de leer y releer ambas cartas y de besarlas repetidamente, las guardó cuidadosamente en el pecho, juntándolas con las otras que llevaba en un paquetito atado con una cinta, abrochándose enseguida el capote.

Eduardo Ruiz recibió cartas de don Cayetano y de Marta. Ésta le decía así:

«Mi Eduardo querido:

Tu carta me ha llenado de orgullosa alegría y al mismo tiempo de desesperación. Alegría porque mi amado es un héroe, un valiente, y su ascenso así lo prueba; y desesperación porque se acerca el día de esa gran batalla que me llena el alma de ansiedad y tristeza.

A cada momento pienso en ti y cuando estoy sola caigo de rodillas pidiendo a Dios con todo mi corazón que te proteja, que te devuelva a mi lado, porque sin ti yo no podría vivir, yo me moriría.

Siguiendo tus consejos busco consuelo a mis tribulaciones en los quehaceres de la casa y cuidados de mis hermanitos; pero mi pensamiento está ausente, está contigo y te sigue por los desiertos áridos, por los campamentos, y te ve rodeado de peligros.

Tu tío, el señor cura, se puso loco de contento con tu ascenso y para celebrarlo dio una gran comida. Convidó a mi papá que no pudo ir porque estaba en cama. Me dictó una carta de excusa y en ella puso palabras tan bonitas que se me saltaban las lágrimas y casi no podía escribirlas.

Mi mamacita trabaja todo el día y busca en las caricias de sus hijos algún consuelo a sus penas. Todavía no puede conformarse con la pérdida de nuestro abuelito.

Te contaré que cuando recibimos la carta de Justo Pastor en que nos contaba que estuvo contigo y Ernesto Flores en aquella preciosa quebrada de Pacocha que a Uds. les trajo el recuerdo de la del «Agua Buena», me dieron unos deseos tan grandes de llevarle esta carta a la mamá de Ernesto, que le pedí permiso a la mía para hacerlo. Consintió gustosa y prontito fuimos con Marcos y las niñitas, en el coche, a Chépica. ¡Qué contenta se puso la señora! Rosita se subió sobre sus rodillas y la acariciaba pasándole sus manitos por las mejillas y haciéndole mil preguntas que hacían sonreír a la buena y simpática señora. Ella nos habló de su hijo a quien llamaba «Ernestito» y nosotros le prometimos visitarla con frecuencia.

Tengo que concluir ésta; ya es tarde y deseo alcance a salir por el correo de hoy.

Cuídate, mi Eduardo, y no te olvides de tu amiga que estrecha tus manos con pasión.

Tuya, tuya:

MARTA».

La del cura estaba concebida en los siguientes términos:

Mi querido sobrino:

Mi primera palabra es un ¡viva el teniente Ruiz!... ¡Hip... hip... hurra!

Hombre, acá hemos celebrado mucho tu ascenso. Tu padre está contentísimo y orgulloso por tu conducta en los Ángeles; y la carta que le escribiste sobre ese combate la lleva en el bolsillo y se la va mostrando a todo el mundo. Festejó tu promoción matando una vaquilla que repartió a la peonada con unas cuantas cueradas de chacolí.

En casa también lo hemos celebrado. Convidé a los vecinos más caracterizados del pueblo a comernos un pavo asado y otras golosinas preparados por Merceditas. El primer brindis, puesto a pie, lo eché yo, copa en mano, con palabras patrióticas alusivas al acto, que me aplaudieron mucho porque me salieron del corazón, y bebimos a tu salud y prosperidad. Me siguió en el uso de la palabra el subdelegado, que lo es ahora don Ramón Sanfurgo, y dijo que como representante de la autoridad y del Gobierno se asociaba a tan justo motivo de regocijo, y que tus despachos de teniente no eran sino una estricta justicia

al mérito. Hablaron otros y a cual te ponderaba más. La «Tortolita» lloró mucho, de puro gusto, por supuesto.

Don Salustio, a quien invité de los primeros, no pudo venir por estar algo indispuerto y se excusó con una carta muy atenta y bien puesta y palabras elogiosas para ti. Creo que ya ha olvidado el resentimiento que tenía contigo.

En fin, sobriindio, que poco nos faltó para echar a vuelo las campanas.

Martita y su madre se lo pasan haciendo ropa para los soldados. La niña está como un sol de linda y cada vez que me ve me pregunta por ti.

Por lo que me cuentas y por lo que dicen los diarios, se aproxima una gran batalla y esto, como es natural, nos tiene con mucha preocupación y alarma, pero seguros de que venceremos, aunque ha de costarnos dolorosas pérdidas.

Dulce et decorum est pro patria mori.

Pido a Dios y a Nuestra Señora del Carmen que continúen protegiéndote hasta el triunfo definitivo de la santa causa que defendemos y para alegría de tu tío cura que te abraza cariñosamente.

CAYETANO PERALTA».

Ruiz leyó a Ernesto el párrafo de la carta de Marta en que le contaba la visita que había hecho a su madre. El muchacho experimentó una intensa emoción de gratitud, se le llenaron los ojos de lágrimas y se arrojó en los brazos de su amigo.

El día 20 al atardecer corrió por el campamento la noticia de la muerte repentina del ministro don Rafael Sotomayor, noticia que produjo honda y dolorosa impresión entre los altos jefes del Cuartel General, para quienes era el consejero sano y oportuno, y quienes, con ocasión de su trato diario, estaban en condiciones de apreciar las nobles cualidades de aquel gran ciudadano, cuyo carácter elevado infundía respeto a todos.

El resto del ejército, que no lo conocía bien, ignorando el papel que desempeñaba y considerándolo casi como a un intruso, un civil o cucalón, no le tributó el homenaje de dolor que merecía hombre tan eminente y abnegado, que bajo la modesta blusa de paisano cooperó como ninguno al éxito de la campaña. Su papel fue de sacrificio obscuro, pero en verdad nadie se ocupaba de la guerra como él. Su grande obra fue desconocida de los contemporáneos. La historia le dará sus verdaderas proporciones.

Capítulo IX

Tacna

- I -

El día 23 de mayo el Estado Mayor, acompañándose de una buena parte de los jefes y oficiales del ejército y fuerzas de las tres armas, hizo un reconocimiento de las posiciones enemigas, acercándose bastante a ellas, y pudieron apreciar el alcance y el número de los cañones y otros puntos importantes para el ataque.

Hecho el reconocimiento, el General en Jefe (que era Baquedano) acordó la partida del ejército para el día 25. Todo listo, éste se puso en movimiento a las 9 a. m. Adelante de la vanguardia iba una compañía del Escuadrón Carabineros de Yungay «sirviendo de antenas al ejército». De atrás partió la 1.^a División con los Navales a la cabeza, seguida inmediatamente por las otras divisiones, llevando en medio una serie de carros que conducían agua, municiones y víveres, carros, que, a pesar de ir tirados por vigorosas mulas, iban rezagándose paulatinamente a causa de lo pesado del camino. Las bestias se hundían en la arena hasta más arriba del tobillo y se detenían a tomar aliento.

Formaban una larga e interminable columna que se desarrollaba como una inmensa serpiente, subiendo y bajando lomajes, haciendo curvas en las laderas, perdiéndose en el desierto, envueltas en nubes de tierra y bajo los quemantes rayos del sol. Dando pequeños descansos a las tropas se siguió sin novedad hasta el momento en que encimando una loma, a eso de las 2.30 P.M. se oyó un fuego de fusilería, y de ahí a poco llegó a todo escape un carabinero, diciendo que su compañía se batía con una avanzada enemiga que había tomado la recua de 60 mulas con agua despachada en la madrugada, hiriendo a dos arrieros y capturando a otros dos. Inmediatamente se hizo avanzar al Valparaíso, y el Coronel Amengual seguido de sus ayudantes de campo, se adelantó al galope de su caballo hasta llegar a la Quebrada Honda, donde se encontraban los dos heridos. El enemigo huyó llevándose los prisioneros y las mulas.

Después de este incidente se prosiguió la marcha hasta las 6 p. m., teniendo ya a la vista las posiciones enemigas; y entonces el General en Jefe ordenó hacer alto y formar la línea de batalla, quedando extendidas al frente la 1.^a y la 2.^a División, con el batallón Navales en la extremidad derecha y el Atacama cerrándola por la izquierda. La 3.^a División se situaba formando una especie de martillo con la 2.^a mientras que la 4.^a, con la reserva, a retaguardia.

La artillería llegó en las primeras horas de la mañana, después de vencer grandes dificultades en el camino, y se situó a retaguardia de la infantería, quedando la de campaña a gran distancia, por cuyo motivo su acción fue casi nula, peor aún: los primeros heridos que tuvo el Atacama lo fueron por esa artillería cuyos tiros quedaban cortos cayendo sus granadas en la línea chilena. En cambio, la de montaña pudo entrar al fuego más cerca y prestar servicios más positivos.

Los carretones conductores de agua, municiones y víveres se quedaron muy atrás, atascados en el camino y fueron inútiles todos los esfuerzos desplegados por el comandante de bagaje señor Bascuñán, que sólo consiguió traer en la noche al campamento algunos barriles de agua a lomo de mula. La caballería, que había salido del valle de Sama a media noche a fin de dar tiempo a que forrajeara la caballada, llegaba como a las 4 de la mañana, trayendo cada jinete a las ancas un atado de pasto. El Cuartel General y la Gran Reserva, con Baquedano, Velázquez y Lagos, se situó a retaguardia, lejos de la zona de tiro de la infantería.

Tomadas las precauciones del caso para evitar una sorpresa del enemigo, que desde las alturas observaba los movimientos, la tropa se entregó al reposo; y cerrada ya la noche, el campamento quedó sumido en el silencio. Los soldados dormían tendidos sobre la arena,

uno al lado del otro, cubiertos con el capote y el rifle al alcance de la mano, formando una hilera de más de una legua de largo. Velaban su sueño las grandes guardias, las avanzadas y el primer escuadrón de Carabineros de Yungay que, a las órdenes de su comandante señor Manuel Bulnes, marchó hacia adelante con el encargo de vigilar y explorar el terreno.

Hacia la gran guardia del Atacama la compañía de Torreblanca desplegada en guerrilla y cubriendo todo el frente del batallón. Tenía órdenes, además, de vigilar estrictamente al enemigo, acampado a seis kilómetros de distancia, más o menos, la de no disparar sus rifles aunque fuese atacado, debiendo en tal caso incorporarse al cuerpo. Los centinelas alertaban no con la voz sino golpeando sus cartucheras con la mano para no hacer ruido.

Torreblanca se paseaba frente a los soldados de su compañía. Una densa niebla cubría el espacio; y un silencio de muerte reinaba alrededor, hacía frío e iba envuelto en su capote. Se detuvo al reconocer a Eduardo Ruiz, que permanecía inmóvil y de pie, también envuelto en su capote.

-¿Qué hay, compañero, como va de frío? -preguntó el capitán.

-No tengo mucho frío, lo que tengo es sueño... ¿y Ud.?

-Ni frío ni sueño; pero unas ganas de fumar... ¡No hallo las horas que amanezca el día y liquidar esta batalla que ha de ser muy reñida a juzgar por las posiciones del enemigo que ha de estar bien atrincherado, mientras que nosotros tendremos que avanzar de frente por esta pampa peladita!

-Yo no pienso que pudiera irnos mal.

-Yo tampoco, eso nunca. Digo no más que será reñida.

Después de meditar un momento, agregó:

-¿Y ha pensado Ud., compañero, en las consecuencias que tendría para nosotros una derrota aquí en este desierto? ¡No escaparía ninguno!... ¿A dónde huiríamos estando la costa a más de 20 leguas de distancia y con este desierto por medio? ¡Caíamos todos!... Por eso hay que pelear hasta vencer o morir aquí.

-Lo mismo pienso yo, capitán.

-Tres disparos aislados se oyeron por la izquierda. Eran las 10 p. m. Ambos oficiales se quedaron prestando oído. Los centinelas alertaron golpeando las cartucheras con la mano.

-¿Qué podrá ser?... -expresó Torreblanca y se retiró perdiéndose en las sombras.

Tampoco dormía Ernesto Flores, acostado en medio de los soldados de su compañía. Oyó los tres disparos y se puso de pie y se quedó mirando en la obscuridad delante de sí. Pensaba en su pobre amigo Ruiz que allá en el peligro puesto de avanzada estaría con

cansancio y sueño sin que le fuese permitido dormir. Sintió no haberse despedido de él y haberle siquiera estrechado la mano. Quizás ya no se verían hasta pasada la batalla.

¿Y quién podía asegurarle que la suerte les favorecería y que tal vez alguno de ellos?...

En el silencio de la noche, rodeada de misterio, oía la lenta respiración de los soldados ahí tendidos, algunos roncaban; y el sentimiento de fraternidad que le inspiraban aquellos pobres hombres dormidos llenaba su corazón de cariño, pensando que muchos de ellos dormirían muy pronto el sueño de la muerte.

Luego voló su pensamiento al lado de sus dos grandes amores, su madre y Luisa. ¿Y si yo muriera? -se preguntó mentalmente, con esa idea de la muerte que se presenta a la imaginación de todos la víspera de una batalla. Y se dijo que Luisa, siendo tan joven, quizás se consolaría, guardándole un dulce recuerdo en la memoria; pero su madre, nunca... ¡Su pobre mamá quedaría tan sola en el mundo!

Se llevó las manos al pecho y oprimió amorosamente el paquete donde estaban las cartas y los retratos de ambas. Después se dijo que para estar fuerte y ágil al día siguiente era necesario reposar y dormir, y se tendió cubriéndose bien con su capote y descansando la cabeza sobre la arena que amontonó para que le sirviese de almohada, se quedó dormido.

Despertó a las 4 a. m., hora en que se estaba haciendo el reparto de municiones hasta completarle a cada soldado 130 tiros. Al mismo tiempo se les dio una caramañola de agua.

Torreblanca continuaba paseándose frente a su compañía como un fantasma nocturno y silencioso. A eso de las 2 a. m. oyó nuevos disparos y una hora después observó como unos resplandores, probablemente fogatas, en el campo enemigo. A las 5:20 se repitieron en mayor número los disparos. A los primeros albos de la mañana vio con asombro que fuerzas enemigas, en gran número, que no bajarían de 4.000 hombres, estaba como a cuatro cuadras de distancia y que a marcha forzada se dirigían al costado izquierdo del Atacama, llevando su guerrilla de descubierta y caballería en los flancos.

El ejército, que también lo ha visto, se pone de pie y se apresta a la batalla, mientras todos los cuerpos rompen la diana con el Himno Nacional.

De pronto se produjo un estremecimiento en las filas, se oyen aclamaciones y vivas. El Atacama es el último en la línea por la izquierda. Los vivas y las aclamaciones se acercan. El primero en reconocerlo es el teniente Garrido que dice volviéndose a la tropa:

-¡El general Baquedano!

El cual, rodeado de su escolta, recorría la línea de batalla y pasó al frente del batallón al trote de su caballo, firme y empinado en los estribos, serio y estirado el rostro, diciendo con voz breve y seca.

-¡El enemigo, el enemigo; a la vista, a la vista!

-¡Viva Chile!... ¡Vivááá!... ¡Viva mi general Baquedano!... ¡huifa, huifa!... ¡Huifale!... - gritaban los soldados locos de entusiasmo, arrojando al aire los kepís y ansiosos de que comenzara la función...

El Estado Mayor da la orden de que avance al encuentro del enemigo, en orden de batalla, las dos divisiones de vanguardia.

Antes de ponerse en movimiento tiene lugar una escena emocionante. Los capellanes del ejército, presbíteros señores Fontecilla, Marchant Pereira, Fabres y Valdés van a bendecir a la tropa.

Los porta-estandarte con sus escoltas avanzan a colocarse al frente de sus respectivos regimientos y batallones, de cara a las tropas a quienes muestran la sagrada insignia.

«¡Atención!»... tocan los cornetas. Y acto seguido los comandantes mandan con potente voz:

-Presenten... ¡Ar!

Las bandas rompieron con el Himno Nacional. Mientras las tropas presentaban las armas teniéndolas levantadas con sus dos manos a la altura del pecho, los capellanes los exhortaron a cumplir con su deber como chilenos.

-Rindan... ¡Ar!

Los soldados se hincaron apoyando en el suelo una rodilla, la culata del fusil y descubriéndose. Los oficiales bajaron sus espadas.

Los capellanes alzaron sus manos y los bendijeron.

El presbítero señor Marchant Pereira les dijo:

-Hermanos, antes de morir por la Patria elevad el corazón a Dios.

Un murmullo y un movimiento de labios que rezan recorrió las filas:

«Padre nuestro que estás en los cielos, santificado sea el tu nombre. Venga a nosotros tu reino: hágase tu voluntad, así en la tierra como en el cielo»...

-¡Atención!... Al hombro... ¡Ar!

Las bandas tocaban la Canción de Yungay.

-De frente... ¡Aar!

Y comenzó el avance.

Tan pronto como el enemigo notó este movimiento, retrocedió apresuradamente hasta llegar a la cima de sus atrincheramientos, desde donde dominaba toda la planicie; no sin que antes la artillería que acompañaba al Atacama alcanzara a hacerle unos cuantos disparos.

Nadie se daba cuenta de aquellas tropas que al amanecer habían aparecido a tan corta distancia. Después se supo que eran batallones de una parte del ejército, el que en su totalidad había tratado de atacar por sorpresa el campamento chileno, no habiendo conseguido su objeto por haberse extraviado en la obscuridad de la noche. Intento tan audaz como arriesgado fue resuelto en vista de los datos que le diera el arriero conductor de agua tomado por ellos prisionero, quien, contestando a sus preguntas, les aseguró que el ejército chileno tenía más de 22.000 hombres. Y dando por sentada la veracidad del arriero, Campero se dijo que el único medio de vencer a un enemigo tan formidable era sorprenderlo en la media noche y no esperarlo en las posiciones elegidas.

Aceptado el plan en una reunión de altos jefes, se resolvió que todo el ejército marchase inmediatamente en busca del enemigo, saliendo, al efecto, a las 12 de la noche mandado por el propio Presidente de Bolivia, general Campero. A poco de haber salido se extraviaron y dieron vueltas y revueltas, separándose las divisiones unas de otras, perdiéndose los batallones, sin atinar a darse cuenta del punto en que se hallaban. Algunos cuerpos, dando un gran rodeo, debieron pasar a retaguardia del Cuartel General. La reserva, enteramente perdida, casi fue a estrellarse con el ejército chileno, y pasó a muy corta distancia del Atacama, rozándose con la compañía Torreblanca. Campero, que se da cuenta de aquella situación peligrosísima para su ejército, imparte órdenes en todos sentidos para que se replieguen las fuerzas al campamento, y envía algunos individuos por delante a fin de que se enciendan allí algunas fogatas que los guíen. De noche todavía, ya estaban de regreso en sus trincheras, con excepción de la reserva, esto es, las tropas que amanecieron tan cerca de los chilenos.

Las divisiones que habían salido a atacarlas recibieron orden de hacer alto mientras se formaba a retaguardia la segunda línea de batalla con la 3.^a y la 4.^a división, la artillería de campaña al centro y la de montaña y la caballería por ambos costados.

Eran las 9:30 a. m. Y de súbito resonó el espacio con el estampido de todos los cañones disparados contra el enemigo, el cual no tardó en contestar con todos los suyos, trabándose un duelo sostenido que iba cubriendo de humo el grandioso anfiteatro donde se iniciaba la batalla. A cada disparo se veía salir de la boca del cañón una nube blanca alumbrada por el resplandor de un rayo. El cañoneo continuó sin interrupción por ambas partes hasta las 10:30 a. m. A esa hora los aliados apagan sus fuegos; y la 1.^a y 2.^a división avanzan a paso de carga sobre el centro y la izquierda del enemigo; y a las 11:30 las guerrillas inician el ataque a corta distancia, seguidas muy pronto por los cuerpos de ambas divisiones, en el cual toma parte la artillería, haciéndose general el combate en toda la línea.

El Atacama avanzaba impetuosamente sin disparar un tiro y recibiendo una granizada de balas, con el objeto proteger la guerrilla de Torreblanca, que a 800 metros de la línea enemiga soportaba valerosamente un vivísimo fuego de fusilería, sin retroceder un paso. Luego se hizo el combate tan violento y encarnizado que las líneas combatientes

presentaban el aspecto de dos fajas de fuego, como envueltas en una especie de niebla. El tronar era horrible y el terreno comenzó a sembrarse de cadáveres.

El Atacama experimentaba verdaderos estragos en sus filas, batiéndose con el centro del enemigo que había acumulado allí grandes fuerzas, y que con sus fuegos desde parapetos y reductos, donde los soldados apenas si asomaban un ojo, se creían justamente invencibles, tanto más cuanto que eran mandados por el mismo Campero.

La compañía de Torreblanca llegó a encontrarse a 60 metros de las trincheras, siendo atacada por un crecido número de enemigos. La mitad de su tropa estaba ya muerta o herida. Eduardo Ruiz, oyendo el continuo aullido de las balas que pasaban rozando su cabeza o la caída pesada de un cuerpo y el ¡ay! de un herido, tenía la certeza de que ahí perecerían todos.

En ese momento el capitán ayudante Moisés Arce, espada en mano, montado en una mala yegüita criolla, se adelantó hacia el enemigo hasta confundirse en sus filas, con el intento de tomar un bonito estandarte que tenían bien escoltado. Tres veces hizo empresa tan arriesgada y temeraria sin conseguir su objeto. Parecía que más era aquello arrojo de furor y locura que resolución de un caudillo, excitando la admiración y el asombro.

Fue derribado de un balazo, ultimándolo enseguida a bayonetazos, y murió llevado por esa fuerza que comunica a un guerrero joven la sed de gloria y la esperanza del triunfo.

Momentos después caía muerto el heroico Rafael Torreblanca, de un balazo en la cabeza. Su compañía queda reducida a un puñado de hombres. El batallón había perdido ya la mitad de su gente entre oficiales y tropa, y faltaban ya las municiones, las que había que quitárselas a los muertos.

Idéntica era la situación de los demás cuerpos que formaban las dos divisiones de vanguardia. Toda la primera línea de trincheras había sido tomada al asalto por esas dos divisiones, sin auxilio ninguno, y seguían haciendo fuego en avance con increíble intrepidez. Pero las bajas eran considerables, y el enemigo recibía tropas de refresco.

En tan críticos momentos se dejó oír este grito fatídico: «¡No tenemos municiones!»... «¡No tenemos municiones!» Y nuestras líneas comenzaron a ceder en parte y algunos cuerpos a batirse en retirada, alcanzando los enemigos a recobrar algunas de sus posiciones y a salir de sus atrincheramientos hasta unos 200 metros. La situación era terrible, el poco terreno ganado momentáneamente por el enemigo lo envalentonaba, y sus crecidas fuerzas podían aniquilar las dos divisiones de vanguardia que se batían hacía más de hora y media haciendo esfuerzos inauditos de valor y heroísmo.

A medida que se retiraban seguidos del enemigo, éste iba repasando los heridos y ensañándose contra los muertos. A Torreblanca le dispararon dos tiros y le dieron siete bayonetazos. Su corneta Ceferino Román, que al ver caer a su capitán se había echado al suelo boca abajo, pudo así librarse del enemigo, que pasó sobre él sin que, por suerte, tratara de ultimarle.

Ruiz, con un fusil en las manos que tomó a un muerto, y en un estado de exaltación rayano en la locura, iba deteniéndose a cada instante y se volvía a disparar sobre los enemigos. Quedó horrorizado cuando vio los muchos muertos que cubrían la llanura, en las que unos cuantos caballos galopaban sueltos. Algunos heridos se arrastraban o pedían agua en voz baja y suplicante. Les dio a beber de la suya. Otros, horriblemente mutilados y sufriendo atroces dolores, pedían por favor que los remataran. Los muertos, unos habían quedado con la boca pegada a la tierra, otros la tenían llena de arena como si hubiesen mordido el suelo; otros estaban apelotonados, las piernas y los brazos encogidos; y algunos de espaldas, miraban el sol con ojos de terror. Los había con la boca manchada de sangre, la lengua y los dientes destrozados; o bien con los cráneos abiertos, dejando ver los sesos, los ojos en blanco y la boca abierta enseñando los dientes. En una ondulación del terreno encontró muerto al capitán Melitón Martínez, y no muy distante, muerto también, a su hermano Gualterio, ambos hijos del comandante Martínez. Luego encontró a la cantinera Carmen Vilches, dándoles de beber a los heridos, quien le dijo que había muchos oficiales muertos y heridos, entre ellos el capitán José Puelma, los tenientes Alejandro Arancibia, Ignacio Toro, Juan Silva y los subtenientes Abraham Becerra, Juan Valenzuela, el practicante de cirugía Senén Palacios y otros más.

-¿Y el teniente Ernesto Flores? -interrogó Eduardo lleno de ansiedad.

Contestó que no sabía de él por qué la compañía de Flores había peleado más a la izquierda.

Pero la situación iba a cambiar. En tan angustiados momentos y cuando los jefes de las dos divisiones y los comandantes de cuerpo habían pedido municiones y refuerzos, entraban a paso de carga la 3.^a y la 4.^a divisiones y se ponía en movimiento la reserva.

Este auxilio no podía ser más oportuno, pues al ver que adelantaban las divisiones de refuerzo, los soldados cobraron nuevos bríos, y rehechos y amunicionados en parte, gracias a los esfuerzos de los ayudantes de campo del Estado Mayor, se adelantaron con indecible empuje sobre las líneas enemigas que comenzaron a retroceder defendiéndose de trinchera en trinchera, de zanja en zanja, de altura en altura, de las que eran sucesivamente desalojados, cubriendo con sus cadáveres los fosos que protegían sus inexpugnables y fortificadas posiciones.

En este impetuoso avance Eduardo Ruiz se inclinó más a la izquierda y se encontró mezclado con los Zapadores. Los batallones se confundían, no formaban más que una ola que avanzaba estrellándolo todo a su paso.

Apenas iniciado el avance pasó al lado de un grupo de cadáveres medio amontonados, como si hubiesen sido víctimas de una granada. Uno de ellos movía una mano, y fijándose vio que era oficial. De pronto se le agolpó la sangre al corazón, dio un grito y corrió hacia él.

-¡Ernesto!... ¡Mi pobre amigo!... -Y cayó de rodillas a su lado, tomándole la mano y mirándole con ojos de espanto.

El joven Flores yacía de espaldas, la cabeza inclinada de un lado apoyando la mejilla sobre un charco de sangre. Tenía una gran herida en el cuello y estaba ya casi agónico luchando con vértigos y bascas de muerte. Abrió los ojos y reconoció a su amigo e hizo esfuerzos por sonreír.

Eduardo, conteniendo los sollozos, le acercó a los labios su caramañola con agua. No pudo beber. Agitó una mano y se la llevó pesadamente al pecho, al sitio donde guardaba los retratos y las cartas.

-¡Sí, sí!... -le dijo Eduardo comprendiendo lo que le encargaba su amigo.

Y viendo aquellos ojos moribundos que le buscaban y aquél estertor de la agonía y aquel estremecimiento último en que expiró, sintió tal piedad y tal dolor que cubriéndose la cara con las manos rompió a llorar agitado de sollozos convulsivos y gruesas lágrimas corrieron por entre sus dedos cayendo sobre el cuerpo inanimado de su amigo.

Algunos soldados que pasaban corriendo se detuvieron a mirarlo, pensando que lloraba la muerte de un hermano.

Era la 1:30 p. m. y el combate estaba más encarnizado que nunca. Rápidamente sacó del bolsillo de Ernesto el paquete de cartas, y del chaleco su relojito de plata en el que había un retrato de su madre, le dio un beso en la frente y echó a correr detrás de los soldados. Al poco rato ya estaba metido en lo más reñido del fuego. Se daba el ataque a un reducto con tropas mezcladas de diversos batallones, a cuya cabeza iba el comandante del Atacama acompañado de sus oficiales el capitán Gregorio Ramírez, el teniente Antonio María López y el subteniente Baldomero Castro.

Ruiz se unió a ellos. Momentos después sintió un gran golpe en el pecho; como si le hubiesen dado un culatazo, que casi lo tiró de espaldas. No sentía dolor, miró en contorno tratando de darse cuenta, sin que se le pasara por la mente que estuviese herido. Mas, de pronto le acomete un vértigo, se lleva la mano al pecho retirándola ensangrentada, da dos vueltas sobre sí mismo tratando de buscar apoyo y cae pesadamente al suelo.

Una bala de rifle había atravesado de parte a parte penetrándole cerca de la tetilla derecha.

Procuró incorporarse y no pudo; ahora sentía un dolor agudo en el costado y una gran dificultad para respirar. Tuvo algunos vómitos y algo de tos con esputos sanguinolentos. Se consideró perdido...

En esos momentos el comandante Martínez del Atacama con parte de sus tropas y algunas fuerzas del Santiago se dirigía al fuerte atacándolo por la espalda, y conseguía en unión con Zapadores que lo atacaban de frente y Cazadores del Desierto por el flanco derecho, apoderarse de él, haciendo huir a sus defensores que corrían por los diferentes senderos que conducían a Pachía y a Calama.

Eduardo Ruiz, de espaldas, miraba el azul intenso del cielo y oía el fuego graneado de los que combatían; y poco después los ruidosos vivas que anunciaban la toma del reducto y una grito general que iba extendiéndose por todo lo largo de la línea.

Pensó en Marta y en su padre y en su tío don Cayetano a quienes ya nunca más vería... Su memoria evocó los recuerdos más lejanos y encantadores de su vida, sobre todo las horas de su niñez, y esos recuerdos pasaron como un relámpago por su imaginación. Volvía a ver a Marta de rodillas haciendo su primera comunión. Era una mañana de primavera, hacía un tiempo delicioso y la niña llevaba un velo blanco que le caía por la espalda permitiendo entrever su cabellera de oro. Salió de la iglesia acompañada de su mamá y en la mano tenía una rama de azucenas, símbolo de la pureza de su alma. Él se sacó rápidamente el roquete y corrió a la puerta de la iglesia para verla, ¡oh, que linda estaba!... Y sintiéndose morir, dijo adiós a los dulces recuerdos de la infancia y a sus risueñas esperanzas e ilusiones...

El ejército victorioso llegaba por parcialidades a la cumbre y fue ocupando todas las posiciones de la alianza. El enemigo corría a la desbandada y no se veían sino fugitivos por los faldeos que conducían a Tacna.

La batalla estaba ganada. Eran las 2:30 p. m.

El ejército hizo alto y acampó en las alturas que poco antes ocuparan los aliados, teniendo a la vista el valle regado por el Caplina y la ciudad de Tacna, sentada como una sultana enamorada y perezosa entre jardines y granados.

En el campo de batalla quedaron sembrados 4.500 hombres entre muertos y heridos de los dos bandos.

La noche tendió el manto de sus sombras sobre aquel campo de horrores, dejándolo más oscuro, más silencioso, y más lúgubre, una espesa niebla que lo cubrió como un sudario.

Dos días después todo el ejército estaba acuartelado en Tacna, recogidos los heridos y enterrados los muertos, a los cuales se les cubrió con una ligera capa de arena.

Eduardo Ruiz era atendido en casa de una familia peruana, la bondadosa familia Martínez, prodigándole la señora (viuda) con sus hijas, atenciones y cuidados cariñosos como si fuese un miembro de la familia. Su estado, a juicio de los médicos, era gravísimo, más no desesperado.

- II -

La primera noticia de la batalla de Tacna se supo en Santiago en la mañana del día 29, despertando un entusiasmo inmenso, y fue celebrada con repiques de campanas, embanderamiento e iluminación general, salvas en el Santa Lucía, Te Deum en la Catedral, con asistencia del Gobierno y de las autoridades, gran concierto en el Municipal,

principiando la función con el Himno Nacional; elevación de globos, festival en la Plaza con todas las bandas que tocaron el Himno «Arturo Prat», fuegos artificiales en la Alameda, en la cual, como mucha novedad, se encendió una gran luz eléctrica frente a la Universidad, bailes populares en los tablados levantados al efecto en la Alameda y en el Parque, etc.

En esas manifestaciones de alegría (a que se entregaron también todos los pueblos de la República apenas tuvieron noticias del triunfo), iban confundidos el regocijo por la victoria con el sobresalto por la suerte de los deudos y amigos. Y esa cruel incertidumbre estaba en el corazón de todos porque no había quien no los tuviese en la guerra, incluso el Presidente de la República.

El lacónico despacho del General en Jefe se limitaba a dar cuenta de la victoria y concluía así:

«Tenemos muchas bajas, siendo mucho mayores las del enemigo. En este momento me sería imposible apreciar las cifras de nuestras pérdidas».

¿Quiénes serían los muertos?...

En casa de don Renato fue muy celebrada la victoria, pero Luisa no tenía ni un momento de sosiego. Andaba con los ojos brillantes y los fijaba interrogadores ya en su padre, ya en la tía, acusando una desesperación que iba acrecentándose por momentos. Las esperanzas que le daba la tía, su confidente, ahogaban por algún tiempo en el alma de la pobre niña el tormento en que la mantenía aquella incertidumbre.

-¡Tía, por Dios, no sé por qué tengo un susto tan grande!...

-No sea aprensiva, hijita; yo estoy segura de que nada le ha pasado a Ernesto -le decía la señora tratando de consolarla.

-Lo ascenderán a capitán, ¿no?... Y cuando se acabe la guerra y se venga iremos a recibirlo a la estación, ¿no?... Ud. me acompañará, tía, ¿no?

-Sí, hijita, iremos a recibirlo.

La joven la abrazó con fuerza y sonreía graciosamente imaginándose lo bien que se vería Ernesto con su uniforme de capitán y la sorpresa que tendría cuando la viera a ella esperándolo en la estación. Después dijo en tono de mucho misterio:

-Mire, pues, tía le contaré que le estoy bordando un pañuelito de seda marcado con sus iniciales. Cuando lo termine se lo voy a mandar y le diré que él me mande su retrato que se lo pueden hacer en Tacna.

Misiá Matilde sabía el amor de su hija por el joven Flores. Con su instinto de madre lo había sospechado desde antes que se fuera Ernesto. Le había bastado observar la alegría de Luisa cuando llegaba el joven y su turbación y sonrojo en cuanto lo nombraban en su presencia. Creyéndolo un deber de conciencia, su hermana Gertrudis la confirmó en sus

sospechas imponiéndola del amor de ambos jóvenes. La señora lo tomó como uno de esos amorcillos de niños, sin consecuencia, que el tiempo y la distancia hacen olvidar bien pronto. No creyó prudente decírselo a su esposo sabiendo que habían de parecerle muy mal esas relaciones amorosas con un joven que no era de su condición social, por más inteligente y simpático que fuese.

Y así el caballero, sin tener ni la menor idea de los sentimientos de su hija, solía elogiarlo en su presencia, y a ella le daban unos deseos muy grandes de echarle al cuello sus brazos y confesarle su amor. Su madre, en tales casos, se la quedaba mirando entristecida comprendiendo lo que pasaba en el corazón ingenuo de su pobre hija querida.

El día 7 de junio los diarios de la mañana salieron con las listas de los jefes y oficiales muertos y heridos en la batalla. Luisa se había levantado temprano; pensaba ir con la tía a misa de nueve a San Agustín. Juanita rogó a su hermana que antes de irse la vistiera, a lo que la joven accedió gustosa, siendo, por lo demás, ella quien la vestía diariamente con el cariño de una madre, deleitándose en cosa tan de su agrado.

Sabiendo que primero había que rezar, Juanita se puso de rodillas sobre la cama, cubriéndola su hermana con un chal y dejándole libres las manos, que la chica juntó en actitud de orar. Después de rezar el «Padre Nuestro» repitiendo las palabras que le decía Luisa, rezó el «Bendito».

«Bendito y alabado... sea el Santísimo... Sacramento del altar... y la purísima Concepción... de María Santísima... Señora nuestra... concebida sin pecado original... desde el primer instante... de su ser natural... Amén»

-¿Por quién rezó?

-Por mi mamá..., por el papá..., por mis hermanitos..., por la tía -iba diciendo la niñita como se lo habían enseñado y lo decía diariamente.

-Y por nadie más? -preguntó Luisa extrañada que se hubiese olvidado un nombre.

Juanita la miró con ojos picarescos, y sonriendo le dijo despacito:

-¡Por Ernesto Flores!...

Su hermana la cubrió de besos. Y después de enjugarse una lágrima que asomó a sus ojos, se puso a vestirla, riéndose ambas a medida que Luisa iba poniéndole las medias, los zapatitos, lavándole las manos y la cara, peinándola y poniéndole por último su paletocito de abrigo. Enseguida la alzó en sus brazos y le dio dos besos en las mejillas, diciéndola que la quería mucho y que estaba muy linda. Juanita la rodeaba el cuello con sus brazos.

-Ahora vaya a saludar al papá y a la mamá.

Llamó la tía:

-¿Vamos, Lucha?

-Ya, tía.

Entre tanto el señor Téllez, que acababa de recibir El Ferrocarril, encerrado en su cuarto leía con avidez el diario, buscando en primer lugar las bajas de Cazadores al cual pertenecía Justo Pastor, su sobrino, y dio un suspiro de alivio al ver que nada le había sucedido. Después leyó las del Atacama pensando en Ruiz y en el joven Flores; y al ver sus nombres sintió una dolorosa impresión y con el diario en la mano salió a la puerta a comunicar tan triste noticia a la familia, precisamente en el momento en que cruzaban el patio Luisa con la tía.

-¡Qué desgracia, Eduardo Ruiz herido y Ernesto Flores muerto!... ¡Pobre joven!... ¡Qué desgracia!

-¡Papá, no diga eso!... ¡No es cierto, será otro! -exclamó Luisa pálida como un muerto, sintiendo que se le helaba la sangre. Y corrió a arrebatarle el diario.

-¿Dónde está?... ¿dónde?... ¿en qué parte? -decía la pobre niña procurando leer sin conseguirlo, porque con el temblor de sus manos agitaba convulsivamente el diario, y, ofuscada, miraba con ojos extraviados y enloquecidos.

No pudiendo leer se restregaba los ojos, creyendo que estaba ciega.

-¡Tía, no puedo, léalo Ud! -rogó con débil voz y ojos suplicantes.

Entraron al escritorio de don Renato, y extendiéndole sobre una mesa se puso a leerlo la señora en la parte que le señalaba con el dedo el abogado. Luisa, con la cara casi pegada al diario, iba mirando lo que leía la tía.

«Batallón Atacama. Muertos: Capitanes Rafael Torreblanca, Moisés Arce, Melitón Martínez; Tenientes Ernesto Flores...»

-¡Ernesto muerto!... ¡Muerto mi Ernesto! -gritó la joven con un acento desgarrador sintiendo partírsele el corazón dentro del pecho y que se hundía bajo sus pies el suelo.

Y no pudiendo ya sostenerse en pie, se abandonó a su propio peso y se dejó caer sobre un sofá.

Sentada a la orilla de él, se quedó con los ojos brillantes y dilatados fijos en la puerta.

Su padre y la tía la miraban con dolorosa ansiedad.

Al grito angustioso de Luisa, que resonó en toda la casa, acudieron su madre, los niños y las personas de la servidumbre.

El caballero los impuso de lo que sucedía, sin darse, empero, una cuenta cabal de aquel tan grande dolor de su hija.

Misiá Matilde que lo comprendió todo, se acercó a ella y lo mismo hicieron la tía y el caballero con ánimo de consolarla.

-¡Quítense!... ¡Déjenme!... ¿Quién es Ud.?... -preguntó a su madre, que sentada en el sofá la había tomado una mano mirándola con infinita y dolorosa ternura.

La señora se puso a sollozar; también lloraba la tía. Los niños, agrupados cerca de la puerta, miraban sin comprender y con los ojos llenos de asombro.

Don Renato hizo una seña llamando a su esposa, y encerrados en la estancia contigua ella se lo explicó todo.

Luisa continuaba con sus ojos inmóviles, mirando sin ver. De repente dio un ligero grito y cayó al suelo agitada de violentas convulsiones, crujendo los dientes y arrojando espuma por la boca.

Acudieron a socorrerla y alzándola en los brazos la transportaron a su cama. Al desabrocharle el corsé le encontraron un paquete de cartas y el retrato de Ernesto que llevaba ocultos en el seno.

Los médicos, que hicieron venir inmediatamente, diagnosticaron ataque de histero-epilepsia, recetaron bromuro, éter, valeriana y otras necedades, y se fueron recomendando reposo, calma y que no la contrariaran.

Los ataques le repitieron varias veces, y cuando volvió del último quedó la pobre niña con su razón perturbada. No conocía a nadie y a veces sin motivo daba unas grandes carcajadas.

Se levantaba diariamente, eso sí, sin permitir que la peinaran, y con su hermoso cabello negro tendido como un sedoso manto por la espalda vagaba como una sombra por todos los recintos de la casa. A veces caía en una especie de letargo. Cuando se acercaban a ella pedía con voz suplicante que la dejaran en paz.

Una mañana la vieron entrar, llevando un libro en la mano, al cuarto en el cual en otros tiempos daba sus lecciones a Ernesto. Al poco rato oyeron que estudiaba en alta voz:

-«El árbol está formado de las raíces, el tronco y las ramas. Las raíces sirven para nutrir la planta»... Cuando venga Ernesto verá que no soy una floja y que sé bien mi lección... ¡Qué contento se irá a poner mi señor profesor!

Enseguida se puso a canturrear.

«Un pajarillo
de rama en rama

cantando alegre
feliz saltaba;
más, de repente
sujeto se halla
por una oculta
sagaz lazada».

«...Juana... la chana... y la cara de rana... Juancho... calancho... ñor Pancho... y el cara de chancho...» ¡Ja, ja, ja!...

Misiá Matilde, que estaba allegada a la puerta con don Renato y su hermana, soltó el llanto y se abrazó a su esposo. La tía se oprimía la boca con el pañuelo.

-¿Quién está ahí?... ¿Ernesto?... ¡Entre!

Los tres huyeron conteniendo los sollozos.

- III -

La noticia de la batalla de Tacna produjo en Santa Cruz, como en Santiago, idéntica impresión de regocijo y sobresalto. La familia Guzmán estaba llena de intranquilidad por la suerte de Justo Pastor, y en Marta, que tenía un doble motivo de inquietud, la agitación fue en aumento y acabó por privarla completamente del sueño.

Don Cayetano no tenía un momento de reposo y andaba inquieto y agitado pensando en su sobrino. Vivía pendiente de la llegada del correo y solía subir al campanario a ver si divisaba en el camino al hombre con la valija, encontrando que nunca venía con la suficiente ligereza. Don Facundo esperaba noticias alojado en casa del cura. Doña Dolores y Merceditas rezaban mucho y la niña ofrecía sus oraciones por la salud de Eduardo.

El día 7 de junio en la tarde llegaron los diarios con las listas de los oficiales muertos y heridos, las que don Salustio leyó en presencia de toda la familia reunida en la antesala. No encontrando el nombre de Justo Pastor entre las bajas de Cazadores exclamó alegremente:

-¡Pasamos el susto, Rosario; nada le ha sucedido a nuestro hijo!

-¡Abalado sea Dios y su Santísima Madre que han oído mis súplicas! -expresó la señora, y llorando reposó su cabeza en el pecho del esposo.

Éste siguió leyendo, asombrado del gran número de oficiales muertos y heridos; y apenas hubo nombrado a Ernesto Flores entre los primeros, Marta dejó escapar un «¡ah!»... de sorpresa y de dolor y dijo: -«¡Pobre Luisa!» y se oprimió las manos.

-¿No era el profesor de tu prima ese joven? -le preguntó su padre.

-¡Sí, sí!... ¡Pero siga leyendo, papá! -le pidió la joven, casi trémula, y con tal ansiedad que su padre se quedó mirándola sorprendido.

Don Salustio nombró a Eduardo Ruiz entre los heridos y Marta dio un grito, se cubrió la cara con las manos y se puso a sollozar derramando abundantes lágrimas. Se retiró precipitadamente y fue a encerrarse en su cuarto, y allí comenzó a llorar ahogada y sacudida por inextinguible llanto.

-¡Lo que yo me suponía! -dijo a su esposa don Salustio. Éstas son las consecuencias de aquellas intimidades en Matanzas. Ya no me cabe la menor duda de que ambos han continuado manteniendo relaciones y correspondencia. Y tal vez ya es demasiado tarde para evitarlo.

-Pero si se quieren, pues, Salustio, y él es un buen joven...

-No digo yo lo contrario. Me duele no más que estas cosas pasen a espaldas de uno... Vaya a verla, Rosario, y trate de consolarla... Quizás no sea de gravedad la herida de Eduardo.

En aquella ocasión Marta abrió su alma a su madre y ésta la prodigó mil caricias y palabras tiernas, dejándole comprender que podía contar con el cariño y la voluntad de sus padres en cuanto deseara; y finalmente la consoló asegurándole que la herida de Eduardo no era grave, estaba cierto de ello, así se lo decía el corazón.

-¡Mi mamacita, mi mamacita querida! -le dijo Marta y ambas se abrazaron en un largo y estrecho abrazo y se besaron mezclando sus lágrimas.

Marta expresó el deseo de no salir de su cuarto, no quería que la vieran y además le dolía la cabeza.

Misiá Rosario se retiró a comunicar a su esposo cuanto le había confesado su hija. Después de oírla se quedó pensativo el caballero.

Marta se acostó temprano. Entró a verla don Salustio y llegándose a su cama le tocó la frente con el dorso de su mano, indagando si tenía fiebre. Marta le tomó la mano y llevándose a sus labios se la besó despacito.

Su padre la besó en la frente y se retiró enseguida, siempre silencioso y pensativo.

En casa del cura la consternación era general y grande.

Don Cayetano perdió enteramente el apetito y a la hora de comida no pudo pasar ni una cucharada de sopa. Todo se le iba en suspirar ruidosamente, lamentando la desgracia y haciendo conjeturas sobre la naturaleza de la herida. ¿Sería grave?... ¿En qué parte del cuerpo lo habrían herido?... Si mejoraba ¿quedaría cojo o manco?... ¡Qué desgracia, señor, qué desgracia!

Merceditas era un manantial de lágrimas y don Facundo expresaba su dolor, o mejor dicho su enojo, dando unos grandes puñetazos sobre la mesa y tratando de imbéciles a los que mandaban semejantes noticias de la guerra sin expresar si eran graves o poca cosa las heridas, y dejaban a los parientes con el alma en un hilo sin saber a qué atenerse; y bien pudiera ser que lo de Eduardo no fuese más que una herida entre cuero y carne.

Esta idea de que la herida fuese «entre cuero y carne» los alivió mucho.

Pocos días después recibió don Salustio carta de su hermana Gertrudis dándole cuenta del triste estado en que se encontraba Luisa, con su razón completamente perdida a consecuencia de la impresión moral que recibió al saber la muerte del joven Flores, de quien estaba enamorada: «Tú comprenderás cómo estaremos todos en la casa viéndola en tanta desgracia, que ya no hay corazón que resista. Ella quizás es la que menos sufre porque no se da cuenta de nada, ni conoce a nadie, y de repente se pone a reír a carcajadas. Los médicos dicen que podrá sanar con el tiempo».

Le hizo a don Salustio una impresión profunda la noticia. Era de los que no creen que se pueda enloquecer o morir de amor, cosas que sólo en las novelas se ven. Se quedó meditando tristemente un largo rato: pensaba en Marta y se afligió su corazón de padre. Llamó a su esposa y la dio a leer la carta. La señora lloró amargamente. Acordaron no decir ni una palabra a Marta.

Diez días después llegó carta de Justo Pastor, fechada en Tacna y dirigida a su madre. En ella daba muchos detalles de la batalla y del papel poco activo que le correspondió a la caballería, la que no pudo cargar debido a lo arenoso del terreno. Pero lo más interesante de la carta era lo concerniente a Eduardo Ruiz:

«No sé si Uds. ya sabrán que el pobre Eduardo fue herido de un balazo en el pecho que lo bandeó de parte a parte. El ñato se portó muy valiente y peleó hasta lo último, lo hirieron cuando ya se estaba acabando la batalla. Lo trajeron en camilla a Tacna y aquí se está curando en casa de unas señoritas peruanas, gente honorable y muy buena que lo cuida mucho. Yo voy a verlo todos los días. Al principio creíamos que el pobre ñato no escapaba, porque estaba malazo; pero ya está mucho mejor y los médicos dicen que ya pasó el peligro y que no se muere y que ha hecho una escapada bien grande. Le han prohibido que hable y lo tienen acostado de espaldas sin moverse. Él me rogó que fuese a verlo todos los días porque es mucho lo que le gusta que le converse de Santa Cruz y de las personas de por allá. Como tampoco puede escribir me pidió que le escribiese a su nombre a su tío don Cayetano para que tanto él como su padre supiesen que estaba herido; pero que no le dijese por nada, ni tampoco a los de mi casa, para que no se asustaran, que la herida había sido en el pecho, sino en el brazo derecho y que por eso él no podía escribirles. En esto no le doy gusto porque deseo que sepan lo grave que ha sido su herida y porque ya está fuera de peligro.

También me hizo otro encargo para el cura, y es que vaya a Chépica a ver a la madre de Ernesto Flores, que murió en la batalla de Tacna y que era como un hermano de Eduardo, y que trate de consolarla asegurándole que murió como un héroe, y que le diga que él tiene en

su poder el reloj, la espada y varias otras prendas de Ernesto y que se las llevará cuando pueda ir al sur. Muéstrole esta carta al cura y déle de mi parte muchos saludos».

La carta produjo gran impresión, y después de ser leída dos o tres veces en casa de los Guzmán, don Salustio se apresuró a llevársela al cura, a quien felicitó por la conducta de su sobrino, dándole, a la vez sus parabienes por la mejoría del joven. Es de advertir que el señor Guzmán había ido varias veces a ver a don Cayetano desde el mismo día en que supo que Eduardo estaba herido; atención que también habían tenido con el cura todos los vecinos del pueblo.

Don Cayetano casi se volvió loco de alegría, e inmediatamente despachó un propio a Yaquil que llevó, con autorización del señor Guzmán, la carta de Justo Pastor para que la leyera don Facundo.

Y a la mañana siguiente, después de decir su misa y cumpliendo el encargo de su sobrino, hizo viaje a Chépica a ver a la madre del joven Flores.

Regresó en la tarde. ¡Venía con la cara caída, los ojos rojos, los labios y los párpados hinchados, la boca dolorosa y triste, triste!...

Lo notaron inmediatamente doña Dolores y Merceditas y le preguntaron si venía enfermo o qué era lo que traía.

-¡Enfermo del alma, hijas, del corazón!... Yo he visto muchos dolores, muchas lágrimas, muchas desesperaciones en el largo desempeño de mi ministerio; pero nunca, nunca había visto un dolor más grande de madre. Muchos días hace que la pobre llora a gritos y anda por toda la casa retorciéndose las manos y diciendo: «¡Mi hijo!»... «¡Mi hijo!»... «¿Por qué han muerto a mi hijo?»... «¡Mi Ernestito!»... «¿Por qué me castiga Dios así?»... «¡He quedado tan sola en el mundo!»...

Don Cayetano no pudo proseguir: comenzó a hacer pucheros con los labios gordos y temblorosos, se le descompuso toda la cara y rompió a llorar cubriéndosela con las dos manos, sacudido de sollozos.

Pidió por favor que le prepararan la cama y que le llevaran una taza caliente de tilo. Deseaba acostarse.

- IV -

Ese día se levantaba por primera vez Eduardo Ruiz, después de dos meses de cama. Sentía las piernas pesadas como plomo, y apenas si pudo dar algunos pasos sostenido por la señora Martínez y su hija Emilia, viéndose obligado a sentarse en un sillón porque se le desvaneció la cabeza. Estaba extremadamente flaco y pálido; pero tenía esa dulce alegría locuaz y comunicativa de los convalecientes de una enfermedad larga y grave, sintiéndose volver a la vida después de haber visto tan cercana la muerte.

Otra de las señoritas Martínez le trajo un ramo de flores, que él aspiró con deleite, embriagándose en su perfume.

-Gracias, Sofía, gracias, le dijo. ¡Qué flores tan lindas!, ¡y cuántos recuerdos me traen de mi niñez, recuerdos de antiguas primaveras pasadas allá en mi pueblo, inolvidables para mí! Yo soy de origen campesino, Sofía, soy colchaguino, una tierra cubierta de bosques, regada por grandes ríos que corren en medio de los campos y dan vueltas al pie de los cerros, y el cielo es muy azul, lleno de sol. Y si Ud. viera lo preciosos que son los potreros sembrados de trigo, de un color verde cuando está creciendo y de un amarillo de oro cuando está maduro, matizados de florcitas de yuyos y de nabos, que se extienden hasta perderse de vista... A mí me gusta mucho el campo, Sofía.

-Por eso pues, le gustan tanto las flores... Y además Ud. es medio poeta -dijo sonriéndose la joven. Y al hablar puso en su voz ese acento dulce que asemeja una caricia y ese modo tan gracioso que tienen todas las peruanas, y que desde el primer momento llamó la atención a los chilenos, quienes decían de ellas que oyéndolas se creería oír una música celestial.

-No soy poeta, pero soy sensible y tengo el corazón agradecido. Como podré corresponder jamás, ni agradecer lo suficiente las atenciones que Uds. me han prodigado. No las olvidaré nunca y créame, Sofía, que mi agradecimiento durará lo que dure mi vida.

-No hablemos de eso -dijo la joven viéndole tan conmovido-. No hacemos más que agradecer las atenciones que las familias chilenas prodigan a mis hermanos prisioneros en San Bernardo.

La señora trajo una sobrecama de vicuña y se la echó sobre las piernas. Le allegaron una mesita, y Pacheco, el asistente, le sirvió el almuerzo. Terminado éste, se puso de pie, y afirmándose sobre el hombro del asistente dio unos cuantos paseos por la estancia, deteniéndose a mirar por una ventana el jardín de la casa alumbrado de lleno por el sol y un retazo azul del cielo cortado por unos grandes cerros desnudos enteramente de vegetación.

-¿Qué cerros son éstos, Pacheco?

-Allá arriba fue la batalla, pues, mi teniente.

-¿Ahí?...

Se quedó mirando un largo rato, absorto en dolorosos recuerdos. Después dijo en voz baja, como hablando consigo mismo:

-¡Qué horrible cosa es la guerra!

-Fue muy reñiaza, mi teniente; naa falsos que estuvieron los cholos y los cuicos.

-Demasiado sangrienta, Pacheco. Murieron muchos... ¡Pobre Ernesto!... Chile no sabrá nunca con cuantas lágrimas, dolores y sacrificios van envueltas sus victorias... Los peruanos son los responsables de esta guerra a la cual nos han obligado. Nadie en Chile la deseaba, pero ha tenido que defenderse... Quiero sentarme, Pacheco, me siento algo fatigado.

Vuelto a su asiento pidió al asistente que le pasara unos diarios de Santiago, y enseguida entregándole diez pesos le ordenó que fuese a comprar un paquete de confites. Cuando regresó con el encargo hizo llamar a Juanita, la menor de la familia Martínez, y besándola le dio los dulces. A la niña se le alumbró la cara de contento, dio las gracias y se fue corriendo.

Se acostó a las dos y poco después entraron Justo Pastor y Pancho Troncoso. Venían con uniforme de ciudad, elegantes. Justo Pastor, recién ascendido, lucía sus galones de teniente y el «Gallo de Hoja» estaba magnífico y se daba más facha que un general con su gran bigote retorcido y aquel mirar imperativo, de conquistador.

-¿Qué hay, chico, te levantaste hoy?

Eduardo les dijo que sí, que lo había hecho por unas tres horas.

-¿Y qué tal esas piernas, ñato? -inquirió Justo Pastor.

-Algo pesadas todavía, pero para ser la primera vez no lo hice del todo mal... Y Uds. ¿qué tal vida en la ciudad?... ¿Hay conquistas, Pancho?

-Hombre, tengo por ahí una veta que me parece que va a dar en alcance...

-¿Y qué tal es ella? -le preguntó sonriendo Eduardo, a sabiendas que para el «Gallo» todas sus pretendidas conquistas eran huríes y odaliscas.

Y efectivamente, abriendo mucho los ojos y cantando dijo:

-«Es muchacha que tiene pintada la piel de color de canela, que no hay más que ver!»...

Y agregó Justo Pastor poniéndole una mano sobre el hombro y los ojos en blanco:

-«Ay, amigo Venancio, no me hables así que a pesar de mis once años me hacen tilín!»

Y ambos abrazados se pusieron a bailar dando vueltas por el cuarto, con muchos gestos y meneos, haciendo sonar los sables y diciendo: «¡Tilín, tilín!»... «¡Tilín, tilín!»...

Eduardo se reía a carcajadas. Por las puertas entreabiertas miraban las señoritas Martínez sin poder contener las suyas.

Después de decir mil disparates y hacer mil payasadas, entreteniéndolo como una hora al joven Ruiz, se fueron con gran sentimiento de éste y se largaron por la calle del Comercio, la principal y más concurrida de la ciudad.

Estaba animadísima. Una multitud alegre, palpitante de vida, compuesta de oficiales y gente de tropa, iba y venía obstruyendo casi las veredas, entrando a los almacenes, a la confitería, a los bares, charlando en alta voz, saludándose militarmente con bruscos movimientos de la mano llevada al kepí, y esa seguridad y aplomo del soldado vencedor en una ciudad conquistada.

Entraron al café del «Globo». El recinto se hacía estrecho para la concurrencia; era un hormiguero de oficiales con mucho ruido de sables y gran algazara, que formaban grupos compactos, ya bebiendo en el mostrador de la cantina, ya jugando en los billares o hacían lunch sentados alrededor de mesitas de mármol. El humo de los cigarros formaba una niebla.

-¡Dos vainas! -gritó Justo Pastor en el mostrador.

-¿Cómo te va, rucio? -le saludó un oficial desde una mesita.

-¡A la riquitque! (all righth) Salud, mocho -le contestó Justo Pastor.

Sobre el mármol del mostrador sonaban rebotando los dados después de haber sido remecidos en el vasito de cuero por los que jugaban al cacho el consumo de copas:

-«Full» - «Quina» - «Cuatro ases».

Dos oficiales discutían con mucho acaloramiento sobre cuál hecho de armas era más importante, si la batalla de Tacna o la toma del Morro de Arica.

-La batalla de Tacna -dijo el «Gallo de Hoja» interviniendo- ha sido la más grande batalla campal que se ha dado hasta hoy en Sud-América.

Es de advertir que Troncoso tomó parte en ella como oficial de Cazadores del Desierto, cuyo segundo jefe fue herido gravemente, aparte de otros oficiales.

-Sí, pero el Morro se consideraba inexpugnable -objetó el oficial que defendía ese hecho de armas.

-¡Pero no para los chilenos!... ¿Comprende? -le replicó con viveza el «Gallo» y en un tono que ni Napoleón.

El otro se calló.

Enseguida, dirigiéndose a un grupo de oficiales que sentados alrededor de una mesa oían con vivo interés el relato que uno de ellos estaba haciendo, les dijo:

-¿Están oyendo la famosa escapatoria que hizo Wenceslao Cavada?

-Sí; qué cosa más interesante, hombre!... Sigue, Cavada.

Éste prosiguió:

-A la mañana siguiente de haberse fugado Bruno Cepeda, cosa que puso furiosos a los peruanos, solicité una entrevista con el subprefecto. Me fue acordada y me condujeron, bien custodiado, a su presencia. Estaba con otros peruanos en una sala, todos sentados alrededor de una mesa, bebiendo copitas de pisco y, al parecer, deliberando sobre que clase de muerte nos darían. Me ofrecieron asiento. Les dije que las faltas cometidas por el soldado Bruno Cepeda habían sido contra mi voluntad, porque se me había insubordinado, arrastrando a los otros soldados a la desobediencia, y que si me fuera posible regresar al campamento chileno, yo sería el primero en pedir su castigo. -«¡No volverán, pues, porque nosotros, pues, nos encargaremos de castigarlos, como merecen, a todos, pues!» -me dijo un peruanito muy fruncido. El Subprefecto me preguntó a qué habíamos venido al valle, y le contesté que a buscar legumbres. -«¡Mentira, pues; Uds. han venido a robar y a violar mujeres, pues!» -dijo el mismo peruanito fruncido, poniéndose de pie y amenazándome con el puño. Yo le contesté: «No niego las faltas cometidas por uno de mis soldados, y repito que las cometió desobedeciéndome. Aunque quisiéramos salvarlos nos sería imposible -me dijo el Subprefecto- ya ve Ud. cómo está el pueblo, amotinado y furioso... Pero sírvase una copita» -agregó sirviéndome pisco.

De la plaza venían los gritos del cholaje, insultándonos y pidiendo que nos matasen luego.

-¡Pero, hombre, cómo pudieron escapar! -expresó uno de los oficiales que oía la relación de Cavada.

-¡Vas a ver tú; si parece mentira, hombre, cosa de cuento, increíble. Vuelto a mi prisión, y al poco rato, entró un peruano que se quedó mirándome, y luego me preguntó de dónde era y cómo se llamaban mis padres. Le contesté que era de Copiapó y le dije sus nombres. Apenas los hube nombrado me echó los brazos al cuello, diciéndome que él había estado alojado en mi casa, años atrás, de viaje para la Argentina, en negocios de ganado, y que mis padres lo habían atendido mucho, por lo que estaba muy agradecido; y que ésta era la oportunidad de corresponder a tantas atenciones; que él era persona influyente en el pueblo y conseguiría salvarme, no así a los soldados.

-¡Vaya, hombre, si parece en realidad cosa de cuento! -expresó otro de los oficiales, sumamente interesado en la relación de Cavada.

-Ya en la tarde -continuó éste- oí que al lado de afuera andaba una persona revolviendo un caballo, y luego, atropellando al centinela, entró montado y comenzó a querer atropellarme a mí y a darme de chicotazos, diciéndome que no por haber comido porotos en mi casa iba a impedir que me ahorcaran...

-¿Quién era entonces, hombre? -interrogaron ansiosos los oficiales, con tamaños ojos abiertos, no pudiendo creer lo que ya sospechaban.

-¡Mi protector, enteramente borracho!...

-¡Ésta sí que es buena!...

-Me vi perdido otra vez. Al amanecer oí que decían: «Ya están las cabalgaduras»; y pensé que nos iban a fusilar arriba del cerro, y que los caballos eran para las autoridades. Nos sacaron y vi que eran unos burros aparejados. Nos hicieron montar en ellos y nos amarraron las piernas por debajo. El Subprefecto nos explicó que íbamos a Tacna, porque así lo había ordenado el general Campero. El viaje fue atroz y en todo el trayecto los cholos salían a vernos y a insultarnos. Ya en Tacna fuimos conducidos a una prisión y pocas horas después me hicieron comparecer ante el prefecto, todo un caballero, que me trató bien y me hizo muchas preguntas sobre el ejército chileno.

Un día me convidó a comer a su mesa para que me vieran y hablaran conmigo Campero y Montero. Había mucha gente y todos me miraban con curiosidad, como a un animal raro. Me decían que estaban seguros de su triunfo y de la derrota de los chilenos, porque tenían muy buenas posiciones y estaban bien atrincherados; y hablaban de las fiestas que darían en celebración de la victoria.

Por fin un día comenzó la batalla, y entonces nos cambiaron de prisión y nos encerraron en la Cárcel Pública, donde había otros presos, peruanos y bolivianos.

Oíamos el ruido de la batalla como si la estuvieran dando sobre nuestras cabezas. El ruido de los cañones y de la fusilería era espantoso; parecía que vaciaban carretadas de piedras en la calle.

A eso de la una del día vinieron a sacar a los peruanos y bolivianos que estaban con nosotros, nos dejaron solos y retiraron los centinelas, cerrando la puerta por fuera. A eso de las tres oímos muchas carreras y gritos en la calle. Un hombre preguntó: «¿Dónde están esos chilenos bandidos?» Y le contestó una voz de mujer: «Ya los sacaron delante para fusilarlos». La mujer creía que nos habían sacado con los otros presos, y nos salvó sin quererlo.

Las carreras seguían en la calle como de gente que huye a la desbandada a la voz de «Sálvese quien pueda». Uno dijo: «¡Los bolivianos han traicionado, pues!» Después silencio absoluto, como si no hubiese nadie en la ciudad, como muerta.

Para nosotros casi no había duda de que los peruanos y bolivianos habían sido derrotados. Ya a la caída de la tarde oímos el ruido que hacía en el empedrado de la calle un escuadrón de caballería que pasaba al tranco de los caballos, frente a la prisión. ¿Serían chilenos? Uno de ellos dijo: «Parecida a Copiapó esta ciudad». No pueden ser sino chilenos, pensamos nosotros, gente que ve por primera vez a Tacna. Pero no las teníamos bien seguras.

En lo alto de la muralla tenía la prisión un pequeño tragaluz protegido por barras de fierro. Nos encaramamos unos encima de los hombros de los otros y miré para afuera. ¡Imagínense Uds. el gustazo cuando vi a los Cazadores que desfilaban llevando en alto la bandera chilena! Golpeamos la puerta con pies y manos y nos pusimos a gritar: «¡Aquí hay chilenos presos!»... «¡Aquí hay chilenos!»... «¡Abran la puerta!» La echaron abajo y nos sacaron poco menos que en triunfo.

Los oficiales, que habían oído con el aliento suspendido la relación de aquella escapada milagrosa, la celebraron con grandes manifestaciones de admiración y regocijo. Uno de ellos gritó, golpeando las manos:

-¡Mozo, cuatro vainas dobles!

El «Gallo de Hoja», tomándose del brazo de Justo Pastor, salió con él a la calle diciéndole:

-Te voy a mostrar, rucio, la niña de mis pensamientos. A ver si la encontramos esperándome a la reja de su ventana.

Echaron calle arriba, torcieron por el Pasaje Vigil y se metieron en una estrecha y menguada callejuela.

-¡Ahí está, precisamente detrás de la reja!... Fíjate al pasar.

Pasaron despacio por la vereda del frente y vio Justo Pastor una morenita tirando casi para cochayuyo, pero muy peripuesta y que al verlos se rió mostrando una media luna de dientes blanquísimos.

En cuanto el «Gallo» la tuvo al alcance de sus ojos empezó a echarle ojeadas, a suspirar y a mostrar su afición y sus deseos con todas las muestras de un amor insensato.

-¿Qué te parece? -preguntó el «Gallo» muy ufano.

-Bien no más, pues -respondió Justo Pastor, que no quiso desengañar a su amigo. Y pensó para sí: «Esta negra tiene callana».

-Pura canela... -dijo el «Gallo» lamiéndose medio bigote con la punta de la lengua.

«Puro Carbón» -se dijo Justo Pastor y preguntó:

-¿Y ya has hablado con ella?

-No; pero pienso hacerlo esta noche. ¿Quieres acompañarme?

-Aceptado. A ver si tiene otra amiga que me cuadre y nos tomamos un ponche caliente.

Regresaron después de comida, a eso de las nueve de la noche. Troncoso dijo que él se adelantaría sólo para no espantar la perdiz viendo a dos oficiales. Justo Pastor se quedó detrás de la esquina esperando que lo llamara su compañero en el momento oportuno.

El «Gallo» golpeó la puerta.

Una voz dijo en el interior:

-Doméstica, asómate al balcón y ve quién son.

-Oficiales es, señorita -le respondió la sirvienta viendo a Troncoso.

-¿Cuántos es?

-Uno son.

Le abrieron la puerta y le hicieron pasar a un cuarto pobremente amoblado, en el cual estaban sentadas la muchacha y una zamba gorda, especie de «Celestina», que fumaba su cigarro puro muy arrebuja en un viejo chal de cachemira.

El «Gallo de Hoja» tendiendo la mano se presentó:

-Pancho Troncoso, teniente del batallón Cazadores del Desierto, servidor.

La negrita se incorporó, hizo un gracioso saludo con la cabeza y le estrechó la mano, diciendo con una voz de gatita marrullera:

-Mucho gusto de conocerlo, señor teniente... Manuela Prado y mi tía Ignacia Prado... servidoras, para lo que mande.

-Vaya, pues, tengo gusto -dijo la vieja alargando la mano... siéntese, caballero.

-¿De la familia del presidente Prado? -interrogó Troncoso halagado con la idea de tener amores con una peruana de familia copetuda.

-Parientes lejanas -le respondió la zamba asintiendo con la cabeza, sin maldita la pretensión; y estiró la jeta y cerró los ojos.

-Tengo un amigo que me está esperando allá afuera. ¿Me dan permiso para hacerlo entrar?

-¡Hua!... ¿Por qué no viene, pues? -dijo doña Ignacia.

Troncoso salió a la calle, dio un silbido y un momento después entraba con Justo Pastor.

Saludos, presentaciones...

-¡Parientes del presidente Prado!... ¿Qué te parece? -lo informó el «Gallo».

-Bien no más, pues -le contestó Justo Pastor, comprendiendo desde el primer momento entre qué gente estaban.

Y como era hombre práctico y no quería perder tiempo, sacó \$20 del bolsillo y pasándoselos a la vieja alcahuete le dijo que les hiciera un ponche caliente... por lo pronto, después hablarían.

A la media hora se lo estaban bebiendo vaso a vaso, charla que charla y pita que pita.

Preguntó la señora:

-¿Uds. son solteros?

-Y enteros -contestó el «Gallo».

-¡Hua!... ¡qué lisura! Claro, pues, que no les falta ninguna pierna.

-Uds. los chilenos tienen un modo de hablar extraño y unas palabras muy singulares, apuntó la muchacha. A los soldados los llaman «los niños», y en vez de decir voy para Iquique dicen «voy piquique».

-¿Sabe cómo le decimos al ponche caliente en mi tierra? -preguntó Justo Pastor.

-¿Cómo lo nombran, pues?

-Paralelipípido.

-¿Párale qué? -preguntó la negrita.

-Pípido -respondió Justo Pastor.

-Pero Ud. no será chileno, sino inglés -le dijo la señora, mirándole el collar de barbas rubias.

-Chileno hasta las cachas -le contestó Justo Pastor.

-¿De veritas?

-¡De verijas tengo un lazo, cortito pero buenazo!...

En esto llegó de sopetón y cantando un peruanito como un palo de fósforo, relamido y gomoso, con un junquillo en una mano y un ramo de flores en la otra. Al ver a los oficiales, hizo un alto de sorpresa y se quedó en la puerta todo turulato y asustado, con una cara de cretino estupefacto.

-Entre, Narciso; son amigos -le dijo la zamba.

-No quisiera ser importuno y molestar a estos caballeros. Creí que estaban solas y por eso vine a hablar un rato con Uds. cuya compañía me es tan grata. Y por eso cantaba y traía estas flores a Mañunga... Aunque con eso y sin eso, puramente, quizás, ahí; para mí la música y las flores... Buenas noches, señoras y caballeros.

-¡Entre hombre, no sea tan repulido y circunstanfláutico! -le dijo Justo Pastor.

Narciso avanzó balanceándose en la punta de los pies, obsequió las flores a Mañunga y fue a sentarse en el borde de una silla, recogiendo los pantalones a media canilla para evitar las rodilleras, y dejó pasada a pachulí la pieza.

El «Gallo» le alargó un vaso de ponche, preguntándole si había tomado parte en la batalla.

-Vea Ud.; precisamente no; es decir, precisamente sí; pero en las ambulancias, en la cruz roja, al amparo de la Convención de Ginebra; esto es, no como hombre de guerra, sino como hombre de paz, para aliviar en sus dolencias a los que caían heridos víctimas del infortunio y del lado cruel.

A las once de la noche Narciso estaba completamente borracho, y abrazaba y les decía «queridos amigos» a los oficiales; y por último bailó la Moza mala.

Al final de aquel baile lúbrico, Justo Pastor lo agarró de los fundillos, lo encumbró y se lo sentó en un hombro.

-¡Qué chileno tan tosco!... ¡No me jale la nalga!... -clamaba Narciso, agitando en el aire las canillas.

- V -

Eduardo Ruiz se embarcó en Arica en viaje al sur a mediados de agosto, con licencia hasta el completo restablecimiento de su salud, un tanto delicada aún. Iba contento como colegial en vacaciones. Le parecía que habían pasados muchos años desde que saliera de Chile, y tenía ansia grande de volver a ver a las personas tan queridas que allá había dejado. A medida que avanzaba en su camino, se le dilataba el corazón y se le poetizaba la existencia, viendo al través de sus recuerdos un país de ensueños, de hermosos campos de esmeralda, de nevadas montañas, de bosques seculares y caudalosos ríos; en todo tan diversos de los desiertos calcinados que el ejército había recorrido, sin más reparos que pequeños oasis perdidos entre desolados arenales.

Veía un país de suave luz, de flores y alegría, y rostros amigos y sonrientes y brazos tendidos dándole la bienvenida.

Y en medio de aquel Edén, de aquella gloria, veía a Marta, su Marta idolatrada, la hermosa joven de la trenza de oro y luminosos ojos azules, amor de sus amores desde niño, luz y esperanza consoladora en sus días de tristezas y amarguras en aquella campaña penosa y ruda, tan llena de sufrimientos y de horrores.

Iba contando los días y las horas a medida que se acercaba, pareciéndole más azul el cielo, más puro y cristalino el aire, que él aspiraba con embriaguez ensanchando los pulmones para beberlo.

-¡Valparaíso!... ¡Valparaíso!

Estaba a la vista la «Perla del Pacífico», y poco a poco fue surgiendo la ciudad con sus pintorescas casas escalonadas en los cerros, extendiéndose en amplio anfiteatro en forma de herradura.

La mañana era diáfana, fresca y transparente como un cristal; y el sol alumbraba dulcemente los verdes lomajes cubiertos de césped; teñía de ocre ciertos retazos calvos de la cumbre y ponía una nota alegre en las casas blancas y en las torres de las iglesias. Del lado del oriente asomaban los picachos nevados de la cordillera de Los Andes, y en medio de ella, majestuoso y grande, el cono albo del Aconcagua.

Eduardo bajó de los primeros.

- VI -

Don Facundo y don Cayetano esperaban en la estación de Palmilla la llegada del tren que conducía al teniente Ruiz. Don Facundo había venido de a caballo, luciendo sus mejores prendas de montar, bien lustradas las botas, relucientes las espuelas, manta corta con bordados sobre un paletocito negro, sombrero de castor y en la guarnición del caballo, la plata maciza por arrobas. El cura, bien rapado, se había puesto la sotana nueva y la teja buena, y vino en un birlocho para conducir en él al sobrino. Ambos estaban impacientes y emocionados paseándose en el andén.

El tren llegó a las 3 p. m.

-¡Ahí viene! -exclamó don Cayetano, el primero en ver a Eduardo asomado a la ventanilla y haciéndoles saludos con la mano.

Lo recibieron en los brazos. Don Cayetano no podía soltarlo y se reía y lo palmoteaba, lo besó y se le rodaron por último dos lágrimas. Don Facundo le dio tal abrazo que casi lo sofoca, y hacía unos gestos horribles como si quisiera contener un sollozo.

-Estoy orgulloso de ti, muchacho -le dijo-; has dejando bien puesto el nombre. Pero buenos sustos hemos pasado tanto yo como Cayetano... ¿Y cómo va la herida? Te encuentro más flaco, pero ya te irás reponiendo... Cuestión de buenos caldos.

-Me siento bien, padre, aunque un poco débil todavía. Más que los buenos caldos me repondrá el gusto de estar con Uds. y este aire tan puro que se respira aquí. ¡Qué hermoso lo encuentro todo!... ¡Qué deseos tan grandes tenía de llegar!

-¿Y qué tal viaje, sobrino?

-Muy bueno tío. ¿Y por acá cómo están todos, doña Dolores y Mercedes?

-Esperándote, no hallan las horas de verte.

-¿Y las demás personas del pueblo? (la pregunta iba dirigida a saber de Marta).

-Todos bien; a diario me preguntan por ti.

-A la familia Guzmán le traigo noticias frescas de Justo Pastor.

-Hombre; gusto les va a dar porque el mozo es algo flojo para escribirles. De esta suerte iban hablando mientras se dirigían a tomar don Facundo su caballo y el cura con el sobrino el birlocho. Y ya en él, le dijo el segundo al primero:

-Hábleme de Marta, tío, y dígame cuanto haya, que estoy impaciente de saber en qué estado se encuentran las cosas. Ella me da muchas seguridades en sus cartas, pero bien puede estar engañada; le temo a don Salustio.

-No temas, va bien. Desde luego puedes contar con la voluntad decidida de Misiá Rosario, enteramente de tu parte; así me lo manifestó en días pasados en una conversación que tuvimos. Ella dice que no quiere ver llorar a su hija y que sea desgraciada. A ti te encuentra un buen acomodo para la niña. En cuanto a don Salustio, a quien su esposa ha hablado sobre el particular, tampoco dice redondamente que no, quiere ver más claro y que las cosas vayan por sus cabales, sin precipitarse. Ni una palabra me ha dicho cuando nos hemos visto; pero esto no me extraña, siendo como es tan reservado. Su delicadeza y su orgullo no le permiten abordar directamente conmigo esa cuestión que pudiera tomarse como un avance o una insinuación indelicada de su parte. Pero anda muy atento y amable conmigo, y cuando me ve nunca deja de preguntarme con mucho interés por ti... Otra cosa: Facundo ya no hace aquellos malditos tacos de marras.

-¿Sabe mi padre que yo deseo casarme con Marta?

-Lo sabe, se lo he dicho yo mismo preparándole el ánimo.

-¿Qué dijo él?

-Se rió, puso buena cara. Por ese lado no temas.

-¿Y sus proyectos de casarse con Mercedes?

-Más firmes que nunca.

-¿Y ella?

-La «Tortolita» llora que llora y sin decir ni «sí» ni «no».

En estas y otras pláticas entraron a la plaza del pueblo y tan pronto los vecinos divisaron el birlocho escoltado por don Facundo, dispararon muchos escopetazos, prendieron cohetes y lanzaron voladores. En la iglesia repicaban las campanas, y multitud de gente asomada a las puertas de las casas, agitaba pañuelos y gritaba: «¡Viva Eduardo Ruiz!»... «¡Viva el teniente del heroico Atacama!».

El cura estaba como en la gloria, batía palmas, se reía, mostraba con la mano a su sobrino y agitaba la teja en el aire.

Eduardo, profundamente emocionado y agradecido de aquella manifestación inesperada, una gran sorpresa para él, saludaba quitándose el kepí, y por sus mejillas le rodaban las lágrimas.

En la puerta de la casa parroquial le recibieron doña Dolores y Mercedes, a quienes abrazó cariñosamente. La «Tortolita», temblando de emoción, no pudo contener el llanto. Y Eduardo, viendo aquel tierno cariño que a él se le imaginaba de hermana, la abrazó repetidas veces, diciéndole palabras afectuosas.

Enseguida se fue corriendo al campanario y desde arriba tendió la vista en dirección a la casa de su amada y divisó allá lejos agitarse un pañuelito blanco. Era Marta que lo saludaba.

Él contestó agitando el suyo.

Fue a llamarle Mercedes, diciéndole desde el pie del campanario con una voz llena de lágrimas:

-Eduardo, lo esperan para tomar las once.

-¡Allá voy! -contestó alegremente el mozo y descendió saltando de dos en dos las gradas, sobre las cuales iba chocando la punta de su espada.

-Aquí tienes tu cuarto por si quieres lavarte -le dijo don Cayetano.

-Gracias, tío; también voy a quitarme el cinturón con la espada.

El tío entró con el sobrino.

-¿Y este ramo de flores tan precioso? -preguntó viendo uno sobre una mesita.

-Adivina quien te lo mandó -le dijo sonriendo el cura-. ¿Nada te dice el corazón, sobrindio?

-¿Marta?...

-Ella; lo mandó esta mañana con su hermano Marcos, encargando que lo pusieran en tu cuarto.

-¡Mi Marta! -exclamó besando con pasión las flores.

Las once fueron de lo más suculentas, empeñándose todos en hacer comer de cuanto había al debilitado teniente.

El primero en llegar a saludarle fue don Salustio Guzmán, saliendo a recibirlo el cura, don Facundo y Eduardo.

El caballero no se contentó con estrechar la mano que le pasó emocionado el joven, y le dio un abrazo diciéndole:

-Bienvenido sea el hijo de este pueblo, que ha sido recibido con tan entusiastas manifestaciones de regocijo, como las merece y a las que nos asociamos todos. Y a Ud., don Facundo, y a Ud. señor cura, los felicito por tener tal hijo y tal sobrino.

Eduardo, profundamente conmovido, le dio las gracias y correspondió a sus palabras hablándole de Justo Pastor, cuya conducta en la campaña dijo, había sido la de un oficial pundonoroso y la de un valiente, siendo, además, muy estimado de sus jefes y querido de sus compañeros.

Pasaron a sentarse a la sala.

-Y su salud, Eduardo ¿cómo está?, lo encuentro delgado y pálido. Es preciso que se cuide.

-Me siento bien, señor, y creo que en poco tiempo estaré completamente restablecido.

-Come poco, apenas si comió en las once medio pichón y un par de huevos -apuntó don Cayetano.

-Es lo que yo digo -agregó don Facundo. Hay que comer hartito, tomar caldos espesos de cabeza con criadillas machucadas y sus buenos vasos de vino añejo. El muchacho parece que perdió mucha sangre y esa no se repone así no más. No sea que se nos vaya a poner ético.

-Yo me voy a permitir mandarle un barrilito del vino añejo de casa -ofreció don Salustio-. Tiene diez años y es dulce y generoso, un verdadero tónico.

Agradecido el ofrecimiento, hablaron sobre cosas de la guerra y de sus futuras operaciones, estando todos de acuerdo en que era de absoluta necesidad tomarse a Lima. Enseguida dijo el señor Guzmán:

-Ahora voy a pedirles un servicio, y es que me den el gusto y me hagan el honor de almorzar conmigo mañana en casa... Y no acepto excusa, mi señor don Facundo, señor cura, amigo Eduardo, porque me agraviarían, y también se sentiría la Rosario, que no ve las horas de felicitar personalmente al amigo Ruiz y oír de su boca noticias de Justo Pastor.

Aceptada la invitación y viendo don Salustio que iban llegando algunas personas a saludar al joven oficial, se alzó de su asiento y se despidió, siendo acompañado cortésmente hasta la puerta de calle.

En la noche estuvieron de mantel largo en casa del cura, habiendo sido invitados a comer muchos de los que vinieron a saludar a Eduardo, quien hizo el gasto de la conversación refiriendo, a pedido de todos, episodios de la guerra, sin que se cansaran de oírle.

- VII -

El vasto comedor de la familia Guzmán parecía un jardín de cuentos de hadas, tal era la profusión de flores, guirnaldas de arrayán, cenefas y coronas de laurel con lazos de cintas, y banderas y gallardetes que lo adornaban. Marta no se había dado un momento de reposo arreglándolo, en compañía de sus hermanos, para recibir y festejar a su amado. Todo estaba reluciente y fue sacada el servicio la gran vajilla de plata de la casa.

El día era uno de esos alegres y luminosos de principio de primavera y flotaba en el aire el perfume dulce y suave de los cerezos y de los duraznos en flor.

Asistían al almuerzo todos los vecinos caracterizados del pueblo. A la cabecera se hallaba don Salustio en su alto sitial de cuero de Córdoba. Eduardo ocupaba su asiento al lado de misiá Rosario y tenía al frente a Marta, sentada ésta entre el cura y don Facundo.

No había cambiado con Marta más palabras que las muy pocas que se dijeron al saludarse en presencia de toda la familia y de varios vecinos que ya habían llegado. Tampoco le era posible recrearse siquiera en su contemplación ahí en la mesa, porque en él estaban fijas todas las miradas, siendo interrogado a cada instante sobre cosas de la guerra, y obligado a dar noticias y a referir episodios de las batallas. De cuando en cuando miraba furtivamente a Marta y siempre encontró puestos dulcemente en él los grandes ojos de la niña, haciéndole estremecerse.

-¿Y le dolió mucho cuando lo hirieron? -le preguntó el boticario.

-No tuve ningún dolor al principio; sentí nada más que la sensación de un fuerte golpe en el pecho, tan fuerte que casi me tiró de espalda, como si me hubiesen dado con el mocho de una hacha. Llegué a creer que en la confusión algún soldado me hubiese dado un culatazo, porque en ese momento atacábamos el fuerte a la bayoneta y era mucho el remolino de gente y el fuego que nos hacía el enemigo, hiriendo y matando a los nuestros.

No vine a darme cuenta que estaba herido sino cuando me llevé la mano al pecho y la retiré ensangrentada; tuve un vértigo, se me desvaneció la cabeza y caí al suelo, sin que ya me fuese posible levantarme. Entonces sentí un dolor agudo en el pecho, que me impedía respirar y comencé a arrojar sangre por la boca.

-¡Por Dios! -exclamó misiá Rosario.

Marta, que había oído con los ojos dilatados y casi sin aliento, se mordió con fuerza el labio para no llorar, respiró anhelante, parpadeaba con ligereza y se puso como la grana; pero alcanzaron a humedecerse los ojos.

Viéndola, Eduardo hubiese corrido a su lado para enjugarle las lágrimas con sus labios.

-Bebe vino, muchacho; esto te repone la sangre -le dijo su padre.

Misiá Rosario lo invitó a beber:

-Salud, Eduardo. Deseo que se restablezca pronto.

-Salud, señora, y gracias por sus buenos deseos.

Y alzando su copa miró a Marta insinuándole que deseaba beber también con ella.

La muchacha alzó la suya, aún palpitante de emoción.

Don Salustio se extremaba en atenciones y amabilidades con don Facundo.

-Permítame servirle un poco de vino tinto. ¿O prefiere del blanco?

-Gracias, don Salustio, prefiero el añejo, me cae mejor.

-Me va a dar el gusto de aceptar otro pejerrey, son fresquitos.

-Gracias, acepto otro, están muy sabrosos.

Don Cayetano comía callado, y a conciencia, de todo y por su orden.

-Hombre -dijo dirigiéndose a su sobrino y saboreando una perdiz escabechada, estos buenos bocados no los comerían Uds. por allá.

-Nunca, tío. Pero en cambio hemos comido otros bocados que Ud. no conoce: ¡la carne de burro y los cuyes!

-¡Qué atrocidad!

-¿Qué cosa son los cuyes? -preguntó don Pilar Navarro.

-Una especie de ratones blancos sin cola.

-¡Ah, bárbaro! -exclamó Marcos Guzmán en la extremidad de la mesa alzando los brazos; y sus hermanas Sara y María soltaron la risa.

-¿Y es cierto que las peruanas son muy bonitas y graciosas? -preguntó don Froilán Díaz.

-Cierto, le respondió Ruiz. Y también son ocurrentes y espirituales y tienen un modo de hablar muy bonito. En sociedad, en un salón, lucen mucho donaire.

-¿Mejores que las chilenas, entonces?

-¡Ah, no! Las chilenas son otra cosa; ellas brillan en el hogar, son reinas de su casa. Tampoco las peruanas pueden competir en el color con las chilenas porque son pálidas y morenas y nuestras paisanas semejan una flor.

-¡Bien dicho! -exclamó el subdelegado, y de un trago apuró el contenido de su copa.

Marta, muy encendida, no se atrevía a mirar a nadie. La chiquillería Guzmán palmoteó con entusiasmo.

-¿Me encuentras como una flor a mí? -preguntó Sara a Marcos, mirándole de frente, con los ojos muy abiertos y encendidas como una amapola las mejillas, conteniendo la risa.

-¡Como flor de zapallo te encuentro, chinchosa!

La muchacha soltó la risa.

-Y puedes agregar, sobrino -expresó el cura, que en voz pópulo y fama que no hay mujeres más virtuosas y cristianas que las chilenas, ni mejores esposas y madres más abnegadas, ni tampoco más hacendosas.

-¡Bien dicho! -exclamó nuevamente el subdelegado, ya algo chispo y se empinó otra copa.

A los postres se levantó don Salustio para ofrecer la manifestación y dijo que como chilenos habían seguido con el más vivo interés la marcha de la guerra en la que estaba comprometido el honor del país, y celebrado sus victorias con patriótico entusiasmo; pero que como vecinos del pueblo habían celebrado con el corazón la parte que en ella tomaban los hijos de Santa Cruz, entre los cuales descollaba el teniente Eduardo Ruiz, que tan valientemente había defendido la patria derramando por ella su sangre, con grave peligro de su vida, y dejando su nombre vinculado para siempre a la gratitud y a la admiración del pueblo.

-Bebo a su salud, hago votos por su pronto restablecimiento y pido a todos los presentes que me acompañen en este deseo.

La concurrencia aplaudió largo rato al festejado.

-¡Viva el teniente Ruiz!... ¡Viva Eduardo! ¡Viva el heroico oficial del Atacama!

Rosita, mandada por sus hermanos, le trajo un ramo de violetas.

-Gracias, Rosita... ¡Qué violetas tan lindas! -y sentándola en sus rodillas la besó en los ojos.

Luego se puso de pie para agradecer la manifestación de que era objeto. Dijo que la forma en que había sido recibido por los vecinos del pueblo y la acogida tan cariñosa que se le dispensaba en casa del señor Guzmán habían sobrepasado todo lo que él pudo imaginarse y desear, llenándole del regocijo más grande que había tenido en su vida.

-Quiero hablar con entera franqueza -agregó poniéndose la mano sobre el pecho-. Durante todo el tiempo que he permanecido en la guerra, y ya fuese en los tristes o alegres días, jamás dejé de recordar a este pueblo, para mí tan querido, porque aquí pasé los risueños y las más grandes, las más puras afecciones de mi alma.

Fue muy aplaudido. A continuación hablaron varios otros.

A Marta le latía con violencia el corazón, pareciéndole un sueño lo que veía, y miraba al joven con sumisa adoración: Su Eduardo recibido con repiques de campanas, aplaudido y aclamado por todos los vecinos, festejando por su padre... ¡Oh, qué dicha!

Cuando se levantaron de la mesa Eduardo salió acompañado a misía Rosario y le dijo, con acento respetuoso y algo grave, que deseaba hablarla.

-Vamos a la antesala -indicó la señora.

Y ahí el mozo le abrió su corazón contándole su amor por Marta y la ambición de hacerla su esposa. La señora estaba convencida, y le dijo que ella sería muy dichosa de tenerlo por yerno y que ya lo quería como a hijo.

-¿Y su esposo?

-Él tampoco se opone; anoche no más me habló de eso; lo quiere a Ud. y lo acepta con gusto.

Eduardo le besó las manos, asegurándole que era el hombre más feliz del mundo y que a ella la quería como hubiese querido a su propia madre si no hubiese tenido la desgracia de perderla tan niño; era una afección que le hacía falta en la vida.

-Estoy cierta de que Ud. hará feliz a Marta. Si Ud. supiera cómo ha llorado y sufrido la pobre muchacha cuando supo que Ud. estaba herido. Llegamos a temer por su salud pensando en lo que le había pasado a su prima... ¡Pobre Luisa!... ¿La vio Ud. en Santiago?

-La vi y le aseguro que me dejó el corazón enfermo. La familia deseaba que Luisa me viera, de repente con la esperanza de que yo le despertara algún recuerdo de Ernesto y tuviese alguna crisis favorable.

-¿Lo conoció?

-No me conoció. Se puso a mirarme con la más profunda indiferencia y después me volvió la espalda y se fue cantando. ¡Pobre Luisa!... ¡Pobre Ernesto!... Ésa es otra visita dolorosa que tendré que hacer en estos días: a la madre de Ernesto. Tengo que ir a entregarle varias prendas de mi desgraciado amigo... Pero no hablemos de esto hoy que me siento tan feliz. Quisiera saltar y correr por los campos y treparme a los árboles como un niño...

-¿Y dónde está Marta? Apenas si he hablado dos palabras con ella. ¡Ah, ahí está! -dijo mirando por la ventana y viendo a la joven rodeada de sus hermanos, bajo un naranjo y cortando ramitas de azahares, de las que se había colocado una graciosamente en la cabellera.

-¡Marta, ven! -llamó su madre.

La muchacha vino con apresuramiento.

-Anda con los niños a mostrarle a Eduardo los árboles floridos del huerto, que está muy bonitos.

Bajo un cielo de raso azul, radiosamente puro, el sol de una primavera precoz derramaba su bienhechora luz de oro, de incomparable magnificencia.

Se fueron corriendo como bandada de pájaros que buscan espacio y alegría, y cruzaron el jardín lleno de perfumes. Y apenas atravesaron la vieja puerta de un paredón tapizado de musgo que daba acceso al huerto, Sara se llegó por detrás de Marcos y dándole una palmada en la espalda.

-¡Recluta chingado! -le dijo y emprendió la carrera.

-¡Mira, moledera no más! -refunfuñó su hermano y corrió tras ella.

María y Rosita los siguieron; y con ellos iban dando saltos y ladridos de alegría «Palomo» y «Diana» los dos perros, sus inseparables compañeros.

Eduardo tomó la mano de Marta y la arrastró hacia el centro de un grupo de naranjos cargados de azahares y naranjas, que los ocultaba enteramente.

-¡Mi Marta!... ¡Mi dulce amor!

-¡Eduardo mío!

Y se estrecharon con apasionada violencia en un largo, interminable abrazo, locos de alegría.

Él la besaba en los ojos, en las mejillas, en la boca, en el cabello. Le tomaba la cabeza entre sus manos echándosela hacia atrás para mirarla, y ella le sonreía entreabriendo los labios; y él volvía a besarla con una lluvia de ardientes besos, sediento de esas dulces caricias por tanto tiempo anheladas.

-¡Te encuentro muy linda, Marta!

-¡Embustero!... ¿No me hallas fea las pecas?

-¡Preciosas!... Te las voy a besar una por una -Y comenzó a hacerlo, contándolas a medida que las besaba- Una... dos... tres...

Marta, riendo como si le hicieran cosquillas, se defendía y trataba de ocultar la cara con sus manos. Y Eduardo seguía besándola y llevando la cuenta:

-Seis... siete... ocho...

Tenía para rato porque no le perdonaba ni la más pequeña y aun inventaba donde no las había.

Embelesados en tan delicioso entretenimiento, no vieron a Rosita que estaba ahí mirándolos, y sólo vinieron a darse cuenta cuando oyeron una vocecita muy cerca de ellos:

-¿Que la quiere mucho a Martita Ud.?

Marta lanzó un «¡ah!» y volviéndose vio a su hermanita que la sonreía.

Eduardo, menos asustado que su compañera, soltó la risa y tomó la chica en sus brazos.

-¿Dónde están? -gritó Marcos.

Y luego todos juntos recorrieron el huerto, poblado de árboles frutales y de abejas, árboles familiares a Marta, sus buenos amigos, como viejos parientes apacibles; extasiándose Eduardo ante los almendros, los duraznos, los ciruelos, y los damascos en flor, engalanados con el manto nupcial de la primavera, de una belleza incomparable. Formaban inmensos ramilletes, y sus delgadas ramas, aun sin hojas, parecían guirnaldas de flores blancas y rosadas, sembrando sin cesar alrededor de ellos una nieve de pétalos menudos que voltejaban cayendo sobre la hierba del suelo, reverdecida y lustrosa, salpicada de florcitas azules y rojas.

- VIII -

Al día siguiente don Facundo, vestido con sus mejores ropas, fue a casa de don Salustio a pedirle la mano de Marta para su hijo.

El señor Guzmán le estrechó las manos y lo abrazó, siendo esto prenda de quedar olvidados los antiguos resentimientos; y aceptó con gusto aquel vínculo de consuegros, que los dejaba enlazados y amigos para siempre.

Fue acordado que el matrimonio se efectuaría tan pronto como terminase la guerra y regresara de ella el joven Ruiz.

Éste enteramente restablecido, partió al norte a fines de septiembre a incorporarse a su cuerpo, después de pasar un mes delicioso con su novia, a quien dejó anegada en llanto.

Epílogo

- I -

Después de las grandes batallas de Chorrillos y Miraflores, en las que fueron deshechos los peruanos, el ejército chileno hizo su entrada a Lima, y lo hizo con el mayor orden y compostura, para dar un mentís a quienes propalaban que era una horda de bandoleros sanguinarios.

Y cumplida su misión, después de dos años de campaña llena de privaciones y sacrificios, pero llena también de gloria y de episodios maravillosos, regresó a sus hogares, cargado de laureles, haciendo su entrada triunfal el 14 de marzo por el centro de la Alameda de Santiago.

Delante iba el general Baquedano con su Estado Mayor, a caballo, precedido de 20 batidores de a caballo también, seguido del contralmirante Riveros rodeado de altos jefes de la Armada, marchando al son de los himnos marciales tocados por las bandas, cuyos bronces sonoros atronaban el aire con sus ecos guerreros, llevando en alto los gloriosos estandartes, testigos de su heroísmo, porque venían acribillados de balazos y manchados con su generosa sangre; y en medio de una multitud inmensa, delirante, que llorando de alegría lo aclamaba arrojando flores a su paso.

El cañón del fuerte Hidalgo disparaba cada diez minutos.

Una alegre luz caía del cielo azul.

Nunca, desde que don Pedro de Valdivia clavó su tienda y sus pendones al pie del legendario Huelén, la ciudad había presenciado cosa semejante, un espectáculo más augusto, más grandioso e imponente. Más de cien mil personas aglomeradas desde la estación de los ferrocarriles hasta la plaza de Armas, y gente numerosa en los balcones y hasta en los techos de las casas, donde formaban grupos pintorescos, agitaban sombreros y

pañuelos, vivando frenéticos y dejando caer una lluvia de flores sobre los invictos legionarios.

El trayecto que recorría el ejército en su marcha triunfal estaba engalanado con miles de banderas, gallardetes, escudos con inscripciones, guirnaldas de yedra y mirtos, coronas de flores, cortinajes de banderas entrelazadas de tules que caían graciosamente desde los balcones, y numerosos arcos triunfales. Uno de ellos, frente a la estatua de San Martín, de 35 metros de altura.

Cada cuerpo que pasaba con su estandarte era aclamado por su nombre, haciéndose igual cosa con su jefe y oficiales. En uno de los palcos, tendidos en ambos costados del paseo, se hallaba S. E. el Presidente de la República.

El famoso batallón Atacama (huérfano por muerte de su heroico comandante Martínez en la batalla de Miraflores) fue aclamado frenéticamente. Y cuando pasó frente al palco ocupado por la familia Guzmán, el cura y don Facundo, apenas vieron al capitán Eduardo Ruiz lo vivaron con delirio, bombardeándolo de rosas, y Marta vació sus cestos tapizándole de flores el camino.

El joven capitán, sonriendo, saludó militarmente con su espada y acarició a Marta con una mirada llena de dulces promesas y recuerdos. Igual manifestación le hicieron al capitán Justo Pastor Guzmán, a quien su madre tendió los brazos, llorando de alegría.

En el trayecto se cantaron muchos himnos y coros por cuerpos de profesores, de señoritas y de niños de las escuelas. Y hablaron varios oradores, ya en prosa, ya en verso; entre otros don Camilo E. Cobos, don Pedro N. Prendes, don Justo Arteaga Alemparte.

Eran las 6 p. m. cuando la comitiva llegaba a la Catedral. Ahí se encontraba S. E. el Presidente de la República, ministros de Estado, senadores, diputados, jefes del ejército y otros altos dignatarios.

El venerable Cabildo Eclesiástico, presidido por el obispo señor Gandarillas, recibió la comitiva.

El templo estaba majestuosamente adornado en todas sus naves. Ocupó el asiento de preferencia S. E., que tenía a su derecha al general Baquedano, a la izquierda al contralmirante Riveros, siguiendo los señores Álvaro Covarrubias, Domingo Santa María, Patricio Lynch y otros jefes de alta graduación. Continuaban a la derecha los ministros de Estado y la Municipalidad. La doble fila de asientos se extendía hasta las gradas del presbiterio, y se hallaba ocupada por las corporaciones militares, civiles y religiosas. Se dio comienzo a la ceremonia con el discurso de felicitación del presbítero señor Ramón Ángel Jara; luego los estandartes de los cuerpos que acababan de llegar a la plaza fueron conducidos por sus escoltas respectivas por medio de la nave principal y presentados en acción de gracia al Todopoderoso.

Enseguida una comisión del Cabildo Eclesiástico se dirigió al lugar donde se hallaba S. E. el Presidente de la República, el señor General en Jefe y el señor contralmirante Riveros,

e invitándolos para rendir homenaje al Dios de los Ejércitos, volvió con ellos hasta el altar mayor.

Una escogida capilla de cantores entonó la Antífona y Te Deum Laudamus, compuesto especialmente para la ceremonia por el maestro Hempel.

En su discurso de felicitación el presbítero señor Jara se elevó con gran elocuencia, haciendo correr un estremecimiento por el auditorio cuando dijo, lleno de fuego los ojos:

«Lima, la ciudad que ayer no más, por su soberbia, nos recordaba a la antigua Roma, hoy, cargada de cadenas, marcha uncida al carro de nuestros triunfos; Lima, la ciudad que ayer no más, por sus riquezas, nos recordaba a Cartago, hoy recibe de limosna el pan y el agua del vencedor chileno, y cubriendo su desnudez con los jirones de su bandera, implora el perdón, como las esclavas de la Grecia, postrada de rodillas y besando la espada de nuestros valientes generales...

¡Guerreros de mi patria, doblad pues, ante ese altar vuestras sienes justamente levantadas; presentadle en homenaje vuestras espadas, terribles en la lid, porque llevan la muerte y el espanto; aquí sagradas, porque simbolizan la fe de vuestras almas, y deponed vuestras coronas, si no queréis que se marchiten!

¡Inclinaos ante Dios también vosotras, gloriosísimas banderas, reliquias veneradas de nuestro amor! Vosotras que tremolasteis al viento en Pisagua y en Dolores, en Tarapacá y los Ángeles, en Tacna y en Arica, en Chorrillos y Miraflores; vosotras que alentasteis el valor y el sacrificio de nuestras huestes; vosotras que escuchasteis los últimos adioses de nuestros mártires generosos; vosotras que aún venís manchadas con la sangre de nuestros héroes; vosotras que venís agujereadas por las balas y ennegrecidas por el humo de los combates; vosotras que sois la síntesis de nuestro orgullo nacional, inclinaos también vosotras, y que los angeles de Chile os formen con sus alas un tabernáculo de honor».

- II -

Eduardo Ruiz contrajo matrimonio con Marta Guzmán a fines de abril, y quince días después casó don Facundo con la «Tortolita».

FIN

SAN BERNARDO, SEPTIEMBRE DE 1921.

* * *

Carta del ex-cirujano de la Esmeralda, Dr. Cornelio Guzmán, al autor

«Llo-lleo, Febrero 8 de 1923.

Señor doctor Senén Palacios.

Mi muy estimado colega y amigo:

En su cariñosa carta del 3 del corriente Ud. insiste en que debo suministrarle algunos datos sobre el servicio médico de la Esmeralda en el combate de Iquique y sobre la vida que hiciera la tripulación prisionera. Le remito estos mal redactados apuntes por si pudieran ofrecerle algún interés:

21 de mayo de 1879.

Una hora antes del combate toda la tripulación estaba en sus puestos y lista para romper el fuego. No se trataba de considerar la desigualdad de la contienda y la posibilidad del triunfo; se pensaba solamente en que los azares de la guerra colocaba a un grupo de chilenos en la situación más brillante y difícil que es posible imaginar: dos blindados poderosos y veloces al frente de dos pequeños barcos de madera que enarbolaban la bandera tricolor. Primer torneo en que la desigualdad de las armas sólo se podría equilibrar con el temple de los corazones. Toda la tradición gloriosa de la Marina chilena debía dar en esta ocasión sus frutos.

La sección de sanidad estaba instalada en la cámara de Guardias Marinas y la formaba el siguiente personal: el contador señor Óscar Goñi, el ayudante de cirujano señor Germán Segura, el dispensero, el maestro de víveres, el practicante y boticario Castilla y cuatro enfermeros. A éstos se agregó el ingeniero civil don Juan Agustín Cabrera, que en comisión del Gobierno se encontraba a bordo en calidad de pasajero, mientras pudiera regresar al Sur. Este caballero preguntó al comandante Prat en que podría servir, quien le contestó: «Vaya Ud. a agregarse a la ambulancia». El señor Cabrera, que más tarde fue mi muy apreciado amigo, encontró que carecía de condiciones para servir a los heridos, y por otra parte, el sitio en que estábamos nos obligaba a permanecer en la más completa ignorancia de todo lo que pasaba en cubierta. Solicitó entonces permiso para ir a hablar con el Comandante. Esta vez se le ordenó que tomara un rifle. Más tarde el contador fue llamado para atender a la destrucción de la correspondencia y de toda la documentación. De este modo mi personal quedó reducido en dos valores menos.

Se siente un cañonazo a distancia. En nuestro barco hay silencio sepulcral. El comandante Prat en el puente de mando, alza su voz para hablar a la tripulación, que estaba al pie de sus cañones. Yo desde mi puesto divisaba al Comandante, que pálido y vestido de media parada, pronuncio con voz firme y clara su inolvidable arenga. Al escuchar a este hombre, todo mi cuerpo se conmovió, y me pareció oír una sentencia de gloria y de muerte. Inmediatamente, el corneta dio la orden de romper el fuego, primero a estribor y después a babor. Ya este cañoneo terrible no irá disminuyendo sino hasta que los cañones se vayan inutilizando por su propio uso y también por los destrozos que el enemigo cause en el buque.

Los primeros heridos que nos llegan lo han sido por metrallas lanzadas por el enemigo desde tierra. Todos son gravísimos, pues los cascotes de granadas les han penetrado en el cráneo, en el tórax, o en los miembros.

Más tarde van llegando los heridos por los cañones de a 300 del Huáscar. En este caso las mutilaciones son enormes y no hay vendaje posible; y hay tantos que no tenemos camas suficientes. Las horas van avanzando, y ya nos llegan heridos a rifle, pues la distancia que separa las naves ha disminuido, y los destrozos son cada vez más considerables. En medio

de mi confusión sobreviene un accidente. Una granada de los grandes cañones del Huáscar ha penetrado en la cámara de oficiales y producido un incendio cuyo humo invade mi recinto y nos envuelve en una atmósfera irrespirable, molesta y penosa para los heridos. Afortunadamente la brigada de incendio trabajó con tanto orden y eficacia que muy pronto el foco del fuego fue extinguido. Luego se produce el primer ataque al espolón, conmoviendo nuestras naves y haciéndola crujir hasta los últimos remaches. Yo, que era novicio a bordo, no supe explicarme que cataclismo se había producido.

Un rumor corre por el entrepuente, rumor que se confirma: «El comandante Prat ha muerto»... «El teniente Uribe ocupa su puesto».

Este primer espolonazo ha sido dado en la vecindad del puente de mando; el espolón, penetrando en el costado del buque, ha quedado incrustado por algunos momentos, y en esta situación inesperada, Prat, llevado por esa fuerza irresistible que enciende el alma de los héroes grita: «¡Al abordaje!», y salta el primero sobre la cubierta del buque enemigo, llevando en alto su espada de combate.

Más, su voz es apagada por el estruendo de los cañones y no pudo ser oído en la confusión del combate. Sólo el sargento Aldea y otro marinero, cuyo nombre ha quedado ignorado, acompañan al Comandante a pisar la cubierta del Huáscar.

El cañoneo y el fuego de rifle no se interrumpe. En cubierta hay muchos heridos graves que no es posible transportar por falta de gente. Oigo decir que en cubierta se están organizando dos brigadas de abordaje; una, la de proa, al mando del teniente Serrano, la de popa al mando del teniente Sánchez. El oficial de entrepuente, Fernández Vial, hoy contralmirante, me da a entender que el buque se irá pronto a pique, y que esté listo.

En este momento el personal de las máquinas principia a abandonar sus puestos, porque el buque se está inundando. El primer ingeniero ha muerto en cubierta al ir a comunicar al Comandante el estado de su sección. El segundo ingeniero, señor Manterola, se me acerca y después de haberme mirado fijamente, me dice: «Doctorcito, yo quiero mucho a los médicos, una hermana mía es casada con el doctor Zorrilla; no se separe de mí porque el buque se va a hundir y yo soy gran nadador».

Se produjo el segundo espolonazo, pareciéndome que el buque se abría y se despedazaba. Subí a cubierta y vi que el centinela que defendía la escotilla estaba muerto; miré al Huáscar, que estaría a unos 50 metros de distancia, y vi un grupo de marineros chilenos en el castillo de proa con sus armas en las manos; vi al teniente Serrano cuando con su espada levantada avanzaba hacia la torre enemiga.

Casi inmediatamente después de abandonar la cámara de Guardias Marinas estalló una granada, matando a todos los heridos, personal de ingenieros, mecánicos y fogoneros que habían llegado a la ambulancia. A mi generoso protector señor Manterola no lo vi más. El único que sobrevivió de los que estaban conmigo fue mi ayudante Segura.

Avanzando sobre cubierta traté de orientarme, pues los cañones desmontados, los mamparos destruidos, la arboladura despedazada, la gran cantidad de cadáveres horriblemente mutilados, la sangre mezclada al agua de las tinas de combate, que corría y se movía en cada vaivén del buque, todo aquel horrible cuadro que presentaba el aspecto de un matadero, hacía difícil la marcha. Por fin llegué al castillo de popa. Ahí estaba el comandante Uribe, que con revólver hacía fuego a una persona que se asomaba detrás de la torre del Huáscar, único ser viviente que se divisaba en el blindado peruano.

Toda la «Guardia de la bandera» ha muerto. El guardia marina Vicente Zegers, mi querido amigo, está al pie de la bandera de combate, sólo y como un defensor heroico de nuestro pabellón. Aún dispara nuestra nave uno que otro cañonazo. El Huáscar se ha

alejado un poco, pero continúa haciendo fuego con sus grandes cañones. De repente observamos que el enemigo se dirige a toda fuerza de máquina hacia nosotros, como un toro furioso que embiste y al llegar dispara simultáneamente los cañones de su torre produciendo un formidable y último choque. Me pareció que mi buque se partía por mitad, y una ola inmensa nos cubrió y sumergió. No puedo decir hasta qué profundidad hemos llegado. Yo, que soy gran nadador, nadé con el intento de llegar a la superficie y de salir de la obscuridad en que me encontraba; luego vi una luz y una claridad. Miro a mi alrededor y veo que varias cabezas emergían casi al mismo tiempo, y también aparecían flotando una gran cantidad de tablones rotos, coyotes y tinajas de combate; sirviéndonos todo esto de ayuda para no sumergirnos nuevamente. Los sobrevivientes formábamos un círculo que permitía vernos las caras y reconocernos. Nos contamos, somos 37; en la mañana éramos 210.

El Huáscar queda como a 100 metros de distancia, y la ciudad de Iquique, bastante lejos. En esta crítica situación permanecemos largo rato, tal vez media hora. Sin embargo, nunca dudamos que el buque enemigo nos socorriera. Efectivamente, se nos explicó después que la tardanza en socorrernos fue debida a la compostura de los botes, destrozados por nuestros proyectiles.

Conducidos al Huáscar, y mientras desfilábamos los oficiales a la cámara del comandante Grau, vimos tendido sobre cubierta el cadáver de Prat. El guardia marina Zegers, que va junto a mí, le descubre el rostro, cubierto con un faldón de su levita, y yo puedo ver una profunda herida por arma de fuego en la parte más alta de su hermosa frente.

Una vez encerrados en la cámara del Comandante, se nos proveyó de un saco y de un pantalón de marinero, pues estábamos casi desnudos. Se nos dijo que el comandante Grau vendría a vernos. Efectivamente, a poco rato llega un marino de cierta corpulencia, no muy grande, ancho de espalda, de rostro tostado por la vida de mar, patillas a la española, donde aparecen algunas canas. Ciñe espada, pero su aspecto es el de un capitán de buque mercante. Nos saluda con ademán cordial, nos felicita por nuestra conducta, y recordó que a alguno de nosotros había conocido en otra época en el Callao. Notando que estábamos sin zapatos, ordenó se nos proveyera.

Hemos quedado solos; el Huáscar se pone en marcha a toda fuerza con rumbo al Sur. En estos instantes nos llamaron la atención unos quejidos y lamentos. Alguno de los nuestros creyó reconocer en ellos la voz de Serrano.

Como continuaran los quejidos, nuestro jefe, el teniente Uribe, se apresuró a solicitar la audiencia de algún oficial a fin de disipar nuestras sospechas y temores. Vino uno de ellos y dijo que efectivamente había un oficial chileno gravemente herido; y después de algunas consultas con sus superiores se accedió a lo solicitado, es decir, que el médico chileno fuera atender a su compatriota.

Acompañado de mi ayudante Segura, fuimos conducidos a la cámara de oficiales, donde se me hizo esperar. Luego llegó un oficial y me preguntó si yo era el médico; y como viera que yo tenía el traje de marinero, penetró a su camarote y volvió con un vestón de brin blanco con insignias de oficial, de su uso personal. Me dice que mientras él vuelva vea a los heridos que hay en la cámara.

Tendido en la mesa de oficiales y cubierto con una sábana, está el cadáver del teniente Velarde, oficial de señales del Huáscar, herido mortalmente por una bala que le rompió la arteria femoral en la región del triángulo de Escarpa. En los camarotes de los oficiales, encontré dos marineros negros, heridos, al parecer gravemente, y que ya estaban vendados.

Mientras tanto el tiempo pasaba y yo no podía ver a Serrano. Me dirigí inútilmente a los centinelas de los pasillos, más éstos nada sabían y les estaba prohibido hablar. Después de

una larga media hora de espera, un marinero nos conduce nuevamente al recinto donde están nuestros compañeros, a quienes referí todo lo ocurrido.

Para nosotros fue inexplicable esta cruel conducta, esta negativa injustificada a proporcionar un consuelo a un herido, que aunque fuera enemigo, ya tal vez sería un moribundo.

Pasando los años, ha corrido la voz, de origen peruano, que Serrano, mortalmente herido, concentró sus últimas fuerzas y prendió fuego al camarote que lo encerraba. Ésta sería entonces la única explicación para negarle la atención médica que al principio, sin dificultad, se había concedido.

Durante este tiempo, el Huáscar, que marchaba a toda fuerza de máquina con rumbo al Sur, se detuvo algún rato. Esta detención correspondía a los momentos en que los buques enemigos se comunicaban en el sitio en que el blindado Independencia había encontrado su tumba: Punta Gruesa.

La pericia y resistencia desesperada con que el comandante Condell sostuvo ese desigual combate, le dio el hermoso triunfo, y coronó con todo éxito la jornada del 21 de mayo.

El Huáscar continuó su ruta al Sur, persiguiendo con tenacidad y furia a la Covadonga, que victoriosa de la Independencia buscaba las aguas de Chile. La persecución parece abandonada, pues el Huáscar toma rumbo al Norte. Nosotros no sabemos dónde estamos e ignoramos lo ocurrido en Punta Gruesa.

El barco se detiene; Grau llega nuevamente a nuestro recinto no tan cordial como antes: la imagen de la Independencia varada lo tiene anonadado. Nos dice que se ve obligado a dejarnos en Iquique, donde no estaremos muy bien, pues tiene que expedicionar al Sur: «Alístense para bajar a los botes». Nosotros estamos listos, ya que no poseemos más que nuestros cuerpos.

Estando en los botes, el teniente Uribe mira a su alrededor en la bahía, y no divisando a la Independencia, pregunta por ella. Un oficial dice: «Luego llegará».

En el trayecto hacia el muelle de Iquique anocheció; desembarcamos en medio de un gran gentío que ocupaba todo el largo del muelle. Como los prisioneros llevábamos uniforme de marineros peruanos, el público no se dio cuenta de lo que ocurría. Sin embargo, casi al término de nuestro trayecto hay un altercado, un tumulto: creyéndolo chileno, han atacado de hecho al oficial peruano que nos acompañaba; creo que fue el teniente Díaz Canseco, quien murió más tarde en la toma del Huáscar. Nosotros instintivamente nos agrupamos y apuramos el paso hasta llegar al edificio de la Aduana, donde estaba el Estado Mayor. Desde ahí hemos oído grandes voces y gritos de la muchedumbre, que sólo en ese instante se imponía que chilenos prisioneros pisaban suelo peruano. Los gritos de: «¡Mueran los chilenos!», resonaron varias veces.

Se nos ha conducido a un grande y elegante salón; llegan algunos jefes, nos saludan y se retiran. Estando yo en un extremo del salón, se me acerca un caballero que tiene aspecto de extranjero, me conversa con nerviosidad de las impresiones del día, me dice que toda la ciudad ha presenciado el combate y que él no puede todavía borrar de su vista el espectáculo de la destrucción a cañonazos de un barco que poco a poco lo ven desmantelarse, perforarse sus costados y desaparecer por último de la superficie del mar: «Nosotros hemos creído, nos dice, que nadie ha podido salvar de semejante catástrofe, y por esta razón no hemos enviado embarcaciones a socorrerlos». Observando que yo no tenía camisa se despidió y al poco rato volvió entregándome un pequeño paquete: era una camisa.

Muy avanzada la noche fuimos conducidos entre dos filas de soldados, a un galpón de zinc que servía de cuartel a la compañía de bomberos «Austriaca». Estamos incomunicados y rodeados de guardias. Nuestras camas son simples jergones; nos acostamos vestidos.

La jornada ha terminado, sólo los oficiales estamos juntos; la marinería prisionera no la volveremos a ver más.

Ahora vamos a experimentar las amargas y tristezas de los prisioneros de guerra. La Patria la divisamos muy lejos, y nadie podrá saber el fin de nuestra prisión. La suerte de la Covadonga la creíamos igual a la nuestra, y como no había prisioneros, supusimos muertos a todos sus tripulantes.

El día 22 de mayo continuaron las visitas y saludos de los jefes del ejército; entre éstos llega uno de los jefes del batallón peruano Zepita, que dice: «Yo saludo a ustedes, que han sabido defender a su patria, mientras tanto ese infame Moore nos pierde la Independencia». Con semejante noticia quedamos trastornados. Muy pronto sabemos más detalles: la Independencia varada y la Covadonga, aunque averiada, sigue viaje al Sur.

Comprendemos inmediatamente el valor y la importancia de nuestro inmortal 21 de mayo: la mitad de la Escuadra peruana está destruida. Desde este momento quedamos felices y tranquilos; nada nos importa la buena o mala suerte que nos depare el destino.

Sabemos que el sargento Aldea, que había recibido 12 balazos y a quien se le había amputado un brazo en el hospital de la ciudad, había muerto al amanecer del día 22; que el teniente Serrano había muerto el mismo día 21 de mayo a las 3 de la tarde a consecuencia de una herida en el abdomen. Los cadáveres de Prat, de Aldea y de Serrano, fueron recogidos por el Presidente de la Sociedad de Beneficencia Española, señor Eduardo Llanos, quien les dio humilde sepultura en el cementerio de la ciudad.

El día 23 de mayo al amanecer, unos discretos y misteriosos golpecitos en el zinc de uno de los costados de nuestra prisión, nos llama la atención. Por un pequeño espacio abierto se nos introdujo, con mucho sigilo, unos cuantos panes y un tarro de leche condensada. Más tarde supimos que la mano generosa que nos llevaba este primer alimento, ya que nada habíamos comido, era una señora chilena.

Después de medio día llegó a visitarnos el coronel Velarde, jefe del Estado Mayor. En la conversación pudo imponerse que nosotros no recibíamos alimento desde nuestra llegada. Inmediatamente salió, y pocos instantes después se nos servía comida preparada en el Club Social de la ciudad.

A fines del mes de mayo, el general Prado, Presidente del Perú, que visitaba sus tropas, vino a vernos. Penetró a caballo en nuestro galpón, diciendo que por tener reumatismo en un pie no podía desmontarse. Reconoció al guardia marina Wilson, a quien había conocido en Chile. Tal vez como resultado de esta visita, fuimos trasladados algunos días después a una pieza del mismo edificio a donde llegamos la noche del 21.

En los primeros días de junio, el Cónsul inglés en Iquique nos entregó dinero que nuestro gobierno nos enviaba. Con alguna dificultad principiamos a comprarnos ropa.

Siempre estamos incomunicados y encerrados en una sola pieza. El teniente Uribe ha conseguido algunas novelas inglesas que nos lee en alta voz y con tanta facilidad como si estuvieran en castellano. Éste es nuestro único pasatiempo.

En el transcurso de este mes hemos recibido correspondencia de Chile. Los primeros periódicos chilenos que pudimos leer fueron remitidos ocultamente por el almacén español La Joven América. Era tanta la emoción que nos dominaba, que nadie pudo leerlos en alta voz, pues los sollozos apagaban las palabras.

Hemos recibido la primera visita del jefe del ejército peruano, señor general Buendía. Hombre culto y agradable que trataba de ayudarnos en lo que podía. Nos refirió que en la campaña del año 38 había servido como capitán del regimiento chilenos «Carampangue», a las órdenes del general Bulnes. Entre otras atenciones, recuerdo que nos mandaba por las noches agua resacada de su uso personal, pues la que nosotros bebíamos y la que bebía todo el pueblo, era salobre: La Escuadra Chilena, que bloqueaba el puerto, impedía funcionar la resacadora. También nos visitaba el coronel Velarde, Jefe del Estado Mayor. Este distinguido jefe, viendo una noche que no teníamos ropa de cama, nos mandó frazadas, compradas con su peculio particular.

Entre penalidades y tristezas se va pasando el tiempo. A fines de este mes de junio se recibió una carta y una orden del Presidente Prado para que el guardia marina Wilson fuera trasladado a Arequipa. El joven oficial rehusó la generosa oferta declarando que quería compartir la suerte de sus compañeros y no separarse de ellos.

En la noche del 10 de julio se sintió un fuerte cañoneo en la bahía, y algunos disparos cayeron en la población. Como a las dos de la mañana llegó a nuestra pieza el general Buendía, un tanto agitado. Nos dice que con motivo del cañoneo el pueblo se ha amotinado y pedido nuestras cabezas. Ha sido necesario reforzar la guardia. Nos dice: «La situación de Uds. no es segura he telegrafiado al presidente Prado para que los aleje de esta plaza. No estoy tranquilo pensando que bajo mi mando fuera a atacarse a los prisioneros de guerra. También les declaro que la canalla que me rodea me impide ser generoso con Uds. Me llaman el general chileno, porque vengo a visitarlos».

A fines del mes en curso supimos la llegada del Presidente de Bolivia a Iquique. Habíamos oído toques de diana y marchas militares que resonaban en el campamento peruano. Era el general Daza que revistaba las tropas, compuestas, según decían, de 15.000 hombres.

Se nos anunció que el general vendría a visitarnos; y muy pronto vimos llegar a un militar de aspecto ordinario, cubierto de bordados, de pantalón blanco y botas, grande de cuerpo, colorín, pecoso y rostro manchado, al parecer, por la viruela.

Venía acompañado de numeroso séquito, entre los cuales se encontraba un joven oficial que había sido compañero de Wilson en un colegio en Valparaíso. Daza nos saludó, nos miró con atención y nos preguntó si estábamos bien de salud y cómo se nos trataba; agregando: «Si Uds. hubieran estado en Bolivia, yo los habría tratado muy bien». Al retirarse el General con todo su Estado Mayor, el oficial amigo de Wilson quedó el último, y volviéndose hacía nosotros, dijo sonriendo: «¡No le crean al General, si él los pilla los habría guillotinado!».

Habiendo suspendido el bloqueo del puerto la Escuadra Chilena, se notó gran movimiento en la ciudad; y una noche fuimos despertados de improviso, recibiendo orden de levantarnos y salir de nuestra pieza. Como dormíamos medio vestidos no tardamos en estar listos y ponernos en marcha entre dos filas de soldados, que nos condujeron al muelle y de ahí al transporte de guerra peruano Chalaco. Fuimos recibidos con toda amabilidad por el comandante Reygada, quien nos condujo al elegante salón del vapor y nos dijo: «Aquí estamos entre camaradas, están Uds. en su casa». Después de tres meses era la primera noche que dormíamos entre sábanas.

Y comenzó para nosotros una larga peregrinación. Pasando por el Callao y Lima, trasmontamos la cordillera con un frío glacial y a 5.000 metros de altura y llegamos a Tarma, en plena sierra, pequeña ciudad destinada a servirnos de prisión.

Ahí encontramos al señor coronel don Manuel Bulnes con todos sus oficiales del Regimiento de Carabineros de Yungay, prisioneros del Rimac. A mediados de diciembre se nos da la gran noticia de que ha terminado nuestro largo y triste cautiverio, que hemos sido canjeados por prisioneros del Huáscar, y un tren directo nos conduce al Callao donde nos embarcamos en el vapor Bolívar, que nos condujo a Chile.

Después de tantos años y cuando ya se está en la ancianidad, qué grato es poder decir:
Algo he padecido por la Patria...
Cornelio Guzmán

Cirujano 1.º de la Esmeralda en el 21 de mayo de 1879».

[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)

Súmese como **[voluntario](#)** o **[donante](#)**, para promover el crecimiento y la difusión de la **[Biblioteca Virtual Universal](#)**.

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente **[enlace](#)**.

